

Patrimonios visuales patagónicos

Territorios y sociedades



Álbumes Fotográficos de Antonio Pozzo y Encina, Moreno y Cía

Coordinadores:

María Inés Rodríguez
Julio Esteban Vezub

Artículos:

Juan Mario Raone
Verónica Tell
Marta Penhos
Claudia Torre
Silvia García
Elizabeth Moreno
Cecilia Mayorga
Andrea Savall



MUSEO ROCA
Instituto de Investigaciones Históricas



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación

Patrimonios Visuales Patagónicos

Territorios y Sociedades

Patrimonios Visuales Patagónicos

Territorios y Sociedades

Álbumes fotográficos de Antonio Pozzo y Encina, Moreno & Cía



Ministerio de Cultura
**Presidencia
de la Nación**



MUSEO ROCA
Instituto de Investigaciones Históricas

Patrimonios visuales patagónicos : territorios y sociedades / Vezub, Julio ... [et al.] ; compilado por María Inés Rodríguez Aguilar ; Vezub, Julio ; editado por Juan Manuel Corbetta ; Andrea Fabiana Savall ; fotografías de Pozzo Antonio ; Pedro Morelli. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2017.
300 p. ; 23 x 23 cm.

ISBN 978-987-4012-33-3

1. Fotografía. 2. Patagonia. I. Vezub, Julio, II. Rodríguez Aguilar, María Inés, comp. III. Vezub, Julio, , comp. IV. Corbetta, Juan Manuel, ed. V. Savall, Andrea Fabiana, ed. VI. Antonio, Pozzo, fot. VII. Morelli, Pedro, fot.
CDD 779

Coordinación Académica y Compilación:

María Inés Rodríguez Aguilar (Museo Roca – Instituto de Investigaciones Históricas)

Julio Esteban Vezub (Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas, CONICET)

Edición:

Juan Manuel Corbetta y Andrea Fabiana Savall

Artículos:

María Inés Rodríguez Aguilar, Juan Mario Raone (reedición), Verónica Tell, Marta Penhos, Claudia Torre, Silvia García, Elizabeth Moreno, Cecilia Mayorga, Andrea Fabiana Savall y Julio Esteban Vezub

Anexos:

Álbumes fotográficos de la Expedición al Río Negro y Vistas de Antonio Pozzo y Álbumes de Encina y Moreno (Tomos I y II)

Créditos:

Marcelo Garabedián (Coordinación del Área Investigación del Museo Roca), **Jorge Carro** (Subdirector del Museo Roca), **Titi Ricciuto** (Director del Museo Municipal y Centro de Interpretación “El Charrúa”, Aluminé)

Primera edición: Junio de 2017
Ministerio de Cultura de la Nación
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina
© 2017 Todos los derechos reservados
ISBN 978-987-4012-33-3

AGRADECIMIENTOS

A los investigadores que generosamente contribuyeron con sus artículos y a los equipos del Museo Roca – Instituto de Investigaciones Históricas que participaron y colaboraron en la exhibición del patrimonio que presentamos en esta edición

A la memoria de Raúl Mandrini, generoso maestro

ÍNDICE

<i>Presentación: Patrimonios en red. Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados</i> <i>María Inés Rodríguez Aguilar</i>	13
La Primera Mensura en el Territorio de “El Triángulo” y sus históricas fotografías (Reedición) <i>Juan Mario Raone</i>	17
Sombras (y opacidades) de la fotografía en las campañas de 1879 y 1882-83 <i>Verónica Tell</i>	31
Las fotografías del álbum de Encina, Moreno y Cía. (1883) y la construcción de la Patagonia como espacio geográfico y paisaje <i>Marta Penhos</i>	49
Cultura fronteriza en guerra <i>Silvia Perla García</i>	65
Reportes de campaña. Las fotografías de Antonio Pozzo y las crónicas de Remigio Lupo en la conquista territorial <i>Claudia Torre</i>	83
Los dispositivos estatales y las políticas indígenas en las fronteras de Pampa y Patagonia en el S.XIX <i>Elizabeth Moreno</i>	93
El informe de la Comisión Científica agregada a la Expedición al Río Negro <i>Cecilia Mayorga</i>	109
El detrás de la escena. Proyecto de Restauración y Exposición de los álbumes de la Campaña al Río Negro <i>Andrea Savall</i>	113
El álbum de Encina y Moreno como libreta de viaje: antes, durante y después de los campos de batalla del Neuquén, 1883-2015 <i>Julio Esteban Vezub</i>	125
Anexo I: Expedición al Río Negro. Abril a Julio de 1879 <i>Antonio Pozzo</i>	147
Anexo II: Álbum de Vistas. Expedición al Río Negro. Abril a Julio de 1879 <i>Antonio Pozzo</i>	179
Anexo III: Vistas Fotográficas del Territorio Nacional del Limay y Neuquén – Tomo I – 1883 <i>Encina, Moreno y Cía.</i>	199
Anexo IV: Vistas Fotográficas del Territorio Nacional del Limay y Neuquén – Tomo I – 1883 <i>Encina, Moreno y Cía.</i>	253

PRESENTACION

PATRIMONIOS EN RED. NUESTRO PATRIMONIO CULTURAL: UN LABERINTO DE SIGNIFICADOS

María Inés Rodríguez Aguilar

Museo Roca – Instituto de Investigaciones Históricas

Quien dice Nación dice conciencia de los límites, arraigo en la continuidad de un territorio, por lo tanto, memoria.

Pierre Nora

Los conceptos de Guillermo Bonfil Batalla, antropólogo mexicano revolucionario de la museología latinoamericana, nos orientaron en el desafío propuesto por Julio Vezub (Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas, CONICET), para confeccionar conjuntamente una edición accesible y razonada de sus patrimonios visuales, de temáticas complejas y fuertes densidades simbólicas, del Museo Roca.

Con el objetivo compartido de establecer virtualmente un campo de comunicación y proponer un relato, lugar de una narratividad visual para las tramas del “desierto”, se ha seleccionado el siguiente material:

- *Álbum fotográfico de Encina, Moreno & Cia*, Tomo I y II con una inscripción: “*Al Exmo. Señor Presidente de la República Teniente General D. Julio A. Roca 1883 Encina, Moreno y Cia*”.
- *Álbum “República Argentina / Expedición al Río Negro / Abril a Julio 1879” “Julio 17 1901”*, de Antonio Pozzo.
- *Álbum de Vista / Expedición al Río Negro / Abril a Julio 1879”*, de Antonio Pozzo.

Así, mediante una mediación institucional conjunta, acatando la impuesta disposición en álbumes precedidos de una diversidad de abordajes y miradas, presentamos la polisemia de estos registros fotográficos. Se

conservan en ellos los testimonios de una representación del espacio y el paisaje patagónico, de su territorialidad “imaginada” en su singularidad fronteriza, su dinámica historicidad y la heterogeneidad de sus actores y protagonismos en acción.

Observador y testigo, son términos intensos para definir a los fotógrafos, quienes deben registrar en múltiples itinerancias a los expedicionarios al “desierto”. Documentan travesías y contingencias compartidas, de una sucesión de espacios, con complejidades y signos de existencias previas en cuyos itinerarios se generaron imágenes con “ilusión de verdad”, con cualidad de archivo y estética documental.

Imágenes que detentaron la aptitud de enunciar configuraciones espaciales e instantes históricos y actores, partícipes de una compleja estructura de relaciones sociales que conjugaron a las fuerzas militares y sectores originarios en la línea militarizada, asegurando el éxito de la operatoria del Estado, en un escenario de futuros proyectos de colonización, instalación de misiones religiosas e instituciones.

Con el convencimiento que el patrimonio no es solamente el depósito general de la historia; es también una idea inmersa en la historia. Un proyecto con fecha, con historia propia, pensamos este libro como el producto

de la confluencia generosa de los autores y sus colaboraciones de excelencia, quienes accedieron a compartir desde saberes y sensibilidades, muchos años de su labor académica y su ejercicio profesional.

Concretamos así una adeudada estrategia de la difusión a la comunidad, de una circulación de las cualidades y sentidos de un patrimonio visual, enriquecidos por los diálogos conceptuales de los autores, referidos a la polémica *“Conquista del Desierto”*, con todas sus implicancias debatidas constante y encendidamente, hasta nuestro presente.

Con todos los autores hemos contraído una gran deuda de gratitud, por haber confiado en nuestra propuesta.

Con la inclusión de la reedición del trabajo de Raone *La Primera Mensura en el Territorio de “El Triángulo” y sus históricas fotografías* les proponemos un dialogo reflexivo, desde una práctica historiográfica en el ámbito del Congreso sobre la Conquista al Desierto y los nuevos abordajes del hoy, en un contexto diferenciado de intereses y cartografías conceptuales interdisciplinarias que comparten una polisémica temática.

Verónica Tell, en su texto *Sombras (y opacidades) de la fotografía en las campañas de 1879 y 1882-83*¹, capítulo de su próximo libro, despliega la interrogación profunda e integral de sus miradas, sobre los registros, de diferenciadas temporalidades, de Antonio Pozzo (1879) y de Morelli (1882-1883) para Encina y Moreno.

Describe los protocolos de registro observados por estos operadores, en los artificios de las tomas y los actos de impostación de los cuerpos fotografiados. Su abordaje de inquisitorias observaciones construye a las imágenes, como entidades discursivas en un campo historiográfico y recupera, en los registros estudiados la fuerza de las fugacidades, devenidas en intensidades y constatación.

Con una refinada lectura de bibliografía y fuentes documentales, Tell inscribe en el estudio del horizonte de ideas raciales y antropológicas, con su proyección extra científica, la acción del Estado y su política fronteriza,

de afirmación de la soberanía para la una “nación civilizada”.

Sus estudios de las consecuencias de operatoria militares, políticas y administrativas ejercidas sobre espacios patagónicos y la diversidad sus grupos étnicos, su hábitat, las estructuras de sus sociedades y sus relaciones interétnicas, incluyen en su análisis exhaustivo de su selección de las imágenes, de la especificidad “representado”, la dialéctica de sus sombras y sus opacidades.

Marta Penhos en *Las fotografías del Álbum de Encina, Moreno y Cía. (1883) y la construcción de la Patagonia como espacio geográfico y paisaje*,² analiza rigurosamente su propia selección, de las 183 fotografías que integran el Álbum de Encina, Moreno y Cía. (1883). Desde una amplitud actualizada de lecturas y revisión de investigaciones, Penhos desarrolla una original hipótesis sobre las dinámicas de construcción las imágenes patagónicas registradas,

En su texto y desde su selección de imágenes, elabora una inteligente proposición, superadora de asignaciones fragmentarias y/o excluyentes, de anteriores estudios de los discursos de estas fotografías. Afirma, que en los registros estudiados, además de recuperar una concepción de espacio, traducible a datos cuantificables y clasificables, en paralelo, se despliega y aplica una noción de paisaje.

Esta eficiente y complementaria combinación, amplía el conocimiento de la especificidad de las condiciones de producción de imágenes en el proceso de apropiación del Estado, de la región patagónica. Imágenes que consagran una “memoria territorial legitimada” para la acción de ocupación civilizatoria con la implementación de la mensura, e incluyen, en paralelo, una aplicación de visiones “artísticas”, de diversidad de genealogías estéticas, para registro del espacio paisajístico.

Desde su selección en personajes y hechos, con una profundidad de interrogación, Silvia García en *Cultura fronteriza en guerra*, capta y analiza los signos, a veces,

fragmentarios, de las configuraciones simbólicas de sus mundos y acciones, en clave colectiva y/o subjetiva.

Desde los registros documentales, de arbitrio de la mirada de fotógrafos, un enriquecimiento de marcos conceptuales y la consulta de numerosas fuentes, la autora, accede al reconocimiento de vínculos compartidos, para recrear, a los entramados de intercambios culturales y persistencias, en una rica multiplicidad de actores, inscriptos de modos diferenciados, en lo que denomina “una cultura de frontera en guerra”, devenida de las transformaciones del espacio pampeano- patagónico, a partir de las intervenciones del Estado.

Emerge así en su texto, este territorio en transición, devenido en un dinámico escenario para las prácticas políticas “blancas” e “indígenas”, de los ejercicios del poder de sectores y actores, en sus disputas culturales, ámbito de la compleja urdimbre de negociación, conflicto y tragedia.

En *Reportes de Campaña. Las Fotografías de Antonio Pozzo ya las Crónicas de Remigio Lupo en la conquista territorial*, Claudia Torre (Universidad de San Andrés- Universidad de Buenos Aires), se dispuso eficientemente establecer un fecundo diálogo e intercambio, entre las prácticas autobiográficas de los testigos y los recorridos de sus memorias, de las transiciones vividas en espacios y sociedades, con repercusiones nacionales y regionales, donde la “autenticidad” de los registros fotográficos otorgan verosimilitud e interpelan a los relatos construidos desde estos espacios.

Emergen entonces los tonos vitales de hechos vividos, pasajes y reflexiones de Remigio Lupo, durante su corresponsalía para el diario La Pampa de Buenos Aires. Autor de la “correspondencia periodística” publicada en 1879, registra hechos singulares y cotidianos de la travesía, de la Expedición, en especial, con las vicisitudes del fotógrafo Antonio Pozzo, haciendo a sus lectores partícipes, de textos, producto de actitudes y sus introspectivas a las que asigna un fuerte valor testimonial.

La elección de Elizabeth Moreno de abordar, desde las propuestas de la antropología, a *Los dispositivos estatales y las políticas indígenas en las fronteras de Pampa y Patagonia en el S.XIX*, reconstruye un el recorrido historiográfico para la entidad de la temática “fronteriza”, superando a los límites disciplinares, para una deconstrucción de los conceptos y definiciones del “otro bárbaro o salvaje”, en la disputa simbólica con la civilización, a legislar e implementar la ocupación territorial para una primera consolidación de las fronteras interiores. Leyes y un conjunto de disposiciones son analizadas en textos discursivos y aplicaciones en los dispositivos de control y estatización del espacio social fronterizo.

La rigurosidad de análisis de Cecilia Mayorga despliega el contexto de la denominada *cultura científica*, en la que se inscribe el texto y discurso de *El informe de la Comisión Científica agregada a la Expedición al Río Negro*. Desde las premisas ciencia, espíritu positivista y tecnología y el valor absoluto del progreso, se fundamenta el diseño e implementación la programática de la gestión territorial del Estado Nacional.

Con el objetivo de definir y aplicar el control de territorio, sus mensuras y futuras poblaciones, se precisaron análisis detallados, a partir de una percepción de una naturaleza “salvaje”, como un objeto de estudio y campo de futuras políticas de experimentaciones civilizatorias al servicio de un proyecto del país y su aparato productivo.

En *El detrás de la escena*, Andrea Savall nos introduce en el mundo de la conservación y restauración, mediante un riguroso análisis de las condiciones de preservación del material seleccionado y las necesarias intervenciones para su recuperación y mejora de las condiciones de guarda.

Asimismo, nos permite conocer las acciones que llevaron a la preparación del material para su exhibición en la Noche de los Museos 2016, incluyendo la digitaliza-

ción de las imágenes que conforman la serie ilustrativa del presente libro.

A manera de una libreta de campo y diario de viaje, desde una reflexión de Michael Foucault “al menos la historia prosigue” Julio Vezub, nos entrega su *Reporte de viaje: antes, durante y después en los campos de batalla del Neuquén, 1883-2015*, aplicando a la evolución de una configuración espacial ya registrada y abordada, una noción de arqueología singular, con nuevas tecnologías documentales.

El autor y los equipos multi técnicos y disciplinarios se internan en escenarios a lo que identifica históricamente y delimitan espacialmente, con una temporalidad dinámica, hasta nuestros días, para configurar, así, un ámbito de memorias en curso.

En un tenor braudeliano, en la producción de textos e imágenes nuevas, se interrelacionan e interpelan la evolución de la materialización de aquellas “memorias” de un pasado reconocido, adicionando y desplegando en él las nuevas formas del habitar de territorios y sus implicaciones culturales.

Con un minucioso registro visual etnográfico de las permanencias, y/o transformaciones y rupturas, nos revela elementos emergentes de un pasado-presente, acuñando nuevos conocimientos desde una idea de tradición y continuidad para espacios y sus dinámicas culturales, a lo largo de una etapa histórica ampliada.

MARÍA INÉS RODRÍGUEZ AGUILAR

Lic. en Historia y Archivóloga. Posgrado en Archivos Históricos y Administrativos (España). Docente en U. N. C. y U.B.A. Directora del Museo Roca – Instituto de Investigaciones Históricas (por concurso) desde 1985. Interventora en el Museo Histórico Nacional (2001 - 2002). Publicaciones: *Paisaje y Tragedia en Blanes*; *Las memorias de Mayo: la construcción de su repertorio iconográfica*; *Tradiciones italianas para la imaginación histórica en Argentina*; *El Centenario y la educación: la épica de la nacionalidad en debate* (coautor Prof. Miguel Ruffo). Libro: *Hebe Clementi, Una vida con historia* (en colaboración con la Dra. Carmen Sesto). Premios: “Alfredo Gramajo Gutiérrez: ¿Pintor de la Nación o documentalista antropológico? Fundación Telefónica-Espigas. Concurso: “Arte y Antropología”, 2004. Curaduría: Muestra *Las cosas del creer: Estética y religiosidad en Gramajo*. FUNDACIÓN OSDE (ambas con el Prof. Miguel Ruffo).

Es la conceptualización de Ballart, la que confiere al patrimonio histórico una condición de espejo, para reconocernos y explicarnos nuestra inscripción al territorio. Con estos sentidos, Vezub nos abre una puerta hacia el pasado, sus textos e imágenes nos acercan a la complejidad de un presente, en su inscripción territorial, en relación a su contexto regional y continental, donde, los procesos culturales fluyen, nos interesan y conmueven.

La presente obra finaliza con cuatro anexos que incluyen las reproducciones de las fotografías originales de los álbumes del patrimonio del Museo. Las imágenes además estarán disponibles en formato digital en la web de la institución, permitiendo así la máxima accesibilidad para todo tipo de público.

¹ Este texto es una parte de “Coordenadas de espacio y tiempo. Registros (y ficciones) de la expansión territorial”, el primer capítulo del libro de próxima aparición *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, UNSAM, 2016.

² Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Simposio “Diálogo de miradas. Fotografías e investigación histórica”, coordinado por Inés Yujnovsky y Verónica Tell en el 54° Congreso Internacional de Americanistas, Viena, 15 al 20 de julio de 2012. Agradezco a las coordinadoras y a los participantes del simposio sus valiosos comentarios y sugerencias. Una versión ampliada y revisada ha sido publicada en *Huellas: búsquedas en arte y diseño*, Facultad de Artes y Diseño, Universidad Nacional de Cuyo, N° 9.

LA PRIMERA MENSURA EN EL TERRITORIO DE “EL TRIÁNGULO” Y SUS HISTÓRICAS FOTOGRAFÍAS (Reedición)*

Juan Mario Raone

*Publicado originalmente en las Actas del Cuarto Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, celebrado en la ciudad de Mendoza y San Juan del 7 al 9 de noviembre de 1977. Tomo IV. Buenos Aires, 1983. Academia Nacional de la Historia.

I

Al presentar este trabajo particularizado en la primera mensura realizada en "El Triángulo", tierras que hoy son de la provincia del Neuquén y que por aquel entonces pertenecían a la Gobernación de la Patagonia, pronta a ser desmembrada en los territorios nacionales sureños, queremos hacerlo como un pequeño aporte para valorar las dificultades que debieron afrontar quienes realizaron este tipo de tareas, así como hacer notar el empeño y la visión del futuro promisorio que podrían tener estos territorios, si se los lograba sumar a las tierras a colonizar con el afluente inmigratorio que propugnaba la Ley Nº 817 del 10-X-1876.

Ello nos permitirá comprender un poco más respecto al espíritu que animaba a esa tan mentada "generación del 80", y especialmente la serie de casi dos centenares de fotografías, que ellos tomaron en esos territorios casi inexplorados y que las fuerzas militares iban ganando para la civilización, nos ayudarán a visualizar mejor la lucha que tanto agrimensores como soldados debieron realizar con el medio geográfico, tan distinto al de la zona de la Capital Federal o la pampa húmeda.

Esas fotografías, en que aparecen columnas expedicionarias, fuertes y fortines, indios prisioneros, tribus sometidas, etc., en pleno territorio cordillerano hasta entonces en poder del indígena, en una demostración palpable de que la ocupación de la pampa y patagonia no

fue "un paseo militar", como algunos expresaran entonces y más tarde, por veladas razones políticas.

El hecho que presentamos no es único ni aislado, y más bien lo podemos considerar sintomático de una época, en la que la intrepidez de los militares, que iban buscando asentar las fronteras definitivas del país, contagiaba a los civiles, que arrostraban también las dificultades y peligros de esas tierras desconocidas, para abrir nuevos horizontes a la Patria, a la ciencia y a la civilización, colaborando todos para que a esos rincones pudiera llegar la tan ansiada colonización, que habría de cambiar el rumbo social, político y económico de la nación, permitiendo superar la crisis económica que atravesara el país durante el período presidencial anterior, desarrollando y fortaleciendo la agricultura y la "ganadería".

II

Antes de comenzar a estudiar el trabajo realizado por los agrimensores y su fotógrafo, debemos observar cuál era el conocimiento geográfico que de esta zona se tenía en esa época; muy deficiente, como podemos demostrarlo palmariamente.

Es sabido que los conocimientos del territorio en poder del indígena fueron muy escasos, y en todos los mapas antiguos poco era lo que se registraba de cierto, especialmente del interior, ya que los pocos informantes

aborígenes nada sabían de meridianos, paralelos o coordenadas, y eran pocos los ladinos que pudieran expresarse en lengua castellana. (Ver mapa de Falkner, Cardiel, Gano y Olmedilla y otros.)

Muy lento fue el avance de dichos conocimientos en la zona neuquina, a las informaciones de Villarino en 1783, apenas se le agregan algunos datos en 1804 (Molina y Vasconcelos), 1807 (De la Cruz), 1833 (Descalzi, Pacheco y Ramos), 1862 (Cox), 1872 (Bejarano), 1875 (Francisco Moreno) y así llegamos a la campaña del general roca en 1879, en que se ocupa la línea del Neuquén, con todo, los mapas confeccionados en base a dichos datos no son exactos y contienen muchos errores, que el alto mando militar no desconocía.

El general Roca le había dicho a Estanislao S. Zeballos, en ocasión de comunicarle el juicio que le había merecido su obra *La Conquista de Quince mil leguas*, que éste había hecho por su encargo: tenemos además que corregir la geografía de esa región".¹

En lo que se refiere a la zona cordillera neuquina era tal el desconocimiento que ello da lugar a equívocos y problemas con las tropas chilenas durante la Campaña a los Andes de la Patagonia² y en la anterior campaña de 1881 al lago Nahuel Huapi, en el diario de marcha de la la. Brigada se anota al llegar a la zona de Aluminé "los baqueanos con que cuento no conocen un paso más adelante". Y para que el lector comprenda la situación general basta observar el plano de la región de Lonquimay, confeccionado por el coronel Olascoaga y que agrega al informe que presenta al diario la tribuna, y que éste publica en ocasión del sonado asunto del combate de Aluminé o Icalma.³ Nuestro primer gobernador, sobre el que todos coinciden en que era conocedor de nuestro territorio, nos presenta en el plazo una verdadera galimatías con los ríos que están al sur del río Agrio y hasta el Collón Curá lo desdobra en "Councurá (confluente del Manchana-Có,?, y formando el "Catapuliché" que registrara Villarino) y "Vuta Cuyum" formado por el Aluminé y otro río sin nombre⁴.

El Gobierno era consciente del problema que significaba ese desconocimiento, y por eso había dispuesto la creación del Departamento de Ingenieros Militares y Oficina Topográfica Militar, al mando de las cuales roca puso a su Secretario el Coronel Olascoaga, para que con su equipo, en el que figuraban hombres de la talla del Capitán Clodomiro Urtubey e Ingenieros Virgilio López y Eliseo Schieron, iniciaron la exploración y estudio de la zona cordillerana del sur mendocino y norte de Neuquén en 1885⁵. Por otra parte, la ex Dirección de Tierras y Colonias y el Departamento de Ingenieros Civiles trabajaban para poner en marcha los grandes proyectos y propósitos que el gobierno tenía con respecto a la colonización de la pampa y patagonia.

Una prueba de ello es el Decreto del 7 de setiembre de 1881, en cuyos considerandos se expresa: "como medida previa para aplicar un sistema racional de colonización de los territorios desiertos es necesario proceder a su reconocimiento, mensura y subdivisión de acuerdo a la naturaleza de cada región".

III

Y es por ello que en el art 1º establecía:

Mientras el H. Congreso resuelve sobre el proyecto general propuesto por el Poder Ejecutivo para la enagenación de las tierras nacionales de la Patagona, se procederá a la mensura, subdivisión y levantamiento topográfico de las que,, según el artículo segundo del proyecto, quedan comprendidas en la primera sección de aquel territorio.

Se refería al proyecto de la después Ley nº 1.265 del 3-XI-1882, en cuyo art. 3º se establecían 3 secciones de tierras, de las cuales la 1ª eran los "Territorios de la Pampa y Patagonia". Hago notar que por la Ley 954 la Gobernación era de la Patagonia, solamente, pero es dable observar en los planos, notas y decretos, inclusive, la mención de, por ejemplo: "Territorio Nacional del Neuquén y Limay", como en el caso que nos ocupa.

Y ya en el artículo 2º del mencionado decreto entran en escena nuestros principales actores, al fijar:

Esta operación será practicada a costa propia por los agrimensores don Edgardo Moreno y don Carlos Encina en las tierras de dicha sección situadas entre la Cordillera de los Andes y la confluencia de los ríos Limay y Neuquén, y por el agrimensor don Telémaco González en las de la margen derecha del río Negro desde su desembocadura en el Atlántico hasta su origen en el punto antes citado⁶.

Comisionados por decretos del 31 de agosto, del ya citado del 7 de setiembre y del 12 de noviembre de 1881, para "medir los territorios nacionales comprendidos entre los ríos Neuquén (sic) y Limay, la Cordillera de los Andes y el Lago Nahuel Huapi", según reza al presentar la diligencia de mensura (en adelante "D.M.") el ingeniero Moreno, que lo hace "en representación de la Sociedad de los Ingenieros Encina, Moreno y Cía."⁷. Se les había concedido 18 meses para presentar a examen la mensura.

Dado los ingentes gastos que una empresa de este tipo requería, los nombrados solicitaron un anticipo sobre los honorarios que habrían de corresponderle, entregándoseles en noviembre de ese año 24.000 pesos fuertes.

Como la mayor parte del trabajo debía realizarse en zona cordillerana y de precordillera, el equipo viajó a Mendoza, para conseguir la caballada y las mulas suficientes para transportar los equipos, así como el personal para esos menesteres.

Siguen luego hasta el Fuerte Cuarta División, sobre el río Neuquén en su confluencia con el Curileuvú, lugar que sería luego elegido por Olascoaga para fundar Chos Malal. Ante una serie de contrariedades, el ingeniero Moreno le presenta una nota al ministro del interior, en la cual expresa:

Las penurias de un viaje difícil y penoso como es el de Mendoza á 4º División sobre el Neuquén agravaron la salud de mi malogrado socio y compañero D. Carlos Encina a punto de tener que dividir la expedición en

aquel último punto. Una parte de la penonada siguió viaje a Buenos Aires con Encina por el río Neuquén, dirigiéndome yo con el resto de los elementos al Campamento de Uñorquin donde debía plantearse y donde efectivamente plantié la operación.

A pesar de lo avanzado de la estación pude continuar los trabajos, hasta que alarmados los peones con la noticia de haberle sido arrebatado por los indios una caballada al comandante Nadal, y temiendo los fríos y la nieve, se retiraron en su mayor parte dejándome reducido a no poder continuar los trabajos.

No obstante estas contrariedades, la operación pudo plantearse, se ha efectuado un prolijo reconocimiento del campamento de Uñorquin y sus alrededores y otro de los fortines últimamente establecidos al sur del río Agrío, relevamientos que figurarán con todos sus detalles en los planos que oportunamente presentaremos a V.E.

Poco tiempo después de comenzados los trabajos y del retiro de los peones a que antes me he referido, recibí por telegrama la infausta nueva de la muerte de mi compañero el sr. Encina acontecido en el trayecto de Roca a Choele Choel abordo del vapor "Río Negro". Esta desgraciada circunstancia, la del retiro de los peones y lo avanzado de la estación me obligaron a suspender la operación y retirarme por el momento a Roca adonde he dejado dos ayudantes y algunos peones con los elementos de la expedición y la caballada para continuar los trabajos a principios de la próxima primavera.

Los hechos y las contrariedades brevemente expuestas y otras inherentes a una expedición de la naturaleza de la nuestra nos han originado gastos extraordinarios fuera de toda previsión, que en cualquier momento estamos sin embargo dispuestos a justificar con documentos escritos.

Ahora bien, habiéndose agotado la suma que V.E. se sirvió acordarnos como adelanto a cuenta de nuestros honorarios, nos es indispensable para dar cumplimiento a nuestra comisión recabar de V.E. un segundo anticipo en la misma calidad del primero, de doce mil pesos fuertes. A ello nos obliga la circunstancia de tener que reponer los caballos, mulas y haciendas perdi-

das en gran parte o inutilizados a consecuencia de las largas jornadas recorridas y de las escabrosidades del terreno, así como la nueva adquisición de víveres, sueldos de ayudantes y peones, etc. Es gracia, Excmo. señor Edgardo Moreno y C^a Ingenieros.

A continuación existen estas anotaciones que me exhiben de comentarios: "Ministerio del Interior - Noviembre 3/82". "No ha lugar y archívese (sic)" (fdo.) "Irigoyen"⁸.

Sin embargo debe acotar algunos datos a lo informado por Moreno, para que se comprenda mejor la situación.

Uñorquin, más tarde se lo siguió llamando Ñorquin (así ya figura en el Plano II de la mensura), era el campamento militar al cual el coronel Ortega había pasado, el 18 de febrero de ese año, las tropas de la Primera Brigada de la 2^a División de Ejército que estaba acantonada anteriormente en el fuerte 4^a División⁹. Al principio acamparon en la parte norte del valle y luego el ingeniero Saidler trazó el mismo en la parte sud, campamento que figura en el referido Plano II y en las fotografías N° 5 al 12, tomo II del Álbum del Museo Roca (en adelante: AMR/II) y del 11 al 18, I^o, II del álbum del Círculo Militar (en adelante: ACM/II), y que las tropas ocuparon al regresar de la campaña de 1882/3¹⁰. A foja 69 de la D.M. figura la toma de latitud de "Ñorquin" habiendo resultado 37° 44' 57", no dando, como en otros, la longitud.

Respecto a los inconvenientes climáticos que debieron soportar ese invierno del 82, debemos aclarar que la posición tomada por la peonada mendocina no era cobarde ni desatinada, sino todo lo contrario, como lo deja ver la crítica situación por la que pasaron las tropas del ejército acantonadas en el lugar, y que tan bien refleja el coronel Daza en su libro Episodios Militares, en su Cap. IX, al bloqueo que por la nieve debieron soportar ese invierno, en el que, cortadas todas las comunicaciones, debieron apelar a la carneada de los propios caballos del regimiento, y todos sabemos lo que significaba sacrificar a "los blancos de Villegas".

Su lectura iluminará mejor sobre los difíciles momentos que vivieron en la zona.

De esas tormentas tenemos antecedentes de varias, como por ejemplo: la que informa el coronel Olascoaga desde "Chosmalal, agosto 25 de 1887" al director de La Tribuna Nacional, en cuya nota refiere los problemas originados con la inundación del Agrío y otros ríos, y muy especialmente al campamento de Ñorquín que él abandonara el mes anterior para fundar, con su personal, la nueva capital neuquina¹¹, o la que en 1899 originara la desaparición bajo las aguas del campamento de Las Lajas y las localidades de General Roca y Viedma, estas últimas a la vera del río Negro. Personalmente pude observar la que en junio de 1972 azotó el noroeste neuquino, en que el río Agrío se llevó el puente ubicado en Loncopúe y los ríos dejaron incomunicada a una gran zona, problema que se agudizó con la caída de dos helicópteros que la aeronáutica había enviado para auxiliar a los pobladores sitiados. Como se recordará todo el pueblo argentino acudió solidario a remediar la crítica, situación de los pobladores.

Para recordar las dificultades que para operar en la zona existían entonces, especialmente en la época invernal, podemos recurrir a los numerosos informes de los Jefes de Frontera, algunos de cuyos memoriales podemos leer en numerosos artículos periodísticos de la época, o también en las memorias militares de 1881 al 87.

Y ya en lo que específicamente era más parecido, por ser una tarea muy similar a; la que realizaban nuestros agrimensores, recordamos algunas frases de la nota que Olascoaga, como Jefe de la Oficina Topográfica Militar le remite al Inspector Comandante General de Armas y que data en "Neuquén, Noviembre 19 de 1881", y en las que se refiera a las posibles causas por las cuales se retiran de la comisión cuatro Oficiales auxiliares (ingenieros). Dice nuestro geógrafo y gobernador:

Las fuertes y continuas tareas, las lluvias y los vientos soportados a campo libre, la fatiga consiguiente en las

marchas por lugares no transitables... son sin duda razones que pueden aceptarse¹².

IV

Ante una falta de respuesta a su petitorio, lo que tomaría como presagio de una negativa, el ingeniero Moreno decide continuar con su tarea, para lo cual se embarca el 18 de octubre de 1882 en el vapor Villarino, llegando a Carmen de Patagones el 22 de ese mes. Mientras espera poder continuar viaje, toman las fotografías n° 2 al 13 del AMR/I (2 al 15 del ACM/I, en el 1° faltan la 13 y 15). Ocho días después se embarca en el vaporcito Río Negro, que estaba al mando del comandante don Erasmo Obligado. Lo hace con destino a "Villa Roca" —dice Moreno— en compañía de su amigo el general Conrado E. Villegas y otros jefes y oficiales que iban a Choele Choel y General Roca, para intervenir en la Campaña a los Andes de la Patagonia.

Después de 13 días de viaje, incluidos los 4 de estadía en Ch. Choel, donde toma una vista del vapor Neuquén (foto 14 AMR/I-16 ACM/I), llegan al puerto O'Gorman de General Roca, donde, como ya lo informara, había dejado hombres, animales y elementos el año anterior. Allí toman las fotografías n° 15 al 22 AMR/I (17 al 25 ACM, faltando la 21 en el 1°). Recién el 3 de diciembre, según lo manifiesta en su correspondencia especial para la prensa, que data en "Paso de los Indios, febrero 7 de 1883", y de la que extraemos estos datos, "se puso en marcha hacia la confluencia de los ríos Neuquén y Limay nuestra columna expedicionaria, compuesta de dos ingenieros jefes, cuatro ayudantes, un administrador general, un perito en minas, un fotógrafo y químico, cincuenta y tres peones, y sirviéndonos de escolta diez y siete soldados del batallón 2 de infantería de línea, al mando del sub-teniente D. Horacio Pintos¹³". Durante el viaje encontraron una caravana de colonos que iban para la nueva "Colonia La Huerta", creada junto al fortín "Primera División", tomándoles la fotografía n° 23 AMR/I (26 ACM).

En la "conclusión" del artículo mencionado y que la prensa publicara en una edición posterior con el título de "En el Triángulo", Moreno dice:

El 5 de diciembre llegamos al legendario fortín "1ª División", llamado hoy "Limay" no sé porqué, adonde en marzo de 1882, el entonces capitán Gómez, hoy sargento mayor de la nación, se defendió heroicamente con 30 hombres y derrotó a cerca de mil indios.

Ahora mismo existen diseminados en las inmediaciones de este fortín, varios; cráneos y restos de los salvajes que trataron de asaltarlo.

En este fortín hay oficina telegráfica ligada con Roca, y acaba de construirse un depósito general de víveres, para, el racionamiento de las tropas expedicionarias al lago Nahuel-Huapí, que comanda en jefe el general Villegas.

Y gracias a ellos tenemos los historiadores las notas gráficas del fortín "Primera División", de su oficina telegráfica, en construcción (pues aparece sin techo) y de los primeros trabajos efectuados en el "Canal de los Milicos" y Colonia "La Huerta", que dirigía el sanjuanino don Hilarión Furque, cuya "casa" también registran en una placa, (fotos 25 a 28 AMR/I, 27 a 31 ACM, en el 1° falta la 28 ACM y en el 2° la 25 AMR).

Como todos los amigos de la ciencia de aquella época, no podían dejar pasar una ocasión tan importante como la que se les presentaba en aquellos días, y que solamente se repite, alternativamente, cada 105 a 108 años: el "paso" de Venus por delante del Sol. Moreno cuenta en la citada comunicación a La Prensa

El día 6 a las 9 a.m., nos hallábamos en la margen izquierda del río Neuquén: media hora después nos trasladábamos en bote a la orilla opuesta, y empezamos a observar con el teodolito el pasaje de Venus. A las 9 y 33 minutos empezó el primer contacto del astro con el limbo occidental del sol, y a las 3 y 27 tuvo lugar el segundo contacto sobre el disco opuesto.

Entendemos que habrán aprovechado esa oportunidad para haber tomado la paralelaje solar y venusiana e informado respecto a dichas observaciones al Instituto

Geográfico Argentino, del que era socio Moreno, especialmente en la conferencia que debió dar en la segunda quincena de junio de 1884, según se concertara en la sesión del 9 de mayo¹⁴. Lamentablemente dicha conferencia no ha sido volcada en los boletines del instituto, razón por la cual desconozco lo expresado en ella.

Que los expedicionarios tomaban en cuenta ese raro hecho astronómico nos la da el comandante Prado, cuando recuerda la toma —ese mismo día— de algunos familiares del cacique Manuel Namuncurá, en el capítulo El Paso de Venus de su libro Conquista de la Pampa (varias ediciones).

Sigamos con la narración que nos hace el propio Moreno de la continuación de sus tareas, que reinician en las quintas del actual barrio “confluencia” de la capital neuquina.

Al siguiente día, 7 de diciembre, nos hallábamos por fin al término de nuestra primera etapa; y empezamos los preparativos de la operación de mensura; iniciada el año ppto. La confluencia de los ríos Neuquén y Limay, que forman el río Negro, me hizo recordar por muchos conceptos, el delta de nuestro gran Paraná.

Aquellos dos ríos al unirse para formar el estuario del río Negro, presentan un laberinto indescifrable de las islas grandes y pequeñas y bancos de arena y piedra de cantos rodados... Tenemos situado nuestro campamento general sobre un precioso arroyo o brazo del Limay, bajo una bóveda de corpulentos sauces, pero a los cuatro o seis días nos hemos visto obligados a trasladarnos sobre el río mismo, porque la bajante de las aguas es tan grande, que el arroyo comienza a secarse.

Entre tanto, el calor toma proporciones alarmantes, a tal extremo que el 27 de diciembre, a las 3 de la tarde, el termómetro centígrado marca cuarenta grados a la sombra y 59 dentro de la carpa... Estamos, pues, en el valle del Limay, a dos y medio kilómetros de la confluencia, y a nuestro frente se destacan las Sierras Roca, que en una vasta longitud SE extienden de nordeste a sudoeste. El valle presenta en esta parte una anchura de 4 y medio a 5 kilómetros.

La parte de este valle sobre la margen del Limay, es

abundante en pastos tiernos como trébol de olor, gramilla y cebadilla, particularmente en las grandes rinconadas que forma el río. Una prueba evidente de la excelencia de este terreno para el pastoreo, es que en menos de un mes los 800 animales que traemos desde Buenos Aires y de Roca, extenuados después de un largo y penoso viaje, se reponen de una manera increíble. En cambio el resto del valle hasta el pie de las Sierras Roca, aunque regado por varios arroyos y vertientes presenta un terreno en su mayor parte guadaloso, con poquísimos pastos y con una vegetación mezquina como la jarilla, el cachiyuyo, la zampa, el chañar blea, el molle y otros arbustos espinosos que caracterizan la vegetación típica de las sierras de estas latitudes¹⁵.

Aquí tomaron las fotografías N° 29 a 35 AMR/I (32 al 38 del ACM/I siendo las 34 y 35 AMR diferentes que las 37/38 ACM, pero que responden a placas tomadas sucesivamente, razón por la cual, en el breve lapso en que se tardaba en reponer en la cámara la nueva placa virgen y prepararla para su impresión, los personajes que se encontraban en el escenario —el mismo en ambas tomas— se han movido o cambiado de lugar, lo que es verificable si se observan con atención las fotografías).

Precisamente por las fotografías 34 AMR/I y 37 ACM/I sabemos que el fotógrafo disponía de dos cámaras, pues puede ver a una de ellas sobre su trípode. Es una similar a la que vemos que utilizan los fotógrafos ambulantes en plazas y paseos públicos. Estimo que podrían ser como la cámara oscura Darlot que utilizara Estanislao Zeballos en su recordado viaje hasta Choele Choel en 1879, quien expresara:

Aparte de numerosos instrumentos útiles para mis propósitos, completaba el material científico de la expedición una fotografía portátil, compuesta de la cámara oscura Darlot y del laboratorio correspondiente para todas las manipulaciones de la fotografía, desde la preparación y baño de los vidrios hasta la revelación, fijación y barnizamiento de los negativos. En cajas de madera con canaletas en las paredes laterales fueron arreglados sin movimiento e independientes unos de otros, setenta vidrios de m. 0.35 por 0.20 y no

menos de cincuenta menores; y en otros tres cofres los frascos de ingredientes y la máquina con sus accesorios, de suerte que toda la fotografía medía un volumen de 50 cm³ y podía ser seguramente aparejada sobre el lomo de una acémila¹⁶.

Hacemos notar que Zeballos manifiesta haber tomado 70 vistas de mayor formato y varias menores, de las cuales publica 28 láminas realizadas con fotografías retocadas, mientras que el fotógrafo de esta expedición ha debido tomar más de dos centenares, ya que conocemos 190 grandes (de los dos álbumes), existiendo en el Museo Mitre algunas otras de autor desconocido, tomadas en Carmen de Patagones y el río Negro, de muy similar factura y época de registro. Entiendo que el equipo debía ser el doble de grande.

Y comienzan las tareas que habrían de dar por resultado la mensura especificada en el Plano I, es decir, la primera de las cuatro partes del trabajo encomendado, y que comprendía las Secciones I a XI, del "Territorio Nacional del Neuquén y Limay", secciones que no se ajustaban a la numeración corrida que desde el norte de la Gobernación de la Patagonia utilizaran en el norte del Neuquén los agrimensores Octavio Pico y Cía. El orden de trabajo lo relata el mismo Moreno en la ya referida comunicación a La Prensa en esta forma:

Así que se hubo terminado en dos semanas próximamente las observaciones-astronómicas para determinar las coordenadas geográficas de la confluencia, el relevamiento de las islas anexas y la mensura completa del valle del Limay, se distribuyeron cuatro comisiones con el personal técnico, peones de trabajo y escollas respectivas en el orden siguiente: un ayudante para relevar el curso del Limay y del Picun Leufú hasta la altura del Paso de los Indios (50 leguas próximamente), otro para trazar las líneas interiores que deben formar las zonas, secciones y lotes, un tercero para relevar el curso del Neuquén hasta la misma altura, y uno de los jefes encargado de trazar interiormente líneas a medios rumbos, que servirán también para limitar secciones y lotes de legua y media; kilométrica cuadrada¹⁷.

Observamos que en la marcación de Secciones y lotes de la mensura no se siguió el articulado de la Ley 817 de 1876, que establecía el trazado "en secciones cuadradas de veinte kilómetros por costado" (Art. 65) y la subdivisión "en cuatrocientos lotes de cien hectáreas cada uno". Solamente se tomó la delineación "a medios rumbos corregidos" del art. 79. Tampoco se ajustan a las instrucciones dadas a los que mensuraron los terrenos de la pampa y nortpatagonia y que luego fueron ratificadas por el art. 6º de la ley 1265, es decir trazando secciones de 1 millón de Has. (400 leguas de 2.500 Has.), dividiendo cada sección en cuatro fracciones de 250.000 Has. (100 leguas) y a cada una de estas fracciones en 25 lotes de 10.000 Has. (4 leguas cuadradas). Todas las secciones, fracciones y lotes en forma de cuadrado, y tomando rumbos exactos N-S y E-O para las divisiones, sistema adoptado por Octavio Pico y Cía. en la mensura de las Secciones del norte de nuestra Provincia, y que siguen la numeración correlativa comenzada en el N. de la entonces Gobernación de la Patagonia, hoy La Pampa, y siguiendo en Río Negro.

Leemos en la foja 1 de la D.M.:

Con arreglo a las instrucciones recibidas del Departamento de Ingenieros Civiles, se tomó por punto de arranque el señalado en el plano con la letra O, situado en el valle del Limay a nueve metros de un arroyo tributario del río de aquel nombré. Fijado previamente la meridiana de dicho punto, y determinada por una serie de observaciones su latitud que resultó S. 38° 58' 15" 49/100 se procedió a relacionar la posición de este punto con el A donde se verifica la confluencia de los ríos Limay y Neuquén. Este punto A se halló en la punta sur de una isla enfrente a la cual se unen los dos brazos principales de aquellos ríos, y en él se colocó un gran mojón de tierra y césped con un grueso tronco do sauce en el centro¹⁸.

Fácil será colegir que "el gran mojón, etc." desapareció barrido por las aguas en las impetuosas avenidas de los ríos Neuquén y/o Limay, en cualquiera de sus grandes inundaciones.

Y prosiguiendo con la subdivisión leemos a foja 15 vto.:

Los lotes según lo prescripto por el departamento han sido formados por líneas paralelas a la base AB y equidistantes de 2.500 m) dos mil quinientos metros cada uno: los regulares son rectángulos de (2.500 m) dos mil quinientos metros de frente por 15.000 m) quince mil de fondo y cada uno encierra una superficie de (37.500.000) treinta y siete millones y medio de metros cuadrados o sea *una y media legua kilométrica cuadrada*¹⁹.

Vemos por el Plano y las correspondientes planillas aclaratorias de la D.M. que los agrimensores trazaron secciones de 32 lotes regulares, cuando el terreno y los accidentes topográficos lo permitían, formando rectángulos regulares de 30 Kms. de NO-SE y 40 Kms. de NE-50. Las secciones I, II y III lo hacen teniendo como límite N.E. la línea trazada desde el ya referido Punto A en la confluencia hasta el Punto B sobre el Neuquén, siguiendo una línea recta a medio rumbo NO-SE, quedando sin lotear una franja contra el río Neuquén de 661,677123 mts. cdos. - 26,4670849 leguas cuadradas. Estos terrenos fueron mensurados luego por varios agrimensores en lotes transversales a los trazados por Encina, Moreno y Cía., entre los que se cuentan los del NO. de esta ciudad de Neuquén y Centenario y su Colonia, y los que ocupan la Central Hidroeléctrica de Planicie Banderitas, del Complejo Chocón-Cerros Colorados.

La Sección I la dividieron en 18 lotes regulares y 16 irregulares que dan frente al río Limay. Las Secciones II, V, IX y X son regulares de 32 lotes. De la III hay 11 regulares y 16 irregulares frente al Neuquén. En la IV hay 17 regulares y 16 irregulares con frente al Limay. En la VI hay 24 regulares y 6 irregulares. En la VII que también limita al Neuquén tiene 15 regulares y 5 irregulares, existiendo además las fracciones irregulares contra el río denominado "a" a "f" que prosiguen de "g" a "v" (16 fracciones) en la Sec. XI, que tiene también 32 lotes regulares. La Sec. VIII tiene 16 regulares y 16 irregulares frente al Limay.

La tarea era amplia, ya que no se concretaba a tomar rumbos, medir, mensurar y trazar lotes, sino que en las instrucciones se les pedía lo que luego lo determinaría taxativamente el art. 8º de la ley 1265, ya que debían redactar "una memoria descriptiva de la sección medida, en la que indicarán las áreas más apropiadas para la agricultura y asiento de pueblos y colonias, explicando los fundamentos de su opinión", ya que recién entonces "En vista de las memorias e informes recibidos, el P.E. determinará las áreas que deben reservarse o excluirse de la enagenación". Y es por eso que el equipo de Encina, Moreno y Cía. tenía personal idóneo para recoger datos de los terrenos, flora, fauna, mineralogía, clima, etc., que pudieran dar una idea de las posibilidades de colonización o utilización, pues se preveía lo que después especificó el art. 9º de la ley mencionada: "El Departamento de Ingenieros, al expedir su informe, manifestará cuáles son las áreas que a su juicio deben destinarse para la ganadería, para la agricultura y para asiento de pueblos y colonias".

De acuerdo a ello informan en la D.M.: "*ASPECTO GENERAL DE LOS VALLES DE LOS RIOS NEUQUEN Y LIMAY*"; que con mayor abundancia de datos lo refiere Moreno en su Comunicación a "La Prensa", ya citada, así como también sobre el Aspecto del terreno interior (fojas 19, 19 vto. y 20 de la D.M.). En este último informe dicen:

Hacia el límite noroeste del polígono medido se ha levantado el plano y relevado el curso de una gran cañada que en una considerable extensión corre y va a confluir en el arroyo Covunco. Esta cañada contiene un curso de agua entre colinas y sustenta pastos abundantes como el trébol, la cebadilla y la gramilla.

Se refiere al Cañadón Santo Domingo. Y a renglón seguido expresan:

COLONIAS: Dentro del polígono medido se ha podido observar que la parte más adecuada para el establecimiento de una colonia agrícola se encuentra en el valle del Limay partiendo de la confluencia hacia el oeste. Es la zona de la Sección I comprendida entre el río y las "Sierras Roca" con un frente de cuarenta a cuarenta y

cinco kilómetros sobre dicho río y un ancho que varía entre cuatro y medio y siete kilómetros. La tierra de este valle, vegetal casi en su totalidad, es perfectamente cultivable y especialmente apta para el desarrollo de cereales. En la ribera del río y en las muchas islas que ésta forma abunda la madera de sauces blancos y colorados que pueden proporcionar en mucha cantidad los elementos para las construcciones que hubieran de hacerse. A esta circunstancia puede agregarse la de ser navegable el río Limay en toda la extensión indicada, lo que facilitaría el transporte de los productos por el río Negro. A pesar de lo expuesto no se ha demarcado sobre el terreno la porción que podría destinarse a una colonia en la forma geométrica y con las dimensiones proscriptas por la Ley de Colonias a causa de no permitirlo la presencia de las "Sierras Roca" que cierran el valle en la forma indicada en el plano, de una manera irregular. Por esta razón nos limitamos a indicar simplemente nuestras ideas al respecto y someterlas a la consideración del Excmo. gobierno, para la resolución que estime por conveniente. Y cierran la Diligencia de Mensura de la primera parte de su trabajo con la data: Buenos Aires, julio 31 de 1883... "Por Encina, Moreno y C^a - Edgardo Moreno Y C^a".

El director ingeniero Guillermo White lo pasa a la Sección de Geodesia el 12 de setiembre de ese año, y el jefe de dicha Sección M. Silva lo eleva en devolución, haciendo la salvedad de que el terreno mensurado era de 1,310,917 Has. 23 a. 64 ca., estando la diferencia dentro de los límites fijado por la Ley.

Por decreto de fecha 5 de julio de 1884, según copia que existe a foja 133 vto. de la D.M.(aunque estimo que la fecha debe ser 1885), y que firman Roca y Bernardo de Irigoyen, se aprobó esta mensura.

En el Plano I. figuran ubicados los antiguos fortines "Cabo Alarcón" y "Covunco" en las Secciones VIII y VII, respectivamente, y que muestran las fotografías 38 y 39 AMR/I el primero y 61 y 62 AMR/I el segundo. Apunto que en el ACM/I figura la 38 en el n° 41 y la 61/62 como n° 53/54, pera la n° 55 está mal el epígrafe, ya que corresponde al fortín Cun-có, que estaba sobre el río Agrio, a poca distancia aguas abajo del actual las lajas;

como lo explica el epígrafe de la fotog. 63 AMR/I.

También se marca en el plano a los fortines rionegrinos "Limay" ya citado como "Primera División" y el "Vidal"; así como cita el "Mangrullo Chañar" del ex fortín "Chañar", al "Tratayen" (fotografía 47 AMR/I 46 ACM/), "Vanguardia", "Mangrullo" y "Paso de los Indios" del departamento Añelo, neuquino. A este último no lo cita en la D.M. cuando realiza las mediciones, a pesar de que en el "paso" está el Punto G de las triangulaciones, donde se tomó latitud y longitud y las fotografías 52 y 53 AMR/I (la 52 como 48 ACM). En la D.M. se los cita también a los anteriores.

He observado en este Plano la falta de mención de topónimos, ya que no señalan muchos accidentes geográficos, salvo la "Sierra Roca" que no es otra cosa que una alta meseta que rodea el valle inferior del Neuquén y Limay, llamado "bardas" en la Patagonia, el ahora promocionado "Carros Colorados", la ya mencionada "Cañada Grande" (Santo Domingo), los ríos Neuquén, Limay y los arroyos Covunco y Picún Leufú. La falta de cita de aguadas y algunos "ramblones" como decían los expedicionarios al ramblar como el del "Salitral de Centenario", al que nunca he visto seco en los 31 años que llevo en esta provincia, y que, incluso, fuera paradero indígena desde muy antiguo, me hace suponer que no recorrieron el interior con buenos baqueanos, y esto también me lo revelan la serie de fotografías tomadas en las zonas marginales de los ríos Neuquén, Limay y Picún Leufú: N° 36, 37, 40 al 46, 48, 49, 51, 54 al 60 AMR/I (39, 40, 42 al 45, 49 al 52 ACM, faltando algunas tomas del 1º).

El equipo sigue luego mensurando los terrenos que figuran en el Plano II, que comprende las secciones XII a XVI y XX a XXIII o sea las zonas 2ª, 3ª y 4ª, la que según plano y D.M. era una superficie de 5.563.910.177,92 m² - 222 leguas cuad. 556.407,51 m². Hacemos notar que en el título del plano figuran solamente "Secciones XIV a XVI y de XX a XXIIF. Entendemos que de esta parte del territorio ya tenían los apuntes tomados en la expedi-

ción del año anterior, como lo dice moreno en su carta al Ministro del Interior ya transcrita.

Aquí la labor del fotógrafo se torna mucho más interesante, ante la presencia de los fortines de la línea del Agrío que guarnecía la Primera Brigada. Además del campamento de Ñorquín, ya nombrado, registraron en el Plano II y en placas fotográficas a los fortines Cun-co (Counco, en el plano, Cum-có en documentos militares) fotografía ya mencionada en el capítulo anterior pues en el ACM/I figura equivocado el epígrafe (63 AMR/I-55 ACM/I); “Codihue”, asiento de la comandancia del Regimiento II de Caballería y de mucha importancia en el período 1882/88. Allí toma las fotografías al comandante D. Manuel Ruibal y los cuatro soldados ascendidos a sargentos por su acción en el combate de Cumullú²⁰, la presentación del cacique Reuquecurá, con Coñueme y Millacurá con sus familias, el bautismo de indios de estas tribus por el misionero salesiano P. Domingo Milanés, así como otras vistas del fuerte. Fotografías nos. 65 a 79 AMR/I (57 a 69 ACM/I). El “Huarrenchenque” o “Huerinchenque” en fotos 1 y 2 AMR/II (9 y 10 ACM/II), pero observo que en ambos álbumes tienen el epígrafe cambiado. El “Hualcupen” en la 4 AMR/II (74 ACM/II) y al cerro Campana Mahuida, en el que “acaba de encontrarse una mina de plata importante” lo muestra en la 3 AMR/II (73 ACM/II).

También fotografiaron al cacique Millamain (que), que citan como “Villamain”, su gente y las nuevas tolderías junto al campamento sorquín, así como a las viejas en Quilachenquil (ahora Quilachanquil), que ocupara basta su sometimiento a la Primera Brigada en la Campaña a los Andes de la Patagonia. Fotos 13/15 y 34 AMR/II (19/21 y 38 ACM/II).

Buena cuenta del paisaje cordillerano nos la dan las fotografías 80 al 100/I y 25/27 del AMR/II (algunas de ellas como 71/75 ACM/I 1/8 y 31/33 ACM/II) y demuestran también el difícil terreno por el que debieron transitar y mensurar la comisión.

Al presentar la D. M. informan:

ASPECTO GENERAL DEL TERRENO: El terreno comprendido en este plano, es como él que encierra el plano nº 1, de dos especies. El inmediato a los ríos y arroyos o sea en los valles por donde éstos corren y las mesetas más o menos accidentadas que limitan los primeros.

Los valles presentan el mismo aspecto y fertilidad que en el plano nº 1. El suelo generalmente arenoso, y blando, se encuentra en parte cubierto de pequeñas piedras sueltas (cantos rodados), y firme en los alrededores de las antiguas tolderías cuyos vestigios aún se ven. Los pastos son abundantes y tiernos, especialmente en la parte más cercana a los ríos.

En las mesetas, que conservan también las características generales de las comprendidas en el plano nº 1, las ondulaciones se hacen más notables y aumenta la cantidad de pastos con la proximidad de la Cordillera. Al mismo tiempo, disminuyen los arbustos que las cubren casi por completo en el plano nº 1. El suelo es arenoso y blando cubierto de cantos rodados de todas dimensiones o pedregoso y debido, sin duda, a levantamiento de los terrenos primitivos.

Y lo datan en “Buenos Aires, Agosto de 1884” “Edgardo Moreno y Cía.” (foja 61 de la D.M.)²¹.

Es en este Plano donde se registra mayor cantidad de topónimos, especialmente por la gran cantidad de arroyos afluentes del Agrío, que bajan de los contrafuertes andinos, algunos de los cuales son epónimos de los fortines citados y otros ya habían sido recorridos por las tropas expedicionarias hasta los pasos cordilleranos que debían cuidar. Como hay algunos que han cambiado, otros posiblemente equivocados y algunos otros se han modificado por el uso incorrecto de la lengua mapuche, me permito anotar algunas de esas diferencias. Arroyos: Huenechi-có (ahora) del Pino. Los Manzanos-Manzano. Llamuco - Yumu Yumu (a éste lo anota como Yume-Yume y afluente del Huerinchenque), aunque en la D. M. lo cita “Lla-mico” (foja 47 vto.). Campana-Ranquilco. Sanquilcó - Manzano (afluente del Liu-Cullín). Leu-Chullín - Liu-Cullín, y así figura en la D.M.

(foja 44 vto.). Pichi-Malal o La Lhaia (i); Las Lajitas. En la D.M. figura "ó La Laja". Counco = se secó. El paraje: Covunco. En la D.M. y en los epígrafes de las fotos como Cuneó y Cun-có, respectivamente. La "Laguna de los Porteños" —De la Porteña, en la Estancia homónima.

Por el Plano II, III y IV, así como por las fotografías, podemos colegir que los agrimensores debían mensurar desde los contrafuertes cordilleranos, sin llegar al límite con Chile, el que fue mensurado años después como "Zona Andina" y al sur como "Colonia Maipú" y "Colonia Nahuel Huapi" con distinta numeración de secciones y con lotes en forma arbitraria en el primer caso e irregulares en esta última²².

VI

El Plano III comprende las Secciones XVII, XVIII, XIX, mitad de la XX, XXIV a XXX, de las 4^a, 5^a y 6^a zona.

Según Plano y D.M. se midió y dividió una superficie de 11.233.751.871,54 m² — 449 leguas cuad. c/350.074,86, en territorio llamado de precordillera entre los ríos Limay y Catan Lil y los contrafuertes de la sierra del Chachil y una línea a medio rumbo entre ambos ríos.

Con menores dificultades debido al tipo meseteiforme de la topografía y con lomadas, pudieron trazar regularmente las secciones XVIII, XIX, XXV, XXVI y XIX y la otra mitad de la XX, con sus 32 lotes c/u. Las secciones XVII y XXIV presentan 16 lotes regulares y otros 16 irregulares con frente al río Limay. En la primera de estas secciones aparece ubicado el fortín Nogueira, el único en todo el plano, el que mantenían las fuerzas de la segunda brigada con asiento en General Roca, como enlace con los fuertes Junín, Maipú, Chacabuco y Sharples. La Sección XXVIII también con frente al Limay presenta junto a éste 16 lotes irregulares y tiene otros 11 regulares. La XXVII presenta 10 lotes irregulares frente al río Catan Lil, que figura como "arroyo Cataluin" y otros 6 también irregulares con frente a un arroyo sin nombre, que es el Ñireco actual. Por último la Sec. XXX presenta 16 lotes irregulares con frente al

Catan Lil y otros 3 regulares.

A foja 93 vto. de la D.M. dice respecto al:

ASPECTO GENERAL DEL TERRENO: Los valles del Limay, Picun-Leufu y Cataluin, presentan los mismos caracteres que los terrenos análogos comprendidos en los planos N^o 1 y 2, cuya descripción se ha hecho en las diligencias correspondientes.

En cuanto al terreno alto, conserva la misma fisonomía que en los planos anteriores; en la parte que constituye la 4^a zona y la lindera con esta de la zona 5^a. Pero en esta última zona, de los arroyitos que nacen en los lotes 8 y 9 de la sección XXVI hacia el N.O, hay un valle que sigue el camino, que del último conduce al Pichi-Picun-Leufú y Limay, al S.O.; la naturaleza del terreno cambia, notablemente. Desaparecen casi por completo las mesetas descritas con motiva de los planos anteriores, para dar lugar a una serie de colinas, con poco o ningún monte y abundante pasto, interceptadas frecuentemente por fértilísimas calles con excelentes aguadas (vertientes), donde se encuentran en general vestigios de algunas tolderías. El suelo arenoso, blando (guadaloso) y pedregoso.

Lo datan en "Buenos Aires, Agosto de 1884" y rubrican "Eduardo Moreno y. Cía." - Ingenieros Civiles²³.

Pocos son los accidentes geográficos marcados en el plano, además de los ríos mencionados precedentemente y la sierra del Chachil. Marca el cerro Picún Leufú, la "Cañada Grande" (Santo Domingo), una "laguna" y "bañados" en la sec. XXVII que no localizo ni figura en los mapas oficiales, y en la sec. XXVIII el cañadón "Valle de las Vertientes" y el "Valle de las Perlas", que son el arroyo Sañicó y el Zanjón Rincón Chico, cercanos a Piedra del Águila.

Observo que no se tomaron fotografías en zonas de este Plano, ni tampoco en las del Plano IV. Entiendo que el fotógrafo viajó en la comisión del Ingeniero Moreno, que realizó los Planos I y II, según lo refiere en la ya citada "comunicación a "La Prensa".

El plano siguiente, el IV, comprende las Secciones XXXI a XXXX (sic), sin especificarse zonas, ocupando los terri-

torios sureños neuquinos, desde el Limay a los primeros contrafuertes cordilleranos y hasta el sector este del lago Nahuel Huapi.

La superficie mensurada según Plano y D.M. fue de 84,482.777,62 m² -336 leguas cuad, c/593G87,0.

Aquí vuelve a notarse una relativa cantidad de topónimos, ya que se penetra en territorio conocido como “la región de los lagos”, de los cuales anotan algunos, así como una docena de ríos y arroyos. Miremos qué nos señala el plano.

Ubica los fuertes Maipú, Chacabuco (con toma de latitud y longitud e» su cercanía) Junín (sin el agregado “de los Andes” posterior) y Sharpless (que anota Charples), no figurando el Caleufu. Anota el cerro de la Virgen que tiene 1.663 mts. Y está en el extremo oriental de la sierra Mamuil Malal, como punto inicial N.O. de la operación, mientras que al otro extremo señala el nacimiento del Limay en el lago Nahuel Huapi. En sus cercanías ubica al cerro de la Gruta de Villegas (cerro de los Leones), Cerro Carmen de Villegas (que este titulara Virgen del Carmen en la Campaña al lago Nahuel Huapi, de 1881²⁴ y que sin embargo habría de perdurar con el nombre que aparece en el Plano IV). Los lagos Lolog (como “Loló”), Lácar (como “Lancar o Lajara”), Meliquina, Filohua-hun (dice “Filo-Hue-huen”) y “del Trafal”, además del citado Nahuel Huapi que marca solamente su parte oriental extrema y con una “Isla” en su interior sin nombre (Isla Victoria). Los ríos marcados son, además de los ya referidos Limay, Picún Leufú y Catan Lil, el Aluminé, Collón Cura (lo pone sin acentos) y Caleufú, así como los arroyos Chimehuin, Curhué, Coyunco, Quilquihue, Quemquemtreu (figura “Quem-Quenemtreu”), Trafal, Cala-Leu-Curá (actual Alicurá), Culla-Manzana (Cuyín Manzano).

En la D.M. a foja 108 vta. Se cita un lago “Cuya-Manzana” donde está la sierra Cuyín Manzano, que no aparece en el plano y desconozco que exista» no figurando en los mapas de la provincia.

Luego, al referirse a foja 123 de la D.M. al “*ASPECTO GENERAL DEL TERRENO*” dice:

La parte de este terreno limitada por los ríos Collón Cura, y Chimehuin al Sudoeste, es lo mismo que la linderera del plano N° 3, cuya descripción se ha hecho antes, acentuándose la fertilidad del suelo en el ángulo formado por los ríos mencionados.

Del Collón Cura y Chimehuin al Sudoeste se encuentran primeramente una planicie fértil cortada por numerosos arroyos, como lo indica el plano, que concluye en el contrafuerte de la Cordillera que partiendo de los alrededores de Chapelco, termina en la junta del Trafal con el Limay.

En este contrafuerte empieza a desarrollarse la vegetación arbórea que cubre, casi por completo, la Cordillera desde las nacientes del río Agrio hasta el lago Nahuel-Huapi. Abundan especialmente manzanas (que han dado nombre al territorio), ciprés, robles, pinos, ñires, chacay, etc. en cantidad suficiente para contribuir (sic) una verdadera riqueza, de aquellos parajes, por sus maderas, frutos, resina de pinos y otros productos.

Los pastos son abundantes y de buena calidad así en los valles, como en las faldas de los cerros y colinas. El agua se encuentra a cada paso.

Los valles de los ríos y arroyos conservan los caracteres generales manifestados con motivo de los planos anteriores, aumentando en general su fertilidad a medida que se remonta su curso.

El suelo siempre arenoso y blando a pedregoso.

Y lo fechan en “Buenos Aires, Octubre de 1884”. “Por Encina, Moreno y Cía. -Edgardo Moreno.”

He notado que en el duplicado de la D.M. no figuran los decretos de aprobación de los Planos II, III y IV y solamente consta una nota del General Américo Capdevila, Jefe de la 1ª División del Estado Mayor General del Ejército, solicitando copia de la mensura, así como la elevación al Director (de Tierras y Colonización?) de las copias heliográficas de los cuatro planos confeccionados por Encina, Moreno y Cía., a los que agrega el realizado por el agrimensor Ernesto Gramondo de las Sec-

ciones I a XI, con motivo de la mensura de los terrenos vendidos por el superior gobierno en esas secciones, fechando la elevación el 10 de enero de 1896, siendo la firma ilegible.

VII

Si bien no figuran fotografías de los territorios marcados en los Planos III y IV, podemos ver que el ingeniero Moreno, ayudante y escolta militar, recorrieron la zona del Departamento Aluminé, que no mensuraron, por la serie de tomas del 28 al 83/AMR/II (de las cuales aparecen algunas en el ACM/II como 34 a 72 y 75, aclaro que estas dos últimas son continuación de la 71).

En estas fotografías se registra al Fortín Pulmari o paso de los andes, conocido en el emplazamiento fotografiado por el nombre del arroyo Rumeco, lugar en el cual se presentaran entre otros caciques, Reuquecurá, su sobrino Manuel Namuncurá, Coñueme y Melicurá. Precisamente eran las tierras de veraneada de la tribu del primero. Aparecen también indios tomados prisioneros, así como paisajes de cerros, lagos, ríos, cascadas, paso del Aluminé por las tropas, etc., casi todos con espléndidas vistas de bosques de ñires o de pehuenes, y también de asociación de ambos árboles.

También el fotógrafo registró al Fuerte Cuarta División y el río Curileuvú que lame sus cimientos (fotos 17/21 AMR/II - 23/28 ACM/II) y en una muy posible salida de la zona por el camino a Mendoza, fotografían al Cajón del arroyo Butaco y su gruta, y al cerro Palao Mahuida y cerro Malal Negro, anotando que están "Camino del Fortín San Martín a 4ª División" (fotos 22/24 AMR/II - 28/30 ACM/II).

Todas estas fotografías pueden observarse en los dos álbumes que dos agrimensores regalaran "AL EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA NACION -TTE. GENERAL D. JULIO A. ROCA - 1883 (sic) - ENCINA, MORENO Y Cía" y que se encuentran en el Museo Nacional "General Julio A. Roca" y que tienen 100 fotografías en el tº II y 83 en el II, no todas de igual tamaño, pero generalmente de

21 por 16 cms., en color sepia, o en la copia realizada por el círculo militar en 1930, de algún otro álbum cuyo destino ignoro, a pesar de haber buscado en el propio Círculo y su Biblioteca, el Archivo General de la Nación, el Museo Mitre, el Instituto Geográfico Militar y otras bibliotecas y archivos.

Los dos álbumes editados por el Círculo fueron confeccionados en el Instituto Geográfico Argentino, y el ejemplar que le entregaran a la biblioteca del mismo (Biblioteca Militar Nacional) tiene pegada en la contrapunta interior la nota en que la Secretaría le remite el ejemplar, con fecha 17 de marzo de 1930, haciendo constar que su precio es de \$ 528,15 m/m. Lamentablemente no pude localizar el dato de la cantidad de ejemplares confeccionados, pero considero que son muchos más de los que cita el epígrafe de la foto publicada en el N° 60 de Crónica Histórica Argentina, por Editorial Codex, en su pág. IV. 350 (¿?), la 24 real, dice: "Interior del cuartel del Regimiento N° 3 de Caballería en Ñorquén en jurisdicción de la actual provincia del Neuquén. Ranchos de las familias." "(Fotografía reproducida de un álbum preparado por el Círculo Militar Argentino en 1879 (sic), del cual se conocen sólo tres ejemplares - Colección Carlos Dellepiane Cálcena, Buenos Aires)". La fotografía es la N° 12 ACM/II.

El Círculo hizo confeccionar dos álbumes de 75 fotografías cada uno, de 21 por 16 centímetros, en blanco y negro, con la siguiente inscripción: CIRCULO MILITAR - ALBUM DE LA EXPEDICION AL DESIERTO - sin fecha de edición ni taller fotográfico, que por la nota ya citada sabemos que lo fue en el Instituto Geográfico Militar. En él aparecen las fotografías N° 13, 15, 21, 28 que no aparecen en el del Museo Roca, así como por ejemplo la 62 y 63 Tº I y 54 Tº II son diferentes a las del Museo Roca, habiendo sido tomadas en el mismo escenario, con los mismos actores y a minutos una de otra.

Cuando buscaba documentación y fotografías para mi libro "*Fortines del Desierto*"²⁵, habiendo observado que la División Gráfica y Sónica del Archivo General de la Nación no tenía estas fotografías, el entonces Jefe de la

misma D. Rodolfo A. Morrone concertó hacer reproducciones del álbum que está en la Biblioteca del Círculo Militar, para lo cual fuimos con el equipo de fotógrafos de la División, logrando entonces las magníficas reproducciones que pueden verse, no solamente en mi libro, sino en diarios y revistas que tratan el tema.

Los ingenieros Encina y Moreno, con su gente, abrieron rumbos con el teodolito, para que en nuestras tierras neuquinas pudieran asentarse los hombres que habrían de arrancarla de las sombras de lo desconocido y hacerla progresar, y también dejaron grabadas las placas indelebiles de sus magníficas fotografías, que nos marcan hechos trascendentes para nuestra historia regional y nacional, siendo las primeras que se tomaron en estas zonas neuquinas, ya que don Antonio Pozzo, que acompañara al General Roca en su expedición de 1879, solamente llegó hasta nuestra conocida confluencia del Neuquén y Limay, el 11 de junio de ese año.

Creo que pueden servir de ejemplo de tesón, constancia, amor a la ciencia y menosprecio de los sacrificios, puesto todo al servicio de la Patria.

¹ ESTANISLAO S. ZEBALLOS, *La conquista de 15 mil leguas*, carta del general Roca del 17/IX/878, p. 23, Buenos Aires, Edic. Hachette, 1958.

² MINISTERIO DE GUERRA, *Memoria Multar*, año 1883, p. 360 et passim.

³ *Álbum* de recortes periodísticos, de Estanislao S. Zeballos, Colección L. Justo, ARCHIVO HISTORICO DEL C.I.C. Pcia. de Río Negro, Viedma.

⁴ *Íbidem*.

⁵ Documento 8245, ARCHIVO "CAMPAÑAS CONTRA LOS INDIOS", D.E.H., del Comando General del Ejército.

⁶ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Ministerio del Interior, 1881. Expediente de los agrimensores Ensina, Moreno y Cía., decreto

citado por D. N. Martínez de Gorla en *Importancia de los relevamientos topográficos para la colonización de la patagonia nordoccidental*. 1881-1884, Academia Nacional de la Historia, 2º Congreso de Historia Argentina y Regional, t. III, p. 219 y 220, Buenos Aires; 1974.

⁷ DIRECCIÓN GENERAL DE TIERRAS Y COLONIAS DE LA PROVINCIA DEL NEUQUÉN, Departamento de Topografía, Duplicado de la *Diligencia de Mensura del Territorio Nacional del Neuquén y Limay*, por los ingenieros ENCINA, MORENO Y CÍA.

⁸ A.G.N., *Ministerio del Interior*, 1882, Carpeta 29, Expediente 2865-I.

⁹ MINISTERIO DE GUERRA, *Memoria militar*, 1882, t. I, p. 176; 186 y 199; y citas en (20) t. III; cap. 12º.

¹⁰ MINISTERIO DE GUERRA, Anexo a la *Memoria Militar*, año 1883, p. 201.

¹¹ *Álbum* de recortes periodísticos del coronel M. J. Olascoaga, folios 35 y 36. En: DIRECCION DE MUSEOS, MONUMENTOS Y ARCHIVO HISTORICO DE LA PROVINCIA DEL NEUQUÉN.

¹² Documento 8245, ARCHIVO "CAMPAÑAS CONTRA LOS INDIOS", D.E.H., del Comando General del Ejército.

¹³ *Album* de recortes periodísticos de ZEBALLOS, ob. cit., folios 0084 y vto.; 0087 y vto., y 0088.

¹⁴ Boletín del Instituto Geográfico Argentino, t. VI, 1884, p. 270.

¹⁵ *Album* de recortes periodísticos de ZEBALLOS, ob. Cit. f 0084 y vto., 0087 y vto. y 0088.

¹⁶ Estanislao S. Zeballos, *Viaje al País de los Araucanos*, p. 25, Buenos Aires, Edic. Hachette, 1960.

¹⁷ Ver nota 12.

¹⁸ Ver nota 7.

¹⁹ *Íbidem*

²⁰ Juan Mario Raone, *Fortines del Desierto*, t. II, Cap. 6º de la III parte y Cap. 159 de la IV parte, 3 tomos, Buenos Aires, 1969.

²¹ Ver nota 7.

²² Plano catastral de la provincia del Neuquén y otros. Dirección General de Tierras y Colonias de la Provincia del Neuquén, Departamento de Topografía.

²³ Ver nota 7.

²⁴ Conrado E. Villegas, *Expedición al gran lago Nahuel Huapi - Partes y documentos relativos*, Anexo a la Memoria Militar de 1881, p. 205.

²⁵ Ver nota 15.

SOMBRAS (Y OPACIDADES) DE LA FOTOGRAFÍA EN LAS CAMPAÑAS DE 1879 Y 1882-83*

Verónica Tell

CONICET, UNSAM - UBA

*Este texto retoma temas abordados en presentaciones realizadas en dos congresos cuyas actas se encuentran publicadas: “La Toma del Desierto. Sobre la auto-referencialidad fotográfica”, en Actas del *Ier Congreso Internacional de Teoría e Historia de las Artes/ IX Jornadas del CAIA “Poderes de la Imagen”*, CAIA, 2003 (2001), cd-rom y <http://www.caia.org.ar/docs/Tell.pdf> y “Panorámica y close up: construcciones fotográficas sobre una usurpación”, en Actas online del *XXVIII International Congress LASA (Latin American Studies Association) “Rethinking Inequalities”*. Rio de Janeiro, Brasil, junio 2009 (disponible en: <http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2009/files/TellVeronica.pdf>), y es una parte de “Coordenadas de espacio y tiempo. Registros (y ficciones) de la expansión territorial”, el primer capítulo de mi libro de próxima aparición *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, UNSAM Edita, 2017.

I

Dos años antes de que se diera inicio a la denominada Campaña al Desierto, Antonio Pozzo había viajado a la zona de Carhué comisionado por el gobierno para sacar vistas de diversos puntos de la frontera.¹ Este antecedente de colaboración con el proyecto de la conquista territorial fue sin dudas tenido en cuenta al otorgársele la autorización para acompañar la expedición al Río Negro.² De este modo volvía Pozzo a Carhué, el lugar de mayor avanzada en la frontera desde que fuera ocupado por el Ejército en 1876, para unirse allí, costearo su propio viaje y junto con su ayudante Alfonso Braco, a la quinta columna comandada por el mismo general Roca.

A su regreso de la campaña, el fotógrafo confeccionó una serie de álbumes e imágenes sueltas montadas sobre cartones preimpresos con los datos de la campaña y con solo un brevísimo epígrafe/título en una tira de papel mecanografiada pegada sobre la fotografía. Además, apenas estuvo en Buenos Aires, aseguró su material gráfico contra todo empleo por parte de terceros, un indicio de su afán por proteger sus intereses profesio-

sionales y comerciales y del interés que sus imágenes podían suscitar en otros fotógrafos y en el público.³

Se conservan varios ejemplares de *Expedición al Río Negro. Abril a Julio 1879*. No tienen exactamente las mismas fotos ni la misma cantidad. Las fotografías del volumen conservado en el Museo Roca-Instituto de Investigaciones Históricas no llevan la marca del sello húmedo aplicado sobre el negativo. No obstante, en este artículo haremos en ocasiones referencia a ese sello que lleva el nombre del estudio de Antonio Pozzo: “Fotografía Alsina. Victoria 590. Bs. As.”, existente en otros ejemplares del álbum. Sin dudas el volumen del Museo Roca –cuya tapa de cuero indica “1901”– es una edición posterior con copias también posteriores hechas a partir de negativos de segunda generación realizados por Pozzo ni bien regresó a Buenos Aires, antes de aplicar el sello a los negativos originales.

En estos registros no hay imágenes de violencia, ni batallas, ni muertos. La inexistencia de este tipo de imágenes es atribuible, por una parte, a la ausencia de una fuerte actividad bélica en la columna de la cual él formaba parte. Sin embargo, que estas escenas no ocurrie-

ran ante los ojos del fotógrafo no significa que no encontrara, en su marcha, los efectos devastadores de la coordinada avanzada militar; solo no fueron objeto de sus tomas. Si bien en la mentalidad de los comandantes de la expedición una matanza de indios no era un acto censurable ante la opinión pública –y de ello da cuenta buen número de crónicas publicadas en periódicos porteños que referían las cifras de indios muertos a manos del ejército–, las fotografías impondrían otra contundencia y, además, otra perdurabilidad de los hechos, dado que eran seleccionadas para un álbum de carácter enaltecedor y conmemorativo. Por otra parte, aunque es difícil plantear en qué medida las imágenes de Pozzo respondían a indicaciones provenientes del Ejército o a sus propios criterios de selección,⁴ lo cierto es que, sin dudas, Pozzo coincidía ideológicamente con el plan de avance y ocupación territorial del sur. En suma, el resultado fue un álbum cuya clara finalidad laudatoria se estructuró en torno a la figura del Ejército, sus hombres y el territorio “liberado”, antes que en los anteriores poseedores de ese espacio, su dominación y aniquilamiento. El relato apologético casi no se detuvo en los indios reducidos –mera secuela del objetivo mayor a alcanzar–, sino en otros factores de la “colonización”, entre los que destacó la apropiación simbólica del territorio y el lugar de quienes la llevaron adelante. En este sentido, cabe notar que dos fotografías del álbum representaban al general Roca junto a su Estado Mayor y el “Grupo de Jefes” (Roca, Winter, Villegas y García, respectivamente). Desde un punto de vista muy cercano –a diferencia de la mayor parte de las vistas– aparecían los autores de la campaña a quienes Pozzo elogiaba en el conjunto de las tomas.

Una de las fotografías del álbum muestra, en primer plano, unas altas matas de pasto que cubren los dos tercios inferiores de la imagen. Al fondo, se encuentra el Fortín Salado, y junto a este, un jinete y otros dos equinos a su lado. Un poco más cerca de la cámara, seis carretas, un par de tiendas de campaña, soldados y clérigos de pie.



Otra de las imágenes presenta una distribución similar: en el tercio superior, la línea de horizonte coincide casi exactamente con el techo del Fortín “General Lavalle”, delante del cual se yerguen soldados y religiosos; a un lado de la construcción se encuentra una gran cantidad de caballos y al otro, la tierra, aquí más rala.



Una característica se reitera en buen número de las fotografías que Pozzo tomó durante la Campaña al Desierto de 1879: son encuadres amplios. Los fuertes, campamentos y poblaciones –que, por otra parte, dan

nombre a las fotos- están rodeados de un espacio extenso, abierto. Estos objetos (o personas) no aparecen descriptos en su singularidad: no es la calidad de la construcción ni sus atributos arquitectónicos; no es el orden de la tropa ni su equipamiento en armas lo que se destaca, sino su situación: entre los pastizales, los fortines, y en medio de la nada, el ejército expedicionario.

Desierto, barbarie, vacío de civilización: como sinónimos, todos estos términos correspondían a la caracterización de esos espacios por parte de aquellos que escribieron sobre él en las décadas previas al ingreso y conocimiento concreto. Ese era el espacio que en las fotografías de Pozzo rodeaba a las tropas de Roca, el que se extendía a los lados de las ciudades imaginadas para el futuro. La dificultad con la que se encontraba el fotógrafo era que estos territorios carecían de grandes accidentes topográficos o vegetaciones exuberantes. Las fotografías dan cuenta de este contexto –el físico, pero también el cultural en el que se insertaba su producción- a través de la amplitud en torno a sus objetos centrales.



Una literatura proveedora de imágenes sobre el desierto dispuso un marco de representaciones con el que

Pozzo necesariamente debió operar, y cobró materialidad y visibilidad en sus fotografías. Así, aquel espacio, descrito, por ejemplo, en *La Cautiva*, de Esteban Echeverría, como inconmensurable y abierto, era el contexto que, en sus imágenes, rodeaba a hombres y fortines, objetos que, por extensión, podríamos llamar el texto. Pues, como fotógrafo de la *conquista*, le importaban los pasos a través de los cuales la campaña roquista surcaba el territorio, y esa narración cobraba envergadura al inscribirse en esa situación espacial concreta, aquella que, desde la voluntad positivista y civilizadora, era percibida como un sitio “vacío” –vacío de civilización, pura naturaleza, deshabitado de cultura-.

Quisiera incorporar ahora al análisis el conjunto fotográfico resultado de una de las campañas complementarias ordenadas por el entonces presidente Roca: la Campaña de los Andes (1882-1883). La expedición estuvo comandada por el coronel Conrado Villegas, jefe de la línea militar de Río Negro, y se dirigió al territorio comprendido entre el río Negro, el río Limay y la Cordillera, para consolidar los avances de una expedición del año anterior. Vinculados a la campaña para el relevamiento de la región, los ingenieros topógrafos Carlos Encina y Edgardo Moreno previeron el uso de la fotografía e incorporaron al fotógrafo Pedro Morelli. Con el material recopilado, realizaron dos álbumes, uno de cien y el otro de ochenta y tres fotografías - un ejemplar de cada uno se encuentra en el Museo Roca-Instituto de Investigaciones Históricas-.

De manera general, avanzaremos que las imágenes de esta campaña tuvieron otro propósito, otro origen y otra circulación. Así, dada la diferencia contextual, las fotografías operan en ambos casos de manera muy diferente. Estudiar comparativamente unas y otras nos permitirá un mejor conocimiento de las alternativas de esta herramienta versátil en el ámbito de las expediciones científico-militares.



Alsinista ferviente, Pozzo ponía el foco en la intervención militar e iba en busca del registro de un gran acontecimiento histórico; para él, las tropas eran las protagonistas –más o menos visibles– en ese escenario pampeano que dejaba de ser llanamente un espacio. Del otro lado, acorde con su práctica profesional, Encina y Moreno privilegiaban el relevamiento de la geografía y topografía de los territorios explorados; en las páginas de sus álbumes el primer protagonista era el territorio. Cabe aclarar que no se trató, en los dos casos, del mismo territorio, y que los accidentes geográficos que atravesaron los ingenieros, linderos a la Cordillera, incluían sitios en altura que podían brindarles puntos de vista privilegiados para alcanzar una visión más abarcadora así como de paisajes más ricos en matices y otra diversidad de especies botánicas.⁵ Así, en las tomas de 1882 y 1883, hay una preeminencia de vistas del entorno natural, excepto por el comienzo del primer álbum, en el que se encuentra un buen número de imágenes del pueblo de Carmen de Patagones. Esto contrasta con las fotografías tomadas por Pozzo, en las que, como

señalamos, aun en las perspectivas más abiertas convergían un fortín, un pueblo, soldados o algún elemento ajeno al paraje natural. En otras palabras, en Pozzo se trataba casi siempre de imágenes de algo nuevo o relativo a la expedición que se insertaba en un espacio natural –y anterior– que lo rodeaba, mientras que en la mayor parte de las imágenes de Encina y Moreno el espacio fotografiado era virgen, o al menos sin intervención blanca.

Con frecuencia, los ingenieros colocaron en páginas sucesivas continuaciones de una misma vista, en la búsqueda por subvertir en sus álbumes las limitaciones que imponían sus equipos fotográficos. Mediante estas imágenes “correspondientes” –según se las llamaba entonces–, se construía una vista panorámica que la fotografía no podía relevar más que por acumulación –teniendo en cuenta la imposibilidad de una toma de 360° sin una cámara construida *ad hoc* o antes de la existencia de las películas flexibles.

En otro caso, dos imágenes mostraban, sucesivamente, lo visto y el punto de vista: “Confluencias de los ríos

Limay y Neuquén y Sierra Loca. Vista tomada del cerro que se encuentra en el origen del río sobre su margen derecha”, figura en el epígrafe de la primera de las fotografías.



En la segunda, la inscripción reza: “Origen del Río Negro. Cerro desde donde se tomó la vista general de la confluencia del Limay y Neuquén”. Estas imágenes, con el apoyo de los epígrafes, son reveladores de la intención descriptivo-cognitiva.

En todos los casos los topógrafos apelaron a la palabra para completar su descripción del entorno natural. Epígrafes impresos proporcionaban distintas informaciones: indicaban con frecuencia la dirección en que era tomada la fotografía y la altura barométrica y en algunos ocasiones consignaban también datos como “formación basáltica” o apreciaciones como “campo de primera calidad”. Estas señalizaciones textuales debelan las prácticas que sostenían la realización de tales fotografías y los usos a las que estaban destinadas. Así, por ejemplo, “campos de primera calidad” reenvía directamente a la voluntad de apropiar tierras para ponerlas en producción. El epígrafe que acompaña una de las fotografías deja claro estos propósitos:

Quilachenquil sobre el arroyo Cura Lulen. Toldos habitados por el cacique Villamain hasta su sometimiento en Diciembre de 1882. Este paraje se encuentra 6 leguas antes de llegar al paso Pucá-Yen. Calidad de pastos y terreno inmejorables. Altura barométrica 1200 metros.

En este breve texto aparecen de modo elocuente el desplazamiento de los habitantes originales, la apropiación de tierras señaladas como óptimas y la indicación de las coordenadas del sitio. En este sentido, cabe señalar la existencia, en los álbumes, de varias fotografías de colonos y primeros pueblos de blancos: una huerta, colonos en marcha o la construcción de un canal de riego dejaban constancia de la nueva ocupación, la cual no solo era ambicionada sino también técnicamente necesaria para no dejar lugar a un contraataque.

Es claro, en primera instancia, que los epígrafes mencionados inscriben las fotografías en un campo científico antes que artístico –y que, a partir de ellos, se percibe cómo la producción científica se solidariza con los intereses económicos–. Más allá de estos anclajes textuales, las mismas imágenes revelan, con sus encuadres amplios y abarcadores y con sus reenvíos, un propósito descriptivo-cognitivo. Esto no quiere decir que no fueran concebidas y construidas a partir de ciertos cánones

nes y tradiciones iconográficas o que carezcan de atributos estéticos, sino solamente que la estética no es la esfera de inscripción de estas imágenes fotográficas. Es interesante analizar, en este sentido, el término paisaje. Como lo propone Rosalind Krauss para fotografías norteamericanas contemporáneas, resultaría impropio denominarlas de tal modo, pues implicaría aplicar un término del discurso estético a fotografías ancladas en el discurso científico.⁶ De hecho, en los mismos epígrafes no aparece nunca el término paisaje, sino “vista”.⁷ Según la autora, una diferencia entre ambos es que, como parte del discurso estético, “paisaje” está asociado a las ideas de carrera, obra y artista, todas nociones que no se adecuan a la fotografía topográfica. Tal distinción es importante en tanto restituye las imágenes al espacio discursivo y al campo de conocimiento desde el cual fueron planeadas y producidas -notemos además que los álbumes están dedicados al “Exmo. Señor Presidente de la República, Teniente General D. Julio A. Roca”, dedicatoria que ocupaba la totalidad de la tapa en cuero-. Así, guiadas en buena medida por criterios extraestéticos y atravesadas por las condiciones de una práctica científica, las connotaciones de estos registros fotográficos derivan, en última instancia, de una serie de presupuestos políticos e ideológicos: la política de ocupación y explotación territorial, y la ideología del progreso que la sustenta. Como un muestrario de disponibilidades abiertas al futuro, estas fotografías develan, con fines utilitarios, espacios presuntamente vírgenes.

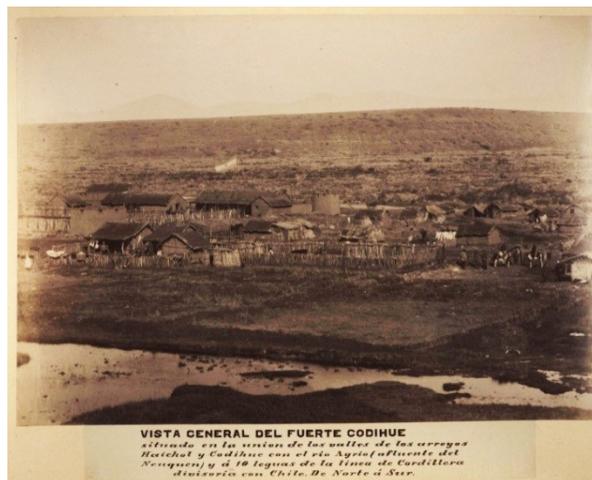
De todos modos, vale también tomar el término paisaje en un sentido más amplio que el del campo artístico y llevarlo hacia uno cultural y más abarcador, pues esto

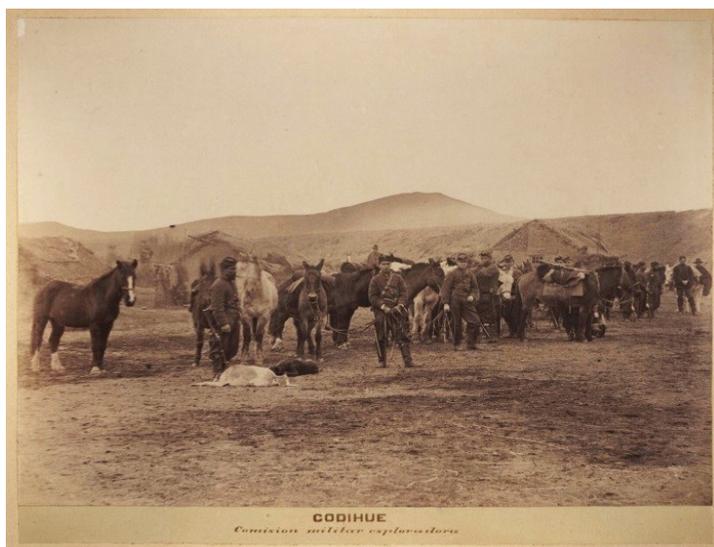
permitirá la asociación de las imágenes con toda una serie de formas de representación y convenciones que se encuentran igualmente en juego al proponer una “vista” de la naturaleza. Pues, si como señala Krauss,⁸ emplear “paisaje” para este tipo de fotografías topográficas es forzarlas a participar de una esfera en la cual originalmente no estuvieron inscritas, tal vez, ampliando el sentido del término hacia toda representación simbólica de la naturaleza realizada a partir de determinada estructura, orden y recorte, podemos incluirlas. Y, al mismo tiempo, realizando esta operación que nos permita ponerlas en diálogo con otras representaciones de la naturaleza, las fotografías quizás puedan tomar distancia más fácilmente de otra tendencia frecuente en los discursos de raíz científica: la atribución de objetividad. En este sentido, es pertinente, sobre todo, el planteo de W. J. T. Mitchell, quien entiende que un paisaje puede ser representado por medio de la pintura, el dibujo, el grabado, la fotografía, el film o la escritura, y que esas representaciones son secundarias en tanto el paisaje es él mismo un medio físico y multisensorial en el que están codificados significados y valores culturales. Es decir que el tema del paisaje no sería simplemente un material en bruto a ser representado, sino que es siempre, previamente, una forma simbólica por derecho propio.⁹ Desde esta concepción, “paisaje” es una escena natural mediada por la cultura, y no es un objeto para ser visto o un texto para ser leído, sino un proceso a través del cual se forman identidades sociales y subjetivas.¹⁰ Si carrera, obra y artista son nociones que no se aplican a este tipo de fotografía topográfica, tampoco le cabe aquella de objetividad que forma parte de la retórica científica.

Como lo señala Julio Vezub, el orden de las fotografías sigue un eje este-oeste, mientras que el recorrido comenzó en Mendoza y terminó en Carmen de Patagones: “el álbum construye una organización ideal del espacio que se ajusta a la imaginada proyección atlántica del derrotero de la civilización occidental”, sostiene.¹¹ Me interesa recoger esta observación para mirar las fotografías de Codihué –donde tuvo lugar el bautismo en cuestión– como una secuencia o núcleo del relato completo al cual se entra en situación con cada imagen, produciéndose una aproximación mayor hasta llegar a un punto preciso, a un nombre propio.

Así, a la fotografía número 65 del tomo I, que corresponde a la “Vista general del Fuerte Codihué”, le sigue otra del pueblo, después una de la comandancia, en la que figuran los soldados de pie, seguida de una imagen del mangrullo con la bandera argentina en alto,¹² otra de los hombres de la comisión exploradora con sus caballos y, luego, una fotografía similar cuyo epígrafe indica que se trata del teniente coronel Manuel Rubial.

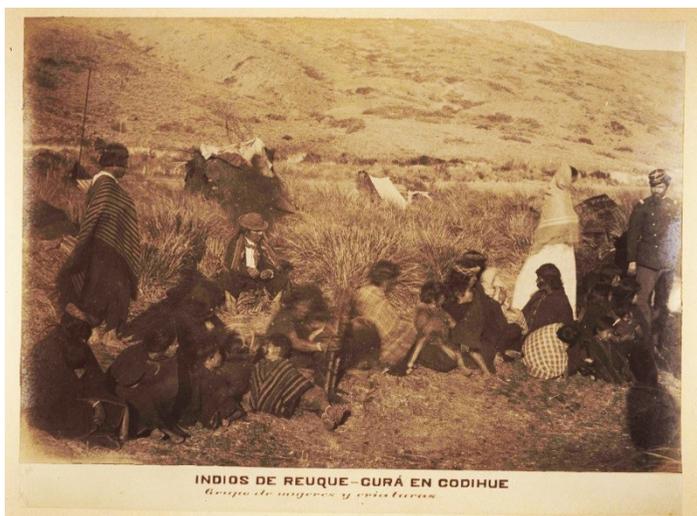
Este acercamiento termina en la imagen siguiente, debajo de la cual se consigna el nombre de dos individuos: “El Comandante Ruibal llega a Codihué con el Cacique Reuque Curá y su tribu sometidos. Mayo 6 de 1883”. Es la representación de una ocasión precisa, un momento *histórico* en dos sentidos: porque se sitúa en un tiempo datado con detalle (6 de mayo) y porque es un punto de quiebre, si no para ambas Historias –la de cada parte de ese encuentro–, al menos para la de los indios, quienes quedaban dominados y por lo tanto incluidos en la historia de los nuevos propietarios del territorio, aquellos que, por añadidura, fechaban y fotografiaban la llegada de los sometidos.





A esa fotografía de la llegada del grupo de indios a Codihué, le siguen cuatro del bautismo colectivo –algunas destacando Reuque Curá en el centro–. En la tercera fotografía de la serie, cuyo epígrafe era “Bautismo de los indios de Reuque Curá en Codihué. Comandante Ruibal, Coñuene, Levi y Reuque”, el comandante Ruibal

posa para el retrato colectivo, a la derecha de una escena mucho más amplia. Luego, en la cuarta fotografía, con el epígrafe “Indios de Reuque Curá en Codihué”, hay representado un grupo de hombres, mujeres y niños sentados delante de unas carpas y, a la derecha, un soldado.



Esta escena se desarrolla mientras se llevaba a cabo el bautismo y presenta una contracara de la imagen más compuesta y “oficial” del episodio. En la página siguiente, cerrando estos cuatro recortes de la misma escena, hay una fotografía, cuyo epígrafe es “Comandante Ruybal y la Oficialidad del Regimiento N° 11 acompañan a Reuque Curá al ponerse en marcha para el fuerte Gral. Roca, Mayo 20 de 1883”, muy semejante en su compo-

sición a la que representaba la llegada a Rubial a Codihue. Es decir que el episodio de dominación y conversión quedaba precedido y cerrado por sus responsables: el ejército, más concretamente, el oficial a cargo de la columna. De este modo, los ingenieros avanzaban y cercaban una escena *histórica* y la abrían, luego, para dar a ver nuevamente el contexto en que esta se había desarrollado. En este acercamiento, los nombres propios de los oficiales adquirieron una importancia esencial, tanto como lo serían luego al consignarse sus avances en mapas y constituirse en nombres de pueblos, etc. También los nombres de los caciques fueron sustanciales a este relato: uno a uno daban cuenta de su progresivo sometimiento al Estado.

II

El triunfo de Roca en el desierto se debió, en parte, a las fuerzas modernizadoras que estaban ya en funcionamiento. Su plan dependía, en buena medida, de que las comunicaciones fueran adecuadas para poder mantener en contacto a las diferentes columnas y ponerlas al tanto de las operaciones y logros de cada una, así como para el aprovisionamiento de las tropas; para ello, el ferrocarril y el telégrafo fueron fundamentales. De hecho, la importancia de la información para los diferentes sectores de la avanzada militar queda puesta en evidencia en la crónica de Manuel Olascoaga, quien transcribe la correspondencia mantenida por los generales desde sus diferentes ubicaciones (Carhué, Trenque Lauquen, Puán, Guaminí, etc.). Incluso, en *Estudio topográfico*, el autor dedica un fragmento a la “despedida del telégrafo militar”, con unas líneas cargadas de cierto lirismo donde la oficina telegráfica casi hace las veces de oasis en el desierto. Es bien significativo, por otra parte, que en 1879 Roca partiera en tren a su recorrida final de las pampas empleando, de este modo, un sistema netamente moderno para la erradicación del indio y la instauración de la *civilización*. Si en un primer momento el ejército avanzaba y exploraba a caballo, la

apropiación definitiva de esos territorios se dio por la transformación de su fisonomía: las dos líneas paralelas en la tierra y también, a varios metros del suelo, las telegráficas, marcaban el espacio material y simbólicamente.

Si estas líneas absolutamente modernas trazaban una nueva cronología para esos territorios, también las imágenes fotográficas que se les tomaban les imponían un nuevo modo de percepción y apropiación. Es decir que más allá de lo que las imágenes muestran, el futuro abierto por la conquista del espacio se ponía en evidencia, también, a través de los medios con los que se la registraba. En este contexto, el dispositivo fotográfico mismo constituía un atributo con carga simbólica. El dominio sobre el territorio y sobre el indio no se apoyaba solo en la representación, sino en la imagen fotográfica evidenciada como objeto construido. Esto dejaba al desnudo su dimensión significativa: un sistema de representación histórico e ideológico, occidental y *civilizado*; un aparato de construcción de representaciones que se legitima a sí mismo y que desde su puesta en marcha implica la resignificación de lo representado.

Hay en todos estos álbumes imágenes especialmente elocuentes sobre esta cuestión: muy claramente en algunas fotografías, y en otras de forma más parcial, se percibe la sombra de la cámara. Sería demasiado llano encontrar en estas sombras únicamente el rastro de un descuido, o interpretar su existencia solo en términos de calidad fotográfica. Aunque en primera instancia se deben distinguir las fotografías que forzosamente debieron incluir la sombra de otras en las que esta hubiera sido evitable, el hecho más relevante para la comprensión del medio y su impacto es que a partir de estas sombras se pone en evidencia el proceso fotográfico. Esta evidencia toma la forma de discurso subyacente y, aun lo que pudiera atribuirse a un descuido, es parte –y no la menos interesante y significativa– de este. En el caso de las fotografías de Encina y Moreno, se trata de dos tomas de una misma escena: en el plano

más cercano, claro, aparecían las sombras de la cámara, parte del torso y cabeza del fotógrafo y, luego, en perfecto orden, se alineaban los hombres uniformados delante de unas construcciones.



Cuatro años antes, en la fotografía de Pozzo que se titula “Plaza de maniobras de los coraceros en Puan” (“Puan. Coraceros en el cuartel”, según los ejemplares), las sombras de la cámara y el fotógrafo aparecían en el centro de la imagen.



Sobre ellas convergían las diagonales y, detrás, los soldados alineados frente a los fortines formaban una hilera casi perfectamente perpendicular a la cámara, en confluencia con la línea de horizonte. En otras dos o tres fotografías suyas –según los ejemplares– esta aparición en el campo visual de lo que estaba fuera de él –el dispositivo fotográfico y él mismo como parte de este y como sujeto firmante a la vez– era preeminente en la composición, mientras que en aquellas de los ingenieros la sombra aparecía de manera más parcial y menos destacada.

En relación con la presencia de estas sombras, entonces, cabría profundizar en los diferentes casos. Por un lado, en las fotografías del cuartel tomadas por Pedro Morelli, el fotógrafo de la expedición comandada por los ingenieros, no parece que hubiera sido posible su eliminación, puesto que el regimiento estaba formado en un horario particular: la puesta del sol –así lo señala el epígrafe: “25 de mayo de 1883 en Codihue. Salva hecha por el Regimiento Nº 11 de Caballería al ponerse el Sol”–, un momento de sombras largas. Sin embargo, las fotografías toman de modo oblicuo la formación mientras el sol queda justo detrás del fotógrafo, de manera que cambiando de sitio la cámara para tomar frontal-

mente a los soldados, la sombra se hubiera evitado. No obstante, al hacer esto, y asumiendo que la cámara estaba ubicada en un punto escogido con precisión por diferentes motivos, la distancia entre esta y la hilera hubiera sido insuficiente para capturar gran parte de la formación y, en consecuencia, dar cuenta de su magnitud y orden.

Por otro, en el caso de Pozzo, aun desconociendo los lentes de que disponía, si hubiera realizado un encuadre que no tomara tanto suelo sino, más a lo lejos, el fuerte o el pueblo, la sombra –que representa casi íntegros las figuras del fotógrafo y del trípode– hubiera sido si no total, al menos parcialmente evitada. De manera tal que no resulta del todo plausible atribuir estas sombras, inscriptas en el suelo del desierto, únicamente a un descuido por parte del fotógrafo. Y aún si así fuera, se debe considerar que no se trata de imágenes sueltas, sino que forman parte de álbumes, es decir que al no descartarlas ni cortarlas, los mismos realizadores decidieron la inclusión de sus sombras en la edición.

Pero otras cuestiones pudieron haber conducido a relativizar el poder de decisión de los fotógrafos. En primer lugar, habría que preguntarse sobre el nivel de perfección requerido para fotografías obtenidas en el marco de estas campañas expedicionarias. Luego, el extremo cuidado requerido para el transporte y manipulación de las placas de vidrio, el número de placas disponibles o el imperativo de un revelado del negativo casi inmediato a la toma eran las dificultades técnicas y operativas a las que se enfrentaba un fotógrafo de campaña. Entre estos condicionantes, hay que señalar, en particular, la imposibilidad de repetir ciertas tomas, pues todo se desarrollaba entre el movimiento de las tropas y eventos que se daban por única vez –sin embargo, Remigio Lupo narró en su crónica que por un momento se le dio a Pozzo el mando de la tropa para que compusiera una fotografía–.¹³ Con todo, cabe pensar que la calidad técnica o estética –o de lo que los fotógrafos entendieran como tal– pudo obtener un lugar de segundo orden ante el imperativo del registro. Así, en la edición

del álbum, el valor documental probablemente primó sobre algunas exigencias de otra índole. Nótese por ejemplo que un vidrio quebrado no fue impedimento para copiar la fotografía “Isla de Choele-Choel. Punta de abajo” en todos los ejemplares del álbum que conocemos. Es incuestionable la importancia de esa imagen que muestra el punto de arribo de la columna de Roca el 24 de mayo, el día anterior a la gran misa y al tedeum a celebrarse en conmemoración de la fiesta patria. También hay una fotografía del acontecimiento del 25 de Mayo en Choele Choel: un encuadre muy amplio para contener al Ejército formado. Destacan las blancas ropas de monseñor Espinosa oficiando misa y, en primer plano, se distinguen con claridad las cajas portanegativos perteneciente a Pozzo. Esta posible flexibilidad ante las sombras, un negativo quebrado, un objeto extraño en la escena, en fin, lo que podría considerarse un defecto: ¿es solo atribuible al interés de un registro o cabe pensar, además, que en el “desierto” eran otras las normas que regían?

La mayor parte de las personas –tanto indios como soldados– que aparecen en las fotografías de los álbumes miran a cámara: rostros y poses que demuestran que había un conocimiento y conciencia del registro fotográfico y que ponen en evidencia, por obvio que sea, que se trata de una construcción –de la imagen fotográfica y también construcción simbólica en tanto, por ejemplo, la pose obedece a ciertos patrones–.¹⁴ Louis Marin afirma que en todo enunciado pueden distinguirse dos dimensiones: una transitiva, donde la representación aparece como sustitución de lo ausente, y una reflexiva, donde toda representación *se presenta* representando algo.¹⁵ Al manifestar su modo de realización –más claro aún, por ejemplo, en aquellos casos en que algo sale movido en la fotografía–, estas imágenes se alejan del mito de “transparencia” evidenciando, a cambio, el componente reflexivo. En las fotografías donde se encuentran las sombras del fotógrafo y su equipo, también la dimensión transitiva remite a la fotografía. Se trata de una autorrepresentación desde

una doble vertiente, pues incluye, mediante estas sombras, la visualización de los medios que hacen posible la Fotografía –entendida como dispositivo y sistema de representación– y devela, por otra parte, la propia y específica situación de producción de *esa* fotografía concreta. Se da aquí una particular forma de *mise en abîme* que pone en escena no una nueva representación, sino lo que está fuera del campo y, de manera sintomática, lo que hace posible la representación. Así, estas sombras funcionan como sinécdoque de la Fotografía, figura retórica especialmente reveladora, pues toma cuerpo mediante aquel factor que la hace posible: la luz. Asimismo, la sombra funde en una única figura al hombre y su cámara. Puro contorno, ella pone en evidencia que ambas partes *son* el dispositivo fotográfico.

¿Qué implica, pues, esta autorreferencia del medio fotográfico en el contexto de un álbum dedicado a una conquista y ocupación militar? En primer lugar, por la preeminencia de la silueta de la cámara, cabe leer la fotografía del cuartel tomada por Pozzo como señalización de la práctica y pensarla entonces, precisamente, como su *huella*. Philippe Dubois plantea la huella –que, en cuanto representación por contigüidad física del signo con su referente, está, en términos piercianos, en el orden del índice– como momento esencial, pero solo *un momento*, en el conjunto del proceso fotográfico. Antes y después del instante del registro “natural” sobre la superficie sensible hay gestos totalmente “culturales” y codificados. Siguiendo entonces la línea de Dubois, podría decirse que hay un instante indicial –marcado por esta relación de conexión física que caracteriza al índice pierciano– desde el cual se genera una suerte de dispersión hacia los momentos colindantes, que son series de códigos, como si la fuerza del carácter indicial se hubiera expandido para encubrir, hasta cierto punto, lo que la fotografía tiene de arbitrario e ideológico. *Analogon*,¹⁶ huella, apariencia de autorrealización, verosimilitud, no son equivalentes, pero en relación con el medio fotográfico se imbrican unos con otros y se sostienen mutuamente. Es, sin dudas, el cons-

tituir un *analogon* de la realidad lo que ha otorgado a la fotografía el lugar de documento incontestable. Sin embargo, no por ello la imagen la restituye: la distancia entre ambos –*analogon*/restitución de la realidad– es cubierta, en el siglo XIX, por determinados usos y prácticas. Así, el dispositivo técnico autorizó ciertos usos y prácticas que produjeron, a la vez, un retorno sobre sí mismo. De este modo, a partir de la factibilidad de un registro bidimensional analógico sobre ciertos hechos y acontecimientos y por instituirse aquellas representaciones como documentos, el medio fotográfico alcanzaba, en última instancia, la realización de su propia modernidad, que tendría un alcance particular en el desierto pampeano.

Sobre la idea de documento, de Jacques Le Goff –“el documento es monumento. Es el resultado del esfuerzo cumplido por las sociedades históricas por imponer al futuro (*queriéndolo o no queriéndolo*) aquella imagen dada de sí mismas”–,¹⁷ Ana María Mauad añadió:

Como imagen-documento, la fotografía es concebida como un índice, como una huella de una realidad pasada, (...) como imagen-monumento, la fotografía es un símbolo, algo que en la sociedad del pasado ha sido elegido para presentar esta autoimagen, algo que puede darse a las generaciones futuras.¹⁸

Las sombras, huellas visibles y autorreferentes del instante indicial, forman parte de ese símbolo: junto con los fusiles, el telégrafo o el ferrocarril –y actuando dentro de un amplio espectro de sistemas de dominación por vía de la representación–, el medio fotográfico aparecía allí como anticipo y evidencia del arribo de la técnica como fase inaugural de la *civilización*.

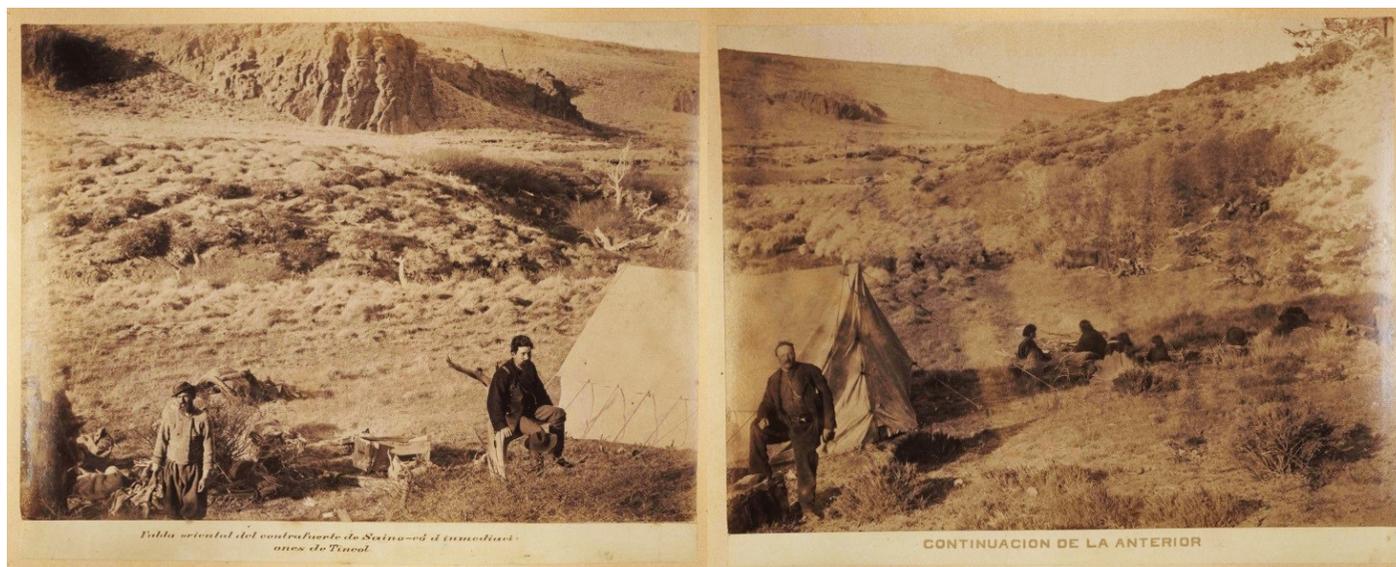
En estas fotografías, la idea de representación como reflejo o ventana se extravía al mostrarse la imagen como un objeto construido. Entonces, ¿cómo funciona la imagen de lo real que *ha sido*, cuando el sistema de representación hace visible parte del *haber sido*?¹⁹ ¿Cuál es el efecto, en relación con la atribución de veracidad, que pudo darse a ese documento fotográfico? Al hacerse parcialmente visible, por estas sombras, si no el

mecanismo, sí la lógica de producción de las imágenes, esta manifestación del agente –empleo el término agente en la medida en que refiere tanto a la luz como al individuo– funciona en dos direcciones diferentes. Por un lado, al mostrar que la *fotografía* (“escritura con luz”) se realiza con una cámara –instrumento de objetividad entonces indiscutible–, queda enfatizada la sensación de autorrealización de la representación. Paralelamente, al hacerse manifiesta, en la imagen, la existencia de una persona junto a la cámara, tomando decisiones, disponiendo, tal vez, la escena, etc., se señala lo que esta tiene de construcción.

En relación con el primer término de esta aparente oposición, estas fotografías apelan, mediante estas sombras, a la validación paralela de lo representado y del sistema de representación, porque, como afirma Barthes, “la esencia de la fotografía consiste en ratificar lo que ella misma representa”.²⁰ Y, como he referido más arriba, esta legitimación se efectúa a partir de un discurso sobre el sistema de representación con una fuerte carga retórica: la incorporación simbólica de los territorios por medio de los instrumentos más avanzados de la técnica moderna.

Respecto del segundo punto, si incorporamos al análisis los epígrafes que acompañan las fotografías de Encina y Moreno, es más claro el modo en que estas sombras pudieron funcionar, junto con otros elementos, como marcas autorales.²¹ Hay en los álbumes tres fotografías de sus campamentos, en una de las cuales aparece una cámara fotográfica montada sobre un trípode. También se empleó el recurso de las fotografías correspondientes: las últimas dos fotografías del segundo álbum representan su asentamiento en un encuadre extraño por su parcialidad por lo que, de no reunírselas mentalmente, tienen un sentido difícil de discernir.

A partir de estas imágenes en las que ellos eran el “tema”, se afirmaban como autores de todas las fotografías de los álbumes. Recordemos el progresivo acercamiento hacia Codihué que quedaba enmarcado por sendas



vistas de los campamentos de los fotógrafos expedicionarios.²² De esta manera, al mismo tiempo que los ingenieros se instituían como autores de las imágenes, también lo hacían como partícipes de la expedición. Esto resulta bien explícito en un epígrafe correspondiente a una fotografía en la que se ve un río, dos botes y unos pocos personajes, que indicaba: “Vista del fuerte ‘4^{ta} División’. Botes en que se descendió el río Neuquén en Mayo del 1883 con motivo de la enfermedad del jefe de la expedición, Ingeniero Carlos Encina. Cerro de Tromen”. Los ingenieros, aquí sujetos de la expedición sobre la que dan testimonio, hacían funcionar de este modo los álbumes como una suerte de diario de viaje, a la vez que se instalaban como objeto de su discurso.

Es interesante el hecho de que si la fotografía –la Fotografía– brindaba testimonio de algo ocurrido, en este punto también los botes lo hacían. Así, estos aparecían ahí ofreciendo evidencia de lo que *había sido* –hago extensivas adrede las palabras de Barthes–. Es decir: no era una imagen de Encina descendiendo por el río en bote por causa su enfermedad –de la cual murió poco

tiempo después–, sino que se remitía ya a un pasado y, en este sentido, se apelaba a la reconstrucción del episodio a partir de la imagen de un objeto.

Entonces, como fragmento de un diario de viaje, esta imagen narraba una situación específica ocurrida en el pasado; y el hecho de tener como protagonista –si bien ausente– a uno de quienes hicieron las fotografías, volvía a marcar la autoría. Aunando una serie de sentidos, pues, este conjunto imagen-texto no solo daba testimonio de lo ocurrido, sino que lo hacía sobre un objeto-sujeto –Encina–, que había estado ahí para dar, él mismo, testimonio de la campaña. Las condiciones de producción de las imágenes estaban, entonces, puestas de manifiesto en esta suerte de metadiscurso. Aunque ya no se trataba aquí, como en el caso de las fotografías con las sombras, de aquello que hizo posible esta fotografía en particular, sí de quien hizo posible los álbumes.

De esta manera, Encina y Moreno recurrían a diferentes sistemas de autorrepresentación, combinando imagen y texto, para situarse en diferentes posiciones (prota-

gonistas, testigos, autores) que se complejizan ante la coparticipación de Morelli. Señalemos, por otra parte, que estas posiciones individuales se asientan sobre el rol de agentes del Estado. Pozzo, por su lado, se instauraba como sujeto de la enunciación –consciente o inconscientemente– exclusivamente a partir de la especificidad del medio fotográfico, pues solamente las sombras hacían dirigir la mirada hacia él. En este sentido, y por su actividad profesional, cabe leer como preeminente su posición de autor en relación con otros roles que quedaban en un lugar más marginal. Se trata aquí, entonces, de un sustento autoral del discurso desde su propio campo de operación, de una firma en y desde el medio fotográfico. Se puede asumir este hecho como una afirmación de su *savoir faire* en una actividad en la que estaba ciertamente afianzado, pero donde una fuerte demanda y una abultada competencia requería siempre una mayor consolidación –recordemos que de regreso a Buenos Aires, Pozzo registró inmediatamente sus imágenes para preservar a la vez sus intereses económicos y su posición de autor–. Todo esto debió demandar de Pozzo una nueva firma: presente en las copias de algunos de los ejemplares del álbum, aparece un sello de su estudio aplicado sobre el negativo: “Fotografía Alsina. Victoria 590. Bs. As.”. En la fotografía del cuartel, este se ubica, de manera significativa, sobre la sombra de su cámara. El sello claro sobre la sombra oscura de la cámara forma un conjunto visualmente pregnante para enunciar: “fotógrafo” o, mejor, “este fotógrafo”.

El análisis de la inscripción individual en estas representaciones no interesa para la confrontación con una presunta objetividad –noción tan ligada a la fotografía y que con frecuencia ha oscurecido su análisis y conocimiento–, sino para ayudar a la comprensión de su operatividad discursiva. Por esto, antes que la indagación por la objetividad interesaría, en todo caso, aquella por la verosimilitud que, en tal contexto, no merma sino que se potencia con la intervención de la primera persona. “Porque es la verosimilitud, y no la verdad, la que

produce la persuasión”, escribía Platón en *Fedro*. En el cruce entre la construcción y el registro, y en el marco de cierta inscripción institucional concreta y un contexto histórico dado, estas representaciones se acomodaban –traducían y conformaban a la vez– a la ideología contemporánea, donde intereses políticos y económicos formaban el contexto que, como la literatura romántica para las imágenes de Pozzo, configuraban las posibilidades de miradas y de representaciones. Si en estas imágenes, en las sombras, es posible ver lo que hubo detrás de la cámara –el autor con sus decisiones para esa fotografía–, también detrás de ellas se puede ver la otra construcción: la de un relato parcial y tendencioso. Pues las fotografías que quedaron como relato visual de este episodio instalan el registro de una Campaña al Desierto dejando, también en las sombras, la parte más oscura de la historia que refieren.

¹ Esta información surge de *El Porteño*, en notas fechadas el 15 y 24 de mayo de 1877.

² Pozzo iba en el segundo convoy de la quinta columna, con otros tres “ciudadanos”: su ayudante, el corresponsal de *La Pampa*, Remigio Lupo, y alguien llamado Miguel Martínez. Este era el convoy en el que viajaba también el capellán Antonio Espinosa, autor de un diario de viaje en el cual, en repetidas ocasiones, mencionaba que “Pozzo sacó una vista”. También Lupo se refería a unas vistas sacadas luego del tedeum oficiado en el Fuerte Lavalle el 31 de mayo. Antes de tomar las fotografías de la Campaña al Desierto, Antonio Pozzo trabajó para la municipalidad, retrató en daguerrotipo a Mariquita Sánchez de Thompson y al general José María Paz, entre muchos otros; hizo retratos de convictos, que se publicaron en *La Revista de Policía*, en 1871; tomó fotografías de las instalaciones y máquinas del Ferrocarril del Oeste en 1857 y en 1875 y participó de la vida pública y política dando su apoyo expreso al alsinismo y luego al roquismo.

³ El periódico *La América del Sur* publicó un comunicado el 11 de julio de 1879, en el que informaba que Pozzo solicitó el “privilegio de marca de fábrica por las vistas fotográficas que ha sacado de todos los puntos donde hacía alto la expedición al Río Negro” (citado en Héctor Alimonda y Juan Ferguson. La producción del desierto. Las imágenes de la campaña del Ejército Argentino contra los indios, 1879”, *Revista Chilena de Antropología Visual* 4, 2004 [en línea].

Consultado 18 de enero de 2016 en http://www.antropologiavisual.cl/alimonda_&_ferguson.htm. Lamentablemente no existen datos sobre la circulación de estas imágenes. Existe un ejemplar del álbum en la Colección Teresa Cristina Maria de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro que debió de ser enviado por las autoridades como muestra del éxito alcanzado por el gobierno central en la expansión del territorio nacional productivo.

⁴ Me remito aquí a los argumentos de Héctor Alimonda y Juan Ferguson, quienes afirman que se trató allí de una decisión del Ejército (en “La producción del desierto. Las imágenes de la campaña del Ejército Argentino contra los indios, 1879”, *op. cit.*).

⁵ En relación con las vistas desde lo alto, se percibe también en Pozzo la búsqueda de algún punto de altura en la planicie pampeana. El techo de su propio carromato debió ser el que le ofreció, en ocasiones, una superficie más elevada donde instalar su cámara.

⁶ Rosalind Krauss. “Photography’s Discursive Spaces”, en: *The Originality of the Avant-Garde and Other Modernist Myths*. Cambridge, The MIT Press, 1985, pp. 131-150.

⁷ Cabe notar que si “paisaje” no era un término pertinente para referirse a fotografías ancladas en un discurso que no fuera el estético, “vista”, por su parte, no estaba excluido de la terminología de la plástica decimonónica. Las *vues pittoresques* constituyeron, junto con las “costumbres”, una parte esencial de la tradición iconográfica y, de manera destacada, de las realizaciones litográficas de donde se trasladaron luego hacia la fotografía.

⁸ Rosalind Krauss. “Photography’s Discursive Spaces”, *op. cit.*

⁹ W. J. T. Mitchell. “Imperial Landscape”, en: *Landscape and Power*. Chicago/London, University of Chicago Press, 1994, p. 14 y ss.

¹⁰ W. J. T. Mitchell. “Introduction”, en: *Landscape and Power, op. cit.*, p. 1.

¹¹ *Ibíd.*, p. 30.

¹² Si bien visualmente esta imagen del mangrullo interrumpe el acercamiento progresivo, considero que, en términos de interpretación, cabe leerla en el mismo sentido, puesto que está mostrando la contracara de ese acercamiento: es el lugar desde donde todo es visible, es decir, desde donde se percibe y controla el espacio al que la cámara se va aproximando. Como vimos, este recurso de fotografiar el lugar desde donde se fotografió fue empleado en otras ocasiones en estos álbumes.

¹³ “Esta vez nos detuvimos a pedido del fotógrafo Pozzo. La naturaleza le había encantado con su belleza, como nos había encantado a todos nosotros. Teníamos por delante una extensa y luminosa planicie formada por el valle del río, al que limitaban agrestes colinas cubiertas por un manto de esmeralda. Pozo intercedió con el gene-

ral para que le permitiese sacar una fotografía de aquel panorama y del ejército en la posición que llevaba y fue concedido. Y se le concedió más, se le concedió el mando del ejército, la facultad de dictarles sus órdenes. Pero fue por breves momentos. Era necesario colocar las fuerzas según conviniese, y nadie podía hacerlo mejor que Pozzo. Con un trompa a su lado, expedía las órdenes. Esto fue materia de algunas bromas que fueron aceptadas tal como debían ser. A las 11.40 la fotografía estaba sacada” (Remigio Lupo. *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario La Pampa desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Buenos Aires, Freeland, 1968, p. 109).

¹⁴ Si bien la mirada a cámara era lo más frecuente en esa época, y los tiempos de exposición estaban lejos de posibilitar una fotografía que tomara desprevenidos a los retratados, también es cierto que existen fotografías contemporáneas que han buscado simular una toma instantánea. El caso de algunas fotografías tomadas por Julius Popper en 1886, en Tierra del Fuego, en el marco de la expedición que este realizara en busca de yacimientos auríferos –un emprendimiento personal que contó con la anuencia del Ministerio del Interior– es ejemplo cercano en el tiempo. Como con los recursos fotográficos de la época no era posible captar la escena en que murieron dos hombres shelknam en manos de Popper y su grupo, esta debió ser montada posteriormente para la toma. Una de las fotografías muestra en primer plano a un indio que yace, ya muerto, en el suelo mientras tres expedicionarios apuntan en dirección opuesta sus fusiles Winchester, y otro –¿Popper?– se encuentra erguido dirigiendo la acción de los tiradores. Erguido, esto es, ofreciendo el pecho a flechas que, evidentemente, hacía rato que ya no lo tenían como blanco. Obviamente, en esta imagen no hay miradas a cámara: el montaje de la escena implicaba, también, el ignorar que estaba siendo registrada.

¹⁵ Louis Marin. *Le portrait du roi*. Paris, Éditions de Minuit, 1981, pp. 9-10.

¹⁶ Lo tomo en el sentido que le da Roland Barthes: “Entre ese objeto y su imagen no es necesario disponer un relevo, es decir un código; sin dudas la imagen no es lo real pero es su *analogon* perfecto, y es precisamente esta perfección analógica que, frente al sentido común, define a la fotografía” (Roland Barthes. “Le message photographique” [1961], en: *L’obvie et l’obtus. Essais critiques III*. Paris, Seuil, 1992, pp. 9-24 [la traducción es mía]). En esta afirmación, Dubois encuentra que lo importante no es la idea de la perfección analógica sino, justamente, la de ser un mensaje sin código. Ya que, para él, “La foto es *ante todo index*. Es solo a *continuación* que *puede* llegar a ser semejanza (ícono) y adquirir sentido (símbolo)” (Philippe Dubois. *El acto fotográfico, op. cit.*, p. 32).

¹⁷ Jacques Le Goff. *El orden de la memoria*. Barcelona, Paidós, 1991, p. 238. El destacado es mío.

¹⁸ Y sigue: “Pero no se debe olvidar que todo documento es también un monumento, porque si una fotografía informa, también conforma una cierta visión del mundo” (Ana María Mauad. “From historian’s eye: images, words and historical synthesis”. Ponencia presentada en *Advanced Oral History Summer Institute*, Berkeley, 11 de agosto, 2003 [en línea]. Consultado el 18 de enero de 2016 en <https://www.yumpu.com/en/document/view/35707133/images-words-historical-synthesis-the-bancroft-library/3> (la traducción es mía).

¹⁹ Remito aquí a Roland Barthes (*La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Barcelona, Paidós, [1980] 1989), para quien “esto ha sido” constituye el noema –la esencia- de la fotografía.

²⁰ Roland Barthes. *La cámara lúcida, op. cit.*, p. 149.

²¹ Hay que señalar que aunque tanto Encina como Moreno tuvieran conocimientos fotográficos, fue el fotógrafo Pedro Morelli el respon-

sable de las imágenes de estos álbumes. Sin embargo, que el autor material haya sido otra persona no invalida la atribución de autoría que los ingenieros sostuvieron por distintas vías. Esto situaba a Morelli en la condición de simple “operario” –cabe recordar que su nombre no era mencionado en los álbumes ni tampoco al listar el equipo de personas que los acompañaba–.

²² Estas fotografías llevan por epígrafe “Campamento de los Ing. Encina, Moreno y C^a”. Son la número 64 (subepígrafe: “en la margen derecha del Agrío y sobre su afluente Pichi Malal (corral chico). Vista tomada de E. a O.”) y la 80 (“en la naciente del arroyo Cun Có (agua caliente) afluente del Agrío a 3 ½ leguas al S. E. de Codihue. Dirección E. N. E. a O. S. O”) del primer álbum. La 81, siguiendo su usanza, es “Continuación de la anterior”. Cabe señalar que estos campamentos no estaban en Codihué, sino en sus cercanías.

VERONICA TELL

Verónica Tell es Doctora en Historia y Teoría de las Artes por la Universidad de Buenos Aires y graduada de la carrera de Artes por la misma casa de estudios. Es investigadora del CONICET y del Instituto de Investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de la Universidad Nacional de San Martín. Es docente de la carrera de Artes de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, y dicta cursos de posgrado en distintas universidades. Actualmente es curadora de la colección fotográfica del Museo Nacional de Bellas Artes. Es autora de *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, UNSAM Edita, 2017, y de artículos en libros, catálogos y revistas especializadas.

LAS FOTOGRAFÍAS DEL ÁLBUM DE ENCINA, MORENO Y CÍA. (1883) Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA PATAGONIA COMO ESPACIO GEOGRÁFICO Y PAISAJE*

Marta Penhos

UBA-UNSAM

*Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Simposio “Diálogo de miradas. Fotografías e investigación histórica”, coordinado por Inés Yujnovsky y Verónica Tell en el 54° Congreso Internacional de Americanistas, Viena, 15-20 de julio de 2012. Agradezco a las coordinadoras y a los participantes del simposio sus valiosos comentarios y sugerencias. Una versión ampliada y revisada ha sido publicada en *Huellas: búsquedas en arte y diseño*, Facultad de Artes y Diseño, Universidad Nacional de Cuyo, n° 9.

Introducción

En el verano de 1882 los ingenieros Carlos Encina y Evaristo Moreno partieron, por encargo de Julio A. Roca, al “País de las Manzanas” o “Territorio del Triángulo”, limitado por los ríos Neuquén y Limay y los Andes. Su tarea de relevamiento topográfico era complementaria de la campaña militar que comandaba en ese momento el coronel Villegas, y que significó la derrota definitiva de los últimos grupos indígenas que se habían plegado hasta las faldas cordilleranas después de la ofensiva iniciada por Roca en 1879. Acompañaba a los ingenieros el fotógrafo y químico Pedro Morelli, quien dejó 183 fotografías que integran los dos tomos del Álbum Fotográfico de Encina, Moreno y Cía. (1883)¹. En este trabajo examino una selección de esas tomas con el objetivo de discutir de qué modo construyen la Patagonia a partir de representaciones de una parte de esta región. La hipótesis es que las fotografías proponen una construcción que bascula entre la concepción de espacio traducible a datos cuantificables y clasificables, y la noción de paisaje.

A mediados de la década de 1990 comencé a estudiar lo que genéricamente suele denominarse “fotografía de indios” y en especial las producidas en relación con la “Campaña del Desierto”. Ese material se sumó a otro de carácter más “estrictamente artístico” en una investi-

gación sobre la representación de los indígenas en la plástica argentina a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del XX, cuando comprendí que no era posible tener una visión comprensiva del tema sin atender a un universo amplio de dibujos, grabados y fotografías que pertenecieron a la misma cultura visual de que las pinturas producidas en ese periodo. En un par de artículos y ponencias que escribí en aquel tiempo, textos cortos y de carácter exploratorio, propuse que las fotografías realizadas durante y posteriormente a las campañas militares a la Patagonia a finales del s. XIX hacen visibles los tópicos literarios del “desierto” aplicado a la geografía de la región, y de “barbarie” respecto de sus habitantes (Penhos, 1995 y 1996). Más tarde pude ahondar en el uso de algunas de esas imágenes, en particular las correspondientes a la tipología de frente y perfil, en los campos de la criminología y la antropología, intentando otorgarle espesor al papel del dispositivo fotográfico en el avance y control del estado-nación sobre los márgenes del “orden y progreso” (Penhos, 2005a).

En perspectiva, aunque reconozco el valor de estas aproximaciones, tengo la sensación de no haber podido salir de un destino tautológico en la interpretación de estos materiales. De hecho, varios trabajos de otros autores confirman una lectura semejante a la resumida más arriba (Alimonda y Ferguson, 2004; Butto, 2010).

En ese sentido, acuerdo con Torre (2009: 13) sobre la necesidad de salir de la dicotomía historiográfica que lleva a la interpretación de una parte del pasado argentino en términos de “gesta” o “genocidio”, lo que, según esta autora, “ocluye sentidos” y, agrego, repone una versión espejada de la matriz discursiva que enfrenta civilización y barbarie. Es de alguna manera comprensible que, una vez que hemos alcanzado un conocimiento amplio de los objetivos, motivaciones, ejecución y consecuencias de aquel avance del estado sobre el sur de la pampa y la Patagonia, estemos tentados a ver en las imágenes lo que ya sabemos sobre aquello que representan, es decir tratarlas como la evidencia del despojo.

Por ello considero importantes algunos textos que buscan rebalsar el marco interpretativo más acudido. Dos de ellos (Tell, 2003 y 2009) analizan algunas fotografías de Antonio Pozzo de la campaña de 1879, y del álbum de Encina y Moreno (1882-1883), proponiendo una indagación de ciertos procedimientos de la fotografía que permiten la configuración de un espacio “invadido” por esta técnica moderna.

Un artículo de Masotta (2009), si bien está enfocado en otros casos, presenta el problema del paisaje del desierto en los primeros álbumes fotográficos en términos de “escenificación de ausencia”, operación involucrada en el ingreso de la “civilización” en espacios “naturales”.

Por su parte, Cortés Rocca (2011) incluye en su libro un capítulo sobre la “fotografía de paisaje” como una construcción del “escenario nacional” de acuerdo con los objetivos políticos de domesticar y conquistar. Interesa la consideración por parte de la autora de una mirada estetizante, deudora de los tópicos literarios, que habría intervenido en las fotos de las campañas militares a favor de la representación de un espacio vacío y disponible para su explotación económica.

Finalmente mencionaré el trabajo más completo realizado sobre las imágenes del Álbum Encina, Moreno y Cía., el libro de Vezub (2002), quien, contrariamente a

otros autores, las aborda en su conjunto, si bien selecciona un grupo de ellas para el análisis, mostrando acertadamente los pliegues y alternativas de sus significados en términos de ambigüedad y contradicción respecto del proyecto civilizatorio. El enfoque de Vezub, que trabaja las fotos a la manera de textos, plantea, sin embargo, una cuestión teórica y metodológica de importancia si tenemos en cuenta la semiosis radicalmente diferente de la imagen respecto de la palabra escrita (Chartier, 1996), y más aún si atendemos al lenguaje específico de la fotografía, cuestión sobre la cual volveremos.

Apoyado en estos importantes antecedentes, este texto espera aportar al estudio de los materiales visuales relacionados con las campañas militares de fin de s. XIX atendiendo a ciertas capas de sentido que enriquezcan nuestra interpretación sobre los mismos.

Espacio, territorio, paisaje

Antes de internarnos en el recorrido, es preciso aclarar desde qué ángulo se hará el examen de las imágenes. Me interesa poner el acento en la dimensión performativa de las fotografías del álbum de Encina y Moreno en la producción de un espacio, el de la Patagonia. Así, resultan útiles los abordajes críticos que la historia y la teoría de la geografía han brindado sobre las ideas de espacio y espacialidad, proponiendo que éstas no son entidades concretas y fijas sino configuraciones histórico-culturales en las que participan por igual la experiencia y la imaginación (Massey, 2005; Cosgrove, 2008). Podemos llevar a una dimensión más abstracta el planteo de Lois (2008: Introducción) respecto de los mapas, y plantear que la propia tierra, los continentes, las aguas y todos los demás elementos y su disposición, tamaño y relaciones entre sí resultan construcciones del conocimiento, más que datos objetivos y estables. En sus trabajos esta autora realiza indagaciones para dilucidar los cambiantes significados asignados a términos tan pretendidamente transparentes como “isla” o

“continente” (Lois, 2013) con la intención de eludir la identificación de los conceptos, nociones e ideas sobre el espacio con una realidad ontológica.

Por otro lado, desde la antropología crítica, algunos autores analizan los viajes de la modernidad como hacedores de significados e interpretaciones, en la medida en que inventaron lugares, individuos, grupos, y relaciones entre los europeos y el resto del mundo. Por medio de ellos se formaron y sostuvieron las categorías para pensar las diferencias y las distancias, dentro de una cartografía del mundo con sitios determinados por relaciones de poder (Clifford, 1997; Gupta y Ferguson, 1997).

Massey advierte que “no pensamos el espacio: utilizamos el término, tanto en el discurso cotidiano como en el académico, sin tener plena conciencia del sentido en que lo usamos” (Massey, 2005: 110), y propone enfocar en el carácter abierto y siempre en formación del espacio como producto de interrelaciones humanas. Cuando abordamos testimonios vinculados con viajes y expediciones modernos el sentido de la vista adquiere protagonismo como elemento performativo de espacios y espacialidades (Penhos, 2005b y 2013a). Sin embargo, con diferentes inflexiones de acuerdo a periodos y casos, aparece un aspecto singular del acto de ver, que se bifurca en las operaciones de observar (valoración científica) y contemplar (apreciación estética). Los resultados de estas operaciones son diversos, ya que la primera constituye lo observado en espacio a estudiar, cuantificar y clasificar, mientras que la segunda lo hace paisaje. Como he planteado en otros trabajos (Penhos, 2013b), es muy difícil, sin embargo, encontrar ejemplos “puros” de estos modos de ver, y son habituales la contaminación y complementación entre ambos.

En este texto, y de manera absolutamente provisional, considero el término “espacio” como referido a una entidad dotada de ciertas características por quien lo observa, transita y usa, es decir lo practica, dando lugar a diferentes espacialidades, mientras que “territorio” se

aplica a un espacio al que se le reconocen límites jurisdiccionales, y “paisaje” significa un espacio que se contempla y al que se atribuyen valores estéticos. Estas definiciones, además de plantear una discusión que merecería otro trabajo, introducen una tensión que es propia de nuestra mirada sobre el pasado, ya que cuando hablamos de “espacio”, además de buscar reponer en parte la trama histórico-cultural en la que se gestaron, realizaron y circularon las imágenes que lo han construido, a la vez proyectamos nuestros propios valores e ideas sobre eso que comprendemos como “espacio”. Pero hay una complejidad mayor, de carácter filosófico: ¿existiría algo previo, una entidad geográfica que al margen de los juicios o prácticas de los sujetos sobre ella? Solo dejo planteado el interrogante, ya que excede ampliamente los objetivos de mis investigaciones.

Cuerpos y entorno natural

La idea de que las fotografías del álbum de Encina y Moreno contribuyeron decisivamente en la construcción de espacios aparece ya en el estudio de Vezub, quien sostiene que “los ingenieros topógrafos inventaron una región, al tiempo que disolvieron un territorio” (Vezub, 2002: 11), aquel que se encontraba bajo dominio indígena. Estas fotos también fueron clave para la conformación del territorio argentino con la incorporación de vastas regiones a un repertorio visual de lo que Silvestri (2011) ha denominado “lugares comunes” de la nación.

Para el análisis de las fotografías utilizaré como eje la relación figura humana-entorno natural. Existen varios trabajos que abordan la representación de indígenas en el álbum (Vezub, 2002; Butto, 2010; Giordano, 2012). Vezub (2002: 28) observa su escasa presencia, ya que “el antagonismo entre un ámbito natural, virginal y la intrusión festejada de la civilización en el mismo tuvo una persistente inscripción en el álbum”. Las fotografías mostrarían “una región que había sido literalmente

vaciada de población en los años inmediatamente anteriores a la mensura en Encina y Moreno". Por mi parte (Penhos, 1996: 82) propuse que los indígenas aparecen en algunas fotografías sin distinguirse de la naturaleza que los rodea, confundidos entre los árboles, como es el caso de "Bosque de nires" (foto 61 tomo II, fig. 1).

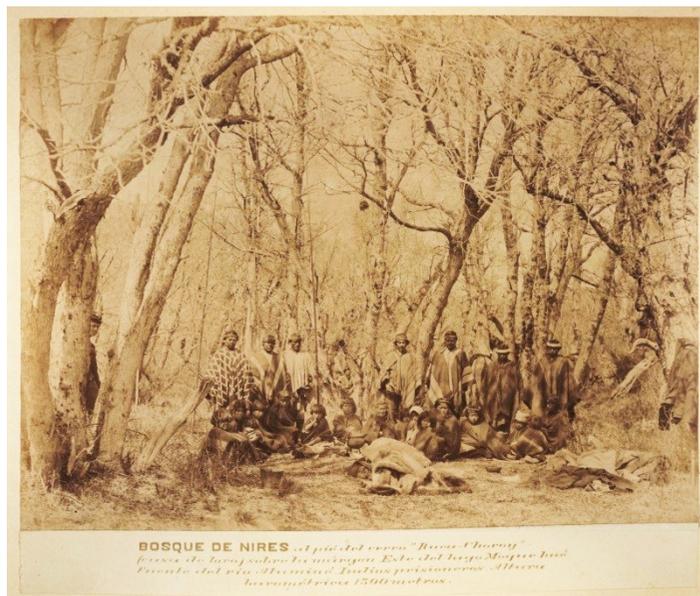


Figura 1

Sin embargo, su relación con ese espacio ya ha sido modificada radicalmente por el hombre blanco, según muestra la leyenda: "Al pie del cerro Ruca-Choroy (Casa del Loro), sobre la margen este del lago Aluminé. Altura barométrica 1300 metros. Indios prisioneros". Este señalamiento de la condición de prisioneros no hace más que subrayar su inminente desplazamiento y por lo tanto su desaparición del entorno en donde fueron fotografiados. Se trata de una desaparición en la que se regodean las dos imágenes dedicadas a los "chenque" (fotos 40 y 41 tomo II), cementerios indígenas que por esos años fueron sistemáticamente profanados en busca de restos óseos, lo que podríamos llamar insumos para la ciencia (Penhos, 1996: 83; Penhos, 2005a: 36).



Si bien no está agotada la lectura de este aspecto, en este texto decidí concentrarme en la figura de los expedicionarios, que estarían de alguna manera desdoblados: son observadores que se convierten en objeto de representación.

Es importante tomar en cuenta que, como observó Vezub (2002: 34), el álbum no sigue estrictamente el orden del recorrido de la expedición, cuyo inicio se había dado en Mendoza. El punto de partida de las imágenes, en cambio, Carmen de Patagones. Esta particularidad queda habilitada por la ausencia de un texto que, a la manera de otros producidos en los siglos XVIII y XIX, recogiera los detalles de la expedición. Las ediciones de diarios oficiales de viajes y expediciones, tan exitosas en el periodo, combinaron a menudo texto e imagen buscando reponer la temporalidad propia de la experiencia, a través de un hilo narrativo organizado en jornadas y detenido en las escalas. En este modelo, si el día a día se traslada a un relato con énfasis en los trabajos de observación, relevamiento, medición, etc., las escalas son merecedoras de descripciones minuciosas que se acompañan de grabados o fotografías de vistas (Penhos, 2005b: cap. 6). Las imágenes, pensadas como ilustraciones, suelen ponerse de acuerdo con el orden que pauta el informe, en láminas dispuestas cerca de la parte a la que refieren y con claras indicaciones de la relación que tienen con el texto, por ejemplo “fig. 1”. En nuestro caso, desprendidas de un anclaje escrito, las imágenes podían distribuirse para armar otro recorrido, de este a oeste, con atención en determinados puntos, lo que resulta más acorde con el discurso de avance del progreso sobre áreas “salvajes”: “el álbum construye una organización ideal del espacio que se ajusta a la imaginada proyección atlántica del derrotero de la civilización occidental” (Vezub, 2002: 30). El supuesto reclamo de Estanislao Zeballos por el texto ausente (Vezub, 2002: 35)² confirmaría la singularidad del álbum al presentar solamente el registro icónico de la expedición.

Sin embargo, el orden visual del álbum, si por un lado ofrece una progresión y una gradación que iría desde los espacios habitados, con énfasis en los enclaves blancos (básicamente Patagones y los fortines) hasta aquellos completamente deshabitados, por otro presenta una alternancia entre espacios con figuras y sin figuras,

lo cual refuerza la idea de irrupción de los expedicionarios (el hombre blanco) en la naturaleza.

Butto aporta el dato de que el 84% de las tomas presentan escenarios “rurales”, y el 38% prescinden de la figura humana (Butto, 2010: p. 5), mientras que Tell señala la preeminencia de “espacios vírgenes” (Tell, 2009: p. 5), y para ambas autoras estas fotos hacen evidente la disponibilidad de una geografía a la que se negaba cualquier relación con sus habitantes seculares.

Masotta (2009: 116) observa, por su parte, que “en relación con la obra de Pozzo, [el álbum de Encina y Moreno] profundiza la ausencia humana en función de la toma de la naturaleza desierta”.

Pero esta característica tarda en hacerse notar. Quien recorre el álbum debe esperar a la fotografía 29 del tomo I (fig. 2) para encontrar vistas de escenarios naturales, en este caso la confluencia de los ríos Limay y Neuquén seguida de la 30, “Origen del Río Negro”.

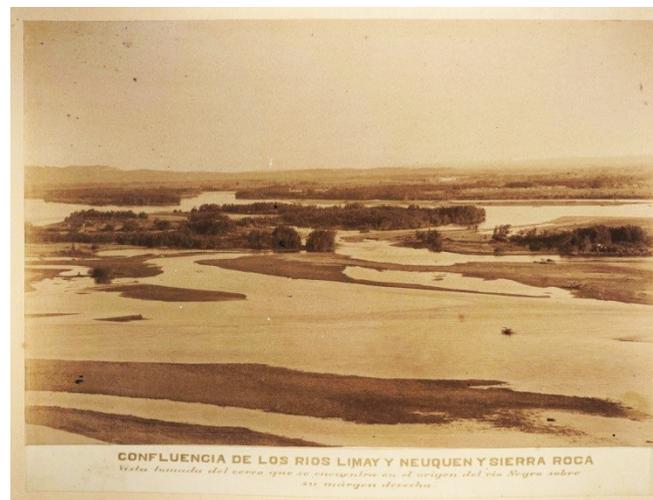


Figura 2

No parece casual que las tres fotos siguientes repongan la marca del hombre blanco al mostrar el vapor Neuquén que navega los ríos con los expedicionarios a bordo (foto 31 tomo I, fig. 3), porque a continuación éstos

aparecen en las dos tomas a las que me referiré más adelante.

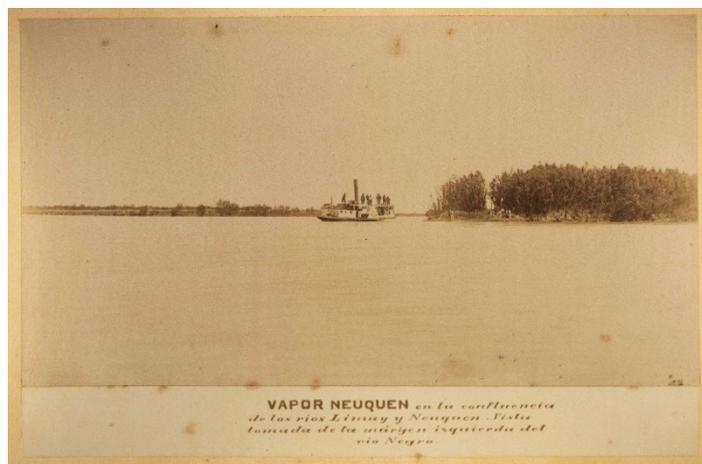


Figura 3

El encuadre y el punto de vista de las fotos 29 y 30 se repiten en otras, en las cuales la imagen se divide en dos partes similares para la tierra y el cielo. La sección inferior aparece como un plano casi rebatido, lo cual permite mostrar con bastante detalle el tipo de vegetación y los cursos de agua. Desde la línea de horizonte se despliega la porción de tierra, avanzando vertiginosamente hacia el exterior de la imagen. La nitidez y el valor bajo o medio de los planos más cercanos al observador van cediendo poco a poco, hasta que las lejanías, claras y difusas, recuerdan el recurso pictórico de la perspectiva atmosférica.

En cuanto a la relación figura humana-entorno natural son dos las variantes básicas que encontramos en el conjunto: en la primera, los personajes se encuentran en una proporción equilibrada respecto del escenario (fotos 34 y 35 tomo I, figs. 4 y 5), lo cual apuntaría a señalar la apropiación de unos espacios que no presentan dificultades ni amenazas. Los ingenieros y sus colaboradores posan distendidamente, mirando a la cámara, como si se hallaran en el parque de una quinta.

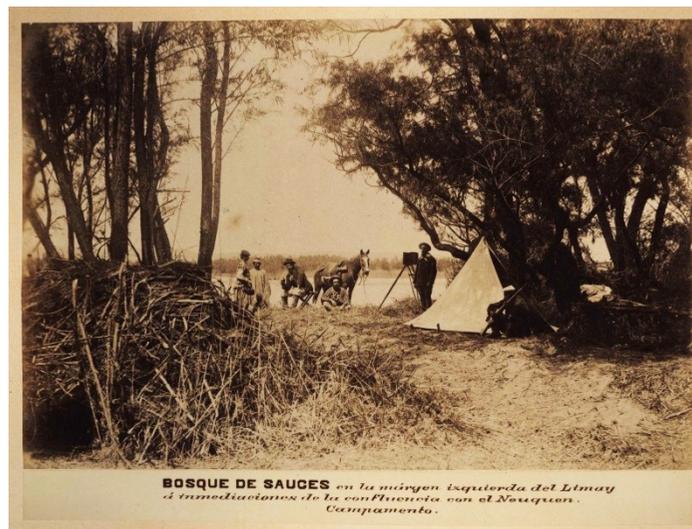


Figura 4

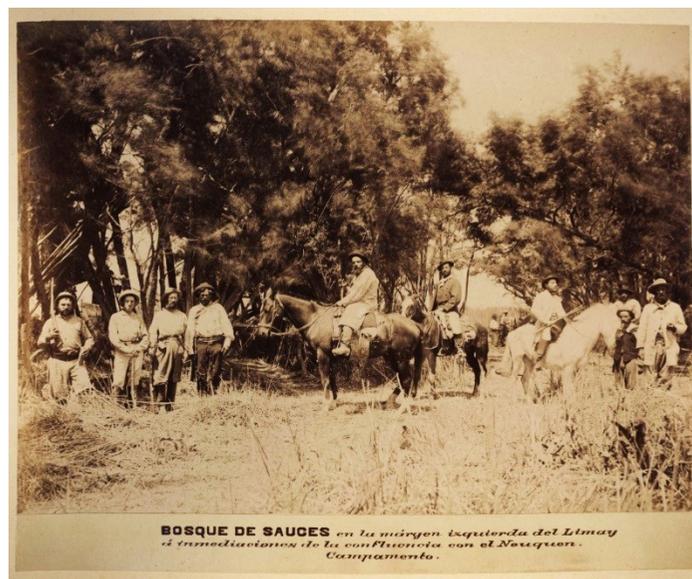


Figura 5

No hay registro de las tareas topográficas que llevaron a cabo, sino más bien la demostración de su mera presencia en una porción de la geografía patagónica, que es dominada por medio de dos prácticas distintas: el

avance sobre ella y la captación fotográfica de las paradas durante ese tránsito. Pensemos que todo viaje connota desplazamiento espacial, pero también una travesía que se verifica en el tiempo, y esta dimensión temporal está ligada a su representación escrita e icónica, cada una con sus particularidades (Penhos, 2013a: 62). Vale la pena, entonces, considerar la capacidad de la fotografía para detener el movimiento (tanto en el sentido de recorrido espacial y de devenir), con el fin de brindar una fijación, en una versión estable, de las coordenadas espacio-temporales de la experiencia vivida por los expedicionarios. “Lo que se atestigua [en la fotografía], dice Frizot (2009: 72), es la presencia de un objeto, una persona, o una conjunción de presencias en el espacio” y, agregó, también en el tiempo.

El resultado es compatible con el tropo del “gardening”, palabra utilizada por Cosgrove (2008: cap. 2) de difícil traducción al español. “Gardening” designa no el diseño y realización de jardines sino la domesticación imaginaria o efectiva de una espacialidad, por medio de la disrupción de sus límites espaciales, etnográficos y conceptuales previos, y en particular de la determinación de nuevos límites entre lo “salvaje” y lo “cultivado”, es decir entre lo que queda fuera y dentro del ámbito de la “cultura”. Las fotos de paradas tendrían una función semejante a la de los mojones de piedra y las cruces de madera que se utilizaban normalmente en los viajes y expediciones de diverso tipo: la de dejar marca de la presencia humana en un espacio que así comienza a ser domesticado.

En las imágenes de la segunda variante se produce una toma de distancia y la utilización de la figura como referencia a partir de la cual establecer el tamaño del entorno (fotos 36 y 37 tomo I, figs. 6 y 7). El efecto obvio que produce el contraste entre el o los cuerpos miniaturizados y la naturaleza a su alrededor es el énfasis en la inmensidad, tópicos de la percepción y representación europeas de la geografía americana desde el siglo XVI, que adquiere nuevo status con la difusión, a inicios del

XIX, de los textos de Humboldt y de la categoría de lo sublime (Silvestri, 2005; Penhos, 2008).



Figura 6



Figura 7

Como en la obra de los artistas directa o indirectamente relacionados con el modelo humboldtiano, estas fotos del álbum proponen espacios de dimensiones colosales a los que el hombre accede impulsado por su deseo de

conocimiento y dominio. Señala Masotta (2012: 115) respecto de algunas fotografías de Pozzo que presentan características similares: “El fotógrafo se aleja de los sujetos. Cuanta más distancia toma de ellos mayor es la porción de horizonte retratable y, en esa dialéctica, gana el primero. Sobre ese territorio los hombres son empequeñecidos, parecen perdidos y sin rumbo”. En efecto, es difícil dilucidar qué hacen los personajes en estas fotografías, sumidos en el plano inferior de la imagen o destacados contra el cielo: solamente están allí autorizando la toma desde “dentro”.

Podemos agregar a las anteriores una tercera variante, la que implica la presencia del fotógrafo y de los topógrafos del otro lado de la cámara, sustraídos de la imagen para ofrecer una vista abarcadora de un espacio por entero “desierto”. Tell propone que el recurso de la toma panorámica estaría vinculado con una concepción del espacio en términos de productividad (Tell, 2009: pp. 6-7 y 12). Afirma esta autora que “las vistas fotográficas eran –por su funcionalidad e inscripción utilitaria– registros del territorio antes que paisajes” (Tell, 2009: p. 10). Me interesa retomar esta discusión y sumar algo más a las posiciones de los autores que ella considera: Rosalind Krauss (2002: pp. 40-59), para quien “paisaje” es una categoría del discurso estético no aplicable a imágenes que pertenecen al ámbito de lo científico, y W.J.T. Mitchell, que concibe como tal a toda representación simbólica de la naturaleza (Tell, 2009: pp. 7-8).

Detengámonos un momento en algunas de las fotografías panorámicas (fotos 45 y 48 tomo I, figs. 8 y 9): el punto de vista, en muchas de ellas elevado, el encuadre amplio y la cantidad y variedad de elementos que forman parte de la imagen las ubican en el género de *vista*, fuertemente vinculado con la tradición cartográfica, pero que está lejos de contraponerse al de *paisaje* como si fuesen un par dicotómico, referido uno a la esfera técnico-científica y el otro a la artística, ya que ambos intercambiaron recursos, competencias y funciones durante los siglos de la modernidad.



Figura 8

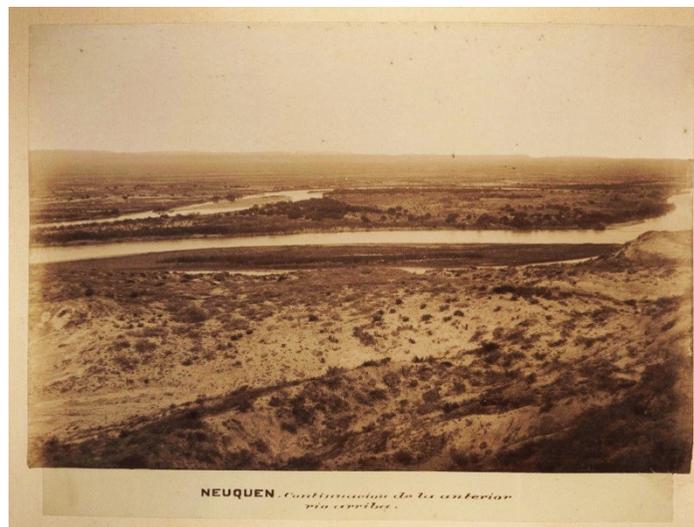


Figura 9

En realidad, ya Ptolomeo relacionaba las competencias del dibujo y la pintura con la corografía, y las del cálculo con la geografía, pero es a partir del renacimiento que los corógrafos combinaron en su trabajo la confección de mapas, la pintura de vistas y la descripción literaria,

nutriéndose de la tradición pictórica y fertilizándola a la vez (Alpers, 1987: cap. IV; Cosgrove, 2008: pp. 7 y 24; Penhos, 2005b, cap. 5). Aún a fines del siglo XVIII la actividad de cartógrafos españoles en el Río de la Plata está atravesada por recursos pictóricos de cuño paisajístico (Penhos, 2009). Es en esta intersección donde habría que ubicar el conjunto de casi 50 fotos de vistas que contiene el álbum.

Para ubicarnos en el periodo del álbum de Encina, Moreno y Cía., si bien los campos de la ciencia y el arte habían definido sus propios objetos, métodos y fines, aún la pintura de paisaje, siguiendo los lineamientos de Humboldt, era el complemento necesario de otros sistemas de relevamiento y registro en las exploraciones científicas. El sabio le dio el título “Influencia de la pintura de paisaje en el estudio de la naturaleza” a un capítulo de la obra que compendia su trabajo de décadas, *Cosmos* (Humboldt, 1845-7: tomo II cap. II), y artistas como el norteamericano Frederic Edwin Church siguieron puntualmente sus indicaciones. “Heart of the Andes”, el cuadro más famoso de Church, es el resultado del procedimiento humboldtiano de síntesis de “estudios parciales” tomados durante el viaje, procesados y combinados en el taller para la elaboración de un paisaje como “impresión general” de los espacios visitados (Humboldt, 1845-7: tomo II 82-3). Este tipo de obras, que nadie dudaría en encuadrar en la categoría de pintura de paisaje, eran, a la vez, un insumo científico.

Pero tenemos un caso más cercano y más contundente, el del pintor suizo Adolf Methfessel, quien formó parte de campañas arqueológicas y paleontológicas junto a Germán Burmeister, Juan Bautista Ambrosetti y otras figuras clave de la ciencia argentina de fines del s. XIX, en una época absolutamente contemporánea a la expedición de Encina y Moreno.

La obra de Methfessel es útil para referir a la apropiación simbólica de ciertas regiones por la doble vía de las operaciones técnico-científicas y artísticas. Integrada por dibujos de especies vivas y restos fósiles, peque-

ñas imágenes a la aguada que ilustran trabajos de excavación en sitios del noroeste argentino, y paisajes, la mayor parte a la acuarela de formato mediano, y otros en grandes cuadros al óleo, la producción de Methfessel se extiende por treinta años, desde su llegada al país en 1864 hasta su regreso a Suiza en 1895. Entre las acuarelas, las realizadas en la Patagonia (figs. 10 y 11), si bien corresponden a sitios ubicados más al sur que los que muestran las fotografías de Morelli, responden a una concepción espacial similar, en la cual:

la ausencia del hombre es total... El predominio de los azules en las aguas de ríos y lagos y el telón de fondo de las cadenas montañosas son las notas sobresalientes de una inmensidad lejana, fría y desolada. Sólo las aves que se posan en el agua o surcan el cielo parecen habitar estos paisajes, abiertos al ojo que supiera captar su particular belleza. La representación visual plasma una disponibilidad estética de los espacios patagónicos, correlativa a la disponibilidad material que de hecho tuvieron estos territorios después de las campañas militares iniciadas en 1879, y a su dominio concreto por parte del estado nacional. Los “indígenas”, diezmados y desplazados de sus territorios, se hallan ausentes de la imagen (Penhos, 2008: 160).

La contribución de Methfessel en el *Atlas* que complementa la *Description Physique de la République Argentine* de Burmeister, que se publicó en 1881, muestra la producción de un catálogo visual de “diferentes partes más características del país” como engranaje de una maquinaria de apropiación material y simbólica de dilatados espacios en clave nacional. Si el título, *Vues Pittoresques*, podía apelar a la curiosidad de un público amplio y ligar las láminas con las acuarelas y óleos paisajísticos de Methfessel, la técnica diversa a la usada en éstos, el dibujo para ser llevado a la estampa, traslada con pretendida precisión la observación “d’après nature” como procedimiento científico de relevamiento de las regiones que estaban siendo disputadas a los indígenas. No hay en estas vistas brumas ni planos de distinto valor como en las pinturas, y todos los elementos

quedan plasmados con la misma nitidez (Penhos, 2008: 162).



Figuras 10 y 11

Y es justamente la técnica la que supone, en las imágenes del Álbum de Encina, Moreno y Cía., un desmedro aún mayor de la carga estética para darle lugar principal a las competencias de la imagen fotográfica como auxiliar neutro y objetivo de la ciencia. El correlato fo-

tografía-verdad, de tanto peso en la época del álbum, las distingue de las pinturas y dibujos de Methfessel, aunque es innegable que éstas y otras imágenes realizadas con diferentes técnicas y materiales funcionaron en una intersección donde los límites entre lo artístico y lo científico se diluyen. Pero más allá de la confianza positivista en la verdad de lo que una fotografía representa, es necesario reconocer tanto las propiedades de atestiguamiento o testimonio y de designación que pueden atribuírseles (Dubois, 1986: 65-72; Frizot, 2009: 72-3), como su poder evocador (Frizot, 2009: 73-4). De este modo, estaríamos en condiciones de atender a la o las presencias que quedan atestiguadas en la imagen gracias al carácter indicial de las fotografías, y que se han hecho visibles de cierto modo y en cierto sentido gracias a la selección de un campo de referencia, es decir a su iconicidad. Los sitios fotografiados y los cuerpos que se detuvieron en ellos dejaron una huella, sí, pero como espacios para la observación y mensura y como paisajes para la contemplación del hombre blanco, sin que haya contradicción sino más bien complementariedad entre estas construcciones.

La deuda de las fotos panorámicas de Morelli con la tradición de las vistas se confirmaría por varias tomas pensadas para conformar una representación más amplia que la del fragmento (fotos 31-32 tomo II, fig. 12; fotos 54-56 tomo II, fig. 13; fotos 77-78 tomo II, fig. 14).

La intención está explicitada con claridad en el nombre de las imágenes, que incluye “Continuación de la anterior”. Como los pintores holandeses del s. XVII (Alpers, 1987: cap. IV) y los dibujantes de la Expedición Malaspina a fines del XVIII (Penhos, 2005b: cap. 6), Morelli realizó vistas parciales que, colocadas una junto a la otra, brindan verdaderas “impresiones generales” del espacio que el trabajo topográfico de Encina y Moreno registraba en sus aspectos cuantificables.

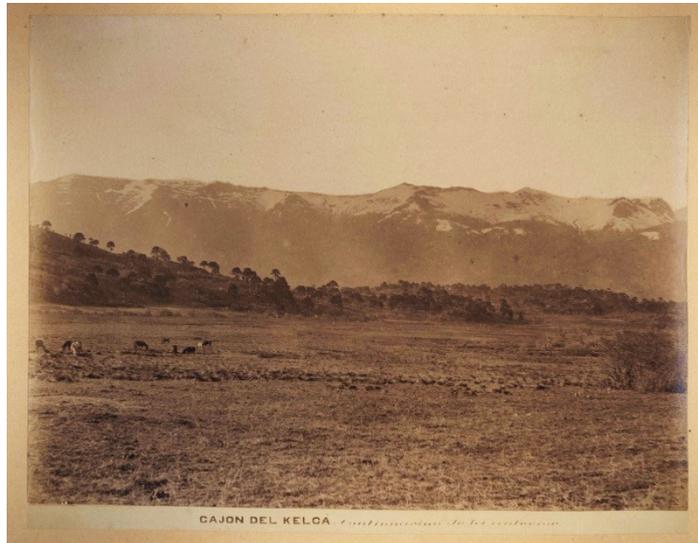
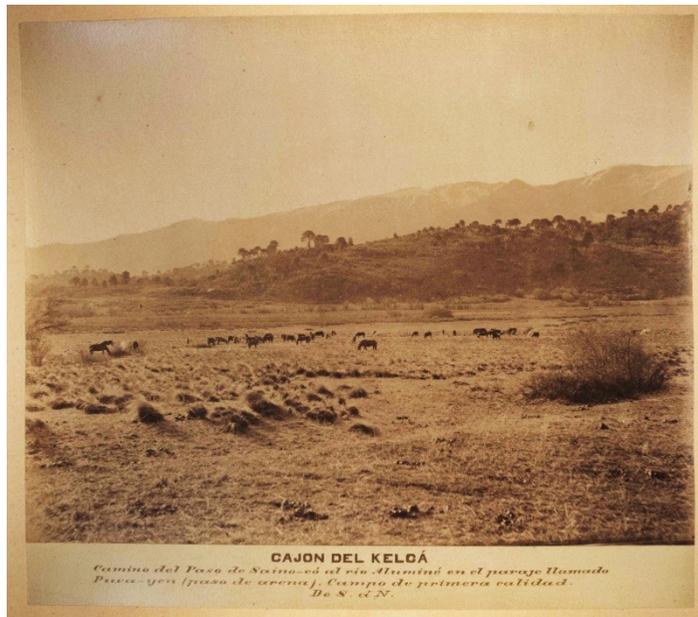


Figura 12



Figura 13

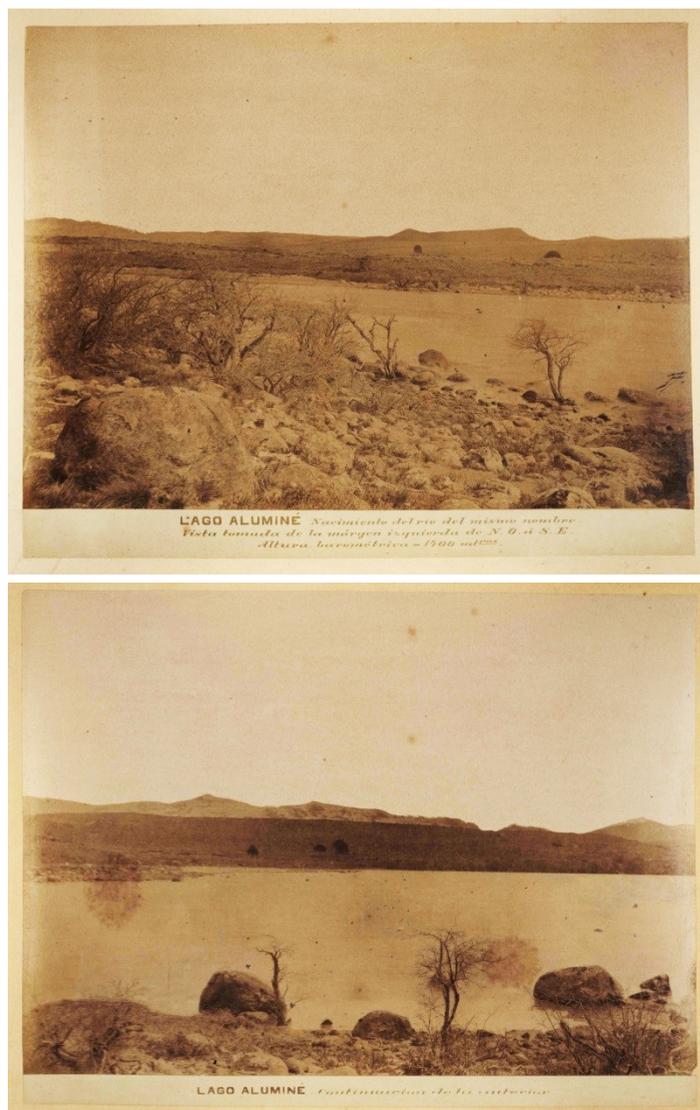


Figura 14

Es claro que la realización de las imágenes del álbum estuvo guiada “por criterios extra-estéticos” (Tell, 2009: p. 6). El carácter de la tarea realizada durante la expedición y la función de registro técnico-científico de las imágenes se pone en evidencia en los datos que contienen las leyendas debajo de cada fotografía: nombre

indígena del lugar, traducción del mismo, ubicación geográfica, descripción, altura barométrica. Pero esto no debería obturar la posibilidad de identificar qué es lo que de todos modos tienen de estético, incluso a pesar de sus productores. Y esto sin dejar de notar que, según consigna Vezub a lo largo de su trabajo, las imágenes del álbum parecen haber alcanzado cierta estima de Estanislao Zeballos y otros contemporáneos por sus merecimientos artísticos (Vezub, 2002: 25-27, 35 y 54). Siguiendo este hilo, mientras que los trabajos de agrimensura de la comisión de Encina, Moreno y Cía. participaban de la conformación y configuración de la Patagonia en tanto parte del territorio nacional, dentro de una lógica geográfica basada en las matemáticas, las vistas proveían de una descripción corográfica, dirigida no a establecer escalas y proporciones precisas, sino a dar cuenta del carácter y la singularidad de una porción de espacio por medio de una captura fragmentaria y recortada.

En los tres conjuntos de fotos considerados, el cuerpo humano, sea en la imagen o fuera de ella, permite configurar el espacio de la imagen, en especial sus dimensiones, un factor relevante si tenemos en cuenta los objetivos de la expedición. Pero se advierte una diferencia fundamental respecto de otro tipo de imagen incluida en el álbum, el mapa. Éste supone el establecimiento de dimensiones en base a una relación cuantitativa entre la región y el continente o la tierra, a partir de la grilla de latitudes y longitudes, estructura abstracta, intelectual, de medición del mundo, que preexiste y prefigura el espacio que será inscripto en ella (Cosgrove, 2008: 90-1). Decía Bartolomé Mitre respecto de la obra de Francisco Moreno que “el mapa que acompaña el libro [...] ha cambiado por completo la fisonomía geográfica de la Patagonia”, que pasaba de ser “vasto desierto vacío” a territorio conocido (Navarro Floria, 2004: 162), y por ello posible de ser incorporado, ya que la inmensidad encuentra sus límites en las fronteras de la nación.

También las fotografías dan a conocer relaciones espaciales, pero del orden de lo subjetivo, ya que las dimensiones son representadas respecto del cuerpo. El cuerpo como módulo dentro de la imagen, el cuerpo como condición de posibilidad de la captura de la imagen, y en ambas instancias el cuerpo como elemento performativo del espacio. Sin entrar en la cuestión del “doble diedro” o triángulo que Krauss retoma a partir de textos de Caillois y Lacan (Krauss, 2002: 185-6), es sugerente pensar que el sujeto inmerso en la foto ha experimentado el espacio en el que se halla, viéndolo y transitándolo, pero también lo produce como espacio de la representación en tanto es visto por el sujeto “operador” (Frizot, 2009: 55) que lo utiliza como módulo.

De esta manera, las fotografías consideradas, deudoras de los modelos pictóricos de la vista y el panorama, realizan la operación de inventar espacios caracterizados por su gran tamaño y por su carácter natural, esto último enfatizado también por el contraste respecto de lo humano, que está tanto en los personajes que habitan la imagen, como en la cámara que la obtiene.

Es necesario señalar este desplazamiento desde lo “salvaje”, de valencia negativa como el polo opuesto de lo “civilizado”, hacia lo “natural” que puede ser integrado al territorio nacional. “Comienza allí el relato mudo de la naturaleza, o mejor dicho, el relato mudo de una visión de la naturaleza que aun en el molde de la cartografía militar se acerca a la de una contemplación” (Masotta, 2009: 116). En este sentido, en especial las vistas sin presencia humana, ponen en juego la capacidad metonímica de la fotografía, porque la representación de la región como un todo se compone de pedazos que se expanden hacia el exterior de la imagen (Dubois, 1986: 72-3), contribuyendo a conformar una Patagonia en términos de “parque nacional”.

En efecto, los parques nacionales son un invento norteamericano que luego se adopta en otros países. Surgen entre 1901 y 1909, en un momento marcado por el impacto de una inmigración heterogénea y masiva, y res-

pondieron a la necesidad de (re)crear el ambiente de los primeros colonos, racialmente puros, que habían forjado antaño la identidad nacional (Cosgrove, 2008: 109-113). En la Argentina, la mayor parte de los parques nacionales, entre ellos los que corresponden a la región norpatagónica, fueron creados en la década de 1930. Las fotos del álbum de Encina y Moreno insisten, igual que las acuarelas de Methfessel, en representar los grandes lagos, que son protagonistas de los parques nacionales del sur, a los que muchas veces dan su nombre. Efectúan por anticipado la transformación de áreas “salvajes” en espacios “naturales”, preservados, últimos reductos de lo virgen domesticado. Proponen espacios congelados en un tiempo sin historia, dados a la contemplación y admiración de quienes los penetran y transitan. El “estricto corte temporal” de la fotografía (Tell, 2009: 10) tiene por efecto sustraer lo captado de todo recorrido y todo devenir.

Volvamos ahora a las tomas en las que los ingenieros y sus colaboradores hacen un alto en el camino. En una de ellas, la cámara fotográfica se desdobra para aparecer entre los personajes (fig. 4). El recurso de ostentar la cámara ya había sido utilizado en *Viaje al país de los araucanos* de Zeballos (1881), en el que una litografía muestra al autor en una escala del viaje, posando junto a su equipamiento científico. Entre estos elementos, ocupando el centro de la composición, se destaca el trípode con la cámara. Yujnovsky comenta que las fotografías que exhiben los instrumentos de mensura y registro usados en el campo, comunes en publicaciones de carácter topográfico, responden a la intención de hacer expresa la relación entre el dispositivo y la imagen resultante, que de ese modo es autorizada (Yujnovsky, 2010: 184-5).

Esta explicitación se omite y se disimula en las vistas deshabitadas del álbum de Encina y Moreno, cuya existencia se pretende “originaria” y por lo tanto previa a la visibilidad que le da la captación fotográfica. Resulta interesante que Morelli haya reemplazado en ocasiones el formato horizontal por el vertical y la vista amplia

por el foco más cercano sobre la naturaleza (foto 58 tomo II, fig. 15).



Figura 15

En estas fotografías casi no hay cielo, de modo que los árboles, las orillas pedregosas y las cascadas ocupan todo el plano de la imagen, que carece de profundidad. Contrariamente al panorama, este tipo de imagen per-

mite identificar especies vegetales, que a veces quedan consignadas en las leyendas. Sin embargo, tienen poco de registro científico. Se trata más bien de escenarios que invitan al paseo, a vagar por espacios hasta hacía poco “salvajes” y ahora domesticados. La naturaleza, inmensa y pródiga, no es representada tanto en términos de productividad económica, que es la interpretación de Tell (2009: 6-7) y de Cortés Rocca (2011: 135), como de disponibilidad visual, sea en las vistas, paisaje exterior y distante, o en estas tomas, constituida en escenario ameno y dócil en el que asentar la propia presencia. Con la actitud segura y entusiasta del visitante en una reserva natural, los expedicionarios dejan la marca de su paso por allí (foto 93 tomo I, fig. 16; foto 57 tomo II, fig. 17). También en estas fotos aparecen proporcionalmente pequeños respecto del entorno, pero este no supone ninguna amenaza: es el “parque” del territorio nacional, que puede, mediante esta apropiación, conservar su carácter único.

Conclusiones

Como resultado de este recorrido podemos identificar, entonces, el modo específico y rico en que las fotografías del Álbum de Encina, Moreno y Cía. participaron de la construcción de la Patagonia en términos de espacio geográfico y de paisaje. No actuaron ajustándose pasiva y orgánicamente a un programa político, científico e ideológico expreso sino más bien interviniendo, desde sus propios lenguaje, recursos y tradiciones, en la trama histórico-cultural de fines del siglo XIX. Si pensamos que en las primeras décadas del siglo siguiente, “la identidad argentina se resume en sus paisajes” y que estos circulan y se difunden bajo el modelo de la tarjeta postal (Silvestri, 2011: 289), no deja de ser preclara la contribución de las modestas pero contundentes imágenes del álbum a la construcción de una Patagonia integrada al territorio nacional como “reserva” de la naturaleza.

Bibliografía

- Alimonda, Héctor y Juan Ferguson (2004) "La producción del desierto. Las imágenes de la Campañas del Ejército Argentino contra los indios, 1879", en *Revista Chilena de Antropología Visual*, n° 4.
- Alpers, Svetlana (1987) *El arte de describir. El arte holandés en el siglo XVII*. Madrid, Blume.
- Butto, Ana (2010) "Las representaciones acerca del indio y el territorio en los expedicionarios de la Conquista del Desierto: discursos e imágenes de 1879 y 1883", ponencia presentada en el IV Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos, Mendoza, marzo de 2010. Disponible en http://congresobicentenario.webuda.com/simposio_4.html. Consulta 23-4-2012
- Chartier, Roger (1996) *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires, Manantial.
- Clifford, James (1997) "Spatial Practices: Fieldwork, Travel, and the Disciplining of Anthropology", en *Routes. Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, Cambridge-London, Harvard University Press.
- Cortés Rocca, Paola (2011) *El tiempo de la máquina. Retratos, paisajes y otras imágenes de la nación*, Buenos Aires, Editorial Colihue.
- Cosgrove, Denis (2008) *Geography and Vision. Seeing, Imagining and Representing the World*, Londres-New York.
- Dubois, Philippe (1986) *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*, Barcelona, Paidós.
- Frizot, Michel (2009) *El imaginario fotográfico*, México, Seirieve.
- Giordano, Mariana (2012) "El colonialismo de la imagen. La representación fotográfica del indígena en la Argentina", en *Indígenas en la Argentina. 1860-1970*, Buenos Aires, Artaurata.
- Gupta, Akhil y Ferguson, James (1997) "After 'peoples and cultures'", en *Culture, Power, Place. Explorations in Critical Anthropology*, Durham/London, Duke University Press.
- Humboldt, Alexander von (s/f) *Cosmos o Ensayo de una descripción física del mundo* [1ª ed. en alemán 1845-7], Madrid, Imp. de Gaspar y Roig.
- Krauss, Rosalind (2002) "Los espacios discursivos de la fotografía", en *Lo fotográfico, hacia una teoría de los desplazamientos*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Lois, Carla (2008) "Plus Ultra Equinoctialem. El 'descubrimiento' del hemisferio sur en mapas y libros de ciencia del Renacimiento", Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (2013) "Isla vs. Continente. Un ensayo de historia conceptual", en *Revista de Geografía Norte Grande* n° 54, Santiago de Chile, Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Masotta, Carlos (2009) "Telón de fondo. Paisajes de desierto y alteridad en la fotografía de la Patagonia (1880-1900)", en *Aisthesis* n° 46, Santiago de Chile, Instituto de Estética, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Massey, Doreen (2005) "La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones", en Arfuch, Leonor, *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires, Paidós.
- Navarro Floria, Pedro (comp.) (2004) *Patagonia, ciencia y conquista. La mirada de la primera comunidad científica argentina*, Neuquén, CEP.
- Penhos, Marta (1995) "La fotografía del siglo XIX y la construcción de una imagen pública de los indios", en *El arte entre lo público y lo privado*. Buenos Aires, CAIA.
- (1996) "Retratos de indios y actos de representación", en *Memoria del 4º Congreso de Historia de la Fotografía en la Argentina*. Buenos Aires, CEP.
- (2005a) "Frente y perfil. Fotografía y prácticas antropológicas y criminológicas en Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX", en Penhos, Marta, Carlos Masotta, M. I. Rodríguez Aguilar y otros, *Arte y Antropología en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación Espigas/ Fundación Telefónica/ FIAAR.
- (2005b) *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- (2008) "Modelos globales frente a espacios locales: tensiones en la obra de dos artistas europeos en la Argentina del siglo XIX", en *Studi Latinoamericani* n° 4, Udine, Forum Editrice Universitaria.

----- (2009) “En las fronteras del arte: topografía, cartografía y pintura en la Expedición de la América Meridional a fines del siglo XVIII”, en Mendoza Vargas, Héctor y Carla Lois. (coords.), *Historias de la Cartografía de Iberoamérica. Nuevos caminos, viejos problemas*, México, Instituto de Geografía, UNAM e Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Colección Geografía para el siglo XXI, Serie Libros de Investigación, núm. 4.

----- (2013a) “Viajes, viajeros e imágenes. Una relación necesaria”, en Baldasarre, María Isabel y Silvia Dolinko (eds.), *Travesías de la imagen. Historias de las artes visuales en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Argentino de Investigadores de Arte/ EDUNTREF, Archivos del CAIA IV, Tomo II.

----- (2013b) “Tierra del Fuego en los textos e imágenes del Viaje del Beagle (1826-1836), entre la ciencia y la estética”, en Lois, Carla y Verónica Hollman (eds.) *Geografía y cultura visual: los usos de las imágenes en las reflexiones sobre el espacio*, Rosario, Editorial Prohistoria.

Silvestri, Graciela (2005) “Errante en torno de los objetos miro. Relaciones entre artes y ciencias de descripción territorial en el siglo XIX rioplatense”, en G. Batticuore, K. Gallo y J. Myers (Comps.). *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba.

----- (2011) *El lugar común. Una historia de las figuras del paisaje en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Edhasa.

Tell, Verónica (2003) “La Toma del Desierto. Sobre la auto-referencialidad fotográfica”, en *1° Congreso Internacional de Teoría e Historia del Arte/ IX Jornadas del CAIA, Poderes de la Imagen*, Buenos Aires, CAIA, (CDRom).

----- (2009) “Panorámica y close up: construcciones fotográficas sobre una usurpación”, ponencia presentada en el *Meeting of Latin America Studies Association*, Rio de Janeiro, junio 2009. Disponible en <http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2009/files/TellVeronica.pdf> Consulta 18-3-2012

Torre, Claudia (2011) “Militares en el desierto. Expedición, escritura y fotografía”, ponencia presentada en el *Simposio Internacional Imágenes y Realismos en América Latina*, Leiden, septiembre-octubre de 2011. Disponible en <https://imagenesyrealismosleiden.files.wordpress.com> Consulta 6-6-2012

Yujnovsky, Inés (2010) *Viajeros a la sombra de Darwin en los confines del siglo XIX argentino*, Tesis de Doctorado en Historia, Colegio de México.

¹ Se trata de un álbum de 100 hojas de cartón sobre las que se disponen las fotografías sobre papel. Los dos tomos están encuadernados con tapas de cuero rojo. Para este trabajo se consultó el ejemplar del Museo Roca de Buenos Aires.

² (Vezub 2002:21, nota 1): La Prensa, 9 de noviembre de 1885.

MARTA PENHOS

Doctora en Historia y Teoría de las Artes de la Universidad de Buenos Aires, Profesora Titular de Historia de las Artes Plásticas IV (barroco) y Profesora Adjunta de Historia del Arte Americano I (colonial) en la misma universidad. y Profesora de grado y posgrado en la Universidad Nacional de San Martín. Docente de cursos de grado y posgrado en instituciones de Argentina y el exterior. Entre sus publicaciones se destacan “Frente y perfil. Fotografía y prácticas antropológicas y criminológicas en Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX” (2005); *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII* (2005); y *Arte indígena: categorías, prácticas, objetos*, coordinado con M. A. Bovisio (2010). Se halla en prensa el libro *Paisaje con figuras. La invención del Tierra del Fuego a bordo del “Beagle” (1826-1836)*, editorial Ampersand.

En la entrada de Roca hubo 15 oficiales y 230 soldados indígenas (Mases: 168-9 nota 197). La relación bastante cotidiana de muchos con los “indios amigos”, los tratados con las tribus aliadas y los enfrentamientos con quienes no lo eran, hacían al mundo indígena de la segunda mitad del siglo XIX, mucho más conocido entre los que no pertenecían a él, de lo que fue durante el siglo XX o lo es aun actualmente.

Los milicos

El resto de la tropa eran soldados por alistamiento voluntario, “enganchados”, “destinados” y los contingentes que debían proveer las provincias. La mayoría eran criollos mestizos o no, oriundos de la provincia de Buenos Aires, Córdoba, San Luis y el litoral y negros de Buenos Aires.

Un contrato por 6 años comprometía a los “enganchados” a servir por un salario pagado la mitad al ingresar y el resto al finalizar o, de acuerdo a las Disposiciones de 1872 del Departamento de Guerra y Marina que cita Guerrino, una parte al firmar el contrato y el resto en cuotas al finalizar cada año de servicio (Guerrino: 86-7). Se requerían conducta y salud buenas y una edad entre 18 y 45 años. Los voluntarios hacían la milicia por un salario menor, pero decidían cuándo irse. Finalmente los “destinados” eran aquellos civiles considerados vagos o delincuentes a los que las autoridades destinaban al servicio de las armas 6 años al menos (ídem nota en p. 170-171). Esta última forma de reclutar dio lugar a múltiples abusos y desde el Martín Fierro, muchas veces se alzaron contra estas injustas levas basadas a veces en venganzas o inquinas personales más que en la comisión de delitos, que se achacaban a pacíficos pobladores obligados en ocasiones, a 15 o 20 años de servicio. A pesar de que en 1872 se estableció por ley que “solo los tribunales competentes podían destinar por condena al servicio de las armas” (Guerrino: 88), protagonistas que han dejado sus memorias mencionan ca-

sos de inicuas levas (Ebelot,:88, Daza,:50-51, Lupo,:136, Gutiérrez :118).

Como dijimos la mayoría de la tropa eran criollos de la zona pampeana. Compartían la forma de vida que tanto llamó la atención de viajeros extranjeros, vida seminómada, experimentada arriba del caballo, alimentándose casi exclusivamente de carne, viciosos de la yerba y el tabaco y amantes de la vida sin ataduras. Algunos de ellos habían peleado en la Guerra del Paraguay y a favor o en contra del alzamiento de López Jordán en Entre Ríos, y eran expertos en la vida de frontera y su cultura mixta. Hubo contingentes de otras provincias, como de Jujuy quienes, desconocedores de esa forma de vida fronteriza, no acostumbrados al caballo para montarlo ni para comerlo, sufrieron lo de todos, más el maltrato y burla de sus camaradas (Prado, (1969): 55 y 118; y Prado, (1965): 69).

La vida en la frontera no era precisamente regalada; así lo cuentan testigos presenciales como el comandante Prado, Eduardo Gutiérrez, Remigio Lupo, el francés Ebelot, y Guerrino en su libro sobre la medicina de la conquista del desierto. Las deserciones eran muchas y duros los castigos (ver Prado:30 y 45; Daza:50-51; Ebelot,1968:82). Varios regimientos sufrieron epidemias de viruela además de otras enfermedades como tuberculosis y venéreas¹.

A los soldados se les pagaba un sueldo de \$150², - además de la ración-, nunca con regularidad. Cuando llegaba el comisario pagador, el sueldo ya estaba gastado en la pulpería o boliche a cambio de “vales” que habían entregado para reemplazar o completar las raciones. En las cantinas de los fuertes se conseguían a precio de oro latas de sardinas, vino “Carlón”, ginebra La Llave, higos, pasas y aguardiente (Prado,: 41-2; Lupo,: 59, Gutiérrez,:157).

No solo los soldados sino sus mujeres estaban racionados, pero las denuncias sobre los negociados a que daban lugar las contrataciones de alimentos para el ejército, así como las necesarias para cumplir los acuerdos

con las distintas tribus y el incumplimiento de las entregas (ver entre otros, Olascoaga,: 236-8, Gutiérrez,:157-8), nos hace suponer que los pulperos establecidos en el campamento hacían pingües negocios, vendiendo a los soldados lo que les faltaba, aparte de otros gustos, como adornos para sus mujeres y regalos para las viejas curanderas (Daza: 64, nota 1).

Nuestros “milicos”, al menos en los sectores populares, no estaban acostumbrados por cierto a grandes comodidades. Cuando describe nuestros criollos, el francés Parchappe dice: “... En los días de abundancia no se preocupa por las privaciones porque no es de los que no las aguanta con valor, y en la situación más desesperada no se inquieta por el porvenir... Se observa en su conducta el contraste sorprendente de una avidez que recuerda la avaricia y de una prodigalidad que podría tomarse por desinterés” (p. 68). Poco después, la consideración de Ebelot sobre los pobladores de la Pampa es parecida: “Desde la infancia está habituado a carecer de todo, excepto de caballo...Tan cómoda le parece esta instalación (dormir sobre el recado) a campo abierto como para encontrar asfixiante la casa...miserable rancho sin puertas y abierto a los cuatro vientos, que considera una jaula” (op. cit.:72), y Mansilla en 1870 dice: Nuestros paisanos, los acostumbrados a cierto género de vida, tienen al respecto una resistencia pasmosa. Verdad que, ¡qué fatiga no resisten ellos! Sufren todas las intemperies, lo mismo el sol que la lluvia, el calor que el frío, sin que jamás se les oiga una murmuración, una queja. Cuando más tristes parecen, entonan un airecito cualquiera. (Mansilla, *Una excursión...cap.3* p. 42-3).

La gente de la frontera, estuvieran o no en fortines conocía la naturaleza y sus habitantes al punto de hacer decir a Ebelot que los soldados conocían el “telégrafo de los rumiantes” (p. 166), para referirse a la percepción que tenían de los movimientos de los distintos animales: podían asegurar si venía un malón, aunque nadie lo viera aún.

Una cierta despreocupación por vidas propias y ajenas se desprende de varias anécdotas. El padre Espinosa dice que al llegar a Puan encontraron formados a 600 hombres entre infantes y lanceros con coraza de cuero –hay foto que lo inmortaliza: álbum número 1 de Pozzo, foto 15-. Estas corazas, distribuidas a los soldados para protegerlos de los lanzazos, fueron recibidas -nos cuenta Prado-, con bastante escepticismo. La tropa, según el mismo autor, parecía haber perdido el instinto de conservación. Ni los castigos anunciados podían remediar acciones temerarias que se producían en todos los combates y cuenta el caso de un soldado que, cerca de los toldos de Pincén finge que su caballo se desboca para separarse de los suyos, provocar a los indios y probar la eficacia de la nueva pieza protectora. Cuando sus enemigos comprobaron que las lanzas no traspasaban el cuero, lo bolearon en la cabeza (Prado: 44).

Por su lado Ebelot opina sobre los soldados de la frontera: “...es preciso tomar a los hombres de frontera tal como son...Hay en ellos...rasgos admirables de abnegación e instinto de animal salvaje. Son honrados pero tienen un coraje cruel. El peligro los anima, pero la sangre les gusta” (1968:59). Otra era la consideración de la violencia, compartida tanto por los indígenas como por la tropa. La admiración no era solamente hacia el valiente sino también hacia el que ejercía una crueldad que en otros ámbitos era y es difícil de aceptar. Respecto a los indígenas de la zona que estamos tratando dice una autora: “Las ofensas contra la persona y contra el honor se defendían y se pagaban con la vida” (M. Argeri, op. cit.:333) Otro tanto podríamos decir de los criollos de nuestro país: la experiencia de haber matado a un hombre no era rara. Se referían a ella con el verbo “desgraciarse”; “se desgració” era sinónimo de tener un homicidio en el haber. No es momento de detenernos en esto, pero bueno es precisarlo.

El coronel Racedo dice que los soldados no querían ver sufrir a los indígenas tomados prisioneros y les daban su ropa como abrigo. Quizás una cosa no contradiga la

otra, uno es el comportamiento en la pelea y otro cuando el enemigo está derrotado e inerme.

Armaignac comenta: “los gauchos que habitan cerca de la frontera llevan una vida bastante parecida a la de los indios, de manera que, cuando algunos caen prisioneros, se acostumbran rápidamente a su nueva existencia” (Armaignac: 172). A veces, el trato cotidiano era lo común: el 13 de mayo el corresponsal de “La Pampa” comunica que no han visto indios hasta el momento salvo “unos mansos que en unión con gauchos de Patagones (Carmen de), andan a las boleadas de avestruces y guanacos, se les llama indios boleadores” (Lupo,:93). En la frontera puntano cordobesa se hablaba de “indios gauchos” para referirse a los que merodeaban en los límites territoriales de los ranqueles. Estos “indios de las orillas”, no sujetos a jefe alguno, cobraban peaje para entrar o salir de tierra adentro (Tamagnini, M. : 4). Sin duda “gaucho” aquí se usa con el significado de vago, sujeto libre, que actuaba sin respeto a las leyes, en este caso, las leyes de los ranqueles.

En el momento de la campaña el castellano y las diferentes variedades del mapuzungun eran conocidos por muchos, fuera cual fuera su pertenencia. En el siglo XIX a esta lengua se la llamaba “pampa” (como en el diccionario escrito por Juan M. de Rosas), por ser el habla de los que habitaban la pampa, pero en general era la lengua de los araucanos chilenos que ya había sustituido en el centro y sur del país a otras lenguas indígenas.

El oficial Olascoaga consideraba a los topónimos indígenas bien ajustados a la realidad a la que aludían. De acuerdo a Ebelot “...todos, quien más quien menos hablaban indio” (La Pampa: 30). Además de los batallones de indígenas dentro del ejército, el hecho de que en las tolderías una cantidad variable de blancos y mestizos – entre ellos cautivos de ambos sexos, desertores, lenguaraces y baquianos- formaran parte de la población que convivía con los indígenas profundizaba el vínculo (ver S. G. Comió y carneó la tropa, y Fernández, op. cit. :114-18).

Vida social en paz y en guerra

Poco tiempo antes de la conquista al desierto, en el fuerte Lavalle Norte durante la comida de la noche las charangas del batallón bajo la dirección de un negro brasileño rompía la monotonía de la existencia de todos (Armaignac: 176). A veces se improvisaban bailes en los que los oficiales y los soldados bailaban con las mujeres de estos últimos (ídem.,: 192). Por supuesto, eran momentos en los que reinaba la paz. Todos los días en el fuerte, a la cinco de la tarde y al “toque de oración”, la tropa hacía una genuflexión y permanecía unos minutos en actitud recogida. Fuera de esto las prácticas religiosas se limitaban a encender una vela ante la imagen de un santo, esto mismo se repetía los lunes por ser “día de ánimas” si había un cementerio cercano (Prado,: 54). Con solemnidad, de acuerdo al viajero francés, solamente se conmemoraba Pascua cumpliéndose un riguroso duelo el jueves y viernes santo: no se trabajaba, se cerraban los boliches, se suspendían los ejercicios, la bandera permanecía a media asta, los instrumentos de viento se tapaban con un trapo que volvía ronco su sonido y hasta las armas se llevaban con el caño hacia abajo en señal de duelo. El domingo de Pascua se celebraba con un desfile de caballos, ejercicio de tiro, música, raciones especiales y copiosas libaciones (Armaignac: 143).

Opina Racedo que la liberalidad religiosa era la característica del hombre de campo: no pensaba en la vida del más allá, ni cumplía con las prácticas religiosas, pero ciertos gestos o imágenes consideradas como protección contra los peligros, nunca faltaban (Racedo, *La conquista del desierto*: 28). En ese momento y hasta ahora, entre nuestra población criolla, el bautizar a los niños, era práctica imprescindible, casi como para diferenciarlos de los animales, tal como usar la designación “cristiano” como sinónimo de “ser humano”. Durante las campañas fotografiadas, la tropa fue atendida religiosamente por un capellán y sus auxiliares.

La música, los cuentos, el baile y los juegos eran los antiguos y tradicionales hispánicos e hispanoamericanos. En los momentos de descanso o esparcimiento se jugaba al monte y al truco, se contaban cuentos picarescos, o no. El contador de cuentos ostentaba un status especial, siendo particularmente atendido por el resto. El primer mate del fogón era para el que lo cebaba, el segundo para algún cabo o sargento, el tercero para el narrador. Podía este no preocuparse por sus vituallas: siempre era convidado a cambio de disfrutar de sus relatos (Racedo, op. cit.: 15) De acuerdo a la narrativa recopilada entre antiguos pobladores de esta zona por la Encuesta de Folklore de 1921, podemos suponer que los cuentos tan festejados, mencionaban al pícaro Pedro Urdemales u Ordimán, también se contarían cuentos del ciclo del zorro, de mentirosos o exagerados y los larguísimos cuentos maravillosos con sus reyes y princesas y sus “varitas de virtud”, lo mismo que relatos de aparecidos.

Los guitarreros hacían posible que se bailaran cuecas, gatos y también la polka -baile y música inmediatamente adoptados al llegar desde Europa central-. Entre los pedidos que figuran en la correspondencia de Juan Calfucurá, muerto en 1873, se encuentran a menudo naipes, guitarras, cuerdas y guitarreros (Lobos, *Juan Calfucurá...*). Entre la tropa, la banda o “retreta” tocaba una o dos veces por semana para alegrar a todos.

En las fiestas patrias se jugaba al palo enjabonado, había carreras con apuestas y se corría la sortija. Luego de saludar al sol y cantar el himno, y quizás asistir al Te-deum, se distribuía caña, azúcar y café a la tropa y se carneaban vacunos.

En la época de la expedición de Rosas -1833- los días de San Juan y S. Pedro y S. Pablo se festejaban con fogatas “siguiendo las costumbres de nuestros mayores” (Garretón, op. cit.); en las que comentamos nadie las nombra.

El tabaco se llevaba en chuspas de cogote de avestruz, y cuando escaseaba el tabaco, las mujeres las llenaban

agregando hojas de algarrobo. Estas tabaqueras aún se confeccionan en Pampa y Patagonia.

En los fortines, fuera de la eventual necesidad de comida, la caza significaba una diversión que entusiasmaba a oficiales o soldados por igual, aunque en ello se jugaran la vida, como en el caso del Fortín Desobedientes (Prado, 1969).

Mujeres

Este ejército llevaba consigo mujeres como las habían llevado otras expediciones civiles o militares a la frontera contrariamente a las formaciones posteriores del ejército más profesionalmente organizado. En los fortines se las consideraba imprescindibles y a estos fueron llegando mujeres del interior del país, negras de Buenos Aires o indias de tribus vencidas. El comandante Prado cuenta que luego de una batida a un campamento indígena, el jefe militar mandó preguntar a las mujeres si querían vivir con los milicos... “Ninguna rehusó. Y al día siguiente a las familias del regimiento se incorporaba un nuevo contingente social” (1965: 54).

Considerando que en esos años muchas de las tribus estaban diezmadas o en franca retirada, a pie y sin alimentos, lo común era que aceptaran plegarse al ejército e incluso, que se hicieran aprisionar como lo cuenta Ebelot, de mujeres de la tribu de Catriel (Ebelot, 1968:172-3). Pero también iban las que acompañaban a sus hombres forzados por la leva, para no quedar desamparadas, fueran ellos maridos, padres o hermanos.

Según García Enciso los oficiales autorizaban la constitución o desunión de las parejas y en el primer caso se racionaba también a la mujer. Sus funciones eran muchas: desde lavar la ropa de los soldados enfermos, cocinar, cuidar a los retoños nacidos en los fortines o en plena marcha -los múltiples bautismos que consigna Espinosa dan cuenta de ello- hasta arrear las caballadas o empuñar las armas (Gutiérrez, : 25). Prado cuenta el nacimiento de un niño en plena campaña y el baño de

madre e hijo en las frías aguas del Colorado, siguiendo evidentemente la costumbre indígena (ídem, 71).

Hubo varias de ellas que, ante la falta de mejor atención médica, hicieron lo posible por aliviar a los enfermos o heridos con lo que sabían de herboristería o de cura de palabra. La mama Culepina, araucana de Chile, la mama Carmen, negra de Buenos Aires, la mama Catalina, cuyana, esposa de un soldado, la vieja Pilar compañera de un cabo, atendían partos, curaban con yuyos, ungüentos, tisanas y paños calientes. La vieja María o la punta Mercedes Casa son otras de las nombradas, aunque no serían las únicas (Guerrino: 79-80, Prado, 1965,: 55, Daza: 64).

“Había algunas mujeres – como la del sargento Gallo – que rivalizaban con los milicos más diestros en el arte de amansar un potro y de bolear un avestruz. Eran toda la alegría del campamento y el señuelo que detenía en gran parte las desertiones. Sin esas mujeres, la existencia hubiera sido imposible”. (Prado, 1965: 32).

Adjuntamos una famosa foto de fines del siglo XIX de mujeres tehuelches trasladando toldos y enseres a caballo para que se vea la semejanza con la de Pozzo, ambas podrían ser igualmente ilustración de lo que describe Prado:

Y luego las mujeres y los niños, cabalgando sobre montañas de pilchas, al compás de las ollas, de las pavas, de los platos...A los flancos la enorme caballada de la división fraccionada en trozos de 100 caballos y cada trozo arreado por un soldado y dos mujeres sin hijos (ídem: 65).

La expedición de la Tercera División que, a cargo de Racedo, partió desde Río Cuarto y Villa Mercedes, llevaba ochenta y cuatro familias de las tropas y solo una de los indios amigos, los de Cayupan, quienes incluían asimismo el único jefe entre todos los indígenas aliados. En las fotos de la expedición vemos a las mujeres vestidas de colores claros, con pañuelo a la cabeza, polleras largas y rebozos o mantos.



Figura 2 Foto de mujer tehuelche con su caballo cargado. Fines s. XIX



Figura 3. Convoy del ejército en marcha. Mujeres de los soldados.

Asentados. Fuertes y fortines

Poco antes de la entrada que se fotografía, la línea de fortines se había adelantado y estaban comunicados –al menos hasta Puan,- por el telégrafo. El fortín de Guaminí por ejemplo, consistía en un foso redondo contra una pared de tapia (adobones grandes) y “en la plataforma que formaba esta pared un rancho o una carpa de cueros y un cañón con uno o dos soldados” (diario del padre Espinosa: 23).

Según García Enciso las instalaciones tenían 20 metros de diámetro y había un contrafoso cuadrado para proteger al corral de los caballos. Además del mangrullo (observatorio elevado hecho con troncos y techo de paja), un rancho para el jefe, otro para los soldados y un tercero que hacía de cocina y depósito.

Los fortines unían los fuertes y se distanciaban entre ellos unos 5 Km. Los fuertes eran asiento de un regimiento o brigada, tenían 150 metros de lado, foso y parapeto. Adentro un edificio para el comando, depósito, alojamiento, polvorín, hospital, cañones y mangrullo. Estos fuertes, alguno de los cuales se van construyendo a medida que avanza la expedición, serán gérmenes de futuros pueblos en Córdoba, San Luis, Mendoza y la Patagonia. El ejército en pleno se dedicaba a construirlos así como instalar huertas y sembrar pasturas.

“Todo el regimiento – todo absolutamente, excepción hecha de los enfermos y de la guardia de prevención – fue dispersado en numerosas cuadrillas: una, al pisadero a fabricar adobes; otra a las chacras del Estado a preparar la tierra para sembrar alfalfa; otra a hacer fosos y fortines; otra a seguir la construcción de ranchos para cuadras de tropas y alojamiento de oficiales, etcétera.” (Prado, (1965) : 28)

Y allá quedamos, trabajando de peones, de agricultores, de albañiles, soltando durante el día las armas, para empuñar la pala y el hacha. Los jefes de cuerpo trocaban sus funciones militares para hacer de arquitectos, de leñadores, de peritos, en la construcción de ranchos o en el trazado y en la siembra de las quintas (ídem.: 74-5).



Figura 4. Fuerte Roca

Desde Traru Lauquen (la Pampa) el 25 de mayo de 1879 Nicolás Levalle informa que a partir de Carhué hasta ese lugar, ha construido cuatro fortines (Olascoaga: 225). El coronel Lagos al día siguiente desde Luan Lauquen en el Río Negro, refiere que avanza construyendo fortines (Ídem: 227).

Las huertas y el forraje para los animales se encontraban en las inmediaciones de todos los fuertes. Las tareas diferían si los soldados estaban en ellos o en los fortines. En los primeros, donde la vida era menos dura y riesgosa debían atender la vigilancia, las caballadas, reforzar las defensas, realizar patrullas de exploración (“descubiertas”) y salir a cazar, cuando no había alimentos. La lectura de los diversos testigos, confirma el dicho de que “todo bicho que camina va a parar al asador”: Ebelot habla de muslo de león y ala de avestruz; el padre Espinosa come loros y pumas varias veces.

Los soldados vivían en ranchos de caña y barro y estaban sujetos a estricta disciplina.

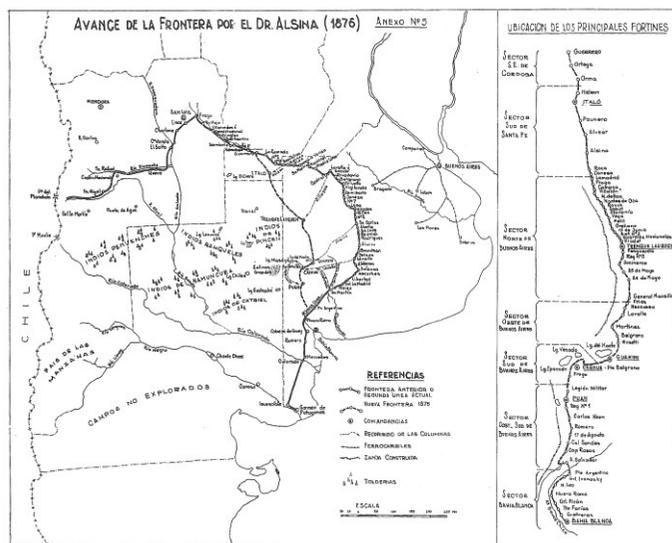


Figura 5. Mapa Avance la frontera por el Dr. Alsina y Indicación de los principales fortines. Tomado del libro de Walter. La conquista al desierto

En las crónicas se encuentran a menudo quejas sobre la vida en los fortines, especialmente en los más pequeños y aislados. En ellos, tal como lo relata Prado, la incertidumbre era continua y el relevo muy de tarde en tarde. Solo en 1886 se dispuso hacerlo cada seis meses (García Enciso: 38-9).

La impresión del fortín (Timote), grosero montículo de tierra rodeado por un enorme foso, me dio frío.

Al aproximarnos vi salir de unos ranchos, que más parecían cuevas de zorro que viviendas humanas, a cuatro o cinco milicos desgredados, vestidos de chiripá todos ellos; con alpargatas unos; con botas de potro los demás; con el pelo largo, las barbas crecidas, la miseria en todo el cuerpo y la bravura en los ojos.

El comandante del puesto... en medio de su tropa, como ella harapiento, como ella destruido y agobiado por aquella vida de hambre, de fatiga y de peligros. Hacía ocho meses que se encontraba destacado y durante ese tiempo no había recibido una libra de carne ni una onza de galleta. El comisario les había pagado dos meses de sueldo, a cuenta de treinta y siete que les debían; ... En el campamento, la tropa comía yeguas y en los fortines los

pocos avestruces que podían bolear los milicos en los mancarrones extenuados y flacos” (Prado,1965:27).

Esta dura realidad la confirma el corresponsal Lupo:

(En el Fortín Rivadavia) “ni siquiera había una choza miserable que de albergue a dos infelices soldados que le guardan...(la sociedad) olvida sus sacrificios, hasta el punto de no pagarles convenientemente sus sueldos ni los alimentos. Salen a cazar y por eso tienen perros famélicos. Desgraciadamente esta escena...se repetía en muchos de los demás fortines...” (Lupo: 48; en el mismo sentido ver Gutiérrez: 157).

Las fotos de los fortines *Primera División* o *Cabo Alarcón* del primer álbum de E. y M. reflejan bien esa realidad.

Trabajos arqueológicos llevados a cabo en los últimos veinte años en los restos de los antiguos fortines han llegado a algunas verificaciones que no coinciden exactamente con lo que las fuentes escritas (editadas o no) consignan o ignoran³. Respecto al aprovisionamiento de alimentos por ejemplo, la presencia de restos de animales domésticos supera ampliamente los de los silvestres⁴ (Gómez Romero y Spota, págs. 171-173). Esto negaría la tan reiterada queja de que en los fortines se comía gracias a las habilidades cazadoras de sus habitantes. Más aún en varios de ellos, del total de los animales domésticos, los más representados son la oveja y la vaca y no las yeguas⁵ como sería de esperar si nos atenemos a las crónicas que hablan del consumo de vacunos muy de tarde en tarde, o para festejar una victoria o una fecha patria.

Aunque la crónica del coronel Racedo, confirma que la alimentación era regular y vacuna, habrá que esperar más estudios. Los fortines fueron cientos, algunos se ocuparon poco más de un año, y la tierra donde se asentaron ha sido secularmente arada y trabajada de todas las maneras.

Los indios cercanos amigos o aliados visitaban a menudo los fortines y comandancias, para concretar “paces”, vender, comprar, pedir raciones o simplemente para visitar a conocidos (ver Mansilla, op. cit. y Lobos, op. cit).

Ranchos

Además del adobe y el ladrillo, reconocemos en muchas construcciones técnicas tradicionales de los ranchos de las zonas templadas o cálidas de nuestro país donde además, no abundaba la piedra. Eran “ranchos” rápidos de levantar y fáciles de abandonar, los que todos sabían hacer y donde seguramente habían vivido.

Los ranchos que se construían en los fortines o fuertes eran los llamados de “quincha” consistentes en una trama de paja, totora o junco cosida sobre un armazón de cañas o ramas. La denominación viene de la palabra quechua *kencha* con este significado (Saubidet: 319).

Una pared más perenne era la hecha a partir de una doble fila de cañas o ramas colocadas verticalmente. El hueco que queda se rellena con bollos de barro y se revoca con lo mismo. A esta pared se la llama “francesa” (Saubidet:276-7). Cuando este relleno es de barro y paja y lo sostienen horizontalmente alambres, cañas o sogas, se la denomina “pared de chorizo”.

Los huecos de las aberturas se cubrían, a veces, con un cuero y más raramente, con una puerta de madera.

En el libro de Racedo se dice que los soldados a falta de carpas, hacían sus “rucas” clavando las armas para sostener telas o ponchos que hacían de techo y envolviéndolas con lo mismo a modo de paredes o en su defecto, los pastos altos cumplían esa función. Este modesto albergue era usado por los criollos de la zona cuando viajaban o salían a cazar, según lo comentan Parchappe y López Osornio, y hasta hoy se usa en la Patagonia. El padre Espinosa dice que él y sus compañeros durmieron una siesta bajo protección similar (op. cit.: 67).

Cuando luego de la conquista, se les otorgaron tierras a los indígenas, al menos en Chubut, se les instó a construir casas de adobe más confortables quizás, pero no transportables: viviendas de acuerdo a su nueva vida “civilizada” y estable.

En tránsito. Caballos

En nuestras llanuras y estepas del centro y sur del país la extraordinaria multiplicación de los equinos fue paralela a la extraordinaria adopción y adaptación a ellos de la población originaria. “El tiempo en que andábamos de a pie” o “Eran tan pobres que no tenían caballos” eran y son formas de referirse entre los indígenas, al tiempo remoto cuando no poseían este animal, a la prehistoria, al mundo recién salido del caos. El caballo formó parte de sus ritos, sirvió para confeccionar las viviendas, fue comida apetecida, señal de poderío, el aliado indispensable en la caza, la guerra, y el dominio de territorios.

En los años previos a las expediciones fotografiadas, las mejores cabalgaduras estaban en manos indígenas. Todas las crónicas hablan de la gran diferencia en cuanto a cantidad y calidad de los caballos de ambos contendientes. Racedo se refiere como “estrategia criolla” a la de dar a cada soldado una mula para montar y un caballo de reserva para el momento crucial de la “batida”, indicio de la escasez de tan útil compañero.

Consignan casi a diario los partes militares, sucesos que tienen que ver con los equinos: los indígenas escaparon en muy buenos animales; asaltaron un fortín y se llevaron caballos; dejan a las corridas una toltería con restos de una yegua carneada; se siguen los rastros de las patas del animal; unos pocos ranqueles roban caballos “patrios”⁶ para comer. En el caso de los caballos propios leemos que se “cansaron” y hubo que abandonarlos o matarlos para que no los usaran los indígenas; le entregaron a la tropa caballos chúcaros, o viejos; a determinados parajes se los ve espléndidos pensando en futuro engorde de caballadas, etc.

Como se sabe, los criollos tanto como sus enemigos, tenían un conocimiento asombroso de estos animales y los usaban con maestría poco común. Para todo ejército de la época, los caballos eran aún un medio de transporte y un vehículo de guerra, para los nuestros, eran también alimento.

Carretas

Además de los caballos fotografiados, que junto con las mulas y los carros eran los medios de movilidad, en varias fotos vemos carretas. Son básicamente las que describe Concolorcorvo en 1773, se usaron para ir a buscar sal a las Salinas Grandes en 1810 y en otras expediciones. Las paredes eran de tablas o “quinchadas” de paja de totora, simbol o junco, con pasantes de caña. Cuando también el techo estaba construido con quinchas se llamaban “carretas quinchadas”, y “toldadas si se hacía con chapa o cuero.” (Saubidet,: 86). Sabemos que en 1879 muleros y carreteros eran sanjuaninos. Las carretas no se construían durante ningún traslado, pero era necesaria gente diestra para repararlas: carpinteros, pero también conocedores del trabajo en cuero para el techo, y los que supieran trenzar los juncos que formaban, como vimos, las paredes y el interior de ellas. García dice que el 11 de noviembre (de 1810) los peones se dedicaron a cortar juncos “para los trojes⁷ de las carretas” (Pedro García: 69). En las fotos comentadas las carretas ya tienen paredes de tablas y están cubiertas por lonas.

El amplio universo de los caballos y el ganado supone varias pericias desde carnear, estaquear, cuerear y salar, hasta señalar los animales, domar, hacer yugos, uncir los bueyes. Todos conocían el trabajo más fino del cuero, el del “soguero”, y podían reemplazar las partes del apero del caballo que se deterioraran, dedicando a eso algún momento de descanso (Racedo, op. cit.: 28). En las crónicas de expediciones anteriores se nombran troperos, boyeros, dueños, mayordomos, capataces y peones para atender a toda esta población en movimiento. La mayoría de ellos provenían de los sectores populares de la población criolla.



Figura 6. Abra de Catriel

Indios amigos

Como se sabe, al menos desde la época de Rosas, los indios “amigos” vivían protegidos dentro de la línea de fronteras, estaban racionados y tenían que cumplir obligaciones militares de defensa, cuidar el ganado y marchar como “lanzas” en las distintas incursiones de las fuerzas armadas provinciales o nacionales. (Mases:32 y García Enciso: 188, Quijada, 2011: 188 y ss.). En Puan vivían en 1879, 1500 hombres incluidos los indios de Pichi Huincá.

En el momento de la expedición que comentamos, en Carhué residían los caciques Tripailao y Manuel Grande – quienes un tiempo antes se habían separado de la tribu de Calfucurá o Namuncurá- con su gente. Estando Tripailao cerca del fuerte General Paz (hoy partido de Carlos Casares) militaba allí Eduardo Gutiérrez. Este cuenta la invitación que cursara el cacique a todos los habitantes del fuerte para su doceavo casamiento. Toda la guarnición asistió al evento y al son de la banda bailaron los soldados con sus mujeres o con las indígenas, comieron y asistieron a la ceremonia. “Era, dice el autor, un paréntesis en la dura vida de la frontera” (op. cit.:154). En 1879 el mencionado cacique tenía unos 50

años, no sabía castellano y era jefe de un pequeño grupo de 150 personas (Lupo: 55-56).

La expedición de Racedo, incluyó la compañía de indios auxiliares de Sarmiento Nuevo, un piquete de indios auxiliares de Santa Catalina, un escuadrón de ranqueles, indios amigos de Cayupán y de Simón. Totalizaban 15 oficiales y 229 de tropa (op. cit.: 12).

En 1881 los sacerdotes Espinosa y Salvaire visitan las tribus de Tripailao y Manuel Grande y se refieren a ellos como “Jefes de los Exploradores del Desierto” y al cacique J. Mármol como “Jefe de los Baquianos del Desierto” (Espinosa: 99). Tripailao termina sus días en General Acha, La Pampa, donde se le dieron tierras. Allí mismo termina los suyos el “amigo” Pichi Huincá, enemistado a muerte con Catriel y muy alabado por todos los que marchan con él, aunque no fotografiado en esa ocasión. El único retrato que conocemos es la foto de su velorio, en 1900, en General Acha.

Los indios amigos oficiaron muchas veces de baquianos de las tropas, no solo por su conocimiento del terreno sino también de las amistades y enemistades entre sus paisanos (Racedo, op.cit.:28, 44, 45; ver más adelante Millamán). Los rastreadores fueran indígenas o criollos, tenían habilidades superlativas que asombraron a nuestros escritores y a los extranjeros. Pero a todos los que avanzan los árboles, el pasto, las rastrilladas, o los restos de una toldería o de un fogón, les “hablaban”: podían saber en detalle qué había sucedido o quién había pasado por allí, desde varios días antes.

El cacique Linares

El apellido de este jefe indígena podría originarse en uno de dos hermanos cautivos tomados en Salto, Provincia de Buenos Aires, durante los malones organizados por el chileno Carreras. Uno de ellos habría sido rescatado durante la expedición de Rosas y el otro, se habría unido a una mujer tehuelche (Sosa: 2, de acuerdo con información brindada por descendientes de L.). El Linares que nos ocupa estaba vinculado con los man-

zaneros de Saihueque pero es de ellos el más cercano a los blancos, totalmente “indio amigo”, como Pichi Huincá. En 1861 Linares había entrado al ejército del cual se retiró en 1906 con el grado de Mayor (Sosa, op. cit.). Algunos de los manzaneros dudaban de su legitimidad para ser el sucesor de Chingoleo, cacique que ejercía autoridad en un inmenso territorio al noreste de la Patagonia y vecino a Carmen de Patagones (Boschín y Slavsky), y de hecho, este cacicazgo perdió totalmente su independencia cuando aún la conservaban los Manzaneros de Saihueque de quien Miguel Linares era pariente (Boschín y Slavsky y Sosa). El padre Espinosa lo encuentra en el vapor que lo llevaba en su frustrado primer viaje a Patagones en 1879, llamándolo “mayor Linares, jefe de su tribu”.



Figura 7. “Los indios de Linares en el Chinchinal”

Al comenzar su fallida exploración de 1879 desde Carmen de Patagones hasta San Antonio, el sargento mayor Jordan Wisosky entró en la estancia de Ildefonso Linares (hermano de Miguel) y salió de ella con vacas, yeguas, un oficial y 18 indios de escolta (Olascoaga: 271). Durante la Misión de Espinosa de 1880 cerca de San Javier, sobre la margen derecha del río Negro el sacer-

dote encuentra a Mariano, Miguel e Ildefonso Linares, al primero lo confirma “en su estancia” y a Ildefonso lo casa (Espinosa :75-76).

Respecto de la foto propiamente dicha, en la nota 51 del citado diario de Espinosa se dice que el comandante Bernal partió por orden de Roca a principios de 1879 a Chinchinal y que realizó su exploración acompañado, entre otros, por 125 indios de la tribu de Linares y 50 de la tribu de Catriel (op. cit.:38-9)8.

Los derrotados

Reuque Cura, Namuncurá

Las distintas divisiones, a medida que avanzaban, llevaban una cantidad variable de indios prisioneros y de cautivos redimidos. El más explícito, Racedo, en sus incursiones desde Pitre Lauquen, consigna 592 prisioneros y 49 cautivos rescatados (op. cit. :282). Los nombrados, excepto Manuel Namuncurá, están fotografiados en los álbumes que comentamos, no se encuentran en ellos otros nombres concretos de los vencidos, que fueron muchos.

Las Salinas Grandes⁹ habían sido el lugar donde – luego de la expulsión y asesinato de los jefes Boroganos – se había asentado en 1834 el cacique de Llaimo, Chile, Juan Manuel Calfucurá. Rosas, para mantener la paz con él acordó, la entrega anual de los vicios, ropa y 8000 yeguarizos y vacunos. Llegó a ser la autoridad suprema de las pampas, al frente de una confederación de tribus. Parte de ella eran 13.000 indígenas de los cuales 2.000 eran de “lanza” o sea de guerra.

Luego de varios malones victoriosos¹⁰, sobreviene la gran derrota en 1872 y Calfucurá muere al año siguiente sucediéndole su hijo Manuel Namuncurá instalado en Chilihué, Salinas Grandes, provincia de La Pampa; sus 2.000 lanzas eran reforzadas desde la cordillera por las de su tío Reuquecura. A partir de 1878, los de Namuncurá fueron atacados por entradas rápidas del ejército, especialmente las de coronel Levalle, que los obligó a desplazarse varias leguas al oeste hasta Traru Lauquen

(La Pampa). Finalmente se refugian en el territorio de su tío. Según el corresponsal Lupo, estando en el río Negro, Roca en 1879 manda al baquiano Torres (probablemente indígena) con cartas para los caciques Reuquecura y Purrán, intimándoles a que firmen tratados en 11 días en el Neuquén, y le entreguen a Namuncurá bajo amenaza de ser tratados como enemigos. Sin embargo más adelante informa que los involucrados no se habían encontrado con Roca por estar parlamentando para decidirlo (Lupo,:118-119). En 1883 se rinde Reuquecura, y Namuncurá en 1884, en el fortín Paso de los Andes (Ver Nardi, 1981: 20-24).



Figura 8. Ceremonia de bautismo. En el centro el cacique Reuque-Cura

En 1884, durante su tercera misión a la Patagonia, Espinosa bautiza a 53 niños de las tribus de Reuque Cura, Manquel y “los que habían quedado de la tribu de Namuncurá”. Días antes en el fuerte Tartayán el sacerdote se desencuentra con él, pero viajarán juntos en el vapor Pomona, el 17 de junio del mismo año, desde Carmen de Patagones (Diario de Espinosa:123).

Villamain- Millaman

En noviembre de 1882 “Villamain” capitanejo de Reuquecura, se entrega al ejército cerca de Ñorquin (Foto 6 y siguientes del Álbum 2 de Encina y Moreno) y colabora, luego, en la persecución de su antiguo jefe.

Pero quien figura en las fotos es, de acuerdo a Félix San Martín, el último vástago de una familia asentada en Quila Chanquil, pampa de Lonco Luan, en el actual departamento de Aluminé con viejos resentimientos y deudas pendientes respecto de los picunches cercanos (San Martín: 163 y siguientes) y su verdadero nombre sería Pichi Millaman o sea, Millaman chico para distinguirlo de su padre del mismo nombre asesinado por los picunches de Wüdmame. Este hecho –uno entre una serie de venganzas mutuas- habría sucedido hacia 1874. Ocho años después Millamán se entrega al ejército con 70 lanceros¹¹, forma parte del escuadrón de “Indios Amigos” y se convierte en “baquiano y azote de las tribus serranas” (ídem.: 173). La crueldad de Millamán de acuerdo a la misma fuente, fue tan grande que sus mismos hombres decidieron mutilarlo primero, y eliminarlo luego. Esta información fue corroborada años después por un indígena nacido al norte de Neuquén y perteneciente al grupo del longko Keupu.

Nahuelpi –informante de Roberto Lehmann-Nitsche-, había conocido a Millamán en Ñorquín y allí se había enterado de la crueldad con que él y su lenguaraz trataban a su propia gente con la complicidad, entre otros, de un sargento: “había sido muy malo con su gente... Entonces lo aborrecían su gente” son las expresiones de este indígena para referirse a Millamán. Más tarde supo de la terrible muerte que sufrió y lo consideró castigo divino por haber maltratado a los suyos. Nahuelpi aclara: “Sai se llamó este sargento; negro y tuerto era este sargento” (En del Río y Malvestitti, :70-71).

Varios participantes en las expediciones hablan de una animadversión mutua entre negros (que avanzaban con las tropas) e indios. No sabemos la veracidad de estos dichos, pero la aclaración de N. es elocuente.

Los afrodescendientes parecen haber estado mezclados con el resto de la tropa, sufrir sus mismas escaseces y disfrutar de los mismos entretenimientos. Por lo que dice Armaignac y por el óleo de Angel della Valle “Banda lisa”, parece que se los consideraba buenos músicos, pero pelearon, arrearon los caballos y realizaron las demás tareas, como todos. Según Da Silva, en Carmen de Patagones – puerto y ciudad indispensables para las operaciones militares y logísticas del momento -los salesianos levantaron un oratorio festivo destinado a la población negra. Casanueva, citando a Araque (2001) asegura que “la población negra arribó a las costas de la actual comarca Viedma-Patagones por tres vías: la empresa fundadora; el rescate de cautivos y la actividad corsaria”. Respecto a la primera de ellas, eran unos pocos “esclavos del Rey” tomados en Santa Catalina y llevados al fuerte en el momento de su fundación. La más singular sin duda es la vía del rescate de cautivos negros, en manos de indígenas de las que habla con mucha precisión Francisco de Viedma y que se desarrollaron como traductores o lenguaraces, por conocer ambas lenguas. Sin embargo la mayoría llegó entre 1820 y 30 cuando, en medio de la guerra contra el Brasil (1825-28), los corsarios capturaron barcos negreros que se dirigían a ese país y desembarcaron a los esclavos en el fuerte (Casanueva, 2013b: 84).

Ponchos

Las fotos de los 3 álbumes en las que se retrataron indígenas, muestran a varios de ellos, incluso niños, con ponchos de distintos diseños y largos. Las imágenes no permiten precisiones técnicas, pero creemos de interés explicar el contexto de producción del momento. (Ver las fotos del álbum de Encina y Moreno referidas a la tribu del cacique Reuque Cura, donde se aprecian los ponchos usados por adultos y niños.)

Los jefes indígenas, sus compadres blancos y la gente de buena posición de las ciudades disfrutarían de los

ponchos tejidos por las excelentes artesanas indígenas del sur del país.

Es conocido el hecho de que Mansilla en 1870 recibe de las propias manos del jefe ranquelino Mariano Rosas (Paguitruz o Panguitruz Gnerr, hijo de Painé), el poncho tejido por su mujer principal; su dueño le aseguró que aún en tiempos de beligerancia, sus hombres no lo atacarían si lo llevaba puesto. (Mansilla, op.-cit.: 449).

Estando Lupo en 1879 en Carhué, en plena campaña militar, observa a las mujeres de la tribu de Tripailao tejiendo ponchos “pampa” para vender en Buenos Aires (Lupo: 55-56).

El mismo diseño “pampa” con fondo azul ve Lehmann Nitsche en dos ponchos que, como regalo al Presidente de la Nación y al Ministro de Guerra traía Namuncurá en 1907 a Buenos Aires (Malvestitti:76). Este diseño logrado gracias a la técnica de guarda atada o “ikat de urdimbre” requiere de una gran destreza y finos cálculos. (Ver Chertudi y Nardi; Taranto y Marí, citados en la bibliografía).

El tiempo demandado para hacerlos y el contexto de tensión, guerra y traslados forzosos del momento en que se tomaron estas fotos, nos hace suponer que fueran pocos los ponchos que ostentaban esa calidad especial. El resto de los indígenas y de los criollos de estratos populares –que aquí son retratados siempre con uniforme, pero que usaban ponchos a diario, incluso en el ejército-, seguramente utilizaban los confeccionados en obrajes de Córdoba y Salta, que distribuían estas y otras prendas, a pobladores tan distantes como los de Buenos Aires, el Alto Perú y Chile (Nardi, citado por Pérez de Micou: 88).

Además, a partir de la primera mitad del s. XIX las tejedurías de Birmingham y Manchester producían ponchos para exportar al Río de la Plata, acá comercializados en las casas de ramos generales de propietarios ingleses (Taranto y Marí: 82). El cacique Calfucurá pedía como regalo “ponchos ingleses”, aunque sus mujeres seguían tejiendo (Lobos, op. cit.). A pesar del sombrío futuro que podría preverse en ese momento, la artesanía continuó transmitiéndose y hoy, aunque se tejen menos ponchos, las técnicas para tejer fajas u otras prendas menores, siguen demostrando gran pericia.

En todas las fotos en las que se retratan indígenas, tanto en los álbumes de Pozzo como en los de Encina y Moreno se los ve con ponchos.

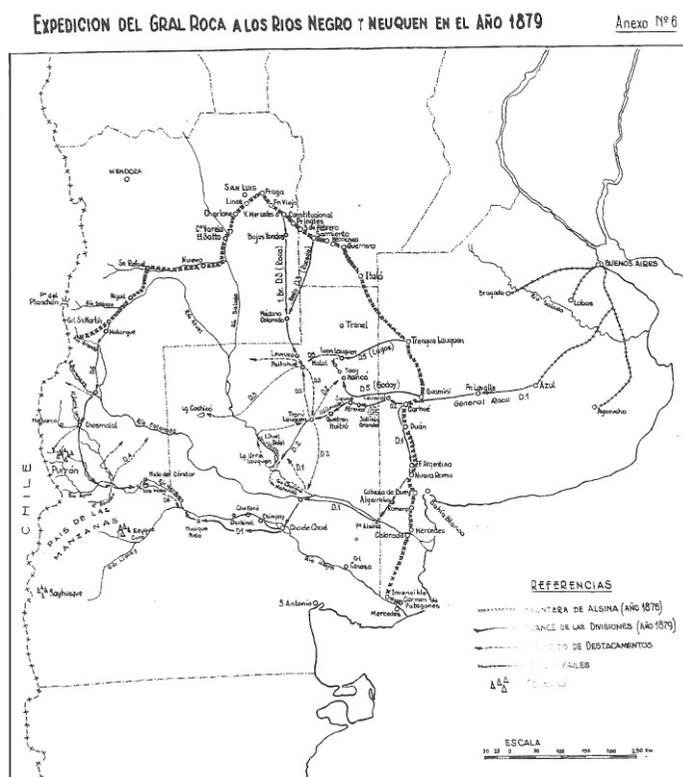


Figura 9 Mapa Expediciones al lago Nahuel Huapi (1882), a los Andes (1882-1883) y al interior de la Patagonia (1883-1884) Del libro de Walter. La conquista al desierto.

El árbol gualichu

De la gran variedad de creencias de los indígenas perseguidos llama la atención que todos se refieran a la

misma: el árbol gualichu. Lupo nos dice que era un algarrobo alto y corpulento que se encontraba aislado (: 99). Él y Olascoaga escriben sobre este árbol a orillas del río Colorado, del cual colgaban ataditos de telas y colores variados, que escondían uno o dos pequeñas piedras (Olascoaga: 33). Según explicó un soldado, oriundo de la Pampa, un árbol seco y solo era algo anti-natural, ocultaba un misterio. Seguramente lo acompañaban malos espíritus (huecué) o el “diablo gualicho” y por eso había que ofrendarle algo para que no les jugara malas pasadas a los pasajeros, como el olvido de la tabaquera o la pérdida de una espuela (ídem: 186). Ebelot y el padre Espinosa hallan árboles con el mismo tipo de ofrendas en distintos lugares del recorrido (Ebelot, 1968,:105; Espinosa: 82).

A principios del siglo XX Nahuelpi, el citado informante de Lehmann-Nistche, en el relato denominado El pino de la travesía relata algo muy parecido (Malvestitti:159).

Por supuesto el universo de creencias era y es mucho más amplio. Esta era la que, a los no indígenas en plena guerra llamó la atención porque era creencia que se constataba visualmente.

Los muertos y los entierros

De acuerdo a todos los testigos, los indígenas tenían sumo cuidado en no abandonar a sus muertos en el campo de batalla, no importa cuán peligrosa fuera la tarea de rescatarlos. Los chenques o sea las sepulturas, a veces contenían objetos de valor que los hacía codiciables para varios, entre ellos grupos indígenas enemigos, que además, desenterrando los cuerpos ejercían una especie de venganza post-mortem.

Diffícilmente –según los testigos también- un criollo se animara a profanar una tumba fuera de quien fuera. Así lo cuentan, entre otros, el perito Moreno o el francés Armaignac. Pero en la época en que sucede la campaña los hombres de las ciencias naturales –argentinos o no- no tenían ningún prurito en desenterrar cadáveres de

indios, aún de los que habían sido sus amigos hasta el momento de su muerte (LaVaux, el perito Moreno, por ejemplo). Sus huesos se llevaron a ser estudiados en los museos de aquí o de Europa. Se pueden observar las fotos Cementerio indígena y Chenque de Matrinancó de Encina y Moreno t. 2, donde vemos el antes y el después de la profanación de una sepultura. El cráneo de Mariano Rosas, jefe ranquel fallecido en agosto de 1877 fue desenterrado por el coronel Racedo y entregado a Estanislao Zeballos (Fernández, op. cit, p. 205). No juzgamos tales prácticas desde el momento actual, las consignamos. Se consideraba entonces que estudiar los restos biológicos de otros pueblos era una exigencia de la ciencia, y eso estaba por encima de cualquier otra consideración.

Hasta hoy los indígenas ocultan el lugar donde se hallan los chenques considerados propios, no así aquellas tumbas que creen de otros grupos (com. oral, reserva Chalfía, 2009 y Pérez de Micou,: 89, nota 12).

Conclusión

Hemos intentado un acercamiento a los hombres involucrados en uno de los momentos decisivos de la historia argentina moderna. De ellos elegimos a los menos conocidos, insertados en un acontecimiento que marcó un antes y un después, en la relación entre actores muy dispares: indígenas amigos y enemigos, blancos de distintas clases sociales y muy diferentes historias vitales (jefes militares del ejército y jefes de frontera, cautivos, soldados y sus mujeres, médicos, científicos, sacerdotes) mestizos, negros y mulatos. Por cierto todos ellos en relación mucho más fluida de las que se consolidaron después de la campaña.

Nos propusimos sumarle vida a las fotos comentadas, a través del conocimiento de la vida cotidiana, las diversiones, la forma de pelear, el vínculo con las mujeres de esa tropa que marchaba por decisión propia o ajena. Sus voces no han quedado registradas. Sabemos algo de ellos, por lo que otros escribieron.

Respecto de los indígenas, si bien sus jefes en el momento o poco antes escribían cartas, firmaban tratados y dejaron múltiples huellas de sus vidas, del resto tampoco sabemos por ellos mismos. Por experiencia del trabajo personal con sus descendientes en pampa-patagonia, conocemos que al menos algunos avatares de la huida y el origen de los antepasados (“los abuelitos”): “del Norte” “del Azul” “de la Cordillera”, se han transmitido hasta hoy.

En el caso de los “milicos” en cambio, insertados más abierta y libremente en la sociedad nacional, los recuerdos de tan singular y muchas veces, larga experiencia, han enmudecido.

La relación posterior entre los nombrados cambió rotundamente y la población inmigratoria europea y la ideología política de los gobernantes de entonces fueron en más los protagonistas y actores visibles de la sociedad de al menos, la pampa húmeda y sus ciudades. Los soldados y sus descendientes se insertaron en su mayoría en los peldaños bajos de la sociedad, como peones de las extensas propiedades rurales que con su esfuerzo y sangre habían ganado, tal como lamentan Prado y Daza. Los indígenas fueron invisibilizados para la gran mayoría de la nueva población que se estableció justamente, en torno a dónde las decisiones políticas se tomaban.

Pero estas instancias posteriores, más conocidas, no nos ocuparon en esta ocasión, sino haber hecho visibles a algunos de los que tomaron parte de los hechos de la frontera de pampa-patagonia entre 1879 y 1884.

Obras Citadas

- Argeri, María E. La desestructuración de los cacicazgos. Política, justicia e institucionalidad. Pampa y Patagonia (1870-1955). Berlín, *Estudios Indiana* 3, Iberoamerikanische Institut, 2011.
- Armaignac, H. 1974 *Viajes por las pampas argentinas* (1869-1874). Buenos Aires, Eudeba.
- Boschin, M. Teresa y Leonor Slavsky. Política indígena e indigenista: los proyectos de inclusión y exclusión en la Patagonia Argentina en la segunda mitad del siglo XIX. *50 Congreso Internacional de Americanistas*. Varsovia, 2000. Fuente: <http://www.lofdigital.org.ar/winka/Ponencia%20Bosch%EDn-Slavsky-50%20ICA-12-6-00.doc>. Consultada 12-8-2013.
- Casanueva, Ma. Laura y Andrea Murgo 2013a. Fuertes, fortines y cuevas en Nuestra Señora del Carmen de Patagones. *Jornadas Rioplatenses de Construcciones Fortificadas*.
- Casanueva, María Laura 2013b. *Colonos e Indígenas por tierras Patagónicas. Una mirada arqueológica de la vida cotidiana durante los siglos XVIII, XIX y XX*. Publicia Editorial: 83-85.
- Chertudi, Susana y Ricardo Nardi. Tejidos Araucanos de la Argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas*, 2, 1961:97-182.
- Da Silvia Ferreira, A. 1995. *Patagonia. Realtá e mito nell'azione missionaria salesiana*. Roma, L. A. S.
- Daza, José. 1979 *Episodios militares*. Buenos Aires, Eudeba.
- Del Río, Walter y Marisa Malvestitti. Feimeo Faliulai /entonces ya no tenía mérito. Apuntes sobre los liderazgos mapuche en el contexto post-awkan. *Pasado por-venir*, N° 4, 4, 2009-10.
- Ebelot, Alfredo. 1961. *La pampa*, Buenos Aires, Eudeba.
- Ebelot, Alfredo. 1968. *Recuerdos y relatos de la guerra de fronteras*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- Encuesta Nacional de Folklore 1921. Buenos Aires, Ministerio de Educación.
- Espinosa, Antonio. 1968. *La conquista del desierto(diario)*. Notas de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Freelance.
- Fernández, Jorge. 1998 *Historia de los indios ranqueles*. Buenos Aires, INAPL.
- García, Pedro A., Cnel. (1810) 1974. *Diario de un viaje a las salinas grandes, en los campos del sud de Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba.
- García, Silvia. “Carneó y comió la tropa”. 2012. Aportes para una etnografía histórica de la población criolla del s. XIX en la Provincia de extraídos de los diarios de tres expediciones. (*Actas de las III Jornadas de Antropología Filosófica*. Mendoza, C. D., : 1-5).

- García, Silvia 2012. Para una etnografía histórica de la población criolla de la Provincia de Buenos Aires. (*Novedades. Boletín del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, n° 72, 2012: 3-8).
- García Enciso, Isaías. 1979. *Tolderías, fuertes y fortines*. Buenos Aires. As, Emecé.
- Garretón. Juan Antonio. 1975. *Partes detallados de la Expedición al desierto de Juan Manuel de Rosas en 1833*. Buenos Aires, Eudeba.
- Gómez Romero, Facundo y Julio César Spota. Algunos comentarios críticos acerca de 15 años de arqueología en los fortines pampeanos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXI, 2006.
- Guerrino, Antonio. 1984. *La medicina en la conquista del desierto*. Buenos Aires, Círculo Militar.
- Gutiérrez, Eduardo. 1960. *Croquis y siluetas militares*. Buenos Aires, Eudeba.
- Lobos, Omar. 2015 *Juan Calfucurá. Correspondencia 1854-1873*. Buenos Aires, Colihue.
- Lupo, Remigio. 1934. *Conquista del desierto. Crónicas enviadas desde el cuartel general de la Expedición de 1879*, Buenos Aires, Ed. de la Comisión Nacional de monumento al Gral. Roca.
- Malvestitti, Marisa. 2012. *Mongeluluchi Zungu. Los textos araucanos documentados por Roberto Lehmann-Nitsche*, Berlín, Estudios Indiana 4, Iberoamerikanische Institut.
- Mansilla, Lucio V. 2006 (1870) *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Edicol.
- Mases, Enrique Hugo 2010. *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1930)*. Buenos Aires, Prometeo.
- Ocupación de la llanura pampeana*. 1979. Buenos Aires, Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires.
- Olascoaga, Manuel. 1939. *Estudio topográfico de la Pampa y Río Negro*. 2 tomos. Buenos Aires. Edición de la Comisión Nacional del monumento al General Roca.
- Nardi, Ricardo. Los mapuches en la Argentina. Esquema etnohistórico. 1981 *Cultura Mapuche en Argentina. Catálogo*. Buenos Aires, INAPL, : 11-24.
- Parchappe, Narciso. 1977. *Expedición fundadora del Fuerte 25 de mayo en Cruz de Guerra. Año 1928*. Buenos Aires, Eudeba.
- Pérez de Micou et al. (ed.) 2009 *Imágenes desde un alero*. Buenos Aires, FHN.
- Prado, Manuel, Comandante. 1969 (1899) *Conquista de la pampa. Cuadros de la guerra de frontera*. Buenos Aires, Hachette.
- Prado, Manuel, Comandante. 1965 (1907). *La guerra al malón*. Eudeba.
- Racedo, Eduardo. 1965. *La conquista del desierto*. Buenos Aires, ediciones Pampa y Cielo.
- Saubidet, Tito. 1952. *Vocabulario y Refranero criollo*, Buenos Aires, Kraft.
- San Martín, Félix. 1991 (1930) *Neuquén*. Fondo Editorial Neuquino.
- Sosa, Norma. El conde Henri de la Vaulx, escritor, viajero patagónico y aviador pionero. *Tefros*, vol 6, n° 1, invierno 2008.
- Tamagnini, Marcela et. al. Los ranqueles reducidos en la frontera del río Quinto durante la década de 1870: Su incorporación al ejército nacional. *Tefros*, vol. 8, diciembre 2010.
- Taranto, Enrique y Jorge Marí. 2003 *Textiles argentinos*. Buenos Aires, Maizal.
- Walther, Juan Carlos, 1974. *La conquista al desierto*. Buenos Aires, Eudeba.

¹ Es en el libro de Racedo, citado en la bibliografía, donde se halla más información -incluso los partes de los dos médicos que atendieron tropa y prisioneros-, sobre la salud de todos.

² Poco antes, los caciques más importantes como parte de los acuerdos, cobraban mensualmente entre \$600 y \$1200 (Boschín y Slavsky). No fueron tan generosos los acuerdos con los ranqueles en 1878 (ver Fernández, J., : 209).

³ Nos basamos fundamentalmente en el artículo de Gómez Romero y Spota, citado en la bibliografía.

⁴ Se trata de los fuertes Blanca Grande, San Martín y las Achiras y los fortines Otamendi, Miñana, La Parva y Perdido.

⁵ Cuando se habla de "yeguas" se refieren a un caballo joven, de cualquier sexo; todos lo comían y hoy lo siguen haciendo los criollos

e indígenas de la Patagonia. Es interesante que “yeguarizo” como sustantivo colectivo, es un argentinismo, según el DRA.

⁶ “Patrios” - antes “reyunos”- eran los caballos del estado, a disposición de todos, pero por eso mismo, maltratados e inútiles para una buena cabalgata. Tenían como señal las dos orejas cortadas. En la toldería de Baigorrita, un criollo iguala la suerte de los pobres con la de los “patrios” (Mansilla, cap.46, p. 354p.).

⁷ Troje o troj: espacio limitado por tabiques para guardar frutos o cereales. DRA.

⁸ Boschín y Slavsky reproducen interesante correspondencia entre Linares y Saihueque desde y hacia Chinchinal (op. cit.)

⁹ Conjunto de pequeñas depresiones y lagunas temporarias que al secarse han creado salares. Se encuentran entre los partidos de

Puan, Adolfo Alsina y Villarino) y los límites de La Pampa. Allí Buenos Aires se surtía de sal.

¹⁰ En las crónicas se usa esta palabra como sustantivo y como adjetivo: “indios malones”, distintos de los “amigos” o los “gauchos” (Ver Racedo).

¹¹ Indios de pelea o “lanzas” eran llamados los hombres que peleaban, armados con ellas. El resto era la “chusma”, o sea quienes no peleaban: niños, mujeres o ancianos. En todos los partes militares se distingue entre ambos. En las tres fotos en que aparece Millaman (Villamain) está especificado lo que decimos. *Chusma*, según el Diccionario de la Real Academia, viene de la palabra genovesa *ciüsma*. Es americanismo cuando se aplica en el sentido expresado.

SILVIA PERLA GARCIA

Licenciada en Ciencias Antropológicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (U. B. A.). Su carrera como investigadora la desarrolló en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano de Buenos Aires. Ha sido docente de Antropología en el Colegio Nacional Buenos Aires de la U. B. A., durante 20 años. Su especialidad es la antropología social y el folklore, ha trabajado en diversas zonas del país con población criolla e indígena. Ha publicado cuatro libros en colaboración con otras colegas, y más de 40 artículos en revistas especializadas del país y del exterior, y como capítulos de libros, además de otros publicados en Actas de Congresos. Dictó cursos y conferencias en centros de investigación del CONICET, como en el CENPAT (Puerto Madryn, Chubut), el CAIC (Ushuaia), en las Universidades nacionales de La Plata, Lanús, Rosario, Nordeste, Río Cuarto, de la Patagonia Austral, en el I.D.E.S., el Museo Roca, el FEPAL y el INAPL. Ha sido jurado de becas de la Secretaría de Cultura de la Nación y del Fondo Nacional de las Artes y evaluadora de revistas científicas de antropología en Argentina. En 2005 y 2007 fue consultora del CRESPIAL (Unesco). El último informe fue publicado como El estado del arte del patrimonio cultural inmaterial Argentina en el libro: Estado del Arte del Patrimonio Cultural Inmaterial. Crespial, UNESCO, pp. 11-62, Cusco, Perú, 2008). Como comisionada en el Museo Roca ha elaborado un artículo sobre los álbumes fotográficos de Pozzo y Encina y Moreno. Ha formado a jóvenes estudiantes de antropología como pasantes en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

REPORTES DE CAMPAÑA. LAS FOTOGRAFÍAS DE ANTONIO POZZO Y LAS CRÓNICAS DE REMIGIO LUPO EN LA CONQUISTA TERRITORIAL

Claudia Torre

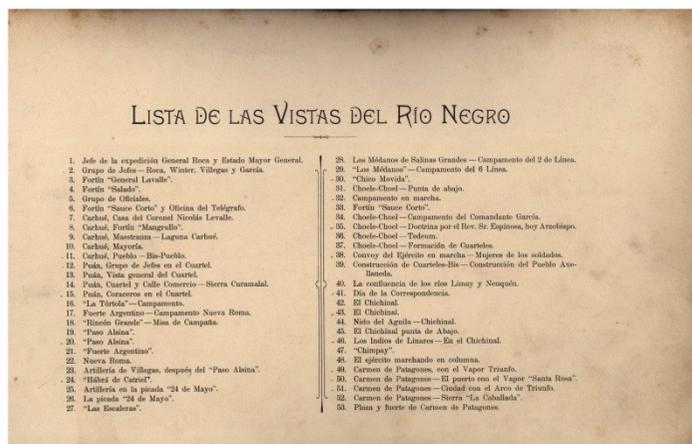
UDESА-UBA

“No hay ningún acontecimiento, ningún fenómeno, palabra ni pensamiento cuyo sentido no sea múltiple: algo es a veces esto, a veces aquello, a veces algo más complicado, de acuerdo con las fuerzas (los dioses) que se apoderan de ello.”

Gilles Deleuze (en *Nietzsche y la filosofía*)

I

Remigio Lupo fue –en el sustantivo y heterogéneo corpus de la narrativa expedicionaria- quien más refirió el trabajo del fotógrafo Antonio Pozzo durante la *Expedición al Río Negro* de 1879. Si leemos su corresponsalía para el diario *La Pampa*, en tandem con el índice del Álbum *Expedición al Río Negro*, veremos que crónicas y vistas coinciden cronológicamente en el trazado de un itinerario que, –más allá de corresponder con el propio itinerario del Ejército en campaña-, establece una secuencia en el orden de la representación.



Índice del Álbum *Expedición al Río Negro*. Abril a Julio de 1879.
Vistas tomadas por Antonio Pozzo, acompañando el cuartel general del
Ministerio de la Guerra y Jefe del Ejército de Operaciones,
Gral. D. Julio A. Roca. (Pozzo b2-tomo I)

Las crónicas de Lupo están fechadas en el mes de abril de 1879 en las localidades de Azul, Sauce, Carhué, Olavarría, Fortín Levalle, Guaminí y Puán. En el mes de mayo, en Fuerte Argentino, Médano Colorado, Río Colorado, Campamento “La Barrancosa” y la margen Sud del río Colorado. Y en el mes de junio en Campamento de Choele- Choele y en las márgenes del río Neuquén. Si comparamos la secuencia del Álbum con la de las crónicas, podemos comprobar que tienen un itinerario común y que refieren prácticamente las mismas localidades: ambos compartieron la marcha expedicionaria no sólo en su avance sino también en sus detenciones, esto es: ya no “la avanzada de la civilización” sino su contrapartida: el momento en que el Ejército se detenía para que los espacios y las experiencias puedan ser registrados con la cámara o con la pluma. Pero además Lupo registró anécdotas y gestos del fotógrafo en su tarea. Ambos enhebraron una historia de la vida expedicionaria enmarcada en la conquista territorial argentina, cuyo epítome fue la *Conquista del desierto*.

Las menciones a Pozzo, en las crónicas, -frecuentes y animosas- hablan de lenguajes afines entre fotografía a la intemperie y corresponsalía escrita así como de intercambios activos en el interior mismo de la vida en campaña: “Por Pozzo le remití hoy a la una un boletín que a esa hora dio el “Eco” (Lupo, 1968-50). Más adelante: “Esta noche acampamos en la comandancia San-

des. Pozzo queda sacando las espléndidas vistas de este punto” (Lupo, 1968-66), “(...) Pozzo que munido de su máquina fotográfica había estado observando aquel acto, sacó una vista de él, por cierto verdaderamente magnífica” (Lupo, 1968-104),

II

Remigio Lupo (1859-?) fue el autor de la “correspondencia periodística” publicada en 1879 en el diario *La Pampa* de Buenos Aires. Siendo muy joven, había sido enviado como corresponsal del diario, junto al Cuartel General Expedicionario de Río Negro para acompañar la marcha del Ejército y enviar sus escritos a la redacción del diario. Esta labor fue prácticamente la única de la que se tiene noticia como periodista puesto que luego, ya en sus años maduros, fue Administrador general de Aduanas.

Sus crónicas periodísticas enviadas al diario *La Pampa* fueron publicadas por primera vez como libro, en 1938, por una iniciativa de Bartolomé Galíndez, integrante de la *Comisión Nacional Pro Monumento al General Roca*, – como gran parte de la narrativa expedicionaria que tuvo muchas ediciones en la década del 30- en una edición oficial, aunque limitada. De esta manera, a pesar de su informalidad y su “diarismo” –en el decir de la época- estos escritos constituyeron –para aquella historiografía militar-, un aporte en el conjunto de las páginas que conformaban la escritura documental de la gesta: informes militares o estudios topográficos, entre otros. En 1968, Jorge Enrique Freeland (editorial Freeland) decide, en la Colección “Nuestra historia” publicar aquella edición de Galíndez “por considerarlo de interés para los estudiosos de nuestra historia”.

Las crónicas de Lupo ofrecen dos tipos de textos. Por un lado, los enviados al diario en telegrama (en Fuerte Argentino terminaba el telégrafo) o a través de mensajeros a caballo, como para informar la marcha expedicionaria. Destinados a la redacción urbana, estos escritos eran breves, sucintos e informativos. Por otro lado,

las crónicas mismas encabezadas por la tradicional fórmula: “Señor Director...” que ofrecían un relato más cuidado, amplio y con una intencionalidad literaria y amenizante.

Podemos considerar que donde Lupo escribía, Pozzo fotografiaba o viceversa. Sin embargo, esta tarea, que está adelantando las técnicas del periodismo profesionalizado posterior –en particular las duplas de reportero gráfico/cronista-, no son tales en 1879. Porque así como las crónicas de Lupo eran enviadas a través de correos para producir un texto que se escribía durante la expedición y que se leía en la ciudad casi al mismo tiempo; las fotografías de Lupo no serán enviadas al periódico (la tecnología de publicación de fotografías en la prensa es posterior) sino destinadas a constituir *a posteriori* un Álbum con otro tipo de circulación y de destinatarios.

III

El fotógrafo Antonio Pozzo (1829-1910) fue uno de los diez primeros daguerrotipistas de Buenos Aires. Había sido discípulo de Tomas Helsby y de John Bennet. En la ciudad, montó su propio estudio en la calle Victoria y lo llamó Estudio Alsina. Fueron de su autoría fotografías emblemáticas del siglo XIX argentino, tales como la del General Urquiza o la del Cacique Pincén. En la expedición de 1879, Pozzo pidió permiso para acompañar a las tropas y se le concedió. Así fue que asistió con su ayudante Alfredo Bracco. Pozzo pagó sus propios gastos, aunque ya de regreso en Buenos Aires, fue recompensado con una chacra y un grado de capitán del ejército. *Expedición al Río Negro* es el álbum que recoge el trabajo realizado durante la marcha de la expedición. Si bien su tarea fue reconocida y luego recompensada por el Estado y por el Ejército en las figuras de Roca y sus generales, este fotógrafo parece deber su participación en esta marcha expedicionaria sobre todo a su iniciativa personal. El deseo de fotografiar a la intemperie, de documentar una travesía tan importante (por su tecno-

logía de desplazamiento y sus polémicos entramados) parecen justificar la decisión de costearla. Resulta por tanto interesante el cruce entre la iniciativa privada y la acción estatal. El registro de la experiencia se vuelve estatal pero de una manera amorfa. Porque el Estado no contrató a este fotógrafo, si bien su fotografía no era ajena a personajes y acontecimientos de la política de entonces. Tampoco se enviaron estas vistas o sus Álbumes a las Exposiciones universales como se hizo con otros productos que resultaron de las expediciones, tales como los trabajos de exploración y descubrimiento de Ramón Lista, o el *Estudio Topográfico* de Manuel Olascoaga, que obtuvo varios premios.

No es menos importante imaginar que lo que le interesara a Pozzo fuera, posiblemente el deseo de aventura, el desafío de ir a lugares lejanos, tierras inciertas y desconocidas que, en ese entonces sólo las tribus habitaban y a las cuales, sólo los ejércitos llegaban. En este sentido, algunas de sus fotografías podrían leerse como un registro de ese espacio que previamente había sido configurado como un espacio enigmático, un poco aterrador, el más allá de algo, un abismo. En la imaginación de todos los que devienen viajeros, siempre hay una expectativa previa que la dimensión experiencial del viaje *per se*, constata, discute o desestima. Si bien la mayoría de las fotografías remiten a una acción de poblamiento, de asentamiento y de exploración, Pozzo incluye algunas fotos como la nro. 5 del segundo álbum que se incluye a continuación.

Esta fotografía ofrece más el momento de la contemplación que del rendimiento. Dos hombres, a orillas del agua en la isla de Choele Choele, parecen conversar, mientras otros circulan, toman mate o hacen fuego junto a las tiendas de campaña. Parecen escrudiñar al paisaje, buscar su sentido, “preguntarlo”, tratar de descifrarlo.



Pozzo, Album II, nro 5.

La expedición duró tres meses y hubo variadas escenas para registrar: generales, caciques, paisajes. Sin embargo, y ateniéndonos al relato de Lupo, Pozzo no fotografió la inundación de Choele Choele, en la que el Ejército se quedó anegado, y que dio lugar a la burla en Buenos Aires: “Se les hundan los generalitos...”- ironizaba Sarmiento en *El Nacional*-. Tampoco fotografió el medio de transporte de ida: el tren; ni el de regreso: los barcos: el cuestionado vapor “El Triunfo”, la cañonera “Paraná”, el acorazado “Los Andes”. No hay registro de enfrentamientos ni de cadáveres. Probablemente porque en esa columna (la primera de las cinco que conformaban la Conquista del Desierto) los enfrentamientos fueron escasos o digamos, casi inexistentes. Podría decirse que privilegió panorámicas y cuerpos dispuestos previamente en un escenario.

IV

Remigio Lupo dice:

“Pozzo quiere que se le ofrezcan cuadros como éste para tomar una fotografía cada cuarto de hora. Hoy acaba de sacar la del General, rodeado de su Estado Mayor. A los

corresponsales no nos incluyeron en el Estado Mayor, porque nosotros a nuestro turno somos retratistas de pluma y lápiz que sacamos fotografías en correspondencia para los diarios” (Lupo, 1968-105).



Gral. Roca y el Estado Mayor General del Ejército Expedicionario, Expedición al Río Negro, Primera Columna, mayo de 1879. Antonio Pozzo, Álbum I, 1.



Gral Roca, Gral Vinter, Gral Villegas, Gral García. Expedición al Río Negro, mayo de 1879. Antonio Pozzo, Álbum 1, 2.

En la margen Sud del Río Colorado Lupo registra el 15 de mayo, esta anécdota:

“Esta vez nos detuvimos a pedido del fotógrafo Pozzo. La naturaleza le había encantado con su belleza, como nos había encantado a todos nosotros. Teníamos por delante una extensa y novedosa planicie formada por el valle del río Negro, al que limitaban agrestes colinas cubiertas por un manto de esmeralda. Pozzo, intercedió con el General, para que le permitiese sacar una fotografía de aquel panorama, y del ejército en la posición que llevaba y le fue concedido. Y se le concedió más. Se le concedió el mando del ejército, la facultad de dictarle sus órdenes. Pero fue por breves momentos. Era necesario colocar las fuerzas según conviniese y nadie podía hacerlo mejor que Pozzo. Con un trompa a su lado, expedía las órdenes. Esto fue materia de algunas bromas que fueron aceptadas tal como debían ser.” (Lupo, 1968-110).

Sobre esta escena, he sugerido, en un artículo anterior, que muestra de manera magistral la *boutade* que la fotografía le juega al realismo del siglo XIX: Lupo explica la relación entre su arte y el del fotógrafo. La escena ilustra de modo humorístico dos órdenes claros y diferenciados: por un lado el panorama de la bella naturaleza y de las fuerzas militares y por el otro, la conveniencia de colocar en una determinada disposición escénica aquello que iba a ser fotografiado para que la ecuación naturaleza-ejército resultara efectiva, aquí además la “pose” del Ejército resultaba crucial. Es decir se ponen en juego un orden de lo real y un orden de la representación.¹

Más adelante Lupo escribe:

“Al fotógrafo Pozzo le ha pasado un buen chasco. Al ir en dirección al Neuquén, a pesar de que espectáculo de la naturaleza le brindaba la ocasión de tomar preciosas vistas fotográficas, no pudo verificarlo, por la celeridad de la marcha, o mejor dicho, por las penosidades de la travesía. Pero el General Roca le había ofrecido que, al regreso, le concedería permiso para adelantarse y tomar así el tiempo necesario para ejercer su arte. Bien lo merecía porque, a la verdad, aquella naturaleza agreste presenta cuadros dignos de reproducirse en la plancha

fotográfica. En medio de las serranías, que le decía a Ud., en mi anterior, que habíamos atravesado entre “Chelforó” y “Chinchinal” se veía, aquí y allí, ya el cauce seco de un torrente, que al horadar la ropa con el ímpetu de sus aguas había formado una caverna de formas caprichosas, ya el camino estrecho, que se desliza atrevidamente al pie de un inmenso promontorio –que parece amenazar al intrépido viajero que lo contempla con desplomarse sobre su cabeza y aplastarlo- ya por el estilo, infinidad de otros caprichos de la naturaleza cuya contemplación extasía y cuya reproducción cuando se tienen los elementos para ello, crea una necesidad tanto más imperiosa, cuanto que el que debe hacerlo ha venido con ese solo objeto” (Lupo, 1968-150)

Esta referencia al orden de representación de la naturaleza enmarcada en la acción de fotografiarla así como de describirla (recordemos que Lupo trabaja con el mismo objeto que Pozzo aunque con distinta herramienta) no parece señalar sólo su extrema belleza y sentido sino que subraya la necesidad de una temporalidad en relación con ella vinculada a una contemplación, no a una mirada utilitaria. El paisaje ofrece su rendimiento no para un plan económico agro-exportador, sino también para una espiritualidad de otro orden. Si para escribir o ser fotografiado, el Ejército debe detenerse o si no se puede escribir y fotografiar (ni tampoco estudiar las especies naturales del lugar como lo señalan, en sus obras los naturalistas alemanes que acompañaron la expedición, ni redimir a los salvajes como querían los salesianos que desde Italia también cruzaron el océano para acompañar a los Ejércitos en busca de almas irredentas y comprobaron que las almas irredentas no estaban en los puertos sino muy lejos de ellos), decimos si no se puede escribir o fotografiar porque los ejércitos avanzan a una velocidad incesante y no pueden detenerse (su tecnología de desplazamiento rinde tributo a la velocidad, por sobre todo); entonces aquí el registro de la experiencia, y no la experiencia misma, demandan otro tiempo, refieren otra productividad y se vuelven armas fundamentales para una discursividad estatal o para algo nuevo que aún no

tiene forma y figuración. No sólo por el aporte a la historia y a las heroicidades de gesta, sino sobre todo, por el lugar que estas artes tienen y deberán seguir teniendo en esas discursividades: su rol central en la construcción de un discurso estatal moderno o modernizado.

Por eso Lupo registra una y otra vez las acciones de Pozzo, casi tanto como las de los soldados en campaña o los generales en la tienda con sus mapas y sus bibliotecas y su ajedrez: porque las cosas que le suceden a Pozzo mientras hace su arte, resultan el epítome de las iniciativas y preocupación de ese ejército modernizado que Lupo debe acompañar con su escritura. Su protagonismo no responde sólo a la admiración que pudiera tener Lupo por el fascinante arte, sino a las cosas que le suceden dentro mismo del ejército:

“El 15, haciendo uso Pozzo de la autorización que se le había conferido, se adelantó en la madrugada desde “Chinchinal” acompañado por algunos soldados y llevando consigo unas mulas para el transporte de sus máquinas, A las 10 de la mañana lo alcanzamos, pero no había realizado sus deseos, porque el sol no había querido mostrarse ese día. Prosiguiendo nosotros la marcha, Pozzo se quedó esperando los favores de Febo. Al día siguiente acampamos en “Chimpay”. Era la 1 y media del día y Pozzo no llegaba. El 17 llegamos a este punto y Pozzo tampoco llegaba, Por fin se apareció en el campamento a las 7 de la noche, solo, sin sus acompañantes, y sin sus máquinas. Entonces nos refirió que, hallándose en Chelforó, oyeron un silbido agudo, que creyeron, les anunciaba la proximidad de indios, por cuya causa pasaron esa noche en vela vigilando a su alrededor pero sin percibir cosa alguna. Al día siguiente comprobaron que las mulas habían desaparecido, Imagínense ustedes, nos decía Pozzo, cuál no sería mi susto, porque indudablemente, sólo indios podrían haberse robado las mulas y era casi seguro que estarían allí, inmediatos, ocultos, detrás de algún sauce, acechándome para matarme. Parece que los autores del robo de las mulas han sido dos soldados que desertaron del piquete que llevó consigo el General Roca al Neuquén, pero Pozzo jura y perjura que no marchará otra vez solo por el desierto, sin guarecer-

se en el centro del ejército que expedicione con él. (Pozzo, 1968-150)

He aquí ahora, además, otro aspecto: ya no la importancia de las artes de la representación en la construcción de la nueva república de 15.000 leguas ganadas al desierto, sino el rol del ejército expedicionario: velar por esas artes que documentan su propia acción, protegerlas, salvaguardarlas de los peligros del desierto (que por cierto no son los indios –que, al parecer nada habían robado- sino los propios soldados del otro lado del disciplinamiento. La anécdota del susto de Pozzo se define por lo que niega y por lo que esconde. ¿Por qué Pozzo confiaba más en el Ejército que le habría robado las mulas que en los indios quienes finalmente resultan fantasmáticos y devienen inocentes? El primer otro para la cúpula castrense y su equipo de expertos, no eran los indios sino las propias filas de los soldados, la masa de hombres, analfabetos gran parte de ellos, hambreados y brutalmente disciplinados, para quienes acaso una equipo fotográfico en medio del desierto helado, fuera tan atrapante como para un indio manzanero.

V

En varias oportunidades, Lupo usa algunos párrafos para describir su propia tarea como cronista.

En una crónica fechada en Médano Colorado, el 8 de mayo de 1879 escribe:

“Señor Director de “La Pampa”: No es esta una correspondencia. Es apenas una copia de los apuntes de mi diario de viaje, porque no tengo tiempo para nada más, ni el asunto se presta. Le aseguro a Ud. que es para desesperar a un corresponsal, la carencia absoluta de novedades dignas de especial mención, para matizar sus car-

tas, porque la columna expedicionaria marcha sin encontrar a su paso el menor tropiezo.” (Lupo, 1968-91)

Más adelante en una crónica fechada en Río Colorado, el 10 de mayo de 1879 escribe:

“Al fin hemos llegado a este punto con toda felicidad. Es por decirlo así la primera etapa de la grande obra de asegurar definitivamente la frontera en el Río Negro. Mi situación de corresponsal es, sin embargo, penosa, pero sin ver nada y sin que nada ocurra digno de ser mencionado. Pero quiero aprovechar la oportunidad que se me presenta de escribirle, y voy a hacerlo dándole una relación del itinerario que hemos seguido” (Lupo, 1968-97)

¿Qué significan estas referencias a la propia experiencia de escritura?²² Si bien la crónica habilita como género la expansión de la subjetividad (vedada por ejemplo en otros géneros de la narrativa expedicionaria, como es el caso del Estudio Topográfico de Olascoaga, que hemos mencionado, o de la Memoria Militar de Racedo) no es un dato menor que estas crónicas saldrán a la esfera pública a través de la prensa de época. Es importante destacar que los relatos sobre la propia manera de escribir no constituyen un enunciado autobiográfico y que su contenido, si bien parece referir a la experiencia individual del fotógrafo está participando del debate que la conquista como acontecimiento del período está produciendo. Cuando Lupo dice que se aburre, Sarmiento escribía en los mismos años que la marcha al Río Negro era un paseo militar, es decir, lo que en Lupo es un dato positivo: la ausencia de narración refiere a que la conquista, fluye y se afianza sin escollos, en Sarmiento es un juicio de valor irónico: están allí decorativamente, inútilmente, una suerte de flaneurismo del desierto: esta marcha y este gasto aprobado por el congreso... eran innecesarios.

Continúa Lupo:

“No tengo tiempo para describirle el bellissimo cuadro que ofrecía el Ejército vadeando el río: el Gral acaba de dar la Orden para que salga el chasque, y le escribo en mi mesa escritorio, menos cómoda que la de un Ministro, pero sin embargo más grande pues se extiende por toda la inmensa latitud de la pampa: escribo en el suelo, colocando unas caronas sobre el pasto, las que reemplazan admirablemente a la más cuidada carpeta” (Lupo, 1968-107)

Más adelante, en la margen sud del Colorado, el 18 de mayo:

“Le escribo esta sobre el recado del caballo, y aun cuando en posición tan poco cómoda, no quiero perder la oportunidad que se me presenta de que hoy sale un correo, para dar algunas noticias referentes a los cuatro días que han transcurrido desde que le envié mi última correspondencia (...)” (Lupo, 1968-108)

VI

Me gustaría, para ir terminando detenerme, en la foto la número 15 del Álbum I y explicar la relación que tiene con estas escenas de escrituras referidas en el apartado anterior.

Tanto en las referencias a las propias escenas del escribir como en esta foto podemos ver la presencia del enunciador en el interior mismo de la pieza que construye. En el caso de Pozzo, la sombra de la cámara y del fotógrafo y su ayudante proyectada sobre el pastizal que es parte de la fotografía que está tomando. En el caso de Lupo, la descripción de la acción de escribir (dónde cuándo cómo por qué) en el interior mismo de la crónica, incluso iniciándola, a continuación de la fórmula del periodismo: señor director...

De esta manera, las acciones: escribir y fotografiar *quedan dentro* de la fotografía y del escrito de la correspondencia, no están invisibilizadas, no constituyen un *backstage*: constituyen la pieza misma, son parte. Conforman la exhibición de un dispositivo de enunciación en la construcción del discurso estatal



“Puán. Coraceros en el Cuartel”. En: Álbum *Expedición al Río Negro. Abril a Julio de 1879. Vistas tomadas por Antonio Pozzo, acompañando el cuartel general del Ministerio de la Guerra y Jefe del Ejército de Operaciones, Gral. D. Julio A. Roca. (Pozzo N1-15)*

Pero insistimos en que mostrar la construcción del dispositivo de enunciación en la construcción de un discurso estatal, no refiere a la subjetividad de la experiencia sino a los hechos sociales que esa experiencia demanda.

Fotografía y crónica subrayan el rol central que tiene, indefectiblemente, la construcción del punto de vista. En su inclusión no hay un gesto lúdico o experimental sino más bien algo en el orden de lo inevitable, de lo indefectible: no es una mera subjetividad. El juego de lo indefectible que se da tanto en el texto como en la fotografía nos habilita a preguntarnos cuál es el lugar que tienen las representaciones culturales: sus visualidades, sus discursividades, de alguna manera nos provoca.

Aún hoy, no está estudiada con suficiente detalle la Expedición de 1879. La historiografía militar que la volvió épica y los estudios culturales que la devinieron genocida produjeron figuraciones muy difíciles de desarticular. En nombre de la heroicidad y de la investigación se han ocluido sentidos, clausurando posibles lecturas

posteriores objetando siempre las herramientas para poder pensarla.

Sin embargo esta expedición permanece allí, en los relatos de la narrativa expedicionaria, en las fotografías de campaña, esperando nuevas articulaciones y desarticulaciones, nuevas preguntas que den sentido a ese conjunto de 3500 hombres de a caballo, a cientos de caciques, a las mujeres, a las familias habitantes de la tierra negra, a una geografía extensa y seca, de pastizales, de silencios y de noches largas: a esa pulsión territorial.

Bibliografía

Cuartero, Miguel Angel y Alexandre, Abel, *Soldados (1848-1927)*. Buenos Aires:

Fundación Soldados, 2004.

Lupo, Remigio *La conquista del Desierto. Crónicas enviadas al diario "La Pampa" desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Buenos Aires, Editorial Freeland, 1968.

Penhos, Marta (2005b) *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

Pozzo, Antonio *Álbum Expedición al Río Negro. Abril a Julio de 187. Vistas tomadas por Antonio Pozzo, acompañando el cuartel general del Ministro de la Guerra y Jefe del Ejército de Operaciones, Gral. D. Julio A. Roca*.

Rodríguez, Fermin, *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.

Silvestri, Graciela (2011) *El lugar común. Una historia de las figuras del paisaje en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Edhasa.

Tell, Verónica (2009) "Panorámica y close up: construcciones fotográficas sobre una usurpación", ponencia presentada en el *Meeting of Latin America Studies Association*, Rio de Janeiro, junio 2009. Disponible en <http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2009/files/TellVeronica.pdf>

Torre, Claudia, "Convicciones de trinchera. Escrituras expedicionarias argentinas del siglo XIX" en *Conversaciones del Cono Sur. Magazine of the Southern Cone Studies Section of LASA*.

Editora: Leila Gómez. Vol 1, nro 1. En: <https://conosurconversaciones.wordpress.com/>, 2015.

_____, Dossier "Literatura y desierto" (presentación: "Viaje al inmenso país de las expectativas" y compilación). En *Estudios de Teoría Literaria*. Revista digital. Artes, letras y humanidades, Nro 3, vol II, marzo. En: <http://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/issue/view/31/showToc>

_____, *Literatura en Tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo 2011.

_____, "Militares en el desierto. Expedición, escritura y fotografía", ponencia presentada en el *Simposio Internacional Imágenes y Realismos en América Latina*, Leiden, septiembre-octubre de 2011. Disponible en <https://imagenesyrealismosleiden.files.wordpress.com>

_____, *"Patagonia. Expediciones literarias al abismo de la frontera" en Kozel, Andrés, Crespo, Horacio y Palma, Héctor (comps), Heterodoxia y fronteras en América Latina*. Buenos Aires, Teseo, 2013.

Vezub, Julio, *Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la "Conquista del Desierto"*. Buenos Aires: El elefante blanco, 2002.

_____, Valentín Saygûeque y la Gobernación Indígena de las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia Septentrional (1860-1881). Buenos Aires, Prometeo libros, 2009.

¹ 2011: "Militares en el desierto. Expedición, escritura y fotografía". *Imágenes y Realismos en América Latina*. Simposio Internacional. Leiden, 29/09 - 01/10. Actas online edit. por Caballero Vázquez, Miguel; Rodríguez Carranza, Luz; Soto van der Plas, Christina. ISBN 978-90-8187-560-8, <<http://imagenesyrealismosleiden.wordpress.com/>>

² En la primera edición limitada no comercial, de las crónicas de Lupo publicadas en forma de libro en 1938, Bartolomé Galíndez hace una puesta en valor de estos escritos a partir de la idea de que su cronista era muy joven, tenía 20 años cuando acompañó a la expedición y que, sin embargo, escribía con "síntesis sin adorno" y que mostraba "el sabor de tierra adentro sin terciopelo de buffet". La edición Freeland utilizada en este artículo retoma aquella primera.

CLAUDIA TORRE

Crítica cultural e investigadora especializada en literatura argentina. Se doctoró en Letras en la Universidad de Buenos Aires. Es directora del Profesorado universitario de Letras de la Universidad Nacional de Hurlingham y profesora regular del Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés. Los proyectos en los que trabaja actualmente son “Estado y narración: inscripciones culturales en la construcción de espacios y fronteras argentinos” (UdeSA) y “Figuraciones del miedo: cuerpos y fantasmas de la literatura argentina” (UBACyT). Asimismo, estudia desde una perspectiva de género la escritura de mujeres en la Argentina del siglo XIX. Dicta cursos de posgrado en universidades públicas y privadas y de extensión en instituciones académicas y espacios culturales. Ha desarrollado tareas de gestión académica y cultural. Ha publicado artículos en libros y revistas académicas nacionales e internacionales, prólogos, y ediciones anotadas. Es co-autora de *Ciudades Alteradas. Nación e inmigración en la cultura moderna* (Granica, 2003), autora de *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto* (Prometeo, 2010) y compiladora de *El otro desierto de la nación argentina. Antología de narrativa expedicionaria* (Universidad Nacional de Quilmes, 2011). Algunas de sus publicaciones más recientes son: “Fantasmas en el desierto. Narrativa expedicionaria y cultura castrense en el siglo XIX” en *Polifonía. Journal of Literary Criticism and Culture of Hispanic Studies*. Austin Peay State University. Vol II, Issue I, 2012; y “New Genres, New Explorations of Womanhood: Travel Writers, Journalists, and Working Women” (en co-autoría), en Ileana Rodríguez and Mónica Szurmuk (eds), *Cambridge History of Latin American Women’s Literature*. Cambridge University Press, 2016.

LOS DISPOSITIVOS ESTATALES Y LAS POLÍTICAS INDÍGENAS EN LAS FRONTERAS DE PAMPA Y PATAGONIA EN EL S. XIX

Elizabeth Moreno

Museo Roca – Instituto de Investigaciones Históricas

1. Introducción

Como parte del equipo de investigación del Programa “Patrimonio y Creencias”, perteneciente al Museo Roca – Instituto de Investigaciones Históricas, tuve el agrado de ser invitada para escribir en el presente Proyecto sobre los Álbumes Fotográficos de Antonio Pozzo y Encina & Moreno, cuya trama central es “La Conquista del Desierto”.

Teniendo en cuenta la gran complejidad del tema¹, ya varias veces analizado desde diversas disciplinas, entre las que encontramos ricos trabajos historiográficos, etnohistóricos como desde la Arqueología y desde mi propia disciplina, la Antropología, es que el presente artículo, por lo tanto, intenta hacer un aporte más acerca de los diversos grupos que habitaron la clásicamente denominada “frontera de guerra” en la Pampa y Patagonia, desde el asentamiento de los europeos hasta la incorporación definitiva de dichos territorios al nuevo estado nacional argentino a finales de la segunda mitad del S. XIX.

Uno de los problemas con que nos enfrentamos al intentar analizar la cuestión de la frontera, es lograr dilucidar las complejas interacciones que allí entablaron los diversos actores sociales. En un primer momento, una mirada más clásica, cargada de estereotipos, nos hablaba de una “cultura de guerra” contante entre indios “salvajes por naturaleza” “bárbaros” “nómades” vs la “civilización”. Más tarde, miradas más folklóricas justi-

ficaban una “inocencia” en el accionar indígena frente a la “violencia” del Estado. Empero, cuando hablamos de “frontera” es crucial dar cuenta de su carácter polisémico, ya que adquiere diversas connotaciones según el enfoque con que se la analice.

Ciertamente el proceso de organización nacional hasta la consolidación de la Argentina como hoy la conocemos no siguió un curso lineal y progresivo. Por un largo período de tiempo los términos “nación”; “estado”; “constitución”, no eran referentes claros entre los criollos. Igualmente, en la gran mayoría de los casos, previos y durante la Campaña al Desierto, por lo menos hasta casi finales del 1800, se entablaron entre varios pueblos indígenas y los blancos relaciones “igualitarias” basadas en dádivas y obsequios; agasajo a caciques (aquellos considerados “indios amigos” o “aliados”); numerosos pactos y tratados de paz - por conveniencia mutua y no sólo del hombre blanco -, como también, influencias culturales entre ambas partes. Del mismo modo, los grupos indígenas de la región pampeana y norpatagónica mantenían estrechos lazos sociales; económicos; políticos y culturales con aquellos de la región del Arauco en el sur de Chile, que lejos estaban de ser considerados como fronteras extranjeras.

Las relaciones entabladas durante dicho período, entonces, fluctuaban entre los enfrentamientos, tensiones y negociaciones de paz entre el mundo indígena y el hispano criollo, como así también en complejas relacio-

nes inter-indígenas, que oscilaban en alianzas y disputas entre aquellos que mayormente apoyaban el proyecto nacional como quienes no.

Tanto las fotografías tomadas por Antonio Pozzo (1879) como las realizadas cuatro años más tarde por los agrimensores Carlos Encina y Edgardo Moreno (1883), nos muestran un poco los vestigios de este largo proceso de prácticas e interacciones que tuvieron lugar en la denominada “frontera indígena” o “frontera interior”, relaciones que se vieron marcadamente diferenciadas por la “Conquista del Desierto” (1879-1885), y que presumió el fin de la autonomía de las tribus indígenas en las fronteras de la Patagonia y La Pampa.

2. Los actores sociales en las fronteras de Pampa y Patagonia

Precedentemente a la Independencia de la corona española - a principios del S. XIX -, los indígenas de la zona de Pampa y Patagonia vivían sin demasiadas sorpresas, con algunos esporádicos contactos con viajeros, científicos, funcionarios o aventureros que llegaban al sur de la Argentina y trataban transitoria-mente con ellos (García y Moreno, 2010: 3). Estos grupos se caracterizaban por la flexibilidad de sus jefaturas sin estado. Eran poblaciones con un profundo conocimiento de sus territorios, algunos de los cuales usaron con exclusividad y otros fueron compartidos entre diferentes tribus de la misma etnia o de etnias semejantes (Ibid, 3).

Ahora bien, ¿quiénes fueron los actores que convivieron en estas fronteras? Por un lado, encontramos a las diversas parcialidades indígenas. Como dijimos en la introducción, durante el siglo XIX los distintos grupos originarios de la región pampeana, cordillerana y norpatagónica mantenían estrechos lazos socioculturales, comerciales y políticos con aquellos de la región denominada Arauco, el sur de la araucanía o huillichemapu, donde en gran parte fundamentaban su sentido de pertenencia² (Bechis, 2002; Mandrini y Orтели, 2002; Pérez, 2007; Mases, 2010; Aguirre, 2015). Diversos circui-

tos comerciales vincularon a las sociedades indígenas a ambos lados de la cordillera.

Los grupos “soberanos”³ (Bechis, 2002) que se extendían desde las fronteras de Buenos Aires, dominaban las pampas y el norte patagónico, en contacto con parcialidades de la cordillera y el límite con Chile. Todas estas eran agrupaciones dependientes de caciques de gran prestigio, las cuales habrían configurado linajes de carácter hereditario en los últimos tiempos de dominio indígena. Dentro de éstos, encontramos a los denominados “salineros” ubicados en la zona centro o araucopampeana, liderados por Juan Manuel Calfucurá⁴, quien ejerció gran influencia durante el período trabajado. Éste mantuvo tratos estratégicos con sus parientes cordilleranos y logró ejercer su soberanía entre otros grupos indígenas hasta su deceso en 1873. Tanto su hijo Namuncurá, como su hermano Reuque-Curá, buscaron mantener las presiones necesarias para garantizar la reproducción de su gente (Pérez, 2007). Ambos fueron de los líderes “derrotados” durante la conquista. Así, podemos ver en las fotos de Encina y Moreno, del Tomo I, al comandante Ruibal llegando a Codihue con el “cacique Reuque-curá y su tribu sometidos” en 1885.

Por su parte, los ranqueles ubicados al norte, también sostuvieron una intensa relación con el ejército y el clero de las fronteras cordobesas como con las autoridades nacionales, con constantes negociaciones y por sobre todo defendiendo su soberanía (Bechis, 2002; Mandrini y Orтели 2002; Vezub, 2002).

Por otro lado, hubo grupos que buscaron mantener buenas relaciones con el gobierno nacional, tal es el caso de los tehuelches del norte, quienes mantenían buenos tratos con los enclaves de Bahía Blanca y Carmen de Patagones. En la parte oeste del norte patagónico, hoy la provincia de Neuquén, se encontraba una zona denominada “el País de las Manzanas” habitada por grupos cordilleranos, provenientes de la zona de Valdivia. El cacique Valentín Sayhueque, hijo del cacique Chocorí⁵, jefe de una comunidad multiétnica con-

formada por picunches; huilliches; tehuelches y mapuches, tuvo relevante protagonismo durante la segunda mitad del siglo XIX, y quien también privilegió una relación pacífica con el proyecto nacional a través de diversos tratados de paz y hasta llegó a ser denominado por el propio Roca como “Gobernador Indígena de la Patagonia”. Veremos más adelante que dichas alianzas no hicieron más que perjudicarlos, ya que mientras colaboraban con el Gobierno, éste desalojaba a los indígenas de la Pampa, para luego terminar desalojando a los manzaneros y culminar con su valorada autonomía.

Por otro lado, encontramos, por lo menos desde la época de Rosas, a los “indios amigos” “reducidos y sometidos”, que obedecían al poder nacional. Los mismos se hallaban dentro de la frontera militar y debían cumplir obligaciones de defensa al ejército, en muchos casos servían como baquianos, dado su conocimiento de los territorios y algunos hasta recibieron cargos y nombramientos. Tal es el caso del cacique Juan Catriel, quien a través de un Tratado de Paz realizado en 1856, se instala en la frontera bonaerense con el título de “Cacique Mayor y Comandante General de las Pampas”. Así el art. 6 del Tratado sostenía: “Por un acto de benevolencia, el gobierno concede espontáneamente al cacique mayor D. Juan Catriel el título de general y cacique superior de las tribus del sud, con el uso de charreteras de coronel y de una banda punzó con borlas de oro, correspondiente a ese título asignándole (...) 1500 pesos mensuales”. (Tratado de Paz entre el Gral Manuel Escalada y Catriel, Azul 25 de Octubre de 1856).

Siguiendo a Bechis (2002), estos indios amigos muchas veces entraban en conflicto con el resto de los grupos soberanos, por servir a las tropas criollas y fundamentalmente por haber abandonado su condición de indios libres.

Veremos más adelante que en la fase inicial de la construcción de nuestro país, prevalecía el concepto de “ciudadanía cívica”, donde a partir de determinados méritos, los sujetos podían adquirir dicho status. De tal

forma, muchos “indios amigos” buscaron adquirirla, a través de diversas atenciones como el servicio de armas, brindar información específica sobre los indios no alineados al proyecto nacional, entre otros favores. Ya para 1870 esta idea fue cambiando y la ciudadanía se comenzó a equiparar con la idea de nacionalidad.

Así, para 1878 el Departamento de Guerra y Marina registró en Patagones dentro de las plazas del ejército a 114 indios de Linares, de los cuales 13 tenían la categoría de “jefes y oficiales” (MMGM, 1878: 5). Del mismo modo, en Puán hay registrados 43, de los cuales 4 eran jefes. En Bahía Blanca, en el Fuerte Argentino se registraron 64 indios lanceros. En Guaminí, 58 indios de la tribu de Maldonado. En el fuerte Lavalle 13 indios de Mármol y Chipitruz. En Carhue: 35 indios G. N de Rojas; 38 indios “fieles del sur”; 102 indios de la tribu del cacique Manuel Grande y 47 de Tripalao, lo que sumaba 222 indios amigos solo en esta zona (Ibidem.: 7).

Por último, el ejército estaba compuesto por los oficiales de alto rango, que provenían de las familias de elite de Buenos Aires como de las provincias, tal era el caso del tucumano Roca o el mendocino Olascoaga (García, 2014: 1). Siguiendo a Silvia García (2014), tanto en el caso de la Campaña del Desierto como ya desde la época colonial, el ejército siempre contó con la ayuda de estos indios amigos. Así sabemos que en la entrada de Roca hubo 15 oficiales y 230 soldados indígenas.

Además, la tropa estaba conformada por criollos de la zona pampeana, criollos mestizos y negros, quienes compartían la vida seminómada con un uso exclusivo del caballo (Ibid: 2).

3. Las diversas dinámicas entabladas en la frontera

3.1 La frontera como un espacio de interrelación

Desde el S. XVI^o, tanto los pueblos originarios como la sociedad hispano-criolla, coexistieron separados por una frontera o “zona de contacto” (Nacuzzi, 2002) permeable y de fluida co-presencia, con expediciones militares previas a la Campaña del Desierto, la imple-

mentación de fuertes y fortines⁷; períodos de paz negociada con un sinnúmero de acuerdos; convenios; tratados de paz y momentos de extremada violencia mutua. Esta visión desestima la clásica idea de “frontera” como una zona que separaba a las culturas involucradas encontrándose éstas en un estado de guerra constante. Por el contrario, la intención es superar el enfoque de las relaciones interétnicas basadas exclusivamente en el conflicto, es necesario una mirada integral del problema considerando fundamental tomar en consideración de igual manera la política desplegada por criollos e indígenas. De este modo romper con las visiones que –según el enfoque– subestimaron o sobreestimaron tanto al indio como al criollo de la época. Lo cierto que es que hasta avanzada la Conquista del Desierto (y algunos autores consideran que el período es mucho más largo todavía)⁸, en las fronteras no solo se entablaron profusas relaciones de interacción mutuas interétnicas como intraétnicas, sino que las mismas fueron fundamentales tanto para los criollos como para los indígenas.

A lo largo de la frontera, el comercio fue una de las bases principales de esas relaciones y al mismo tiempo se fueron filtrando múltiples influencias culturales de uno y otro lado. Muchos criollos, delincuentes fugados, refugiados políticos, entre otros, vivían en las tolderías, como también tribus enteras (algunas grandes como la de Catriel) se establecían como aliados o indios amigos dentro de la frontera de los fuertes militares, muchos “indios lanceros” participaban activamente en las distintas batallas libradas combatiendo en uno u otro bando, de la misma manera, jefes de frontera y caudillos intervenían en disputas entre tribus y caciques (Mandrini, 1992).

Estos indios amigos como aquellos con quienes se establecían alianzas, recibían por parte de los criollos alimentos y “vicios”, como denominaban los soldados al tabaco; yerba y alcohol, entregados en forma trimestral. Así, por ejemplo, en el Tratado de Paz con el cacique

Reuque-Curá dictado en Buenos Aires el 12 de octubre de 1866 se decreta:

“Convención de paz ajustada entre el gobierno de la Nación y el cacique Reuque-Curà.

“El gobierno de la República Argentina y el cacique Reuque-Curà y demás caciques que obedecen sus órdenes por sí y a nombre de sus respectivas tribus, con el objeto de poner término a la guerra y regularizar para lo sucesivo las condiciones de existencia y comercio, han estipulado la presente convención de paz:

Art1º “Queda establecida la paz y amistad permanente entre el gobierno y el cacique Reuque-curà y los caciques que obedecen sus órdenes”.

Art2º “El gobierno de la república a fin de proporcionarles los medios de subsistencia les dará cada tres meses los artículos siguientes: mil doscientas libras yerba, quinientas de azúcar, doscientas cincuenta libras de tabaco, doscientos cincuenta cuadernillos papel, mil quinientas libras fariña, cien frascos aguardientes, cincuenta botellas de ginebra, dos carretadas maíz y mil yeguas o hacienda al corte, debiendo recibir dichos artículos en patagones”. (Tratado con el cacique Reuque-Curá, Buenos Aires 12 de octubre de 1866).

Como vemos, en el tratado quedaba establecido el sistema de raciones o regalos para cada tribu que se aliara al poder nacional. Del mismo modo, se sientan las bases para el comercio entre ambas partes, así el artículo 4 del presente acuerdo decretaba: “Queda establecido el comercio entre el gobierno y las tribus del cacique Reuque-Curá y los caciques que obedecen sus órdenes con sujeciones policiales y bajo el conocimiento de las autoridades de la frontera por el azul, Tandil y Bahía Blanca”. Igualmente, se procuraba que éstos debían ser fieles al gobierno, aunque no siempre se lograba⁹, ya que como dijimos no siempre los grupos soberanos eran aliados y como sabemos el tratado era un instrumento de regulación de la relación interétnica y el mismo era fomentado tanto por los líderes indígenas (dado que era un medio para introducir recursos a su economía) como por las autoridades civiles y militares para detener los conflictos. Empero, las intenciones de

fidelidad siempre estaban presentes, lo podemos ver en los art. 6 y 7 del acuerdo en donde los caciques y capitanejos debían “compro-meterse” a entregar a los oficiales desertores del ejército y evitar los malones:

“(…) que los indios de su dependencia no entren a robar a las estancias ni cometer crímenes de otra clase castigando a los perpetradores que se refugiaban en sus campos y los que fuesen aprehendidos por las autoridades territoriales serán castigados con arreglo a las leyes generales devolviéndoseles si así el jefe de la frontera lo conviniese”

Además, sabemos que ese mismo año (en plena guerra de la Triple Alianza), se entregó a las jefaturas de los caciques Calfucurá, Catriel, Cachul, Coliqueo y Millacurá en forma trimestral: 2038 kg de yerba paranaguá; 375 botellas de ginebra; 150 botellas de vino Burdeos; 994 kg de tabaco negro; 2200 kg de maíz, entre otras provisiones (MMGM, 1866). A medida que iban pasando los años, el número de tribus que recibían los suministros se sumó (por lo menos se habla de 15 más), aunque no siempre se cumplía con la entrega pactada, lo que generaba el inicio de tensiones entre los diversos grupos.

3.2 Parlamentos, tratados de paz, y convenios

El empleo de alianzas/acuerdos o reuniones políticas fue en el mundo indígena una práctica preexistente a la llegada de los europeos al continente (Boccara, 1999; Boschín y Slavky, 2000; De Jong, 2007; Pérez, 2007; Quiroga, 2016). Los “parlamentos” indígenas correspondían a un ámbito de consenso verbal y formaban parte de la dinámica política de las parcialidades a nivel intragrupo e intertribal. Eran espacios que reunía a grupos de territorios alejados entre sí, donde se fortalecían lazos y alianzas. Es así, que la preexistencia de dicha práctica debió facilitar los tratados inter-étnicos con los criollos¹⁰. Los acuerdos con los blancos contenían una instancia de negociación similar a los parlamentos que se concretaba con un “tratado de paz” en forma escrita.

Como vimos más adelante, en los tratados se dejaba establecido no sólo las cuestiones comerciales (sistemas de raciones/regalos y comercio mutuo) sino, y principalmente, aquellas de índole política. Los estudios historiográficos de por lo menos de los últimos 30 años, han interpretado tanto a los parlamentos como a los tratados y acuerdos como “dispositivos de poder” (Boccara, 1999: 459) empleados por los blancos para poder controlar y vigilar el territorio ocupado por los indios, un sistema de dominación estatal que consiguió a la larga la intervención y desarticulación de la resistencia indígena (De Jong, 2002). No obstante, no podemos interpretarlo sólo como una política estatal, sino como uno de los modos posibles en que la sociedad criolla e indígena estructuraron una relación particular.

Siguiendo a Ingrid De Jong (2002), paradójicamente para la segunda mitad del S. XIX, mientras se fueron definiendo las políticas de ocupación territorial y el sometimiento del mundo indígena, a la par se fue intensificando la actividad diplomática entre ambos. Este recurso del establecimiento de la “paz” a través del otorgamiento periódico de diversos productos: recursos alimenticios, sueldos, intercambio de cautivos y cargos otorgados a los caciques, pudo haber colaborado a generar cierta dependencia económica de los indígenas. Como sostenía el teniente de indios amigos Juan Cornell, era necesario “entretener la paz para ir conquistando la tierra”.

Los tratados de paz realizados con los distintos grupos indígenas desde mediados del 1800 responden a una mayor capacidad de oposición conjunta que estas sociedades fueron adquiriendo luego del derrocamiento de Rosas (1852), donde los exponentes como Calfucurá adquirieron más fuerza. La política de los tratados de paz se fue tornando más significativa una vez que se hizo efectiva la reincorporación de Buenos Aires a la Unidad Nacional en 1863.

Mientras tanto en el Congreso de la Nación se intensificó el debate sobre los indios que ocupaban estos bastos

terrenos. Sin embargo, esto no fue algo que se resolviera inmediatamente. En las primeras décadas, las controversias giraban en torno a cómo organizar la nación a través de un territorio que permitiera las condiciones necesarias para el desarrollo del país. Siguiendo a Graciana Pérez Zavala (2014), a cada etapa le corresponde una serie de tratados: los que van desde mediados de 1850 a mediados de 1860 se caracterizaron por un relativo equilibrio de poder en las relaciones interétnicas, y ya a partir de la década de 1870 en adelante, se fue materializando la imposición estatal en detrimento del accionar indígena.

Es así que todo el período osciló entre tensiones y acuerdos con los indios. Para citar un ejemplo, la disputa limítrofe entre Argentina y Chile por la Patagonia y el estrecho de Magallanes, generó que en gran medida se buscara entablar buenas relaciones con el mundo indígena, apelando a un “nosotros nacional” en contraposición al “otro extranjero” a través de un discurso integracionista de los aborígenes, que se fue tornando cada vez más excluyente a medida que fue pasando el tiempo.

En consecuencia, partimos de la idea de que estas instancias de discusión y acuerdos nos permiten interpretar las disímiles estrategias políticas que llevaron a cabo los grupos indígenas con sus respectivos líderes étnicos, como también los dispositivos estatales. En estas instancias se fue delimitando la forma que iban adquiriendo las relaciones de frontera.

La vía política concretada en los tratados escritos favoreció el establecimiento de una relativa paz en la frontera. Aunque en muchos casos colaboraba a generar mayor dependencia de algunos grupos indígenas en relación al estado nacional.

Así, por ejemplo el anteriormente mencionado Tratado de Paz realizado entre el General Manuel Escalada y Juan Catriel en 1856, dejaba a éste y su gente dentro de la categoría de “indios amigos”. En el caso de este tipo de indios el acuerdo estipulaba dónde éstos debían

vivir: a los de Catriel los ubicaron al oeste del arroyo Tapalqué en un perímetro de 40 leguas cuyos límites fueron fijados por el comandante del ejército. En dicho acuerdo se decretó que los menores podían ser educados en las escuelas del estado en Azul bajo la “protección” del gobierno. Asimismo, se estableció que cuando el gobierno creyera conveniente se debía poner una capilla con sacerdotes para adoptar la fe cristiana y de este modo constituir “su mejora moral”. Otras de las obligaciones que debían asumir estos indios era la de servir al ejército cuando éste así lo demandara:

“En los casos en que, algunas otras tribus del to suscitasen guerra al estado de buenos aires, el gral. Cacique superior D. Juan Catriel y su segundo D. Juan Manuel Cachul prestarán al gobierno la cooperación de todas sus fuerzas para castigar a los invasores, operando bajo sus órdenes. (...). Si la tranquilidad interior del estado fuese perturbada por cualquier causa, el gral. Cacique superior D Juan Catriel y su segundo D. Juan Manuel Cachul, prestarán al gobierno los servicios que le demandare para la seguridad de la frontera contra invasiones de otras indiadas que pudieran tener lugar, obediendo sus órdenes”. (Tratado de Paz entre el General Manuel Escalada y Catriel, Azul 25 de Octubre de 1856, Art. 11 y 13).

En muchos de los acuerdos, lo que el gobierno buscaba era entablar medidas disuasorias hacia caciques que se alineaban y colaboraban en las invasiones de Calfucurá (Levaggi, 2000; De Jong, 2007; Ratto, 2011). Así por ejemplo, en 1870, luego de que Namuncurá invadiera Bahía Blanca con “2000 lanzas” y un importante botín, el Gobierno comisionó al coronel Francisco Elías un acuerdo de paz con Calfucurá con canje de prisioneros (MMGM, 1871: 236), y a la vez se firma un acuerdo con Cipriano Catriel el 9 de Octubre de 1870 para que éste impusiera su autoridad sobre Manuel Grande, Ramón López, Cachul y Chipitruz, que se habían desprendido de Calfucurá (García Enciso, 1979). La intención era ir sumando intermediarios que a su vez fueran agregando nuevos aliados de distintos grupos y lograr aislar políticamente a aquellos que oponían mayor resistencia a los

avances fronterizos, como los salineros y los ranqueles (Levaggi, 2000; De Jong, 2007).

Algunos parlamentos también sirvieron en dicha empresa. Un encuentro realizado en la región de “Las Manzanas” en 1870 presenciado por el viajero inglés George C. Musters, y que convocó al líder Valentín Sayhueque y los tehuelches Casimiro, Foyel e Inacayal entre otros, tuvo el propósito de debatir acerca de las medidas a ser llevadas a cabo en las relaciones de frontera. Es así que el Estado envió un agente del gobierno desde Carmen de Patagones, Mariano Linares¹¹, el cual estaba emparentado con Sayhueque, y cuyo fin era mantener la paz con dicho poblado. Asimismo, en este parlamento se discutió el pedido de Calfucurá de atacar la frontera y se decidió rechazar la oferta y mantener la paz con el gobierno nacional.

“Sayhueque por su parte postuló que protegería toda la orilla del Río Negro al norte y a Carmen de Patagones, mientras que Casimiro haría lo mismo en todo el lado sur patagónico” (Quiroga, 2016: 7).

Tanto Sayhueque como el tehuelche Casimiro se abocaron por una estrategia integracionista al Estado Nacional, identificándose como argentinos, de hecho se dice que Casimiro llevaba siempre consigo una bandera de Argentina. En su relato Musters cuenta que en referencia al mensaje de Calfucurá relativo al malón, tanto Linares como Casimiro le recomendaron a Sayhueque que no le convenía intervenir porque “perdería inevitablemente las valiosas provisiones de caballos y de vacas que le daba el gobierno bonaerense” (Musters, 1964: 318). Siguiendo a Bechis (2002), distintas fueron las estrategias que emplearon los diversos grupos en su relación con los agentes nacionales. Sabemos que los salineros proclamaban por un estado indígena, los ranqueles por mantener la autonomía de sus grupos, mientras que los manzaneros (a pesar también de alabar su autonomía) optaron por una estrategia de incorporación al estado nacional.

En el caso de los ranqueles, entrada la década de 1870 y a partir de ese momento, en los tratados realizados con

el Gobierno Nacional fueron aceptando compromisos que iban limitando su autonomía política y territorial (Pérez Zabala, 2007). La batalla de San Carlos de 1872, significó de los primeros episodios que fueron debilitando la fuerza de los indígenas que optaban por defender su autonomía. Tanto Calfucurá como los ranqueles pidieron paz y tuvieron que aceptar ciertas imposiciones del Gobierno. En el acuerdo realizado con los ranqueles, si bien se establecían puntos de beneficios económicos, como se decreta entre los art. 2 a 6 - donde se establecieron los sueldos mensuales para cada cacique y los productos a ser entregados - el cambio crucial y a diferencia de tratados anteriores, aquí los ranqueles fueron definidos como “miembros de la República Argentina” y como tal “reconocen y acatan la soberanía y autoridad de la Nación” (Nuevo Tratado con los ranqueles, Poitahue 20 de Octubre de 1872). El mismo fue ratificado por Mariano Rosas, Baigorrita, Epumer Rosas y Yanquetruzy, y a diferencia de 1870, cada cacique avaló personalmente los compromisos para la paz.

Entre 1872 y 1878, más allá de las demoras y la baja calidad de los productos, el Gobierno Nacional cumplió con la entrega de las raciones acordadas a los caciques porque la paz con los ranqueles era estratégica. Esta permitía desdoblarse las fuerzas de Namuncurá, mientras el Ministro de Guerra y Marina desplegaba su plan de avance sobre la frontera de Buenos Aires (Pérez Zabala, 2007: 79).

Una situación similar la vivieron Sayhueque y los manzaneros, quien tras la intención de mantener la autonomía territorial, hacía cumplir a sus indios las disposiciones del Gobierno Nacional. Sosteniendo una política integracionista, colaboró con los criollos, mientras estos iban avanzando las fronteras y hasta llegó a resignar sus derechos sobre Choele-Choel, tan reivindicada por él como propia. Es así, que cuando el Gobierno decidió cambiar su status a “sometido”, éste abandona su postura pacífica y une sus fuerzas a Namuncurá, rindiéndose en Enero de 1885.

3.3. Cambios

A partir de 1870 como dijimos se va produciendo un cambio, generando un nuevo período de conflictos, donde los sectores dirigentes de la sociedad comienzan a dar por finalizada la “cuestión indígena”, tomando la determinación de la eliminación física de dichas sociedades (Boschín y Slavsky, 2000; Alimonda y Fergurson, 2004; Delrio, 2015).

Durante las presidencias de Sarmiento y Avellaneda se va gestando un cambio en la política de estado y los tratados que se venían entablando entre ambas sociedades. Los negociados con los indios pasan a ser denominados mayormente como “convenios”, y se busca que se los considere como un acuerdo entre particulares y un Estado que tiene que ser distinguido como soberano.

“El propio Sarmiento instruye a los militares que deben realizar los tratados de paz con los indios que esos documentos debían ser llamados convenios, porque nombrarlos como tratados los colocaba dentro del derecho de gentes, es decir del derecho internacional” (Delrio 2015: 1).

Estos sucesos son paralelos a los cambios en las concepciones sobre la ciudadanía. Siguiendo a Mónica Quijada (2011) en la fase inicial de la construcción de la República, prevalecía la idea de una “ciudadanía cívica” donde las personas podían utilizar méritos para adquirirla, a través de un acto de la voluntad y a partir del patriotismo y el servicio a la Nación, promulgando los valores colectivos del bien común. En el caso de los indios de frontera este tipo de procesos fue posibles por la experiencia histórica de la *vecindad*, según la propuesta de Tamar Herzog (Quijada, 2002). A partir de esta idea, se posibilita la inserción de ciertos grupos indígenas en los fuertes y fortines, mayormente los amigos.

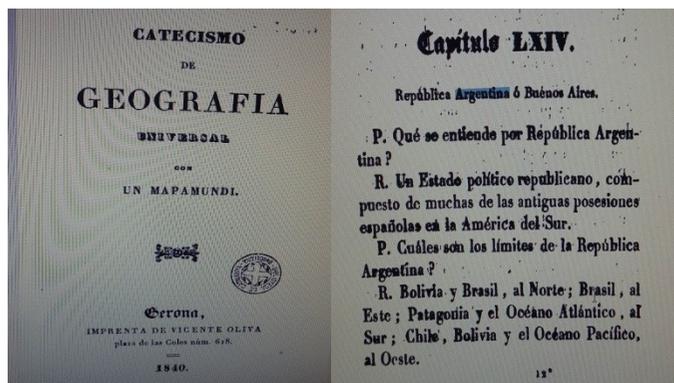
“Esta aproximación gradual a los asentamientos fronterizos por el “servicio de las armas” se completa con análisis referidos a la incorporación de los indios al trabajo agrícola, la escuela y la participación en una comunidad simbólica referencial, que a lo largo del siglo XIX fueron

considerados esenciales para la configuración de una nación de ciudadanos” (Quijada, 2011: 257)

En una segunda etapa, la ciudadanía civil supuso la equiparación formal entre ciudadanía y nacionalidad, esto ocurre luego de los debates parlamentarios posteriores a 1860¹². Esto sumado a la necesidad de lograr el control territorial, la consolidación de Argentina como un Estado Nación homogéneo y la posibilidad de ingresar al mercado internacional. Para alcanzar dichos objetivos, era necesario establecer una política de tierras, por lo que se fomentó a la inmigración europea y se programó la enseñanza pública como medio para crear la idea de nación. Apelando la imagen de una tradición compartida, el sentimiento nacional se convierte en un elemento constitutivo de la ciudadanía-nacionalidad, que es vista cada vez más como nacionalidad-ciudadanía¹³.

Dentro de este marco, la cuestión indígena no es un fenómeno aislado, por el contrario, está estrechamente ligado a la construcción del estado nacional, como dice Enrique Mases (2010), la cuestión indígena es un elemento más dentro de un cuadro mayor que tiene que ver con el propio devenir de la sociedad capitalista y el Estado nacional en la Argentina, con el objetivo primero de lograr la plena homogeneidad territorial y cultural.

De este modo, cuando analizamos los libros de texto y mapas que se enseñaban en los colegios hasta entrada la década de 1870, podemos notar que se les enseñaba a los niños que Argentina limitaba con Chile hacia el oeste, con Brasil y Bolivia al norte y con la Patagonia al sur. Es decir, hasta ese momento este territorio no era considerado parte de los límites nacionales. Un ejemplo es *Catecismo de Geografía Universal*¹⁴, un libro de lectura que se utilizó desde la Confederación Argentina hasta 1874, momento en que fue reemplazado y comenzó a incluirse bibliografía que enseñaba que la Patagonia era parte de la nación argentina. Aquí algunas imágenes del libro donde podemos ver que esta zona no era considerada parte de nuestro país:



Ciertamente, no solo los cambios acerca de la soberanía de la Patagonia se implementan en el sistema educativo. Analizando algunas fuentes de las *Memorias del Ministerio de Guerra* de 1878 y 1879, y como oportunamente nos cuenta Walter Delrio (2015), cuando se realizan las campañas en esos años, en la documentación mencionada se produjo un cambio en el modo de denominar a los grupos indígenas. Se comienza a imponer la categoría de “salvaje” por sobre el resto de clasificaciones utilizadas hasta entonces. Las denominaciones como “salineros”; “manzaneros”; “ranqueles” etc., muy empleadas hasta la fecha, se van reemplazando, generalizando a los diversos grupos y parcialidades, hasta con aquellos con quienes habían mantenido alianzas y tratados.

“La Nación habrá completado su sistema de defensa contra la barbarie, cuando realizada la operación propuesta [avance de la línea de fronteras al Río Negro], se haga igual avance en el Norte, sobre el Bermejo y queden así estos dos grandes ríos como barreras naturales contra los salvajes de una y otra zona” (MMGM, 1878: 8)

“Fuera de los centros en que el pillage les da resultado, forzadas por la necesidades que tendrán de buscar en el trabajo los medios de subsistencia, vendrá naturalmente el sometimiento, de esas masas dispersas que vagan en las llanuras de la Pampa y en los bosques del Chaco. Perderán gradualmente con nuestro contacto sus instin-

tos salvajes y acabarán por desaparecer completamente confundidas en nuestras poblaciones” (Ibíd.: 8).

Vemos así, que uno de los primeros discursos disponibles fue precisamente el de la guerra. La guerra contra un enemigo que era interno y a su vez externo. Los criollos de la época se valieron de estos discursos para legitimar este proceso de sometimiento de los habitantes originarios y su incorporación al Estado Argentino. De esta manera, la Conquista del Desierto termina siendo una guerra ganada a la barbarie.

4. El registro fotográfico que nos dejó la Campaña

En 1879 se realiza la “entrada al desierto” guiada por Roca y acompañado por Antonio Pozzo, quien dejó documentado el primer registro fotográfico de lo que fue la “Campaña del Desierto” y la vida de frontera. Cuatro años más tarde, los ingenieros topográficos Encina y Moreno completarían al mismo “llegando hasta la cordillera y a los últimos restos de grupos indígenas independientes” (García, 2014: 1).

La visión de la campaña de 1879 como gesto espectacular se reafirma cuando observamos las fotografías tomadas tanto por Pozzo como Encina y Moreno. Como dicen Alimonda y Ferguson (2004), para que el espectáculo fuera completo era necesario un registro fotográfico, tecnología que en aquella época demostraba lo avanzada de la sociedad blanca, al igual que el telégrafo y el fusil entre otros. Estanislao Zeballos, uno de los ideólogos de la campaña, insistía en que la expedición fuera acompañada por científicos: “La expedición al río negro debe ser auxiliada por un cuerpo de geógrafos y de hombres de ciencia que constituirán el verdadero Estado Mayor General del Ejército. Cada división podría llevar dos o más geógrafos, encargados de las observaciones correspondientes a su camino y a los territorios laterales (Zeballos, 1878: 286).

El recurso tecnológico en el “desierto” era la confirmación de que ese ejército traía consigo la “civilización” en un espacio vacío. La fotografía durante el siglo XIX era

considerada como una prueba indiscutible de la realidad, un hecho objetivo y científico. La finalidad era dejar anclada en la memoria la victoria militar sobre los indígenas, aunque realmente como vimos significó la memoria de una cierta versión de la historia, es por eso que las fotografías de la Campaña están llenas de significaciones (Vesub, 2002; Alimonda y Ferguson, 2004).

La ocupación efectiva de estas tierras fue a través de la idea de poblar con “gente civilizada” este vasto territorio. En nuestro país, la “especialización de la nacionalidad” (Briones, 2005) se operó en base a imágenes/símbolos que ponderaron lugares y no-lugares. Así, por ejemplo, Argentina se fue representando con una cabeza pequeña aunque poderosa (Buenos Aires y su puerto), eje central y hegemónico destinado a ordenar y administrar el resto de un cuerpo grande pero endeble (el “Interior”) y para esto era menester “ocupar un espacio vacío”, la tierra de los indios, concebida antagónicamente como desierto. Esto significa no sólo la eliminación física de sus habitantes originarios, sino y sobre todo, su eliminación simbólica a través de la negación de su propia existencia, su pasado y su historia.

En las fotografías podemos ver los campamentos; los fuertes y fortines; los oficiales y su tropa, los sacerdotes; los paisajes y los territorios que eran considerados como nuevos y en menor cantidad las fotos de los indios. Indios amigos (mayormente en Pozzo) e indios ya sometidos (en Encina y Moreno). Principalmente se distinguen grandes panorámicas de paisajes, donde se intenta representar la imagen de bastos terrenos solitarios, sin límites, vacíos con amplio potencial económico. Esta imagen servía para justificar las intenciones expansionistas.

“Debemos, pues, aprovechar de nuestras ventajas actuales, realizando con el pequeño esfuerzo que hoy se exige el pensamiento y la aspiración de tanto años: la ocupación del Río Negro (...) circunstancias y ventajas materiales de esas expediciones (...). El trabajo allí es constante, simultáneo o alternativamente combinado con las operaciones militares” (MMGM, 1878: 9).

Por otro lado, dentro de los personajes, las fotos de los oficiales son casi las únicas tomadas en primer plano (Alimonda y Ferguson, 2004; 10). Así encontramos las fotos 1 y 2 del Álbum de Pozzo, del tomo I y “Grupo de jefes – Roca, Winter, Villegas García” y “Jefe de la expedición Gral Roca y Estado Mayor General”.



La tropa, conformada por criollos, también lo estaba por indios y criollos mestizos, en las mismas se pueden

ver los diversos rasgos: En la foto 5 del Tomo I de Pozzo “Grupo de oficiales”, la foto 14 del Tomo II “Salinas Chicas – Vista de la laguna salada” entre otras. En las fotografías de Encina y Moreno, por ejemplo la foto 12, del Tomo I “Interior del colegio dirigido por Hermanas de Caridad en Patagones. Directoras y alumnas del establecimiento” nos muestra una gran diversidad entre las alumnas, que como vimos en los Tratados de Paz realizados se promovía que los niños indígenas (de los indios amigos) “accedieran a la educación bajo la protección del Gobierno”.



Las mujeres, como nos cuenta Silvia García (2014), eran llevadas por el ejército a las diversas expediciones civiles y militares. Asimismo, había mujeres indígenas que iban a vivir a los fortines luego de los “malones blancos” (Alimonda y Ferguson, 2004; Aguirre, 2015). La presencia de mujeres las podemos visualizar en algunas fotografías de Pozzo: Foto 38 del Tomo I “Convoy del ejército en marcha - mujeres de los soldados” o en el Tomo II, foto 23 “Primer campamento al sud del Colorado, campo del 2 de línea”.

Aunque no se ve mucho en las fotografías, la presencia de las mujeres era muy significativa en la vida de frontera. De hecho, Ebelot (1968) nos cuenta que en algu-

nos casos las indias capturadas acababan casándose en segundas nupcias con miembros de la tropa, el mismo los denominaba como “casamientos militares” y sostenía que “las indias sin duda salieron ganando con el cambio. Es más fácil amar y servir a los maridos del segundo matrimonio que a los del primero” (Ebelot, 1968: 207).

Por último, los indios son los personajes que aparecen en menor medida en las fotografías. En el caso de las de Antonio Pozzo, en el total de las fotos, sólo aparecen algunas, de las cuales la mayoría corresponden a indios amigos. Por ejemplo: la foto 35 del Tomo I “Choele Choel doctrina por el Reverendo Sr. Espinosa hoy Arzobispo” se ven numerosos jóvenes en el medio del campo, recibiendo la doctrina cristiana como forma de pacificación, que como advertimos anteriormente era algo que se entablaba en los Tratados de Paz para “mejorar la moral” de los indios.



También encontramos imágenes de Linares, de quien sabemos fue indio amigo. En la foto 46 “Los indios de Linares – en el Chichinal”, se los puede ver con uniformes militares, que como vimos, una de las tareas de dichos grupos era la defensa al ejército.



En las fotografías de Encina y Moreno aparecen imágenes de indios ya sometidos, entre éstas la anteriormente mencionada imagen de Reuque -Curá sometido en 1885. Asimismo, fotografías de los bautismos efectuados a los indios de dicho cacique.

Dentro de los sometidos, en el Tomo II fotos 13, 14 y 15, hay imágenes del cacique Villamain, sometido en diciembre de 1882. Villamain (o Millamain), capitanejo picunche de Reuque-curá, se rindió y entregó al ejército cerca de la zona de Ñorquin:



CACIQUE VILLAMAIN (huelto de una) sometido en Diciembre de 1882. Familia del cacique y algunos de los indios en sus toldos cerca al campamento de Ñorquin.

También aparece con vestiduras militares, en esta foto que fue tomada poco tiempo después de que se presentase ante el ejército. Si bien para algunos autores esta imagen resumiría la subordinación del indígena al Estado argentino, otros sostienen que también pudo existir una negociación en la cual accedieron a vestirse de esta manera para presentarse como “indios amigos” con la intención de acceder a ciertos beneficios políticos.

En consecuencia, siguiendo a Alimmonda y Ferguson (2004), que haya pocas fotografías de los habitantes originarios podría deberse a la intención de no mostrar la violencia de la Campaña, queriendo establecer la idea de una “guerra limpia”. Lo cierto es que muchos murieron durante las campañas, y para la época en que Encina y Moreno fotografiaron la zona, numerosos grupos ya habían sido desplazados de sus territorios, y así la imagen de un desierto factible de ser poblado podía instaurarse.

Muchos indios, tomados como prisioneros, fueron remitidos a diversos destinos, por ejemplo “campos de detención”. De los más conocidos, encontramos la Isla Martín García que recibió varios caciques y sus familias. Algunos, fueron enviados como mano de obra forzada hacia los ingenios azucareros en Tucumán, muchos obligados a enlistarse forzosamente en la Marina de Guerra y muchas mujeres como servidumbre a trabajar en las casas de las principales familias de Buenos Aires. Todo perseguía un fin único: romper con el modo de vida indígena.

Durante gran parte del S. XX, desde la Historia Natural como la propia Antropología, se tomaron registros de los sobrevivientes de aquel mundo que consideraban como perdido. En el Museo de Ciencias Naturales de la Plata se estudió a aquellos que habían sido trasladados como los últimos vástagos de un pasado que fue considerado ya extinto.

Consideraciones finales:

Cuando analizamos un episodio de remarcada trascendencia como lo es la Conquista del Desierto, es sustancial saber desde dónde partimos para intentar estudiarlo lo más objetivamente posible. Las miradas apologeticas buscaron demostrar la conquista como un triunfo de la civilización sobre los grupos bárbaros e infieles que vivían en el territorio. Pero, si por esto nos volvemos hacia un examen extremadamente crítico, podemos cometer el error de terminar analizando sólo el genocidio de los pueblos indígenas, sin tomar en consideración sus estrategias políticas y lo complejas que fueron las relaciones en la “frontera de guerra” entabladas durante largo período de tiempo. Tomando esto en consideración, podemos aspirar reflexionar sobre los momentos de conflicto (malones mutuos, guerras, etc.) como las épocas de alianzas y comercio bilateral.

Durante todo el período que es denominado como Organización Nacional (Bechis, 2002) o de “consolidación estatal” (De Jong, 2007), los debates oscilaban en cómo organizar la nación a través de un territorio que permitiera las condiciones necesarias para el desarrollo del país, y eso influyó en la relación con los indios, donde en un principio hubo una posición más integradora, que se fue tornando más excluyente a medida que iba pasando el tiempo.

A partir de 1870, la guerra contra los indios se va presentando como una necesidad ineludible, y esto refiere como ya indicamos, a necesidades políticas y económicas del naciente Estado Nación. En ese contexto se propone como explicación absoluta que las acciones militares y políticas eran una guerra que debía afrontarse contra un enemigo concreto, los salvajes. Este discurso tenía la implicancia de invisibilizar todas aquellas relaciones que se establecieron entre los originarios y la comunidad hispano-criolla durante larga data.

Así, para ir construyendo la soberanía nacional, los criollos de la época se valieron de la fidelidad de los indios amigos, y de realizar alianzas con aquellos que se

resistían más a las políticas estatales y al avance de la frontera. Es por esto que la estrategia más utilizada fue la de “negociar para hacer la guerra”. Del mismo modo, la articulación entre el cacique y sus seguidores y el Estado a través de los Tratados y los racionamientos fue resultando en diversas estrategias políticas ante el avance territorial, pero la mayoría con el propósito de mantener su autonomía.

En consecuencia, para poder reconstruir dicho período y analizar las transformaciones que experimentaron las agrupaciones indígenas de la frontera en función de sus relaciones con la sociedad mayoritaria, nos parece fundamental el análisis de estos dispositivos (tratados, convenios, parlamentos). Queda claro que todavía es necesario sumar más documentos para seguir generando aportes a la historia de estos grupos.

Bibliografía

AGUIRRE, SUSANA (2015). Configuraciones hegemónicas sobre lo indígena. La cuestión del cautiverio en la frontera sur. En: *Revista TEFROS - Vol. 13: 22-50. Dossier Homenaje a Martha Bechis -segunda parte-* ISSN 1669 -726x.

ALIMONDA, HÉCTOR; FERGUSON JUAN (2004). “La producción del desierto. Las imágenes de la campaña del ejército argentino contra los indios, 1879”. En: *Revista Chilena de Antropología Visual*, 4. 1-28.

BECHIS, MARTHA (1999). “Los lideratos políticos del área arauco-pampeana del siglo XIX ¿Autoridad o poder?”. En: *Especial de Etnohistoria*, Publicaciones NAYA, CDRoom, Buenos Aires.

----- (2002). “La organización nacional y las tribus pampeanas en Argentina durante el S. XIX” En: *Pueblos, comunidades y municipios frente a los proyectos modernizadores en América Latina, S XIX, Antonio Escobar Ohmstedte, Romana Falcón Y Raymond Buve (compiladores)*. CEDLA Latin America Studies (CLAS) series n°88. Publicación conjunta del Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos CEDLA, Países Bajos y El Colegio de San Luis, AC. (México).

- BOCCARA, GUILLAUME (1999). "Etnogénesis mapuche: resistencia y reestructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII)". En: *Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, vol. 79, n° 3, pp. 425-461.
- BOSCHÍN MARÍA TERESA Y SLAVSKY LEONOR (2000). "Política indígena e indigenista: los proyectos de inclusión y exclusión en la Patagonia en la segunda mitad del siglo XIX". En: *50 Congreso Internacional de Americanistas*. Varsovia.
- BRIONES, CLAUDIA (2005). *Cartografías argentinas: Políticas indígenas y formaciones provinciales de alteridad*. Antropofagia, Buenos Aires.
- DELRIO, WALTER (2002) "Indios amigos, salvajes o argentinos. Procesos de construcción de categorías sociales en la incorporación de los pueblos originarios al estado-nación (1870-1885)", en Nacuzzi, Lidia (ed.), *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 2002, p. 203-245.
- (2015). "El sometimiento de los pueblos originarios y los debates historiográficos en torno a la guerra, el genocidio y las políticas de estado". En: *Aletheia*, volumen 5, n° 10, IISN 1853-3701, abril 2015.
- DE JONG INGRID (2002). "Indio, nación y soberanía en la cordillera norpatagónica: fronteras de la inclusión y la exclusión en el discurso de Manuel José Olascoaga". En: *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (Siglos XVIII y XIX)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires; Año: 2002; p. 159 - 201.
- (2007). "Políticas indígenas y estatales en Pampa y Patagonia (1850-1880)". En: *Habitus*, Goiania, v. 5, n°2, p. 301-331, jul/dez.
- EBELOT, ALFREDO (1968). *Recuerdos y relatos de la guerra de fronteras*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- GARCÍA SILVIA (2014). "Cultura fronteriza en guerra". En: *Folklore Latinoamericano*, tomo XV, UNA-ATF. Buenos Aires.
- GARCÍA, SILVIA Y MORENO, ELIZABETH (2010). "De los tollos a la casa de material. La oralidad como instrumento para interpretar las transformaciones en la vivienda de grupos originarios de la Patagonia". *I Congreso de Folklore y Tradición Oral. Auditorio Piña Chán, México, DF.* 2010. 18 a 20 de Agosto.
- GARCÍA ENCISO, ISAÍAS J (1979). *Epopeya del Desierto en el Sur Argentino*. (Círculo Militar). Vol. 698.
- LENTON, DIANA (1998). "Los araucanos en la Argentina: Una caso de interdiscursividad nacionalista". En: *III Congreso Chileno de Antropología*. Teumuco.
- LEVAGGI, ABELARDO (2000). *Paz en la frontera. Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (Siglos XVI-XIX)*. Buenos Aires, Universidad Nacional del Museo Argentino.
- MANDRINI, RAÚL (1992). "Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX). Balance y perspectivas. En: *ANUARIO del IEHS*, VII, Tandil.
- MANDRINI, RAÚL Y ORTELLI, SARA (2002). "Los araucanos en La Pampa (C. 1700-1850)". En: *Boccara, Guillaume (ed.), Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (Siglos XVI-XX)*, Quito Ediciones Abya-Yala, Instituto Francés de Estudios Andinos: 237-257.
- MASES, ENRIQUE HUGO (2010). *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)*. Buenos Aires, Prometeo.
- MUSTERS GERORGE (1979). *Vida entre los patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*, ed. Solar-Hachette, Buenos Aires.
- NACUZZI, LIDIA R. (2002). "Francisco de Viedma, un cacique blanco en tierra de indios". En: *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires; Año: 2002; p. 25 - 64
- PÉREZ, PILAR (2007). "Historiadores e historias de Juan Calfucurá". En: *Resistencia y adaptación entre los grupos indígenas de Pampa y Patagonia. Mundo Agrario*, vol 8, n° 15, segundo semestre. ISSN 15158-5994. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios Históricos Rurales.
- PÉREZ ZAVALA GRACIANA (2007). La política interétnica de los ranqueles durante la segunda mitad del siglo XIX. En: *Quinto sol* n.11 Santa Rosa. *Versión On-line* ISSN 1851-2879
- (2014). *Tratados de paz en las pampas: los ranqueles y su devenir político, 1850-1880*. Buenos Aires, Aspha. 218 páginas.

QUIJADA, MÓNICA (2011) "La lenta configuración de una "ciudadanía cívica" de frontera. Los indios amigos de Buenos Aires 1820-1879 (Con un estudio comparativo Estados Unidos-Argentina). Pp 149-305. En: *De los cacicazgos a la ciudadanía. Sistemas políticos en la frontera, Río de la Plata, Siglos XVIII-XX*, Estudios Indiana 3, Gebr Mann Verlag.

QUIROGA, CRISTIAN (2016). "Parlamentos indígenas realizados en Pampa y Patagonia entre 1869 y 1870. Análisis socio-político y propuestas para una interpretación de caso. En: *Trabajos y comunicaciones*, (43), e008. Recuperado.

RATTO, SILVIA (2011). El frustrado proyecto de avance territorial del estado nacional entre 1869 y 1872. En: *Memoria Americana*. Versión On-line ISSN 1851-3751

VEZUB, JULIO (2002) "La 'secretaría de Valentín Sayhueque'. Correspondencia indígena, poder e identidad en el país de las manzanas (1860-1883)", en: *Estudios Trasandinos. Revista de la Asociación Chileno- Argentina de Estudios Históricos e Integración Cultural*. N° 7, Primer semestre, Santiago, Universidad de Valparaíso; Universidad de Santiago de Chile, pp. 159-179.

----- (2002). *Indios y soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante La Conquista del Desierto*. El elefante blanco, Buenos Aires.

ZEBALLOS ESTANISLAO (1878). *La Conquista de las Quince Mil Leguas. Estudio sobre la traslación de la frontera sur de la República al Río Negro*. Librería Hachete, Buenos Aires.

Fuentes:

Catecismo de Geografía Universal con un Mapamundi. Gero-na, Imprenta de Vicente Oliva, 1840.

Memoria presentada por el Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Honorable Congreso Nacional, 1866. (MMGM, 1866).

Memoria presentada por el Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Honorable Congreso Nacional, 1871. (MMGM, 1871).

Memoria presentada por el Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Honorable Congreso Nacional, 1878. (MMGM, 1878)

Memoria presentada por el Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Honorable Congreso Nacional, 1878 Anexos, (MMGM, 1878, anexos).

Memoria presentada por el Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Honorable Congreso Nacional, 1879. Tomo I, Colonias Indígenas y Presupuesto. (MMGM, 1879).

Tratado con el Cacique Catriel, Azul el 25 de octubre de 1856

Tratado con el cacique Reuque-Curá, Buenos Aires el 12 de octubre de 1866

Nuevo Tratado con los ranqueles, Poitahue 20 de Octubre de 1872

Páginas Web Visitadas:

<http://indigenas.bioetica.org/leyes/t3a.htm>

¹ Dado que la Conquista del Desierto no es más que la culminación de una prolongada historia de relaciones (de diversos tintes) entre la sociedad "blanca" y los habitantes originarios de la Pampa y la Patagonia.

² Siguiendo a Susana Aguirre, el uso común de la lengua mapudungun, como los diversos intercambios y los distintos vínculos parentales facilitaron la inserción de grupos mapuches que migraron a la pampa en las primeras décadas del S XIX, fenómeno que ha sido denominado como "araucaización" (Lenton, 1998; Aguirre, 2015: 23).

³ Según Martha Bechis (2002), estos indios soberanos que tenían la autonomía de sus territorios, muchas veces se convertían en indios aliados y otras veces en enemigos según la idiosincrasia que fuera adquiriendo la relación con los criollos.

⁴ El mismo se erigió a la cabeza de la Confederación de fuerzas indígenas y logró establecer su influencia a lo largo del área pampeano-norpatagónica, conformando lo que se ha considerado como la experiencia más exitosa de unidad y fuerza en el mundo indígena (Bechis, 1999; De Jong, 2007).

⁵ Los primeros datos que se tienen del cacique Chocorí, es un listado de artículos de consumo y vicios que se entregó a los caciques en el fuerte Independencia de Tandil en 1830. Durante la primera mitad del S. XIX se produce la alianza entre Chocorí y Cheuqueta (padres de Valentín Sayhueque y Benito Chingoleo Cheuqueta), ambos sostuvieron políticas ambivalentes con el gobierno de la ciudad de Buenos Aires que osciló entre acuerdos y conflictos. Para 1833,

ceden ante la campaña de Rosas y pasaron a la condición de indios amigos (Boschín y Slavsky, 2000).

⁶ La cuestión de las fronteras se remonta al inicio del período colonial, cuando la conquista y colonización fueron demarcando los territorios que iban quedando en manos de los conquistadores. Así, extensas regiones quedaron fuera del control directo de las manos de los españoles. Los europeos estuvieron más bien interesados en buscar la tranquilidad de los territorios colonizados frente a una eventual amenaza por parte de los grupos indígenas. De este modo, enviaban soldados y misioneros en pos de asegurar el control de los puntos que les parecían claves. Es recién a partir del S. XIX, finalizado el proceso de Independencia, cuando la vinculación con nuevos comercios internacionales provoca que los nuevos políticos libre-cambistas de la época comenzaran a interesarse por la región patagónica (Mandrini, 1992).

⁷ Tanto en las fotografías de Pozzo como en las de Encina y Moreno, podemos ver la gran cantidad de Fuertes y Fortines que se fueron estableciendo en la zonas de Pampa y Patagonia y en donde coexistieron por largo período de tiempo criollos e indígenas (los “amigos” que se quedaban dentro de las fronteras como quienes se encontraban por fuera de éstas). Dentro de los de mayor renombre en las tomadas por Encina y Moreno podemos ver el Fuerte Gral Roca, el de Codihue y el de 4^a división. La zona de Ñorquin donde aparece una foto del cacique Villamain y su gente. En las de Pozzo se visualiza el Fuerte de Carmen de Patagones, Fuerte Argentino, Fortín Lavalle, Paso Alsina, el campamento de Choele Choel entre otros.

⁸ Siguiendo a Walter Delrio (2015), en las últimas décadas el desarrollo de los enfoques regionales desde la Historiografía ha propuesto una nueva periodización de los procesos de construcción del Estado. La misma fue haciendo eje en cómo luego de las campañas de la Conquista del Desierto, el Estado no llegaría a los territorios nacionales patagónicos y en especial a la región cordillerana, por lo menos hasta la década de 1930.

ELIZABETH MORENO

Licenciada en Ciencias Antropológicas con Orientación Sociocultural (UBA), Profesora en Enseñanza Media y Superior en Ciencias Antropológicas (UBA) y tiene un postgrado en Desarrollo Local, Territorial y Economía Social (FLACSO). Cuenta con experiencia de investigación etnográfica en distintos espacios que involucran tanto el ámbito de lo político y económico como de lo religioso en diversos grupos sociales de Argentina. Para obtener su Tesis de Licenciatura trabajó la acomodación social y las articulaciones transnacionales en la conversión religiosa del Islam en nuestro país. Asimismo ha trabajado en el área patagónica en poblaciones rurales, comunidades criollas e indígenas (mapuches y tehuelches) del departamento de Río Mayo, El Chalfá y Ricardo Rojas en la provincia de Chubut. Ha participado en proyectos de investigación grupales (UBACYT y PYCT) que constituyeron un lugar para el intercambio de ideas con otros investigadores afines. Desde 2012 se desempeña como Investigadora en el Programa Patrimonio y Creencias del Museo Roca – Instituto de Investigaciones Históricas. Aquí investiga diversas temáticas socioculturales vinculadas especialmente a la denominada “Generación del Ochenta” del S. XIX en Argentina

⁹ En el caso específico del cacique Reuque-Curá, éste basó su habilidad política en mantener la paz con el Gobierno a la par de aprovechar los malones de su hermano Calfucurá y de otros caciques. Fue de los líderes indígenas que poseían mayor número de indios de lanza, junto a su hermano Calfucurá (que apeló varias veces a su ayuda en los malones y a quien hacía llegar entre 600 y 1000 guerreros de su tribu) y Valentín Sayhueque.

¹⁰ De hecho, en el caso europeo, los parlamentos eran utilizados por lo menos desde la Reconquista española (Levaggi, 2000), lo que ayudó también al criollo a entablar las bases del trato con el indio.

¹¹ “Mariano Linares, hermano del cacique de los indios y al servicio del gobierno. Era pariente político de Sayhueque [Cheoche] y lo habían enviado de Patagones para que indujera al cacique a mantener la paz” (Musters, 1964: 318).

¹² Siguiendo a María Boschín y Leonor Slavki (2000), en el proyecto de la Ley 215 de Avance de la frontera al Río Negro de 1865, en el debate se deliberaba negarles cualquier derecho o reconocerles el derecho preexistente de la tierra. Finalmente en el art. 2 de la ley sancionada se reemplaza el “reconocer derechos” por el “conceder lo que sea necesario para su existencia” eliminando toda referencia a la tierra.

¹³ Siguiendo a Martha Bechis (2002), con la intención de alcanzar una unidad sociocultural y geopolítica, entre 1862 a 1880 se decretaron más de mil leyes, se organizó el poder judicial, se hicieron los códigos rural y civil, se organizó la administración de inmigrantes, se estableció el sistema electoral, los sistemas monetarios y de impuestos, etc. (Bechis, 2002: 5).

¹⁴ Libro destinado especialmente a ser utilizado en el naciente sistema educativo de América Latina y en donde los niños estudiaban cómo había sido “descubierto, fundado, colonizado” su país.

EL INFORME DE LA COMISIÓN CIENTÍFICA AGREGADA A LA EXPEDICIÓN AL RÍO NEGRO

Cecilia Mayorga

Museo Roca - Instituto de Investigaciones Históricas

En abril de 1879, cinco columnas comandadas por el Gral. Julio A. Roca, Ministro del Gobierno Nacional, partieron rumbo al sur, y el 25 de mayo celebraron el aniversario patrio a orillas del Río Negro. La Expedición, con 6000 soldados, iba acompañada por una Comisión Científica.

No era una casualidad. Se sabía, desde mucho tiempo antes, que las inmensas tierras de la Patagonia, escasamente ocupadas por sus primeros pobladores, sólo bordeadas por los exploradores europeos y apenas atravesadas por algunos científicos europeos y argentinos, representaba pocos enigmas y muchas certezas acerca de su potencial futuro para la vida humana. Había conflictos por el dominio territorial, ambiciones y luchas, pero también un enorme interés científico.

En 1878, en su libro *La conquista de quince mil leguas*, Estanislao Zeballos, profesor universitario, explorador y geógrafo, ya sostenía que la Expedición al Río Negro debía "ser auxiliada por un cuerpo de geógrafos y de hombres de ciencia que constituirán el verdadero Estado Mayor General del Ejército", para estudiar la geología, la mineralogía, la fauna, la flora y el clima de las comarcas recorridas".

Y había notables antecedentes. En el año 334 a.C., Alejandro Magno inició la conquista griega del Imperio Persa. El joven Emperador discípulo de Aristóteles, llevaba 32.000 soldados de infantería y unos 5.500 de caballería, pero, además, ingenieros, bematistas (agrimensores), una unidad de propaganda, músicos, actores y eruditos.

Y en 1798 Napoleón, enviado por el Directorio a invadir Egipto, inició su campaña militar con 34.000 soldados y unos 1.000 civiles, entre los que viajaban 167 artistas y científicos integrando una Comisión encargada de relevar el territorio conquistado utilizando un instrumental técnico avanzado. La Comisión de las Ciencias y de las Artes de Oriente estaba integrada por mate-máticos, físicos, químicos, biólogos, ingenieros, arqueólogos, geógrafos, historiadores. Allí iban el gran geómetra Gaspard Monge y el químico Nicolas-Jacques Conté, experto fabricante de lápices, todos bajo la dirección del sabio Dominique Vivant Denon. Realizaron exploraciones arqueológicas, copiaron textos, dibujaron edificios y monumentos antiguos, realizaron estudios etnológicos, geológicos, zoológicos y botánicos, y entre 1809 y 1822, escribieron la veintena de tomos de la monumental *Description de l'Égypte*, obra fundacional de la egiptología científica. Entre los viajeros y los colaboradores, la obra convocó a unos 160 autores.

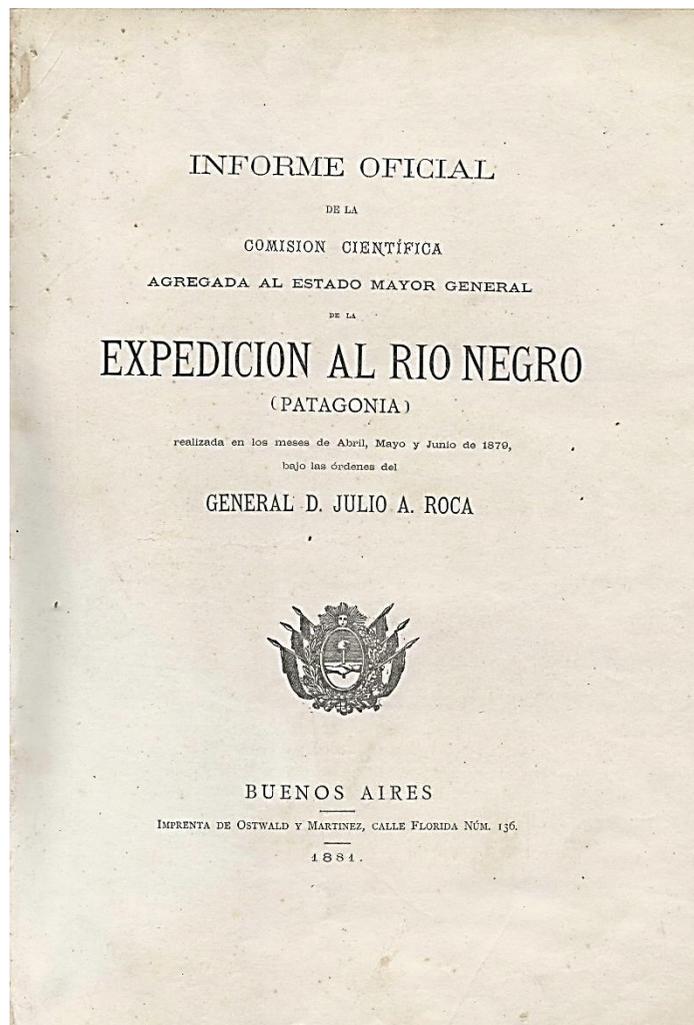
En abril de 1879 la Comisión Científica que acompañó a Roca estuvo integrada por naturalistas como el botánico Paul Günther Lorentz (Pablo Lorentz) y el zoólogo Adolf Döring (Adolfo Doering), de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba y mineralogistas como Ulric Courtois, de la Escuela de Minería de San Juan, ambas instituciones fundadas por Sarmiento. Iban el preparador zólogo Federico Schultz, sacerdotes como Jorge M. Salvaire y el capellán Antonio Espinosa e incluso un destacado fotógrafo -Antonio Pozzo-.

Durante los 11 meses que duró la labor, los científicos se dedicaron a la exploración, al relevamiento visual y cartográfico, a la recolección de ejemplares con destino a la investigación científica y al estudio de esas colecciones, que fue realizado por los científicos expedicionarios a los que se agregó un conjunto mayor de especialistas y colaboradores. La extensa nómina incluyó los nombres de Ludwig Brackebusch (Luis Brackebusch), Francisco Latzina, Friedrich Wilhelm Karl Berg (Carlos Berg), Eduardo Ladislao Holmberg, Gustavo Niederlein, Georg Hans Emmo Wolfgang Hieronymus (Jorge Hieronymus) y otros más. En abril de 1879, la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba había nombrado incluso a Carl Schulz Sellack, el científico-fotógrafo del Observatorio, para integrar la comisión al Río Negro, pero ese mismo año Schulz regresó a Alemania. La sola nómina de intervinientes alcanza para asegurar el carácter puramente científico de la Comisión, su independencia clara con respecto a las cuestiones políticas y militares, y también un hecho sobresaliente: la pluralidad de convicciones de los participantes. Por ejemplo, Holmberg adhería plenamente a las líneas de investigación trazadas por Darwin, en tanto Berg se ubicaba en una posición reconocible como opuesta, dentro de los debates científicos de su tiempo.

En 1881 el teniente coronel Manuel J. Olascoaga, jefe de la Oficina Topográfica Militar, publicó su libro "La conquista del desierto". Bajo ese nombre quedó en la memoria colectiva la Expedición al Río Negro de 1879.

Sin embargo, en ese mismo 1881, en la imprenta de Ostwald y Martínez, Florida 136 de Buenos Aires, vio la luz la edición del "Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia) realizada en los meses de Abril, Mayo y Junio de 1879, bajo las órdenes del General D. Julio A. Roca", monumental publicación científica de altísimo valor universal de la cual pueden consultarse en el Museo Roca -Instituto de Investigaciones Históricas dos de sus tres secciones. Allí están editados los dibujos botánicos de Lorentz y de Niederlein, litogra-

fiados por Alberto Larsch, las descripciones geológicas y zoológicas de Adolfo Doering, de Carlos Berg y de Eduardo L. Holmberg. El libro de Olascoaga tiene valor histórico, el de la Comisión tiene valor científico permanente.



La Primera Parte, dedicada a la Zoología, está firmada por el Dr. D. Adolfo Doering, con la colaboración de Carlos Berg y de Eduardo L. Holmberg. El texto está fecha-

do en noviembre de 1879. Adolfo Doering (1848-1925) había nacido cerca de Hannover y se había formado en la Universidad de Gotinga. Fue uno de los científicos europeos traídos a la Argentina por Karl Hermann Konrad Burmeister (Germán Burmeister). Llegó, junto con su hermano Oscar, en 1872, durante la presidencia de Sarmiento, para sumarse a la Universidad de Córdoba. Fue Secretario de la Academia de Ciencias y en 1892 sucedió a Burmeister en la Cátedra de Zoología. Realizó investigaciones geológicas, zoológicas, paleontológicas, químicas y etnográficas. Publicó sus comunicaciones en el Boletín de la Academia -que él había fundado-, en los Anales de la Sociedad Científica Argentina y en libros.

Doering menciona como antecedentes los viajes al sur de Alcide D'Orbigny (1822-29), Charles Darwin (1833), William Henry Hudson (1870-71) y sus descubrimientos, además de aquellos de Pellegrino Strobel y Francisco P. Moreno. En el fondo, están siempre presentes en sus textos, el saber científico y las apreciaciones del sabio Burmeister.

"El carácter general de la fauna de un territorio siempre depende íntimamente de sus condiciones físicas, su hidrografía, formación geológica, etc. y, sobre todo, de la vegetación correspondiente", escribe Doering con prudencia y sin adscribir a ningún determinismo. A continuación, realiza un prolijo y minucioso informe sobre la fauna, aplicando los protocolos de la comunicación científica. Establece una división en regiones y enumera y describe las especies halladas. Escribe sobre mamíferos, aves, anfibios, peces y moluscos.

A continuación, Doering profundiza su informe sobre 110 vertebrados, 10 anfibios, 1 especie de peces y 22 de moluscos. Los 127 insectos son analizados extensamente por Carlos Berg, y Eduardo L. Holmberg describe muy detalladamente los 18 arácnidos hallados en la Pampa meridional y la Patagonia Septentrional, incluyendo tarántulas, escorpiones y ácaros. Una cantidad de estas casi 300 especies fue descripta aquí por primera vez y por ese motivo llevan en su denominación cientí-

fica la abreviatura de sus descubridores, que reconoce su autoría y autoridad.

La segunda parte, dedicada a la Botánica, lleva la firma de Pablo G. Lorentz, y Gustavo Niederlein. El Profesor Lorentz (1835-1881) era botánico, micólogo y algólogo. Formado en la Universidad de Munich, su tesis doctoral de 1860 fue pionero en los estudios biogeográficos. Especializado en musgos, ocupó una cátedra en su Universidad. Invitado por Burmeister, llegó a Córdoba contratado por la Academia de Ciencias. En 1875 el presidente Avellaneda nombró a Lorentz profesor de botánica del Colegio de Concepción del Uruguay. Lorentz fue el iniciador de los estudios fitogeográficos en la Argentina.

Con Lorentz colaboró el botánico Gustav Niederlein (1858-1924), nacido en Sajonia, que realizó numerosas expediciones en la Argentina y tuvo larga actuación posterior: fue Inspector Nacional de Bosques, presentó en la Exposición Universal de París de 1889 su trabajo "La riqueza forestal de la República Argentina", participó en la Exposición Colombina de Chicago (1893), y se incorporó al Ministerio de Agricultura des-de su creación. En su texto, escribió Adolfo Doering: "Finalizada nuestra obra, séanos permitido depositarla sobre el altar de la ciencia, como una humilde corona de siempre-vivas".

Según consta en el Acta del 8 de octubre de 1886, ese día la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba dispuso el nombramiento de Julio A. Roca como miembro Honorario de la Institución. Se había incorporado un inmenso territorio al mapa del conocimiento científico universal.

Bibliografía

Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. Acta del 8 de octubre de 1886. Nombramiento de Julio A. Roca como miembro Honorario.

- Arce, José. Cronología de Roca. Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia, 1965. Publicaciones del Museo Roca. Estudios VII.
- Babini, José. Historia de la ciencia en la Argentina. Buenos Aires, Solar, 1986.
- Babini, José. La evolución del pensamiento científico en la Argentina. Buenos Aires, La fragua, 1954.
- García Castellanos, Telasco. Sarmiento y su influencia en Córdoba. Córdoba, Academia Nacional de Ciencias, 1988.
- Holmberg, Eduardo L. (1901). De siglo a siglo. Conferencia leída en la fiesta conmemorativa del XXIXº aniversario de la Sociedad Científica Argentina. En: Anales de la Sociedad Científica Argentina, N° 52, Pág. 51 a 60. 1901.
- Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia) realizada en los meses de Abril, Mayo y Junio de 1879, bajo las órdenes del General D. Julio A. Roca". Buenos Aires, [Imprenta de Ostwald y Martínez], 1881. [Textos de Adolfo Doering, Carlos Berg, Eduardo L. Holmberg, Pablo G. Lorentz, y Gustavo Niederlein].
- Levi, Peter. Grecia, cuna de Occidente, Volumen II. Barcelona, Folio, 1993. Atlas culturales del mundo.
- Lugones, Leopoldo. Roca. Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1938. Prólogo de Octavio R. Amadeo.
- Newton, Jorge. El General Roca. Conquistador del Desierto. Buenos Aires, Claridad, 1966.
- Pinedo, Federico. Siglo y medio de economía argentina. México, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, 1961. Prólogo de Eustaquio A. Méndez Delfino.
- Punzi, Orlando Mario. Historia del desierto. La conquista del desierto pampeano-patagónico. La conquista del Chaco. Prólogo de Elbio Carlos Anaya. Buenos Aires, Corregidor, 1986. 2ª edición.
- Tognetti, Luis. Ciencia, cultura y modernidad en Córdoba a fines del siglo XIX. Córdoba, Municipalidad de Córdoba, 2003.
- Vedia, Mariano de. Roca en el escenario político. Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1939.
- Vercoutter, Jean. Egipto, tras las huellas de los faraones. Barcelona, Ediciones B, 1997. [Edición original: A la recherche de l'Égypte oubliée. Paris, Gallimard, 1986].
- Zeballos, Estanislao S. La conquista de quince mil leguas. Estudio sobre la traslación de la frontera sur de la República al río Negro. Buenos Aires, Hyspamerica, 1986. [1878].

CECILIA MAYORGA

Prof. Cecilia Mayorga. Profesora de Enseñanza Superior y Especial en Historia (Facultad de Filosofía y Letras UBA - 1986). Master en Planificación y Gestión Cultural UMSA (1998 -2000). Coordinadora del Área de Fondos Documentales del Museo Roca - Instituto de Investigaciones Históricas. Responsable de la base de datos MEMORar en el Museo Roca- Instituto de Investigaciones Históricas. Coordinadora del programa virtual "Pequeñas Historias: Miradas y Subjetividades". Colaboradora en el Área de Investigación en el Museo Roca - Instituto de Investigaciones Históricas.

EL DETRÁS DE LA ESCENA. PROYECTO DE RESTAURACIÓN Y EXPOSICIÓN DE LOS ÁLBUMES DE LA CAMPAÑA AL RÍO NEGRO

Andrea Fabiana Savall

Museo Roca – Instituto de Investigaciones Históricas

El Museo Roca conserva dentro de su patrimonio desde el 14 de julio de 1970, cuatro álbumes fotográficos de la campaña al Río Negro pertenecientes al Gral. Julio A. Roca.

Sus hijas Josefina Roca de Castels, María Roca de De Marchi, Clara Roca y Agustina Roca de Uriburu fueron quienes de común acuerdo decidieron donar al Dr. José Arce fundador y director del museo, estos importantes registros fotográficos realizados por Antonio Pozzo y Carlos Encina.

Antonio Pozzo

Nace en la ciudad de Bordighera, Italia. Llega a la Argentina en el año 1850. Se forma en manejo del daguerrotipo con John Bennet desempeñándose más tarde como asistente del daguerrotipista Thomas Columbus Helsby. Vinculado al poder político de su época, en abril de 1879 se suma a la campaña a al Río Negro, encabezada por Julio Argentino Roca, como fotógrafo oficial solventando sus gastos y los de su ayudante Alfredo Bracco.

Pozzo utiliza para la expedición un carruaje que hacía de laboratorio, cuarto oscuro, transporte de sus equipos técnicos y vivienda para él y su ayudante.

En las fotografías que realiza de la operación militar las registra siguiendo el itinerario de la expedición entre Carhué y Choele Choel.

De regreso a Buenos Aires se dedica a comercializar el relevamiento fotográfico.

Celoso de su exclusividad sobre estas imágenes, pide y obtiene protección para las mismas del Gobierno Nacional incorporando al negativo un sello húmedo en forma de emblema que, al ser copiadas en el papel fotográfico a la albúmina, se vuelven en color blanco y con la leyenda: Fotografía Alsina - Victoria 590 Bs. As.

Muere en 1910 a los 81 años de edad en Buenos Aires.

ALBUMES

1. **Tapa:**

REPUBLICA ARGENTINA
EXPEDICIÓN AL RÍO NEGRO
ABRIL A JULIO DE 1879

Julio 17 1901

Interior:

Vistas tomadas por Antonio Pozzo, acompañando el cuartel general del Ministro de la Guerra y Jefe del ejército de operaciones. General D. Julio A. Roca

Medidas del álbum: 48cm x 31,5cm x 6,5cm

Cantidad de páginas: 55

Cantidad de fotografías: 53

Proceso fotográfico: Albúminas

Encuadernación realizada en cuero rojo vino con inscripción realizada en caliente con pan de oro, al igual que el pie, canto y cabeza del álbum.

En su interior las fotografías se encuentran pegadas a una hoja de cartulina de alto gramaje por el frente de la misma.

2. **Tapa:**

ALBUM DE VISTAS

EXPEDICIÓN AL RÍO NEGRO

ABRIL A JULIO 1879

Interior:

Vistas tomadas por Antonio Pozzo, acompañando el cuartel general del Ministro de la Guerra y Jefe del ejército de operaciones. General D. Julio A. Roca

Medidas del álbum: 51cm x 43,5 x 4,5cm

Cantidad de páginas: 29

Cantidad de fotografías: 29

Proceso fotográfico: Albúminas

Encuadernación realizada en tela de color rojo con inscripción realizada en caliente con pan de oro.

En su interior las fotografías se encuentran pegadas a una hoja de cartulina de alto gramaje por el frente de la misma.

Carlos Encina

Nace en la ciudad de Buenos Aires el 20 de julio de 1838. En 1860 obtiene el título de Agrimensor. En 1880 obtiene el título de Ingeniero Civil.

En el campo académico, se dedica a la docencia y a la poesía. Dijo Lucio V. Mansilla: "Su =Canto al Arte= es una revelación, pues de un rumbo nuevo a la poesía, siendo la poesía más notable que hay salido hasta ahora, de la pluma de un poeta americano."

En 1872 ocupa el cargo en la Dirección de Escuelas e introduce la enseñanza de las Ciencias Naturales en el nivel primario.

En el campo político, forma parte de la Legislatura de Buenos Aires y de la Convención Reformadora de la Constitución Provincial.

En 1887 el Gobierno Nacional le encarga a Carlos Encina, Edgardo Moreno y Cía., la medición de los territorios nacionales comprendidos entre los Ríos Neuquén y Limay, la cordillera de los Andes y el Lago Nahuel Huapi. Los acompaña el fotógrafo Pedro Morelli quién realiza 200 registros fotográficos de la campaña.

Carlos Encina muere a los 44 años.

ALBUMES

1. **Tapa:**

AL EXMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
TENIENTE GENERAL D. JULIO A. ROCA – 1883

ENCINA, MORENO Y CÍA.

Lomo:

ENCINA, MORENO Y CA.

VISTAS FOTOGRAFICAS DEL TERRITORIO NACIONAL DEL LIMAY Y NEUQUEM

TOMO I 1883

Medidas del álbum: 33cm x 31,5cm x 8cm

Cantidad de páginas: 100

Cantidad de fotografías: 100

Proceso fotográfico: Albúminas

Encuadernación realizada en cuero rojo vino con inscripción realizada en caliente con pan de oro, al igual que el pie, canto y cabeza del álbum.

En su interior las fotografías se encuentran pegadas a una hoja de cartulina de alto gramaje por el frente de la misma y están numeradas a mano del 1 al 100. Al pie

de cada una de éstas, un epígrafe con la descripción de la toma registrada.

2. **Tapa:**

AL EXMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
TENIENTE GENERAL D. JULIO A. ROCA – 1883
ENCINA, MORENO Y CÍA.

Lomo:

ENCINA MORENO Y CA .
VISTAS FOTOGRAFICAS DEL TERRITORIO NACIO-
NAL DEL LIMAY Y NEUQUEM
TOMO II 1883
Medidas del álbum: 41,7cm x 31cm x 7,5cm
Cantidad de páginas: 83
Cantidad de fotografías: 83
Proceso fotográfico: Albúminas

Encuadernación realizada en cuero rojo vino con inscripción realizada en caliente con pan de oro, al igual que el pie, canto y cabeza del álbum.

En su interior las fotografías se encuentran pegadas a una hoja de cartulina de alto gramaje por el frente de la misma. Al pie de cada una de éstas, un epígrafe con la descripción de la toma registrada.

El proyecto de realizar una exposición basada en los álbumes de la campaña al Río Negro no implicaba solamente realizar un guion, diseño y posterior montaje, sino también ver y estudiar las condiciones de conservación en la que se encontraban los álbumes fotográficos.

En primer lugar fue necesario realizar una inspección ocular de cada uno en forma detallada y para el registro de lo observado, se confeccionó una ficha de identificación donde se describe detalladamente las características propias de cada uno, los deterioros encontrados y sus posibles causas. Realizado el análisis y diagnóstico,

se procedió a determinar el tratamiento a seguir en cada caso en particular, para su estabilización respetando siempre su integridad física y funcional, datos que fueron volcados en estas fichas quedando de esta forma un registro integral.

Los criterios utilizados se basaron en los principios de mínima intervención, reversibilidad y estudio caso por caso.

Pero en líneas generales, podemos decir que se pudieron observar deterioros físicos como consecuencia del paso del tiempo, incorrecta manipulación, condiciones de temperatura, humedad y guarda no adecuados. Suciedad superficial, fragilidad e inestabilidad de sus hojas de guarda, hojas con pérdida de material. También se observaron roturas y desgarros, dobleces y pliegos, manchas de humedad. Faltantes de cuero y material en tapas y lomos, desencuadernados, faltantes de escartivanas. Se hallaron restos de actividad biológica inactiva. Y deterioros químicos como manchas de foxing y acidez del soporte. El cuerpo de los álbumes presenta ondulaciones, las cuales se deben a las fluctuaciones de las condiciones ambientales provocando así la dilatación y contracción de sus hojas, causando su deformación. Para este deterioro no se realizó ningún tratamiento, debido a la complejidad de los mismos.

Antes de dar comienzo con los procesos interventivos, se decidió digitalizar las fotografías para que estos luego no sufrieran una incorrecta manipulación y que como consecuencia se pudiera alterar la recuperación de su estructura y su funcionalidad. Para ello, se utilizó un escáner plano Plustek de alta resolución, facilitado por el Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas, CONICET.

Una característica, no menos importante, es que todos tienen un peso considerable lo que hace costosa su manipulación y consulta.

Se tomaron fotografías digitales del estado en que se encontraban los álbumes, de los distintos procedimien-

tos de intervención, como así también del resultado final.

Los tratamientos que se decidieron realizar fueron: Medición del pH; Limpieza superficial; Corrección de pliegues y arrugas; Reintegración de faltantes del soporte; Unión de las hojas sueltas; Suturas de desgarros, cortes y grietas; Laminación; Restauración de la encuadernación; Recuperación y reconstrucción de cabezadas; Confección de cajas de conservación para su exhibición y guardado.

Como primer paso se realizó una medición del pH (unidad de medida que sirve para establecer el nivel de acidez o alcalinidad de una sustancia) con tiras de medición 0 - 14 continuando con una limpieza superficial con pinceleta y goma rayada. Este tratamiento permite la eliminación del polvo acumulado en la superficie del soporte, el retiro de partículas incrustadas, como así también la eliminación de restos biológicos inactivos, entre otros.

Una vez retirada la suciedad de superficie, se comenzó a trabajar detenidamente en la estructura interna, comenzando con la corrección de dobleces, arrugas y pliegues. Para ello, se utilizó tratamiento en seco y en algunos casos tratamiento en húmedo con solución hidroalcohólica.

Posteriormente, se continuó con la reintegración de faltantes (injertos) en las hojas de guarda y respeto. Como estas hojas se encontraban muy frágiles y quebradizas, el resultado de la medición del pH arrojó una acidez de 4, se trabajó de manera manual y por pequeños sectores con mucho cuidado. Para los injertos se utilizó papel Japón Washi natural y Abaca blanco, debiendo dar a éste último un toque de color para no generar un impacto visual, y para la unión del papel Japón al soporte se utilizó metilcelulosa al 6%.

La fragilidad en el papel se debe a la pérdida de estabilidad estructural del material, lo que hace que se vuelva menos resistente a la acción mecánica. Este daño se debe principalmente a la acidez, la cual una de sus ma-

nifestaciones es la coloración amarillenta causada por la foto oxidación del papel. Este es un proceso lento e irreversible, debido a la elevada presencia de lignina, humedad relativa y temperatura.

Luego de realizados los injertos, en un caso particular, debido a la fragilidad de la hoja de respeto, ésta fue laminada por el anverso utilizando como adhesivo para su fijación engrudo realizado con almidón de trigo muy líquido.

Para comprender en que consiste este tratamiento, podemos decir que el laminado es una protección adicional que se le brinda a un documento en papel permitiendo estabilizarlo con el fin de reforzar el soporte y permitir su manipulación. Pero esta protección no se realiza con cualquier material, si no que se utiliza un papel Japón de muy bajo gramaje permitiendo ver claramente el papel sin obstaculizar la lectura en caso que el documento se encuentre escrito.

En cuanto a la encuadernación, la costura de los cuadernillos se encontraba en buenas condiciones, no así parte de su estructura. En la mayoría de los casos, el cuerpo de los álbumes se hallaba desprendido de las tapas y el lomo, con faltantes de escartivanas de tela y en cartulina. Distintos fueron los tratamientos y procedimientos que se tomaron, pero en todos los casos se realizó con la técnica original. Las cabezadas fueron recuperadas, y otras fueron reconstruidas en forma manual, bordando cada una de ellas.

Finalizados los tratamientos de intervención, se confeccionaron cajas de conservación a medida con la particularidad que en su interior se agregó, como parte de la estructura, atriles para que el álbum pueda ser exhibido y consultado sin sacarlo de ella y de esa manera “evitamos” que sea manipulado incorrectamente.

Se utilizaron materiales aptos conservación como papeles libre de ácido, adhesivos neutros, etc. Además de servir la caja para la guarda, ésta contribuye a mantener estable el objeto evitando la penetración de cualquier factor externo ambiental, como puede ser el pol-

vo. A la par de la aplicación de los tratamientos de intervención, se fue armando y estructurando el proyecto expositivo.

Luego de varias reuniones y con muchas ideas, fue tomando forma. La muestra estuvo enfocada básicamente desde la mirada de los fotógrafos, de lo que la cámara fue capturando a lo largo de la expedición. Con este concepto el nombre que pensamos fue "LA PATAGONIA A TRAVÉS DE LA FOTOGRAFÍA" Pozzo 1879, Encina, Moreno y Cía. 1883

Pero en su contexto debía incluir ciertos lineamientos y ejes temáticos que pudieran verse y leerse a través de las fotografías y a lo largo del guion museográfico.

Para ello, se realizó un estudio visual de cada una de las 265 fotografías, y se tomaron dos puntos centrales: lo social y lo militar.

Dentro de lo social, los ejes temáticos son: la educación, la iglesia, la sociedad patagónica, el indígena. Y dentro de lo militar: jefes y soldados, el indio soldado.

La muestra presentó un punto de conflicto a través de la libreta personal de Julio a. Roca, donde se puede leer claramente de puño letra la frase "Qué disparate la zanja de Alsina....."

La exposición contó con cuatro sectores bien definidos, el sector 1 dedicado a los álbumes de Pozzo que van acompañados de dos paneles con la impresión a mediana y mayor escala de la foto seleccionada del álbum. El sector 2 con un gran panel de 5mts x 2mts donde allí podían verse los diversos ejes temáticos en reproducciones a mayor tamaño de la fotografía original, además de algunas fotografías de las restauraciones realizadas. El sector 3, espacio dedicado a los álbumes de Encina con la misma diagramación que los álbumes de Pozzo. Y por último, un pequeño sector con objetos acordes a la temática presentada.

La exposición fue inaugurada el 29 de octubre 2016 durante la Noche de los Museos con una gran presencia de público.

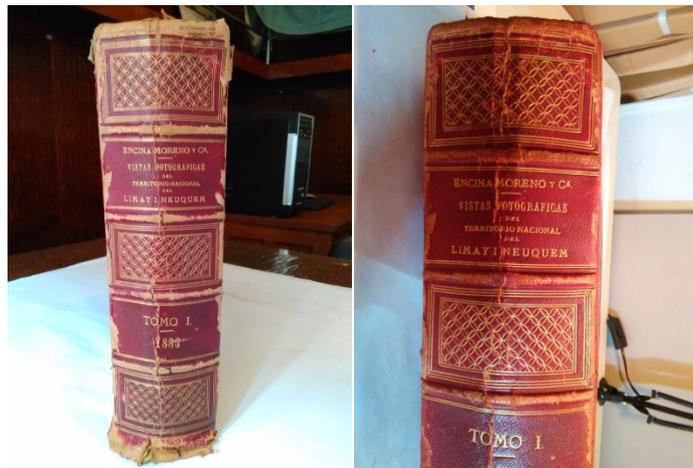
ANDREA FABIANA SAVALL

Licenciada en Museología (UMSA); Técnica en Conservación de Papel (Escuela Técnica N° 1 "Ing. Otto Krause"); Profesora Universitaria (UMSA). Ingreso a la Administración Pública Nacional en 1987 hasta la actualidad. Se ha desempeñado en el Museo Histórico Nacional, en el Área Extensión Cultural (1987 - 1998). Ha estado a cargo del Museo Postal y Telegráfico "Dr. Ramón J. Cárcano" (Encotel 1993). Se ha desempeñado en el Museo Nacional del Grabado en el Área de Extensión Educativa (1998 - 2003); Museo Roca - Instituto de Investigaciones Históricas, Área Conservación y Restauración (2003 hasta la actualidad), y Área Investigación (Programa Patrimonio y Creencias 2007 a la actualidad); A Cargo del Museo de Ciencias Naturales y del Hombre - Colegio Lasalle (2013). Se ha desempeñado como docente Adjunta en la materia Pedagogía y Didáctica de Museos y Centros Culturales (Carrera Museología - UMSA - 2003-2007); Didáctica de los museos. (Carrera Licenciatura en Museología, Escuela Nacional de Museología, Rosario, Prov. de Santa Fe, 2004-2005); Docente y Miembro del equipo de profesionales del Laboratorio / Escuela N. Yapuguay, Fondo Antiguo Cia de Jesús. (2011 hasta la actualidad). Desde el año 1988 asiste a charlas, congresos, jornadas, etc. y realiza diversos cursos y talleres de capacitación en forma permanente de acuerdo a sus funciones.

Restauración de los álbumes



Restauración del lomo con retoque cromático



Reconstrucción del pie del lomo faltante con retoque cromático

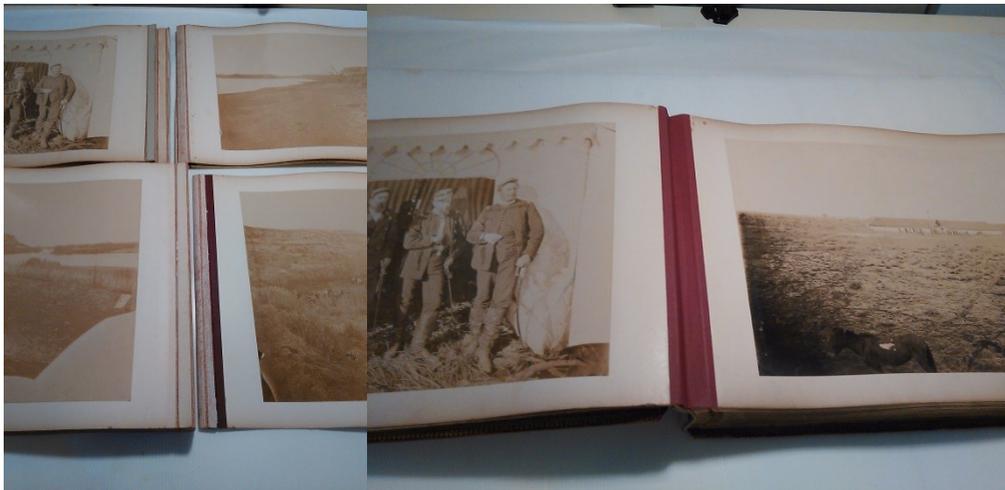


Bordado de nuevas cabezadas en cabeza y pie del lomo



Reposición de escartivanas faltantes

Restauración del lomo.
Injertos con papel Japón
para completar los faltantes
de cuero.
Retoque cromático



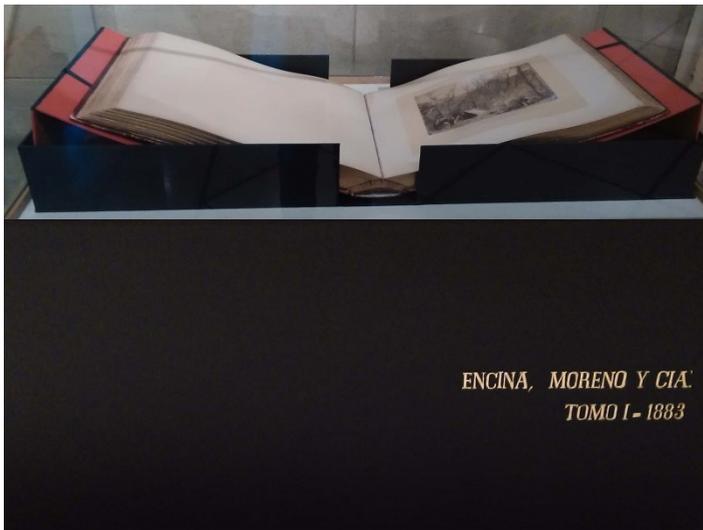
Reencuadración del álbum

Rasgado de la hoja de respeto. Suturas con papel Japón



Limpieza mecánica en seco con pinceleta. Medición de pH

Caja de Conservación con atril exhibidor. Detalle del lomo: Sistema de impresión Hot Stamping, identificación del álbum



Ubicación en la Reserva de Obras



Salas de Exposición



Vitrinas con álbumes y selección de imágenes



Vitrina con Informe Científico y libreta de campo de Julio A. Roca



EL ÁLBUM DE ENCINA Y MORENO COMO LIBRETA DE VIAJE: ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DE LOS CAMPOS DE BATALLA DEL NEUQUÉN, 1883-2015

Julio Esteban Vezub

Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas, CONICET

Al regreso de una campaña topográfica, destinada a mensurar los territorios a la par que eran conquistados, la compañía de los ingenieros Encina y Moreno editó el álbum en dos tomos, *Vistas fotográficas del Territorio Nacional del Limay y Neuquén*, fotografías que ellos mismos habían obtenido en 1882 y 1883, cuando eran escoltados por las tropas de la segunda división del ejército argentino, durante la ocupación del “Territorio de El Triángulo” en el noroeste de la Patagonia.

Doce años después de publicar un ensayo que acompañó la reproducción parcial de una treintena de estas fotografías¹, cumplí con un deseo largamente postergado, viajar y confrontar sobre el terreno el antes, durante y después de los campos de batalla, localizando los parajes donde los topógrafos y sus asistentes habían obtenido las vistas para compararlas con los paisajes actuales. Durante la primavera de 2014, y nuevamente en el otoño de 2015, el álbum de los ingenieros serviría como libreta de viaje por el oeste neuquino con epicentro en la región de Aluminé.

En parte y de manera limitada, ya había ensayado una iniciativa similar en el medio urbano de Carmen de Patagones, donde el fotógrafo Pedro Morelli, que formaba parte de la compañía de contratistas ingenieros, también había recreado la aldea y la fortificación de 2.500 almas, el nodo fronterizo por excelencia de las negociaciones y conflictos entre bonaerenses, argentinos de otras provincias, valdivianos, inmigrantes trasatlánticos, esclavos libertos del Brasil, y, por supuesto, mapuches, pampas y tehuelches, cuando la mayor parte de la Patagonia era territorio autónomo del estado.

En las dos ocasiones recientes, el trabajo de campo fue completamente diferente. No solamente porque me interné *Tierra adentro* en compañía de equipos calificados, y río Limay arriba por los valles cordilleranos con copias de las fotografías, sino porque las preguntas que animaron la investigación fueron otras, dirigidas a comprender la dinámica y la lógica de la guerra de expansión nacional sobre el terreno, combinando fuentes de tipología distinta y, principalmente, porque la comparación misma del registro de los ingenieros con el impacto visual del presente estuvo en el centro de la experimentación.

Para lograrlo, me concentré en un tramo del itinerario de los exploradores que acompañaban la retaguardia de las tropas, eligiendo el segmento del viaje que recorrieron por Aluminé, territorio del cacique Reuquecurá, que despertó el interés de los técnicos, tanto en lo relativo a la topografía y los recursos naturales como a la dimensión social del paisaje. Si bien hay que considerar que el fotógrafo solamente acompañó a una de las comisiones en que se subdividió la Compañía, y que por lo tanto hubo áreas completas del territorio neuquino que quedaron sin cobertura gráfica², debe destacarse que la fascinación fue tal que, del total de 182 fotografías, 58 se obtuvieron en esta región, si se delimita la misma desde que los ingenieros acceden por el paso de Sainocó, hasta que se alejan del lago Aluminé en dirección al volcán Batea Mahuida.

Mi reporte de viaje acompaña esta edición total de las fotografías de Morelli, Encina y Moreno por parte del Museo Roca, institución que, tal como se detalla en

otros capítulos, preserva un juego original de los dos tomos del álbum. Presentaré entonces los resultados del trabajo de campo realizado en noviembre de 2014 y abril de 2015 en el centro oeste de la provincia del Neuquén. En estas campañas de investigación y divulgación, primero con el equipo de la TV Pública que encabezó el cineasta Alejandro Moujan, y después con la Comisión del Centenario de la Municipalidad de Aluminé coordinada por “Titi” Ricciuto, seguimos tramos del periplo de los ingenieros con el objetivo de localizar y cotejar los panoramas de las fotografías obtenidas hace 134 años. Documentación diversa y GPS en mano, logramos reconstruir las lógicas de ingreso y circulación por los caminos mapuches cordilleranos de los contingentes técnicos y militares, identificando diferentes aspectos de los cambios históricos del paisaje, la dinámica de control de los recursos y captura de las poblaciones, el rol de los baqueanos indígenas durante la guerra, entre otras observaciones comparativas entre el antes y después de las persecuciones, los malones huincas, y las batallas. Muy especialmente, aprendimos a leer el territorio como un archivo de espesor temporal, marcado con topónimos e hitos relevantes que desmiente la imagen de un desierto social, a la vez que muestra que la ocupación nacional de la Patagonia, lejos de operar sobre espacios vacíos, se logró sobre la base de itinerarios, conocimientos, relaciones, conflictos y mediaciones que habían sido construidos con anterioridad a la década de 1880.

Cada experiencia de campo tuvo sus propios objetivos, modalidades y ritmos, pero ambas fueron intensas, e igualmente productivas a los fines de conocer y comprender sobre el terreno. En el caso del rodaje del documental sobre la “Conquista del Desierto”, que todavía no se ha estrenado pese a los recursos invertidos, porque las autoridades actuales del canal no le otorgan prioridad a la temática, reconstruimos un área más amplia de las campañas militares que la que cubrió fotográficamente la compañía de Encina y Moreno en Aluminé, transitando los territorios de otros *lonkos*

como Saygüequé y Ñancuqueo, que habitaban más al sur. Cuando me sumé a la combi de los documentalistas el 15 de noviembre de 2014, además de Julia Rosemberg, ellos ya llevaban varios días recorriendo las pampas en compañía de otra historiadora, Claudia Salomón Tarquini, con quien habían incursionado en el territorio ranquelino, y en las Salinas Grandes de Calfucurá, el hermano de Reuquecurá, en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Así, al culminar el viaje en Aluminé y Pulmarí, se pudieron reconectar dos nodos principales de las redes mapuches de larga distancia que unían las pampas con la cordillera de los Andes durante el siglo XIX.

El segundo viaje, realizado nuevamente con Titi Ricciuto y el equipo completo de Aluminé, durante el otoño de 2015, tuvo por finalidad hacer un relevamiento más preciso y acotado, volviendo sobre los mismos parajes, vistas y datos, pero con más detenimiento, y con el tipo de aproximación que permite el saber local. La orientación sobre el terreno y la documentación, la baqueanía y la sensibilidad de Titi, la arqueóloga Giovanna Salazar que a su vez es maestra en Ruca Choroy, Pablo Martínez de la Secretaría de Desarrollo Social provincial, Elías Temi de Radio y TV Aluminé, José Hilario Linca, Mario Puel, y otros guías e interlocutores que se nombran más adelante, hicieron la diferencia. Se trató de la combinación óptima de estudiosos, aficionados y profesionales, artistas y lugareños, que preservan y recrean la memoria del territorio. Esta circunstancia estuvo potenciada por la coincidencia con el centenario de la fundación de Aluminé, celebrado durante 2015 con muestras museográficas, fiestas populares y publicaciones, que mostraron que hay una historia previa al acto administrativo de las autoridades del Territorio Nacional de 1915 que estableció la fundación formal, una pluralidad de historias de antes que “cuenta el río”, y que le dan a Aluminé un espesor de varios siglos, tal como quedó explicitado al elegir la “Piedra Blanca” como hito regional emblemático, a partir de una de las fotografías de Encina y Moreno de la que ya nos ocuparemos, y a Reuquecurá

como el actor central de esta historia que graficaron los ingenieros³. Además de la publicación citada, este enfoque intercultural puede verse en el formidable Museo Municipal “El Charrúa”, recientemente instalado en el casco de la estancia de un inmigrante uruguayo de 1907.

Los integrantes de la Comisión del Centenario de la Municipalidad de Aluminé se anticiparon a aquello que yo anhelaba hacía años, recorrer las vistas y panoramas del álbum, aprovechando las ventajas del conocimiento local, y el compromiso directo con los actores involucrados. Sin ellos, este reporte hubiera sido de menor calidad. Muchas de las descripciones y análisis que siguen son transcripción de los reportajes breves, y los diálogos que grabamos con Titi y los pobladores a medida que avanzábamos. Al momento de la primera excursión con la TV Pública, la Comisión Municipal llevaba varios meses de trabajo localizando los parajes retratados en el álbum, además de contactar a las autoridades y equipo del Museo Roca en Buenos Aires.

Fue a causa de las enseñanzas locales, que después de sopesar las distintas estrategias expositivas, elegí organizar el reporte siguiendo el viaje que hice el 18 y 19 de abril de 2015 con la gente de Aluminé. Mayormente, fue en la dirección contraria al de Encina y Moreno, yendo y viniendo, intercalando fotografías y datos que ya había obtenido cuando el viaje con la TV Pública.

Todo esto se aclarará con los mapas, dos de ellos dedicados a nuestro itinerario y el último al de los exploradores. Opté por esta modalidad para presentar el reporte por varios motivos, uno de ellos forzoso, en tanto el paisaje y el sistema de caminos regionales se organiza distinto que cuando los asolaban las tropas y los ingenieros en 1883. La formación de la colonia de Aluminé como nodo neurálgico que siguió a la ocupación nacional, la definición de la frontera con Chile, el alambrado, la modificación de los circuitos comerciales ganaderos, la presencia de nuevos actores y polos de poder, entre otras transformaciones, hicieron que se trate de un

paisaje profundamente alterado, tanto en su dimensión social como ambiental. Esta decisión narrativa permite reflexionar con más justeza sobre el proceso de percepción de los cambios que experimentamos como historiadores. Antes que la repetición ilusoria del viaje de los topógrafos, lo que se leerá es el informe del viaje propio o, en todo caso, la arqueología y la etnografía que nos permitieron reconstruir el itinerario conquistador del siglo XIX.

Los ingenieros arriban a la cordillera neuquina poco después de las batidas y persecuciones libradas por la segunda división del ejército que comandaba Conrado Villegas. Lo hicieron casi simultáneamente, se podría decir, como observadores de retaguardia que constatan los destrozos sobre el campo de batalla, responsables del inventario de pérdidas y ganancias, además de librar el primer ordenamiento sobre el terreno. En su marcha tomaron algunos senderos que ya no existen, y hubo parajes que, pese a la búsqueda denodada de los integrantes de la Comisión Municipal durante meses, o las consultas que hicimos con los pobladores, no pudimos localizar. Los bosques de Mupiff donde retrataron prisioneros, probablemente sobre el curso del Pulmarí, son una de estas vistas que no logramos identificar pese a las conjeturas. En otras ocasiones tuvimos más suerte, por ejemplo, con la cascada de Trocofquen, cuya referencia estaba equivocada en el álbum, pero el dato certero de un guía de montaña, Daniel “Chimi” Tarifeño, nos permitió encontrarla en lo más recóndito de la cuenca del Kilca. Aunque fuera imposible repetir tal cual el itinerario de los ingenieros, logramos reconstruirlo ordenando fragmentos documentales, memorias, y recorridas, además de valernos de la calidad del registro visual, y las referencias casi siempre precisas que anotaron en los epígrafes de las fotos, gracias a la información certera que les proporcionaban sus baqueanos mapuches que se incorporaban a los “batallones de indios auxiliares”.

Metodológicamente, es importante recalcar que se esboza aquí una etnografía del paisaje, una activación

recíproca entre memorias y documentación que tiene por objeto una sistematización del saber histórico local, incluso cuando nos enfrentamos con versiones contrapuestas, por ejemplo como cuando se le respondió a uno de los miembros de nuestro equipo que “acá no había indios”, como argumento para disuadirnos de visitar un campo privado donde creíamos poder cotejar el paraje con las vistas del álbum.

Tal como se plantea en el título de este ensayo, el álbum de fotografías funciona como libreta de viaje, como cuaderno para anotar en los márgenes. A propósito de otras guerras, pueden verse procedimientos parecidos en otras obras de divulgación histórica, que trabajan con lo que queda después de la batalla, el contraste de las diferencias mediante la comparación de imágenes⁴, y la identificación de las marcas sobre la tierra arrasada⁵. Si toda guerra es social por definición, cada vez son más los historiadores y las historiadoras que se concentran en la experiencia cotidiana de los hombres y las mujeres que las hicieron y padecieron⁶. Indudablemente, las fotografías de Encina y Moreno son un registro fundamental de esta dimensión de la vida cotidiana de los “indios y soldados” patagónicos, que estaba tensada por el clímax de guerra como acontecimiento, los modos de marchar, formar, vestir, acampar, perseguir, escapar, explorar, destruir, sobrevivir, etc. Volver al terreno con las fotos históricas fue la oportunidad para tensar esa cotidianeidad excepcional de viviendas incendiadas, prisioneros de todas las edades y géneros con la actualidad del alambrado, la imposibilidad de acceder a determinados parajes, los toldos y ranchos que ya no están, los campos de remonta del Ejército Argentino que perduran o, incluso, la recuperación de tierras en Pulmarí de las últimas décadas, y la vida mapuche que no pudo ser borrada y que se actualiza día a día.

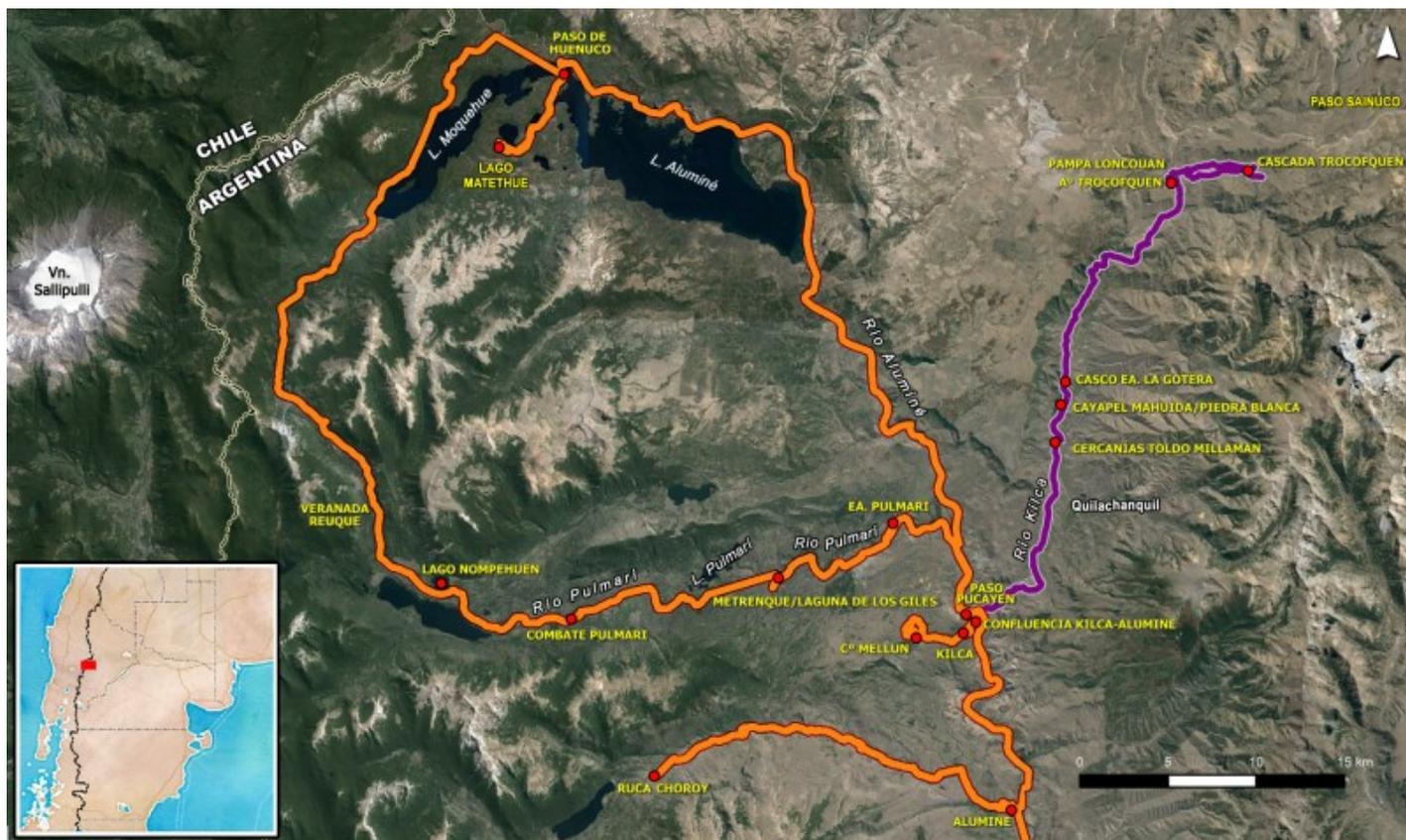
La geografía del paisaje⁷, concebido como resultado, antes que como una precondition ambiental que determina adaptaciones, y los desarrollos en materia de cartografía histórica, fueron precedentes que orientaron esta investigación. Por ejemplo, el trabajo con Sistemas de Información Geográfica (SIG), que analiza topográficamente la cartografía previa y posterior de la batalla Gettysburg, acontecida entre el 1 y el 3 de julio de 1863 en Pensilvania⁸. En dicho artículo se evalúa la táctica y estrategia de las fuerzas de La Unión, intentando discernir qué es lo que podía ver el general Lee del desarrollo de la batalla desde su posición de comando, si tenía o no contacto visual con la tropa enemiga de los Estados Confederados, etc.

Un lugar destacado en esta búsqueda de confrontar las fuentes con la movilidad sobre el terreno lo ocupa el trabajo de Álvaro Bello sobre los *ñampulkafe*, los viajeros mapuche trasandinos expertos en hacer la travesía a las pampas, que se iniciaban desde la juventud para un cruce que constituía un rito de pasaje⁹. Si la publicación de la tesis de Bello se hizo esperar años, ya en 2001 tuve oportunidad de escuchar una presentación suya con José Ancán en un congreso de historia en Viña del Mar. Precisamente, hablaban de la cabalgata que habían realizado por el paso de Mamüil Malal o Tro-men, reconstruyendo un tramo del viaje de Pascual Coña al *Puelmapu* para parlamentar durante 1885¹⁰. Junto con una perspectiva de la territorialidad mapuche como la conexión de segmentos distantes que eran unidos por la red de caminos y boquetes cordilleranos, esa forma de conocer históricamente sobre el terreno, las memorias, y los documentos, influyó de manera decisiva en mis investigaciones posteriores.



Metrenque / Laguna de los Giles, 19 de noviembre de 2014

Antes de pasar a la descripción del itinerario, resta un comentario sobre la variable de análisis temporal. Si se observa la foto de la izquierda, obtenida cuando el viaje con la TV Pública en Metrenque o Laguna de Los Giles, según se escoja el topónimo que anotaron los ingenieros o el que está vigente ahora, se podrá captar cómo se combinan las tres temporalidades puestas en juego, y una cuarta, si también se considera la óptica del lector. Una fotografía de 1883 dentro de la reproducción de otra fotografía, realizada por Titi Riciutto poco antes de recibir a los documentalistas, que a su vez queda contenida dentro de una tercera fotografía, realizada por mí en el mismo paraje al sumarme a la excursión. La cámara operada por Diego Petroff a la izquierda, y el cartel señalando que se trata de un punto permitido de pesca,



Itinerarios de la Comisión del Centenario de la Municipalidad de Alumine y el autor, 18 y 19 de abril de 2015

refuerzan la actualidad de la escena, mostrando de qué trata esta historia y este viaje, y los tiempos pasados que la misma acumula.

Tras los pasos de los ingenieros Encina y Moreno: descripción del viaje por Aluminé

El mapa distingue con colores diferentes el recorrido de cada día de itinerario con la Comisión del Centenario de la Municipalidad de Aluminé, realizado el 18 y 19 de abril de 2015. En naranja se observa la ruta circular del primer día, y en violeta la del segundo por el mismo camino de ida y vuelta, también desde Aluminé, incluyendo una caminata desde la pampa de Loncoluan hacia el paso de Sainucó, que tuvo por objetivo localizar la cascada de Trocofquen. El primer día recorrimos 251 km, y el segundo 56 km ida y vuelta.

El 18 de abril partimos antes del alba, desde Aluminé hasta Ruca Choroy a buscar a José Hilario Licán, integrante de la Lof Aigo que oficiaría como guía del ascenso a Melun, adonde nos dirigimos después de pasar nuevamente por Aluminé. Si bien los ingenieros no subieron hasta el cerro, fuimos allí por su importancia para la propia historia que cuenta el álbum. Además de ofrecer un punto panorámico desde el que se observan todas las entradas a la región, Melun fue el paraje donde se consumó la presentación de Millaman ante el comandante de la 1ª Brigada Rufino Ortega, usando el eufemismo de los partes de campaña para las rendiciones de caciques, o mejor dicho para los actos a través de los cuales reanudaban sus pactos con el estado en condiciones de subordinación¹¹. Esto sucedió en noviembre de 1882, y desde Melun, Ortega relanzó comisiones para perseguir a Queupú, Reuque y Namuncurá con la ayuda de Millaman, quien a su vez ocupará un papel destacadísimo en el álbum de los ingenieros, que lo retrataron con sus lanceros y familia. Lideró a sus mochetones como fuerza de choque a favor de las tropas argentinas y, muy probablemente, Millaman, Pichi Millaman o Millamanque, haya sido quien ofició de baqueano para que los topógrafos accedieran a lugares

recónditos como la cascada de Trocofquen, las ruinas de sus viejos toldos sobre el Quilachenquil, o guiar a los soldados hasta los chenques que serían profanados. La centralidad histórica de Melun fue tal que, precisamente desde allí, Manuel Namuncurá y Alvarito Reumay, hijos de Calfucurá, fecharon una carta a Saygüequé el 19 de diciembre de 1879, convocándolo a sumarse a los trabajos de la guerra defensiva contra los “españoles”, tal como identificaban a los ciudadanos argentinos y chilenos¹².



José Hilario Licán, cumbre del cerro Melun,

39° 9' 3,2004" S, 70° 59' 8,6784" O, 1405 m s. n. m., 18 de abril de 2015

Licán portaba las llaves de los candados de las tranque-ras que fuimos traspasando durante el ascenso, ya que transitábamos lotes de invernada comunitarios, que fueron recuperados por las Lof Aigo y Hiengueihual como resultado del gran conflicto de Pulmarí de 1995¹³. En la cima de Melun, Licán me preguntó si las fotos de los ingenieros se las daríamos a las comunidades, mientras admirábamos los mallines que veíamos en la base, y la calidad del pasto que comían los caballos, allí mismo donde 130 años atrás engordaba su ganado Milla-

man. Como sucede a menudo con otros hitos territoriales mapuches, coinciden en Melun un punto bien protegido para el control de caminos y accesos, riqueza de recursos, y una concentración de fuerzas de naturaleza extraordinaria, lo que se traduce en las atribuciones sagradas y simbólicas del paisaje. Nos hallábamos cerca de la confluencia del Kilca con el Aluminé, otro punto estratégico que se identifica a la distancia por detrás de la línea de cerros que corre al este. En las laderas abundan los bosquecitos achaparrados de ñires, tal como los mencionaron los ingenieros, y que vimos con su característico color otoñal.

No es difícil imaginar la presentación de Millaman junto al mallín, o al pehuén solitario en la base del cerro de paredón escarpado. Quizá, “Melun” diera nombre a un territorio más amplio que el paraje donde nos hallábamos. Igualmente, resulta lógico que haya pactado su entrega desde este lugar, ya que tendría un excelente puesto de observación, y al mismo tiempo estaría protegido, porque el acceso a la pampa que se extiende a los pies es para nada sencillo, tal como lo experimentamos con el vehículo 4x4. Visto desde la ladera, el cerro tiene aspecto de fortaleza con las torres de piedra que rematan cada ángulo.

Horas más tarde descendemos al paso de Pucayén, el vado del Aluminé donde el fotógrafo capturó el momento en que la caballería cruzaba el río por su parte más baja. Comparamos una fotografía con otra y el corte de los cerros de la margen contraria, aunque la perturbación de la ribera, y el movimiento de suelo provocado por el pavimento de la ruta, nos hacen discutir el punto exacto que vadearon los jinetes.

Transcribo mi conversación con Titi Ricciuto:

Estamos frente al río Kilca, este es el río Aluminé, y este cerro, el que está en la foto de Encina que dice Paso de Pucayén, Paso de Arena, tiene el mismo recorte. El vado estaría a esta altura, cerca de este álamo.

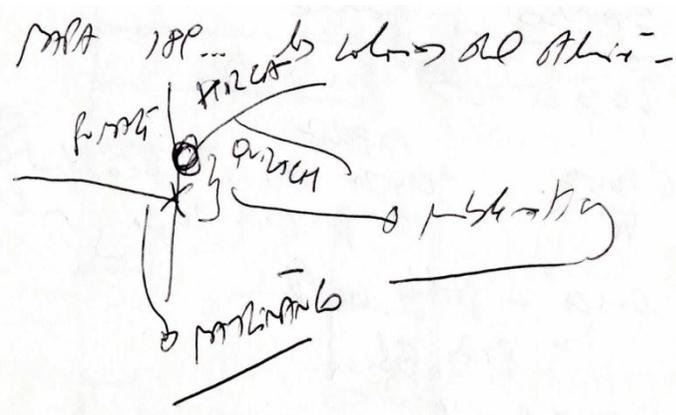


Paso de Pucayén, río Aluminé, 18 de abril de 2015

Todos los árboles que vemos en la orilla son especies introducidas, los álamos y sauces, y no se los puede encontrar en la fotografía, lo que da la pauta de la alteración del paisaje en relación al momento de los ingenieros. El sauce es contenedor de ribera, y al no tener sauces el río tenía otra forma, podría haber estado más ensanchado, ser más playo”. En cambio, lo que está arriba, es ciprés de la cordillera, que es una especie muy longeva, asociada a los entierros mapuches, que se hacían al pie de los cipreses.

Muy cerca del vado está la confluencia del Kilca con el Aluminé. Los ingenieros se equivocaron en el epígrafe de su foto, anotando “Quilachenquil” en vez de Kilca. Mientras conversamos, dibujo un croquis de la unión de los ríos, “paraje emblemático” me dirá Titi, por tratarse del corazón territorial de Reuquecurá. A falta de datos certeros especulamos dónde podría haber estado el chenque de Matriñanco, fotografiado después de ser profanado. Apunto en el croquis una referencia al mapa con la división de lotes de las Colonias del Aluminé, fechado en Buenos Aires el 9 de marzo de 1892, que proyectaba la fundación de dos pueblos, uno en la con-

fluencia del Matriñanco con el Aluminé, y otro arroyo arriba en la Pampa de Pulmarí. La elección de Aluminé como centro regional estuvo ligada al control del “Camino a Fuerte Roca”, que, según uno de los agrimensores responsables de la medida de 1892, era preferido al de Antuco para llevar ganado hacia Chile, ya que atravesaba la Cordillera a menor altura y era transitable durante más días al año¹⁴. También, la elección se asociaba a la conexión con la cabecera departamental que se instalará en Junín de los Andes, corazón del País de las Manzanas de Saygüequé.



Los primeros planificadores de los territorios nacionales recientemente anexados repitieron la retícula social y comunicacional indígena, superponiendo la traza de caminos y los nodos poblacionales con los preexistentes, allí donde los grandes cacicazgos concentraban riqueza y poder. Más aún si se considera que valles como el Pulmarí servían para la recuperación de los animales después de las largas travesías al abrigo del frío en los campos de veranada e internada de Reuque, la disponibilidad de pasturas y piñones, etc. Removido el control mapuche, topógrafos y agrimensores, hacendados, administradores civiles y militares, aprovecharán

estos sistemas de explotación de recursos por los próximos 130 años.

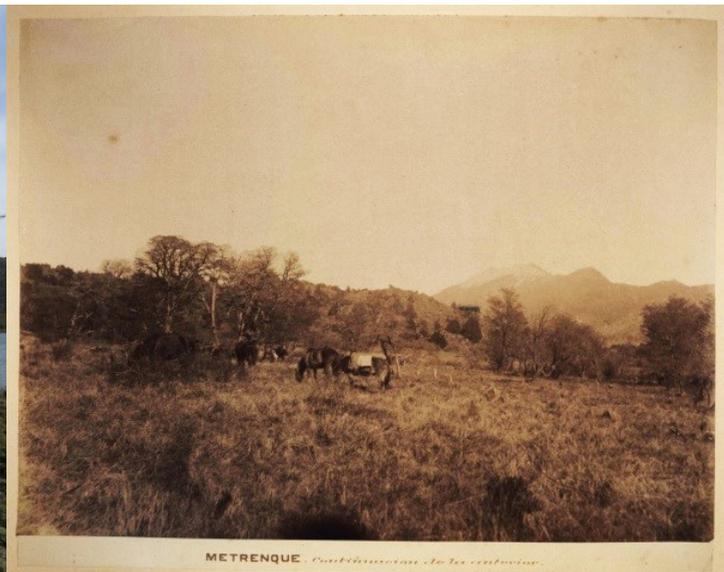
Desde Pucayén, seguimos al norte hasta Pulmarí, donde la VI Brigada de Infantería de Montaña tuvo su campo de remonta durante todo el siglo XX. Recuerdo que, en 1983, la baja me impidió integrar la sección del Regimiento 10 que traería las mulas para la veranada desde Covunco, donde hice el servicio militar obligatorio durante el último año de la última dictadura. Cruzamos el puente sobre el río, y la estancia continúa con el mismo uso. Los carteles próximos al casco indican “EJÉRCITO ARGENTINO Ley Nac. 23612”.

Se trata del instrumento que instituye la Corporación Interestadual Pulmarí, aprobada por el Congreso de la Nación en 1988, a partir de un decreto del año anterior del gobierno de Raúl Alfonsín.



Pulmarí, Neuquén, 18 de abril de 2015

La ley estableció que la Corporación, donde concurren nación y provincia, tendría representantes de los ministerios de Defensa y Economía, en virtud de las “necesidades operacionales del Ejército”, y una representación minoritaria de las comunidades mapuches que conta-



ran con personería jurídica¹⁵. El conflicto de 1995, que incluyó tomas de edificios públicos en Aluminé, y su judicialización, hicieron posible que algunas comunidades firman convenios de concesión de tierras, que hasta ese entonces solo beneficiaban a los privados, abriendo paso a las recuperaciones.

Desde el acceso de la estancia que explota el Ejército seguimos por la ruta enripiada que corre paralela al río hasta Laguna de los Giles, el paraje que los ingenieros apuntaron como “Metrenque”. Allí obtuvieron la serie de fotografías que muestra los palos estructurales de los toldos destruidos de Reuque. Se trata del ensanche del río Pulmarí, que en este segmento adquiere el aspecto de una laguna. Fue allí que obtuve durante 2014 la primera imagen que ilustra este capítulo, a los fines de plantear el trabajo con los planos temporales, allí donde permanecen los manzanos, y ahora se planta un cartel que indica que se trata de un punto permitido de pesca.

A unos cientos de metros del ensanche o “laguna”, solapamos dos fotografías del álbum que continúan una a la otra, y las recortamos contra el paisaje de fondo del cerro Polcahue, que ya habíamos reconocido a la dis-

tancia desde las alturas de Melun. Al final de la perspectiva que marcan el alambrado y la ruta, cuya traza no se identifica en las fotografías históricas, se visualiza la misma araucaria, la más alta del conjunto, pero el bosquecito de pehuenes es más denso, y con más ejemplares que en el pasado.



Metrenque (Laguna de Los Giles según la tiponimia actual). Al fondo el cerro Polcahue. Fotografías 42 y 43 del tomo II del álbum de Encina y Moreno

“Está muy diferente, ahora, pareciera que fuera ésta la barda”, dice uno de los hermanos Morales de la Lof Currumil, quienes hacen uso del campo desde las recuperaciones de los años noventa, ante la pregunta por el punto desde donde habrían sido obtenidas las fotografías.

Metrenque era el campo de internada de Reuque. Como se dijo, fue recuperado a partir del gran conflicto de 1995.



Laguna de Los Giles, hermanos Morales de la Lof Currumil,
18 de abril de 2015

Sin embargo, nuestros interlocutores no recuerdan haber oído hablar del hermano de Calfucurá, célebre por otras fuentes: “conocemos otros *lonkos*, pero éste no”. Fue tal la remoción de personas, los desarraigos, los traslados forzados, y la mortandad de las campañas militares, que las líneas familiares se han transformado, y las memorias no siempre logran establecer conexiones directas entre los actuales y los antiguos pobladores, o sus referentes. 20 km más adelante nos encontramos en medio de un bellissimo y extenso valle donde pastorean ovejas. Un cartel y un monolito conmemoran el primero de los combates de Pulmarí, acontecido el 6

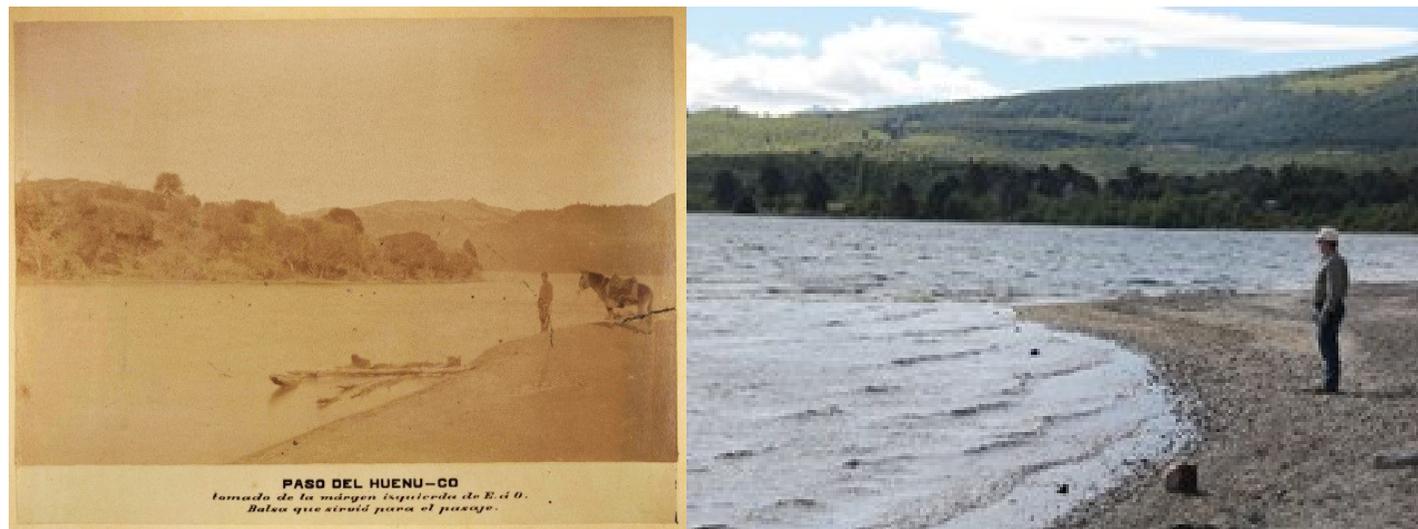
de enero de 1883, poco antes del paso de los ingenieros. Se trató de un enfrentamiento menor donde el ejército tuvo tres bajas en un episodio confuso que, según el parte de campaña, habría tenido al frente de la fuerza indígena a “un oficial con uniforme, espada y revólver en mano”, identificación que hizo que el “malogrado Capitán Crouzeilles” suspendiera el fuego por temor a estar chocando con una partida argentina¹⁶.

Con independencia de la confusión, y de las dudas que instala la documentación militar sobre la posibilidad de que el ejército chileno hubiera apoyado a los indígenas, como en toda guerra de guerrillas, los grandes combates fueron escasos¹⁷ ante el predominio de las razzias y emboscadas. Una de las placas de bronce del monolito reza en letras mayúsculas:

“EL PUEBLO DE ALUMINÉ CON LA GRATITUD QUE
SE MERELEN A LOS HÉROES DEL COMBATE DE
PULMARÍ EN SU 92° ANIVERSARIO”
1883 – 6 DE ENERO – 1975
CAPITAN D. EMILIO CROUZEILLES
TENIENTE SEGUNDO D. NICANOR M. LEZCANO
SOLDADO FRANCISCO CARRANZA.

Seguimos camino hasta el paso de Huenuco, punto que ahora se conoce como “La Angostura”. No se trata de un paso montañoso, sino de la junta entre los lagos Moquehue y Aluminé. Estamos en el centro del atractivo turístico de Villa Pehuenia. Un puente vehicular cruza el transparente y breve curso de agua que conecta los dos lagos, a orillas de los cuales se alquilan kayaks en verano, y unos botecitos de fibra con forma de cisne que se mueven a pedal. Durante la excursión con la TV Pública imitamos la fotografía de los ingenieros con las dificultades de los cambios costeros, y el terraplén del puente que impidió repetir el punto exacto en el que se posicionó la cámara.

Muy cerca de allí en Kechulafken (“cinco lagunas”), Rosalía Barra, *inan lonko* o segunda autoridad de la Lof,



“Paso del Huenu-co tomado de la margen izquierda de E. a O. Balsa que sirvió para el pasaje”.
A la derecha, fotografía de Diego Petroff, 22 de noviembre de 2014

administra junto a otras familias el camping de la comunidad. La puesta en marcha del emprendimiento fue el resultado de una lucha ganada, ya que el territorio sobre el que se alza, contiguo al puente de La Angostura que une los dos lagos, fue objeto de intensas disputas con especuladores inmobiliarios que pretendían realizar loteos. Nos recibe un primo segundo de Rosalía, Mario Puel, en el interior de su casa a orillas del lago Matethue, el más pequeño de estos espejos de agua. La conversación se da mientras llueve torrencialmente. Mario revisa las reproducciones de las fotos, y le cuenta a Titi Ricciuto:

Al paso de Llaima se sale de Moquehue. Reigolil está en Ñorquinco. El paso del Llaima no está habilitado. Qué lindo hubiera sido si hubiera estado mi vieja en vida, todavía. Ángela, mi mamá, fue corrida así en malones todo para Chile y de allá volvieron la mayoría. Originalmente eran todos de acá, sí los antepasados, sí, y fueron disparados todos para el Wallmapu. Ella tiene un hermano, vive acá antes de Raninqueu, con ese tendrías que sentarte a charlar un día.

No alcanzamos a repreguntarle a Mario en función de la cronología, o los pliegues de las memorias¹⁸, si se refiere a las campañas militares sufridas por la generación de las abuelas de su madre, o a eventos represivos del siglo XX. Álbum en mano, Titi consulta por el trayecto de los ingenieros:

- Nosotros creemos que, por ahí, por laguna de Los GILES, que ellos cortan camino. ¿Y cómo empalman el recorrido hasta Polcahue para llegar para acá?
- De acá a Polcahue tenés dos o tres horas a caballo. Con arreo son cinco horas. El Polcahue tiene toda la red de caminos. El río Aluminé está así (hace gestos describiendo el curso con las manos), y se va terminando la cuenca, nace el lago, todos los caminos tienen que entrar por ahí.

Mario contempla la fotografía de los toldos y los corrales de Millaman que intentamos localizar a partir de los picos de montaña, y explica que “...una casa se puede destruir, pero los cerros quedan. Enseguida te ubicás por los álamos”. A través de la ventana señala un árbol centenario:



Curso superior del río Kilca, 19 de abril de 2015

- Los álamos donde está Rosalía, ahí es donde vivían nuestros abuelos, nuestros bisabuelos. Esas plantas ya tienen más de cien años. Donde está la Villa, todos tienen su sectorcito, pero andá a saber quiénes son los que vivían ahí.
- Claro, los han corrido, acota Titi.

Regresamos a pasar la noche en el pueblo de Aluminé. La mañana siguiente, domingo, partimos por la ruta a lo largo del valle del Kilca, y el cajón repleto de araucarias que acompañan el curso del río más arriba de la Piedra Blanca. Buscamos la cascada que nos resulta esquivada y, como ya conté, supimos por Daniel Tarifeño que estaba sobre el arroyo Trocofquen, y no sobre el Kilca como habían anotado los ingenieros.

Trasponemos una última tranquera, y dejamos la camioneta a pocos metros del arroyo, remontando el curso por la barranca embarrada por la lluvia de la noche anterior. Sacamos fotografías, y las comparamos con la antepenúltima del álbum, donde se ve un grupo de niños con poncho que son retratados de espaldas, y tres uniformados que podrían ser mapuches, devenidos soldados. Quizá se trate de los jóvenes mocetones de Millaman, y de los guías hacia la cascada. Los ingenieros hicieron esta toma desde la margen opuesta a la que caminamos nosotros. Esta vez, acertaron el nombre del arroyo en la anotación.

Recomiendo suspender momentáneamente la lectura para mirar la página 271 de este libro donde se reproduce la fotografía 29 del segundo tomo del álbum. Dice



CAJON DEL ARROYO TRO-COFQUEN en la falda occidental del contrafuerte de Saino-có. Altura barométrica 1400 metros. De N á S.

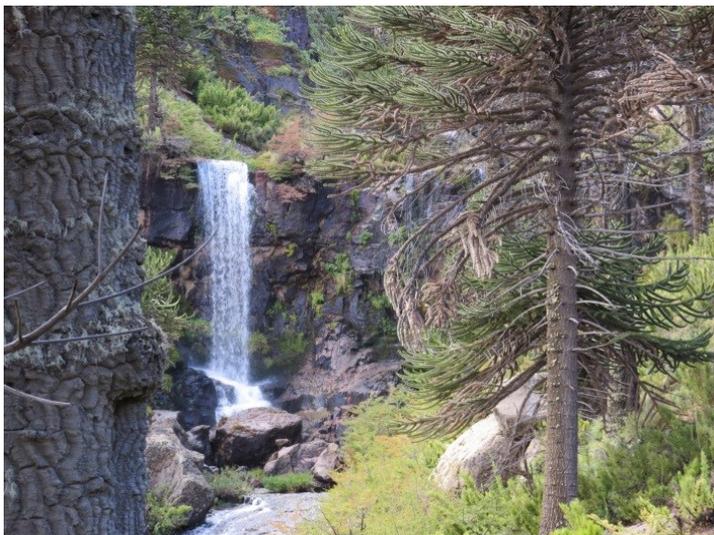
el epígrafe: “Cascada formada por el arroyo Kelcá en la falda occidental del contrafuerte de Saino-có. Dá idea de la altura de la caída del agua el tamaño de los ginetes que se observan en el ángulo anterior inferior de la lámina. Altura barométrica 1750 mtros.”

Encontramos la cascada del Trocofquen después de casi tres horas a pie, y podemos ahora compararla con la fotografía de 134 años. Primero nos aproximamos al salto, mientras Pablo Martínez, caminador entrenado, cruza el arroyo y trepa a la cima por la margen contraria.

Volveremos después por el camino de arriba, identificando el punto exacto desde el cual Morelli posicionó la cámara. Hacemos conjeturas sobre cómo habrán hecho los ingenieros para hallar la cascada, ya que está completamente escondida, y no se la visualiza desde el camino que siguieron en 1883.

Es el mismo sendero viejo e intransitado que viene desde Sainucó, que recorreremos en la dirección contraria, paralelo a los postes de madera del tendido eléctrico que todavía se alzan, los mojones de hierro oxidado del Instituto Geográfico Militar, y los puestos de veranada con signos de haber sido utilizados en la temporada pasada. Probablemente, los baqueanos indígenas

debieron enseñar la cascada a los expedicionarios. Situada en un campo privado y de difícil acceso, como pudimos comprobar, el salto de agua permanece desconocido, y fuera de todo circuito turístico, sin que mapa ni folleto alguno lo señale.



Tal como hicieron con otras fotografías, los ingenieros contaron la escena: posaron al pie de la cascada, se refirieron al tamaño de los jinetes dando idea de la escala, armaron una puesta, y eligieron concienzudamente desde dónde sacar la panorámica. La cascada traía mucha más agua en el verano de 1883 en comparación con el otoño cuando la vimos nosotros. La diferencia estacional se refuerza al notar la floración de la caña colihue en la fotografía histórica, donde tampoco se distinguen ñires, si bien se trata de un árbol autóctono. “Ahora hay puro ñire”, acota Giovanna. Se trata de un área afectada como consecuencia de los cambios antrópicos: “La caña colihue cuando crece con más exposición al sol crece así, más achaparrada, no es el esplendor...”, dice uno de nuestros compañeros, “...es un lugar castigado por la erosión desde hace muchos años”, agrega otro, cuya voz no distingo en mi registro de video, y que atribuye la desertificación a las chivas. En la imagen antigua se ve más vegetación, más araucarias, aunque varios de los ejemplares que alcanzamos a reconocer son los mismos, lo cual impresiona.

Continuamos la caminata por el sendero viejo de arriba que seguían los arrieros con la veranada, y que a su vez era la rastrillada hacia los campos de Reuquecura, hasta avizorar el paso de Sainucó por donde entraron los ingenieros, que venían escoltados por tropas desde los fortines del norte, 4ª División, Ñorquín, Hualcupen y Huarinchenque, que también fotografiaron. Más tarde, volveremos por este mismo camino al sur del arroyo, hasta el punto donde habíamos dejado la camioneta junto al cajón del Trocofquen según puede verse en el mapa con nuestro itinerario a pie.

Desandamos kilómetros hasta la Piedra Blanca, tal como se conoce actualmente al cerro que los ingenieros apuntaron como Caya-pel Mahuida o “Cerro de las Bolitas”. Habíamos pasado de largo esa misma mañana, y ya habíamos ascendido a la cumbre el año anterior con el equipo de la TV Pública por la ladera suave que está detrás del imponente paredón vertical.

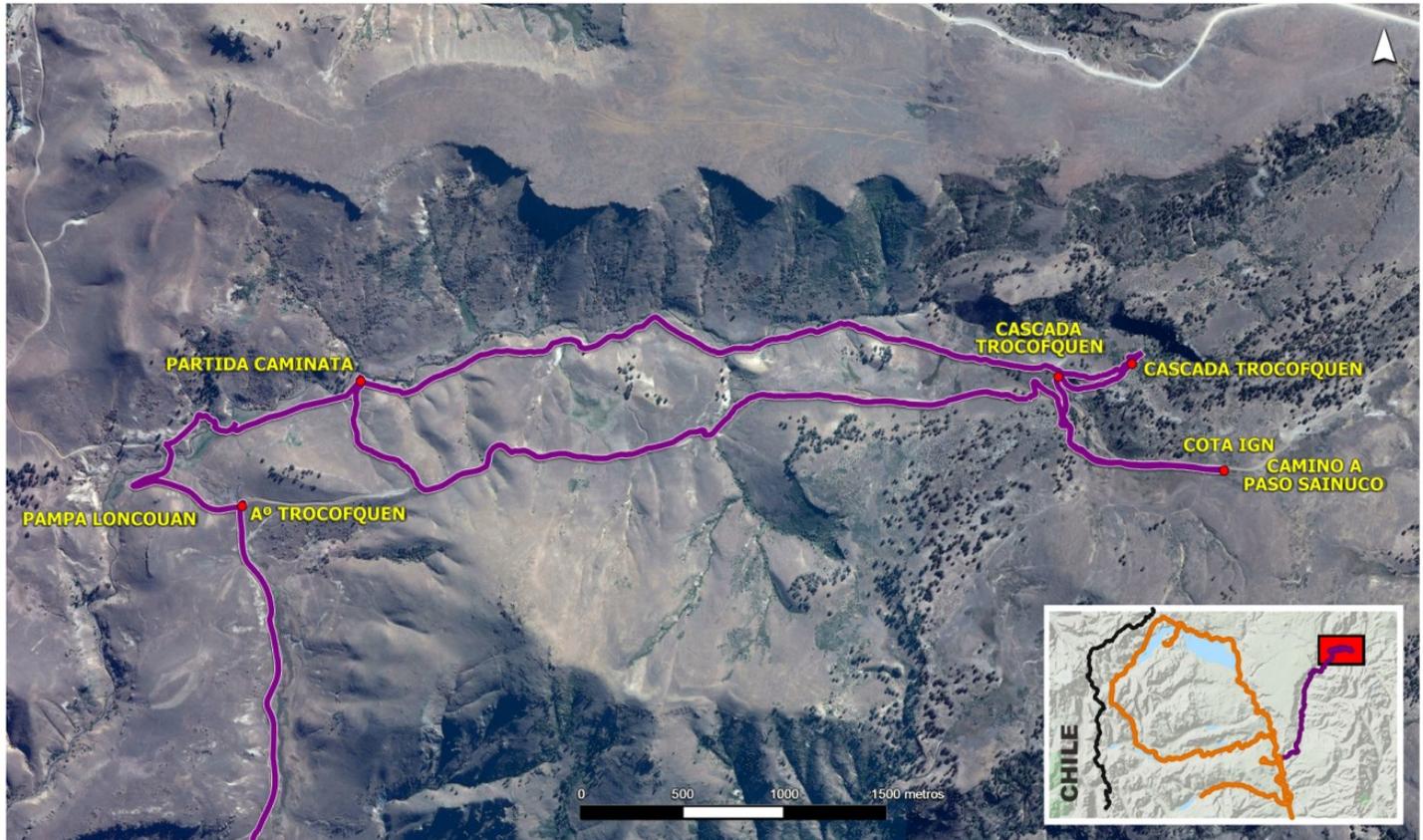
Ya no queda memoria del topónimo antiguo, consulto con lingüistas y hablantes de *mapuzungun*, repaso los diccionarios clásicos como el de Augusta¹⁹, pero lo cierto es que “Caya-pel” no se traduce como “Bolitas”. Hacemos conjeturas sobre la base de similitudes fónicas, la morfología y los usos del lugar, pero no alcanzan para arriesgar una hipótesis. Los ingenieros debieron escuchar sobre el carácter sagrado del cerro que, como a todo hito relevante del paisaje, se le atribuye una función monumental. Y así lo anotaron en el epígrafe:

Caya-pel Mahuida (Cerro de las Bolitas). En la unión del cajón del Kelcá con el Quilachenquil. Lugar elegido por los indios para sacrificios religiosos

La arqueología ha resaltado la condición monumental de estos hitos, visibles a mucha distancia, como parte de una arquitectura natural del paisaje que incluye una lectura del territorio y los modos de habitarlo²⁰. Escribí en *Indios y soldados*:

La monumentalidad de este accidente topográfico llamó sin lugar a dudas la atención de los ingenieros, que le dedicaron un primerísimo plano, en uno de los pocos registros de la colección que rompe con el delicado equilibrio propuesto por la inclinación paisajística predominante a lo largo de la obra, abundante en fotografías con planos muy abiertos, donde ni los sujetos ni el paisaje logran imponerse sobre el otro –criterio que además de significar una preferencia estética apuntala toda una concepción sobre la relación entre los hombres y la naturaleza en el desierto.

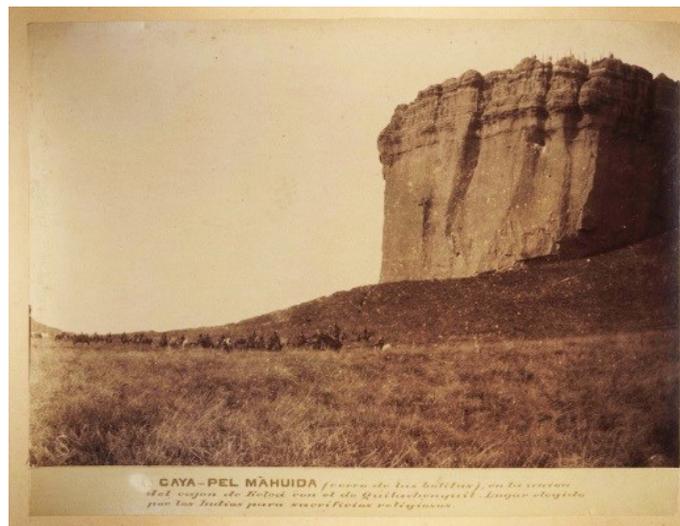
En la pared lisa del cerro, las oquedades chorreadas de guano delatan la presencia de nidos de cóndores, que resaltan la magnificencia y el misterio del lugar. En todo caso, los ingenieros Encina y Moreno proponen un anticipo del lenguaje cinematográfico: su álbum se repite en tomas de desarrollo horizontal, soporte del hilo del relato, pero de repente, introducen un corte vertical, capaz de señalar el desenlace abrupto de su historia, y de sugerir que los propios indígenas son el verdadero objeto de la ofrenda, a punto de ser arrojada desde las alturas, víctimas de una inminente, segura y catastrófica caída.



Equipo de la Comisión del Centenario de la Municipalidad de Aluminé, y de la Secretaría de Desarrollo Social de la Provincia del Neuquén, 19 de abril de 2015. Vista del paso de Sainucó tomada desde el oeste

Itinerario de la exploración a pie por el cañón del arroyo Trocofquen, 19 de abril de 2015

Quince años después de este texto, gracias a mis compañeros de viaje sé que se trata de una buitrera, y no de un nido de cóndores, aunque las chorreaduras de guano siguen estampadas en la roca blanda de la que se desprenden fragmentos. Crece la impresión de que los ingenieros resaltaron la monumentalidad del paredón, y resulta curioso que no le hayan dedicado una vista completa, ni una secuencia como hicieron con otros accidentes para registrarlos en toda su amplitud. Al fotografiarlo completo el cerro pierde espectacularidad, y se percibe que la cima es accesible, que no se trata de una fortaleza inexpugnable, ni asediado una proeza.



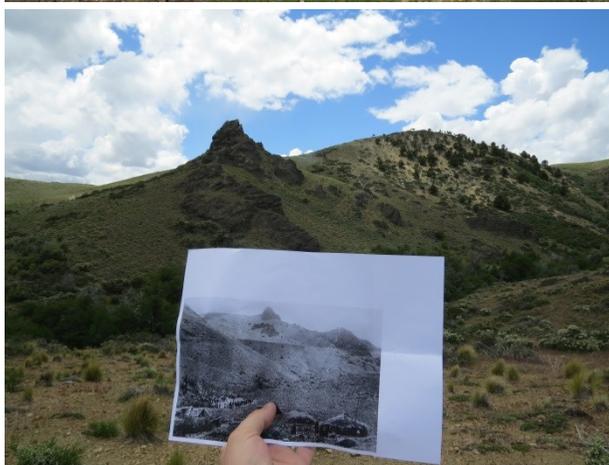
En primer plano, allí donde posó la caballería en 1883, ahora verdean unos sauces. La foto comparativa la obtuve antes del mediodía durante el rodaje con la TV Pública.

En esa oportunidad, Alejandro Moujan me hizo notar que en la foto antigua el sol ilumina el cerro desde el oeste, y que por lo tanto se realizó de tarde.



En la base, aproximadamente en el punto donde los ingenieros hicieron la foto, el GPS marca una altura apenas superior a 1000 m s. n. m. Y el paredón vertical tiene unos 70 m. Desde la cima, inmediatamente al norte y a espaldas del cerro, se distingue claramente el casco del establecimiento La Gotera, nuestro próximo objetivo a la búsqueda del paraje donde se alzaban los toldos del cacique Millaman.

Previamente, nos detenemos a visitar a Edelmiro Pino, poblador que nos brinda muy valiosa información. Tampoco identifica el arroyo Curaculén sobre el que se hallarían los toldos de Millaman según los epígrafes, a inmediaciones del Quilachenquil, pero ratifica que las viviendas y el corral del cacique no estaban al pie del promontorio rocoso de aspecto parecido, donde nos esperamos con localizarlo el año anterior al borde de la ruta, sino en otro punto cercano, también en el interior de la estancia “La Gotera”, y que habría que pasar por el casco para llegar por un camino interno.



Estancia "La Gotera" y localización equívoca de los toldos de Millaman

Visitamos el casco de la estancia, y el mayordomo nos responde que la mañana siguiente, día lunes, consultará telefónicamente a las oficinas de la administración del campo en Buenos Aires si nos conceden permiso para acceder al sitio que nos indicó Edelmiro, que debería hallarse al norte del casco. La respuesta nunca la recibimos. El sitio de la comparación y la foto equívoca lo registramos en el GPS y el mapa del itinerario como conjetura, "CERCANÍAS TOLDO MILLAMAN".

Queda la frustración de no poder hallar el principal objetivo de la excursión, convencidos de que deben quedar marcas en el suelo de la ocupación del siglo XIX. Pero Edelmiro nos provee una descripción vívida del lugar donde solía ir a cazar pumas años atrás. Dice que allí donde se ve el corral en la foto histórica ahora hay un canal, una toma de agua, y que está todo verde con sauces, casas y un nuevo corral.

Edelmiro nos enseña la fotografía de su bisabuelo Dionisio Pino, quien murió en 1935 a los 110 años. Según la documentación, habría nacido en 1865. Dionisio llega a la región en 1883, exactamente el mismo año que los ingenieros, y venía desde el territorio ranquelino de La Pampa como lengua de un cacique. Escapan a Chile, y regresan a Neuquén cuando se aplaca el estado de guerra contra las poblaciones. Se trata de un periplo que vivenciaron muchas familias.

Damacio Caitruz, nacido en 1908, brinda testimonio en el formidable documental de Jorge Preloran, *Araucanos de Ruca Choroy* (1969), filmado cuando más se sentían las consecuencias del despojo y la explotación para los mapuches de la región. Damacio se refiere a la guerra de expansión nacional de las décadas de 1870 y 1880. Cuando dice "españoles" habla de argentinos a la antigua usanza, como ya comentamos a propósito de una carta de los hijos de Calfucurá, una atribución que todavía acostumbra a emplear la gente anciana para referirse a los venidos de las grandes ciudades:

Y ahí vinieron los españoles matando y cautivando, porque lo que me ha contado la mamita que ella, nacida en Azul, y eso que me ha contado toda la historia de aquellos tiempos, cuándo corrieron a todos los indígenas, los antiguos, las indígenas decía ella, que siempre buscaban una adivina, llevaban decía, las indígenas los malones, a romper, a derrotar un fortín los españoles, llegaban a la madrugada, los malón, erraban todo, por ejemplo un cuartel, mataban o disparaban, terminaban a los indígenas, los terminaban los españoles, y cautivaban, pero también murieron muchos. Ese es lo que me ha contado mi finada mamita. Entonces repente dice que, si venían los españoles, comenzaron a perseguir a las indígenas, y

vinieron entonces los generales de caciques comenzaron a huir, a disparar al español, así que donde estaba mi abuelo, el cacique Queupú, un hombre petiso, pero potente, y mucha gente traía el cacique, y siguieron huyendo, y llegaron hasta este lado río Colorado, y ahí estuvieron unos cinco años, me contaba así, la mamita, ¿no? Se recordaba que hasta las indígenas robaban de hambre para comer hasta un perro. Pasaron muy triste, dice ella, decían la verdad. Y de ahí corrieron cuando ya llegaron, otra vez, y llegaron hasta el poblado de Las Lajas. Ahí estuvieron largo tiempo, años, y avanzaron los españoles. Cautivaban y huyendo todos los caciques. Y hasta que llegaron al fin, a última hora, hasta el lago por aquí por Sainucó, que hay una cruzada, y hasta que bajaron en parte Chile, huyendo, y así salvó la vida mi mamá y no fue cautivada, que no sabe cuántos años estuvieron en Chile. Cuando ya quedaron en paz, volvieron otra vez para sus pagos en la Argentina, y mi padre se enlazó con la mamá y quedaron acá sobre la frontera. Pero ya no había ninguna cosa, peligro, todos ya sabían decir sí, señor, no señor, ya estaban todos mansos. Y tampoco ellos les hacían más, tranquilos, con toda la indiada, la paisanada, frontera, todo esto quedaron. Y vinieron en Neuquén en el paraje Ruca Choroy vivieron hasta última hora, y ahí están sepultados. El papá y la mamá, yo nací acá en Ruca Choroy un poquito para allá.

Mientras charlábamos sobre este testimonio en la cima de la Piedra Blanca, Titi Ricciuto insiste en la importancia del paso de Sainucó, la ruta de la gente del cacique Queupú que escapaba de Las Lajas, y cómo se hilvana el itinerario que reconstruimos al identificar los parajes de las fotografías de la guerra: Sainucó, Kilka, los toldos de Millaman, Caya-pel Mahuida o Piedra Blanca, Pulmarí, Metrenque, las invernadas y veranadas de Reuque, el camino ganadero hacia el paso de Llaima. Se trata del rumbo que siguen los ingenieros Encina y Moreno, su asistente Ignacio Alsina, y el fotógrafo Pedro Morelli. El recorrido que ellos hicieron se adecuó a la información que le proporcionaban los baqueanos, y repitió las rastreadas indígenas, sus hitos, y las marcas que dan cuenta de los usos del territorio. Así lo pudimos notar con el equipo de la TV Pública desde una elevación pró-

xima a la pampa de Loncoluan en dirección al paso del Arco, con la vista al fondo del volcán Batea Mahuida. Explica Titi Ricciuto que allí "...se puede ver el permiso que hay para el cruce porque no hay un límite geográfico ni una pared que impida el paso a Chile. Es un lugar muy abierto y queda claro el concepto de pasaje".



Diego Petroff y equipo de la TV Pública, 22 de noviembre de 2014

Ahora sí, logramos recomponer el mapa completo del itinerario de los ingenieros por la región de Aluminé desde que ingresaron por Sainucó, una ruta que coinci-

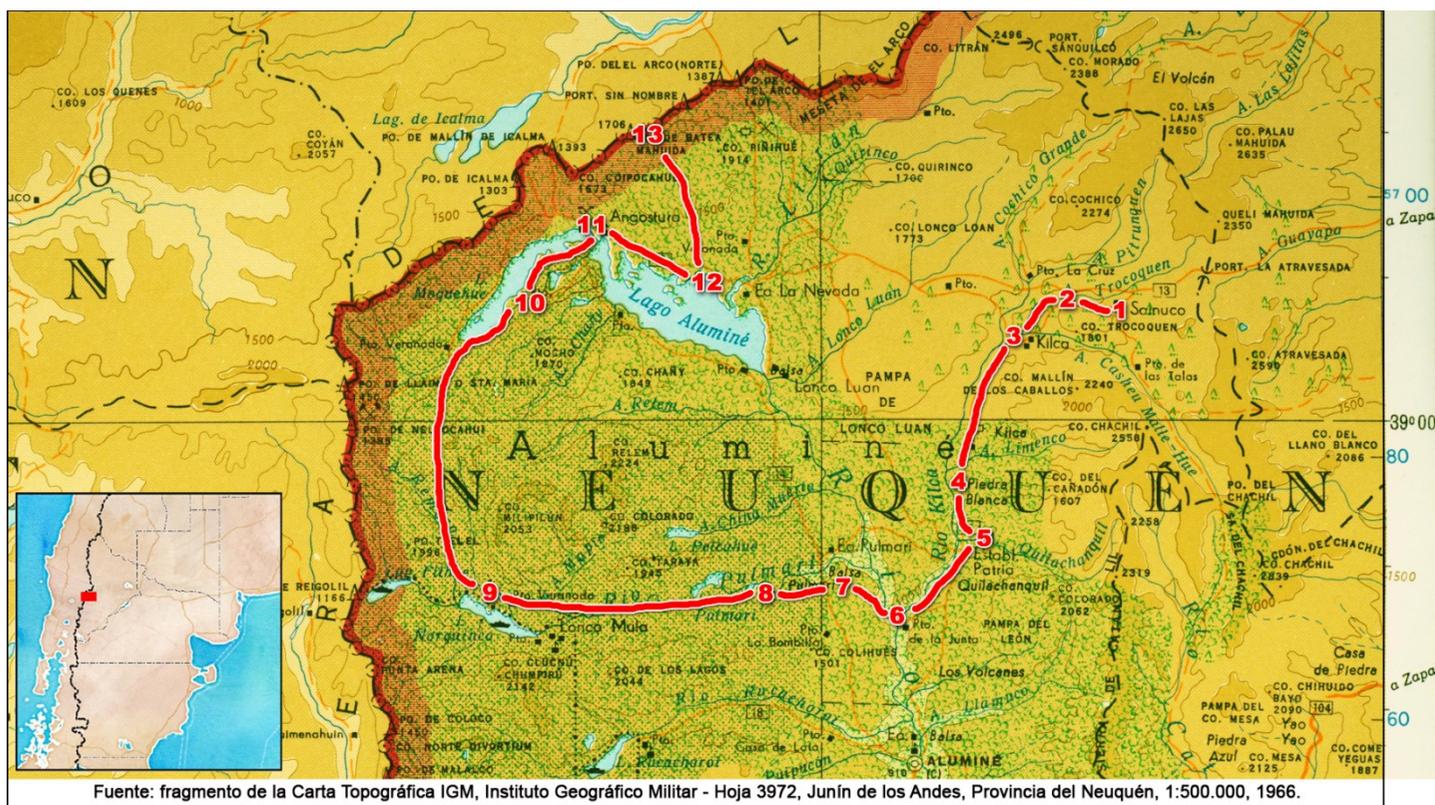
de con la secuencia del segundo tomo del álbum de fotografías. La abundancia de topónimos mapuches que perduran en la carta del Instituto Geográfico Militar (1966) sobre la que imprimimos el recorrido, y que coinciden con las anotaciones de los epígrafes de las fotos muestra, una vez más, que los expedicionarios dispusieron de los mejores baqueanos, personas que participaban de la trama social que padece la guerra, y que la memoria de estos parajes, sus nombres y sus usos, se ha sostenido en el tiempo.

A modo de conclusión

A través del viaje por la región de Aluminé, y la identificación de las fotografías de Encina y Moreno, propuse

una descripción de algunos aspectos de las campañas de ocupación del territorio patagónico concebidas como una guerra contra la población, aportando espesor a la comprensión de las lógicas militares y científicas sobre el terreno, y como éstas entraron en conflicto, negociación y combinación con los modos de habitar y resistir de los indígenas.

Al combinar fotos, mapas, fuentes y memorias, la toponimia mapuche adquiere la dimensión de un archivo histórico territorial, un saber sobre lo que hay y lo que hubo, tanto en términos de recursos como en la apropiación social. Un archivo de la dimensión espacial que se combina con la onomástica indígena como dimensión temporal, principalmente los nombres de los caciques



REFERENCIAS: 1- Paso de Sainuco, 2- Cascada de Trocofquen, 3- Kilca, 4- Cayapel Mahuida, 5- Cercanías toldo Millaman, 6- Confluencia Kilca-Aluminé, 7- Pulmari, 8- Metrenque, 9- Lago Nompheuen, 10- Lago Moquehue, 11- Paso de Huenuco, 12- Lago Aluminé, 13- Batea Mahuida

ques y sus familias, que no ha sido suprimido por la cronología ni la cartografía estatal, que también se nutre del archivo toponímico para conocer y representar el territorio y sus cambios. Dentro de esta dinámica socio-espacial que representan los mapas, los caminos juegan un rol principal, y se puede entender mejor por qué los expedicionarios iban de un punto a otro, buscando controlarlos. La territorialidad mapuche, y más en general la neuquina o regional, han sido profundamente intervenidas, alteradas por las transformaciones de la dominación privada y estatal. Ejercicios como el realizado, y las memorias activas, muestran que el patrimonio histórico, y el conocimiento del paisaje y sus capas de historicidad son recursos documentales de primer orden para las *lof*, y las poblaciones regionales que conviven con éstas, tanto en el marco de las disputas por las recuperaciones como en la gestión ambiental, turística y política de los territorios.

La observación de las fotografías tomadas en 1883, la confrontación con los mismos paisajes y las personas que los habitan en la actualidad, la cartografía, los partes militares, y la correspondencia escrita por los caciques permitieron dar cuenta de una visión de la historia más compleja, los protagonistas y los sucesos vinculados a las campañas. El cruce entre diferentes tipos de fuentes posibilitó conocer la dimensión cotidiana de los enfrentamientos, y la experiencia social que significó la guerra sobre un entramado de relaciones preexistentes. Entre otras constataciones, los movimientos sobre el territorio resultaron exitosos para el ejército porque combinaron la represión con la subordinación de mediadores y jefes indígenas. Esto facilitó el avance y el acceso de las tropas nacionales en un contexto de violencia como nunca antes se había vivido, que hizo de la destrucción de viviendas, cautiverios y traslados masivos, una evidencia que quedó registrada en las fotografías. Esta realidad cuestiona la idea de la conquista militar como un evento único, al modo de una campaña napoleónica, para dar una perspectiva más prolongada de los acontecimientos bélicos que se registran antes,

durante y después de las expediciones encabezadas por Roca y sus lugartenientes, y que requirieron de nuevas formas hegemónicas de imponer soberanía.

¹ Vezub, Julio E., *Indios y soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la "Conquista del Desierto"*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2002.

² Esta cobertura parcial es advertida en el trabajo más sistemático que se conoce al momento sobre las fotografías de Encina y Moreno, las distintas ediciones o versiones del álbum, y la documentación asociada como los expedientes de contratación, cartografía, y diligencia de la mensura. Reproducimos el artículo pionero de Juan Mario Raone en este mismo volumen, publicado originalmente en 1977.

³ Carignano, Valentín, Desteffaniz, Carolina, et al., *Historias de Aluminé: Voces de nuestra tierra*, Neuquén, EDUCO – Universidad Nacional del Comahue, 2016.

⁴ Gilles, John, *The Western Front: Then and Now – From Mons to the Marne and Back (After the Battle)*, London, Battle of Britain Prints International, 1992.

⁵ Otro antecedente directo del vínculo entre un registro fotográfico y las marcas del paisaje, en este caso desde una perspectiva artística y de comprensión estética, es la serie *NECAH 1879 (no entregar Carhué al huinca)*, del fotógrafo RES (Raúl Stolkner), cuya selección está disponible en <http://www.resh.com.ar/necah/galeria.htm>. El artista confrontó y reprodujo las escenas de Antonio Pozzo durante la campaña al Río Negro de 1879, según su punto de vista, y los cambios actuales. Al respecto pueden leerse los comentarios de Verónica Tell a la muestra del Museo de Bellas Artes de Buenos Aires: <https://www.bellasartes.gob.ar/coleccion/obra/11794-24-15#!>

⁶ En la historiografía argentina reciente, puede verse la potencialidad analítica de preguntarse por las condiciones materiales de las tropas para la comprensión del fenómeno mayor, y el día a día del soldado a través de una pluralidad de fuentes en el trabajo de Alejandro Rabinovich, *Ser soldado en las guerras de independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824*, Buenos Aires, Sudamericana. Tal como recoge Lorenz de Keegan, uno de los “descubridores” de la historia de la guerra como fenómeno sociocultural, el participante de una batalla comprende la guerra desde el microcosmos de su posición de trinchera. Mucho de estos aspectos de la cotidianeidad excepcional fueron iluminados por la cámara de Morelli, el fotógrafo de la compañía de los ingenieros Encina y Moreno. Véase Lorenz, Federico, “Introducción. Las guerras en la historia”, en Federico Lorenz (comp.), *Guerras de la*

historia argentina, Buenos Aires, Ariel, 2015; y Keegan, John, *Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1995.

⁷ Bocco, Gerardo, Urquijo Pedro, “Geografía ambiental: reflexiones teóricas y práctica institucional”, *Región y sociedad*, año XXV, n° 26, 2013; Urquijo Pedro, “El paisaje como concepto geográfico histórico y ambiental”, en Susana Barrera L. y Julieth Monroy H. (eds.), *Perspectivas sobre el paisaje*, Bogotá, Jardín Botánico José Celestino Mutis y Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

⁸ Knowles, Anne Kelly, “What Could Lee See at Gettysburg?”, Knowles, A. K. (Ed.), *Placing History. How Maps, Spatial Data, and GIS Are Changing Historical Scholarship*, Redlands, California, ESRI Press, 2008.

⁹ Bello, Álvaro, *Nampülkafe: El viaje de los mapuche de la Araucanía a las pampas argentinas*, Temuco, Ediciones Universidad Católica de Temuco, 2011.

¹⁰ Coña, Pascual, *Testimonio de un cacique mapuche*, Santiago, Pehuén, 1995.

¹¹ Comunica el comandante Ortega a Villegas: “El 28 del mismo, a la una de la mañana, después de pasar el río Aluminé, sin perder ni un hombre, a pesar de lo muy crecido que este río se encontraba y que su corriente es de una fuerza poderosa, llegué a Melun, punto donde se encontraba Millaman, y antes del tiempo en que él me aguardaba. Este capitanejo se me presentó sin vacilar, con sesenta y un indios de chusma y veintisiete de lanza, que inmediatamente fueron incorporados a la columna donde prestaron servicios de grande importancia, a consecuencia del conocimiento tan completo que tienen de esas regiones”. Ministerio de Guerra y Marina, *Campaña al Sur de la Patagonia año 1883. Partes detallados y Diario de la expedición*, Buenos Aires, Eudeba, [1883] (1978). p. 145. Para una historia detallada del personaje puede leerse Escolar, Diego, Vezub, Julio E., “¿Quién mató a Millaman? Venganzas y guerra de ocupación nacional del Neuquén, 1882-3”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2013. URL: <http://nuevomundo.revues.org/65744>

¹² Archivo General de la Nación, VII, legajo 723 “Ángel Justiniano Carranza”, f. 391.

¹³ Carignano, Desteffaniz, et al., *Historias de Aluminé...*, cit., p. 68.

¹⁴ Blanco, Graciela, “El proceso de apropiación privada de las tierras en el Área Andina: Departamento Aluminé”, Informe de Avance Beca

de Iniciación para Graduados, Universidad Nacional del Comahue, 1993. Ms. Esta información fue recopilada, y nuevamente puesta en relación por la Comisión del Centenario de la Municipalidad de Aluminé (Carignano, Desteffaniz, et al., *Historias de Aluminé...*, cit.).

¹⁵ Arias, Pablo, “Nosotros vamos a dibujar nuestro propio espacio territorial. Reapropiación del territorio y apropiación de la Cartografía en la Zonal Pewence”, *Corpus*, vol. 2, n° 1, 2012. URL: <http://corpusarchivos.revues.org/109>; Papazian, Alexis, “El Espíritu de la Ley en la conformación de la Corporación Interestadual Pulmarí”, III Jornadas de Historia de la Patagonia, Bariloche, 6 al 8 de noviembre de 2008; Carignano, Desteffaniz, et al., *Historias de Aluminé...*, cit.

¹⁶ Victorica, Benjamín, *Memoria del Ministerio de Guerra y Marina*, 1883, tomo I, Buenos Aires, pp. 244-245. Citado en Moyano, Adrián, “Los tres combates de Pulmarí”, II Jornadas de Historia de la Patagonia, Cipolletti y Gral. Roca, 2 al 4 de noviembre de 2006.

¹⁷ Un comandante de infantería soviético en Afganistán se refiere a la escasez de grandes combates como característica de la guerra de guerrillas. Si bien no resulta novedosa, la referencia me interesó por tratarse de otra guerra colonial contra pastores trashumantes, completamente asimétrica, que fue librada por fuera del campo de batalla tradicional, cien años después de la expansión nacional en la Patagonia. Svetlana Alexiévich, *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán*, Buenos Aires, Debate, 2016, p. 117.

¹⁸ Sobre los modos en que los acontecimientos traumáticos del pasado son significados y actualizados por las diferentes memorias, y ejercicios de recordación en los procesos de familiarización, puede leerse el libro de Ana Ramos, *Los pliegues del linaje. Memorias y políticas mapuches-tehuelches en contextos de desplazamiento*, Buenos Aires, Eudeba, 2010

¹⁹ Augusta, Félix José de, *Diccionario Mapuche - Español*, dos tomos, Santiago de Chile, Ediciones Séneca, 1992.

²⁰ Criado Boado, Felipe, Villoch Vázquez, Victoria, “La Monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalitismo de la sierra de Barbanza (Galicia)”, *Trabajos de prehistoria*, vol. 55, n° 1, 1998; Dillehay, Tom, *Monumentos, Imperios y Resistencia en los Andes. El Sistema de Gobierno Mapuche y las Narrativas Rituales*, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, 2011.

JULIO ESTEBAN VEZUB

Julio Esteban Vezub es Doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (2005), investigador independiente del CONICET, y vicedirector del Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas en el Centro Nacional Patagónico de Puerto Madryn. Es profesor titular de Historia Argentina II (1852-1930) en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, sede Trelew, docente y miembro del Consejo Académico de la Maestría en Desarrollo Territorial de la Universidad Tecnológica Nacional, Facultad Regional Chubut. La historia indígena, las guerras de expansión, y el proceso de colonización y formación de los estados nacionales en el sur de Argentina y Chile durante los siglos XIX y XX son su campo de investigación. Participa en iniciativas museográficas y de valoración de colecciones junto con universidades, archivos y museos argentinos, latinoamericanos y europeos. Entre sus publicaciones se destacan dos libros, *Indios y soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la "Conquista del Desierto"* (El Elefante Blanco, 2002), y *Valentín Saygüequé y la Gobernación Indígena de las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia Septentrional (1861-1881)* (Prometeo Libros, 2009), que ha recibido una Mención Especial del Jurado en el Premio Nacional de Ensayo Histórico otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación (2013).



ANEXO I

EXPEDICIÓN AL RIO NEGRO ABRIL A JULIO DE 1879

**Vistas tomadas por Antonio Pozzo acompañando el cuartel general del
Ministro de la Guerra y Jefe del ejército de operaciones, General D. Julio A. Roca**



REPÚBLICA ARGENTINA

EXPEDICIÓN AL RÍO NEGRO

ABRIL A JULIO DE 1879

JULIO 17 1901



REPÚBLICA ARGENTINA

EXPEDICIÓN AL RÍO NEGRO

ABRIL Á JULIO DE 1879

Vistas tomadas por Antonio Pozzo, acompañando el cuartel general del Ministro de la Guerra y Jefe del ejército de operaciones, General D. Julio A. Roca



LISTA DE LAS VISTAS DEL RÍO NEGRO

- | | |
|---|---|
| 1. Jefe de la expedición General Roca y Estado Mayor General. | 28. Los Médanos de Salinas Grandes — Campamento del 2 de Línea. |
| 2. Grupo de Jefes — Roca, Winter, Villegas y García. | 29. "Los Médanos" — Campamento del 6 Línea. |
| 3. Fortín "General Lavalle". | 30. "Chico Movida". |
| 4. Fortín "Salado". | 31. Choele-Choele — Punta de abajo. |
| 5. Grupo de Oficiales. | 32. Campamento en marcha. |
| 6. Fortín "Sauce Corto" y Oficina del Telégrafo. | 33. Fortín "Sauce Corto". |
| 7. Carhué, Casa del Coronel Nicolás Levalle. | 34. Choele-Choele — Campamento del Comandante García. |
| 8. Carhué, Fortín "Mangrullo". | 35. Choele-Choele — Doctrina por el Rev. Sr. Espinosa, hoy Arzobispo. |
| 9. Carhué, Maestranza — Laguna Carhué. | 36. Choele-Choele — Tedeum. |
| 10. Carhué, Mayoría. | 37. Choele-Choele — Formación de Cuarteles. |
| 11. Carhué, Pueblo — Bis-Pueblo. | 38. Convoy del Ejército en marcha — Mujeres de los soldados. |
| 12. Puán, Grupo de Jefes en el Cuartel. | 39. Construcción de Cuarteles-Bis — Construcción del Pueblo Avellaneda. |
| 13. Puán, Vista general del Cuartel. | 40. La confluencia de los ríos Limay y Neuquén. |
| 14. Puán, Cuartel y Calle Comercio — Sierra Curamalal. | 41. Día de la Correspondencia. |
| 15. Puán, Coraceros en el Cuartel. | 42. El Chichinal. |
| 16. "La Tórtola" — Campamento. | 43. El Chichinal. |
| 17. Fuerte Argentino — Campamento Nueva Roma. | 44. Nido del Aguila — Chichinal. |
| 18. "Rincón Grande" — Misa de Campaña. | 45. El Chichinal punta de Abajo. |
| 19. "Paso Alsina". | 46. Los Indios de Linares — En el Chichinal. |
| 20. "Fuerte Argentino". | 47. "Chimpay". |
| 21. Nueva Roma. | 48. El ejército marchando en columna. |
| 22. Artillería de Villegas, después del "Paso Alsina". | 49. Carmen de Patagones, con el Vapor Triunfo. |
| 23. "Hábrá de Catriel". | 50. Carmen de Patagones — El puerto con el Vapor "Santa Rosa". |
| 24. Artillería en la picada "24 de Mayo". | 51. Carmen de Patagones — Ciudad con el Arco de Triunfo. |
| 25. La picada "24 de Mayo". | 52. Carmen de Patagones — Sierra "La Caballada". |
| 26. "Las Escaleras". | 53. Plaza y fuerte de Carmen de Patagones. |



Foto 1:
Jefe de la expedición General Roca y Estado Mayor General



Foto 2:
Grupo de Jefes - Roca, Winter, Villegas y García



Foto 3:
Fortín "General Lavalle"



Foto 4:
Fortín "Salado"



Foto 5:
Grupo de Oficiales



Foto 6:
Fortín "Sauce Corto" y Oficina de Telégrafo



Foto 7:
Carhué, Casa del Coronel Nicolás Levalle



Foto 8:
Carhué, Fortín "Mangrullo"



Foto 9:
Carhué, Maestranza – Laguna Carhué



Foto 10:
Carhué, Mayoría



Foto 11a:
Carhué, Pueblo



Foto 11b:
Carhué, Pueblo



Foto 12:
Puán, Grupo de Jefes en el Cuartel



Foto 13:
Puán, Vista General del Cuartel



Foto 14:
Puán, Cuartel y Calle Comercio – Sierra Curamalal



Foto 15:
Coraceros en el Cuartel



Foto 16:
"La Tórtola" - Campamento



Foto 17:
Fuerte Argentino - Campamento Nueva Roma



Foto 18:
"Rincón Grande" – Misa de Campaña



Foto 19:
"Paso Alsina"



Foto 20:
"Paso Alsina"



Foto 21:
"Fuerte Argentino"



Foto 22:
Nueva Roma



Foto 23:
Artilería de Villegas, después del "Paso Alsina"



Foto 24:
"Hábrá de Catriel"



Foto 25:
Artillería en la picada "24 de Mayo"



Foto 26:
La picada "24 de Mayo"



Foto 27:
"Las Escaleras"



Foto 28:
Los Médanos de Salinas Grandes -
Campamento del 2 de Línea



Foto 29:
"Los Médanos" - Campamento del 6 Línea



Foto 30a:
"Chico Moviada"



Foto 30b:
"Chico Moviada"



Foto 31:
Choele-Choel – Punta de abajo



Foto 32:
Campamento en marcha



Foto 33:
Fortín "Sauce Corto"



Foto 34:
Choele-Choel - Campamento del Comandante García



Foto 35:
Choele-Choel - Doctrina por el Rev. Sr. Espinoza,
hoy Arzobispo



Foto 36:
Choele-Choel - Tedeum



Foto 37:
Choele-Choel – Formación de Cuarteles



Foto 38:
Convoy del Ejército en marcha – Mujeres de soldados



Foto 39:
Construcción de Cuarteles-Bis -
Construcción del Pueblo Avellaneda



Foto 40:
La confluencia de los ríos Limay y neuquén



Foto 41:
Día de la Correspondencia



Foto 42:
El Chichinal



Foto 43:
El Chichinal



Foto 44:
Nido del Águila - Chichinal



Foto 45:
El Chichinal punta de Abajo



Foto 46:
Los Indios de Linares - En el Chichinal



Foto 47:
"Chimpay"



Foto 48:
El ejército marchando en columna



Foto 49:
Carmen de Patagones, con el Vapor Triunfo



Foto 50:
Carmen de Patagones - El puerto con el Vapor "Santa Rosa"



Foto 51:
Carmen de Patagones – Ciudad con el Arco de Triunfo



Foto 52:
Carmen de Patagones – Sierra “La Caballada”



Foto 53:
Plaza y fuerte de Carmen de Patagones



ANEXO II

ÁLBUM DE VISTAS EXPEDICIÓN AL RIO NEGRO ABRIL A JULIO DE 1879

**Vistas tomadas por Antonio Pozzo acompañando el cuartel general del
Ministro de la Guerra y Jefe del ejército de operaciones, General D. Julio A. Roca**

ALBUM DE VISTAS



EXPEDICION AL RIO NEGRO

ABRIL A JULIO 1879



Foto 1:
Río Colorado Escalera

Río Colorado Escalera



Foto 2:
Plaza y Comandancia de Puán

PLAZA Y COMANDANCIA DE PUÁN



Foto 3:
Fortín Lavalle



Foto 4:
Puan, vista del Cerro Corromalan



Foto 5:
Isla de Choele-choel, Punta de Abajo



Foto 6:
Río Colorado. Frente a Choyque-Mahuida,
y Codo de Chiclana



Foto 7:
Vista General del Pueblo y Laguna de Puan



Foto 8:
Los médanos de Salinas Chicas

Foto 9:
Fortín Salado



Foto 10:
Carhué Comercio





Foto 11
Fuerte Argentino



Foto 12
Choele-choel Campamento Coronel Villegas



Foto 13:
Patagones vista de la Sierra de la Caballada



Foto 14:
Salinas Chicas, vista de la Laguna Salada



Foto 15:
Cerca del Nauquen



Foto 16:
Carhué Casa del Coronel Levalle



Foto 17:
Choele-Choel, primeros fundamentos de la nueva población
Campo de la Brigada de Puan



Foto 18:
Choele-Choel, primeros fundamentos de la nueva población

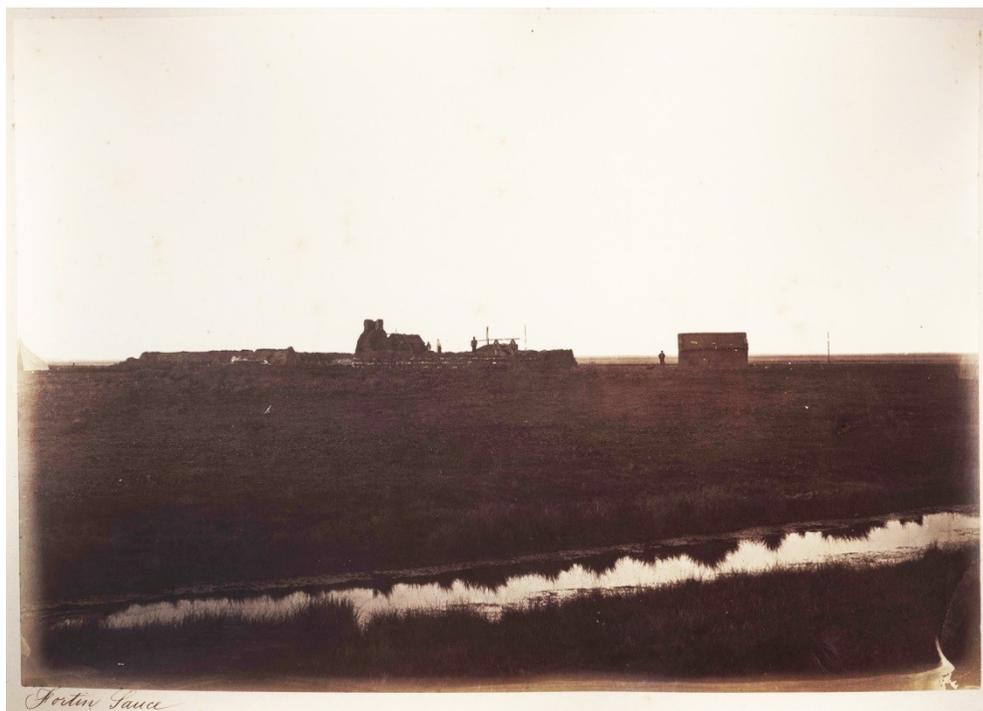


Foto 19:
Fortín Sauce



Foto 20:
Río Negro. Sierra del Chi-Chinal



Foto 21:
Fortín Salado



Foto 22:
Choele-Choel Indios de Linares



Foto 23:
Primer campamento al sud del Colorado,
Campo del 2 de Línea



Foto 24:
Carhué. Toldería y población



Foto 25:
Chi-Chinal Camino al Nido Aguila

Chi-Chinal Camino al Nido Aguila



Foto 26:
Bebida en el Colorado

BEBIDA EN EL COLORADO



Foto 27:
Carhué, alojamiento del General Roca y su Estado Mayor,
en la Comandancia



Foto 28:
Patagones, Calle General Roca y Arco



Foto 29:
Ribera del Colorado, Abra de Catriel



Anexo II. Álbum de Vistas. Expedición al Río Negro. Abril a Julio de 1879. Antonio Pozzo

ANEXO III

**VISTAS FOTOGRÁFICAS
DEL TERRITORIO NACIONAL
DEL LIMAY Y NEUQUEN**

TOMO I - 1883

ENCINA, MORENO Y CIA.



AL EXMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

TENIENTE GENERAL
D. JULIO A. ROCA

1883

ENCINA, MORENO Y CIA

TERRITORIO NACIONAL

del

Neuquen y Limay

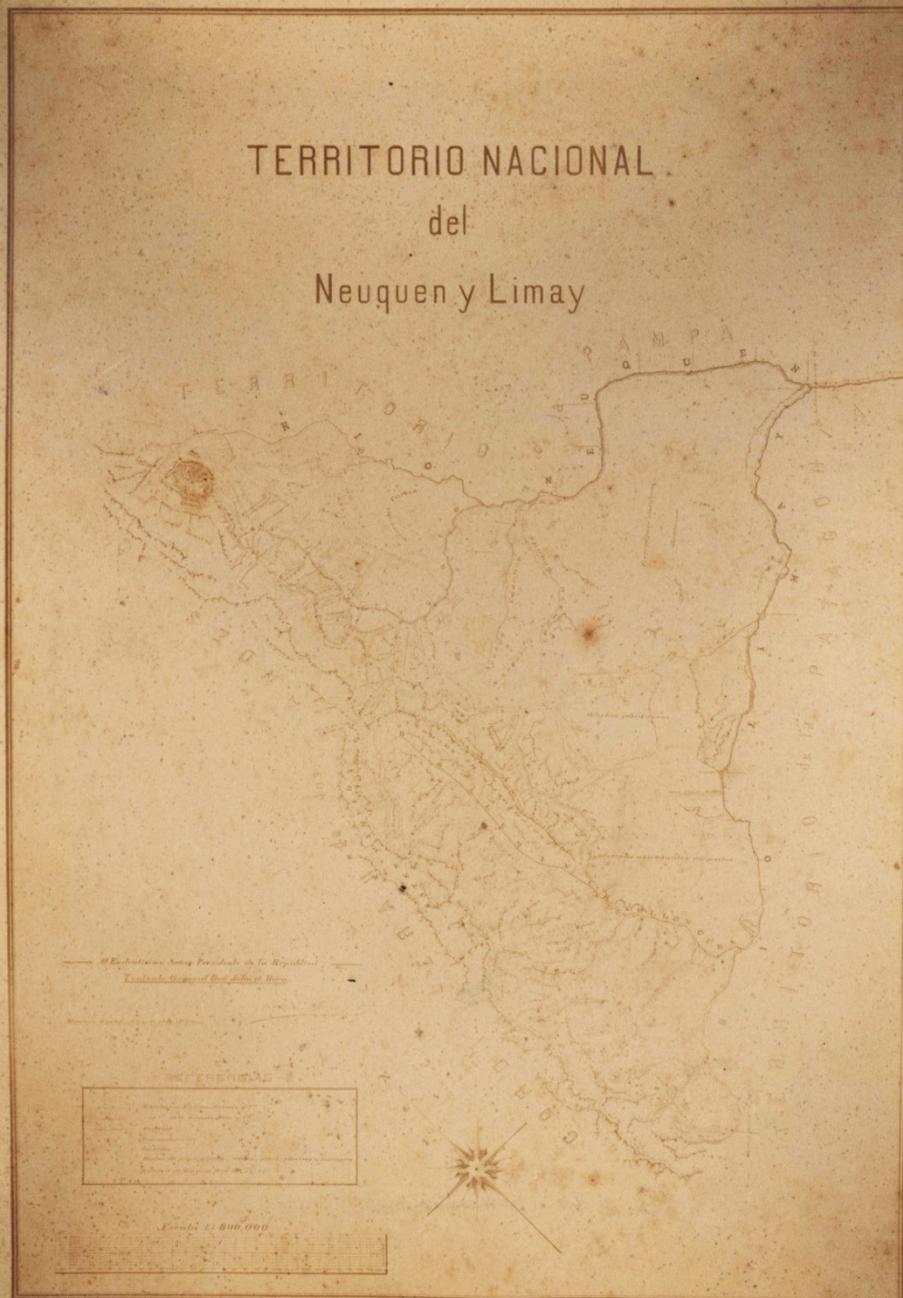


Foto 1:
Puerto y Muelle del Carmen de Patagones



Foto 2:
Vista General de Patagones





Foto 3:
Vista del Puerto de Patagones



Foto 4:
Edificio de la Capitanía del Puerto en Patagones



Foto 5:
Acorazado Constitución



Foto 6:
Vapor Río Negro



CALLE EN EL CARMEN DE PATAGONES

Foto 7:
Calle en el Carmen de Patagones



CALLE EN PATAGONES

Foto 8:
Calle en Patagones

Foto 9:
Plaza Principal en Patagones



Foto 10:
Colegio dirigido por Hermanas de la Caridad en Patagones.
Alumnas del establecimiento





Foto 11:
Interior del colegio dirigido por Hermanas de Caridad en Patagones. Directoras y alumnas del establecimiento



Foto 12:
Interior del Colegio de los P.P. Salesianos en Patagones



Foto 13:
Vapor Neuquén

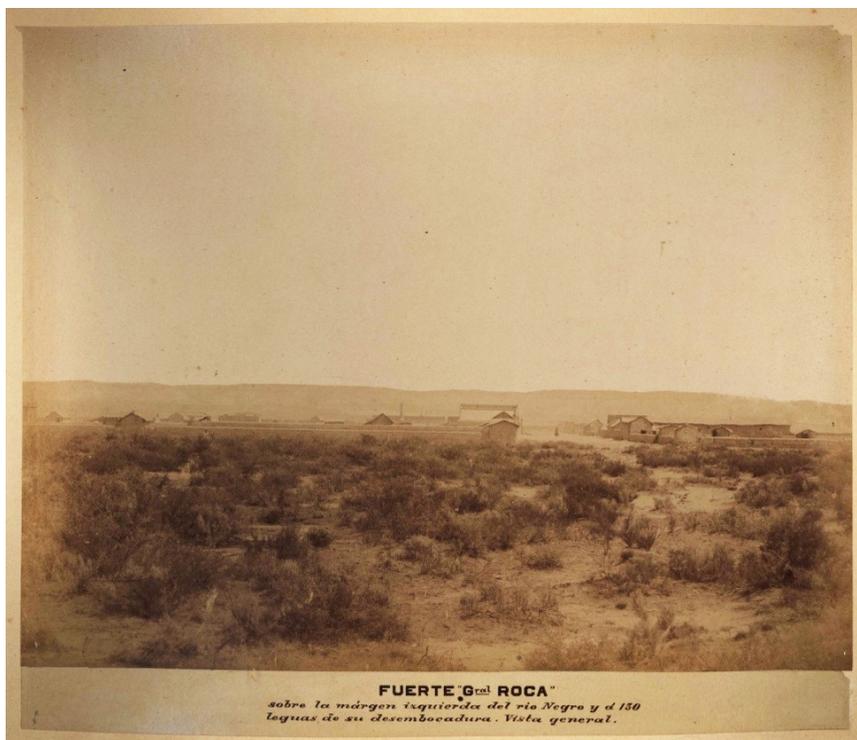


Foto 14:
Fuerte Gral. Roca



Foto 15:
Plaza Principal del Fuerte Gral. Roca



Foto 16:
Otra vista de la plaza principal del Fuerte Gral. Roca

Foto 17:
Cuartel del Regimiento Nº 5 de Caballería



Foto 18:
Calle en el Fuerte General Roca





Foto 19:
Fuerte Gral. Roca



Foto 20:
Fuerte Gral. Roca



Foto 21:
Fuerte Gral. Roca



Foto 22:
Bosque de Sauces



Foto 23:
Fortín 1ª División



Foto 24:
Colonia en 1ª División



Foto 25:
Colonia en 1ª División



Foto 26:
Colonia en 1ª División

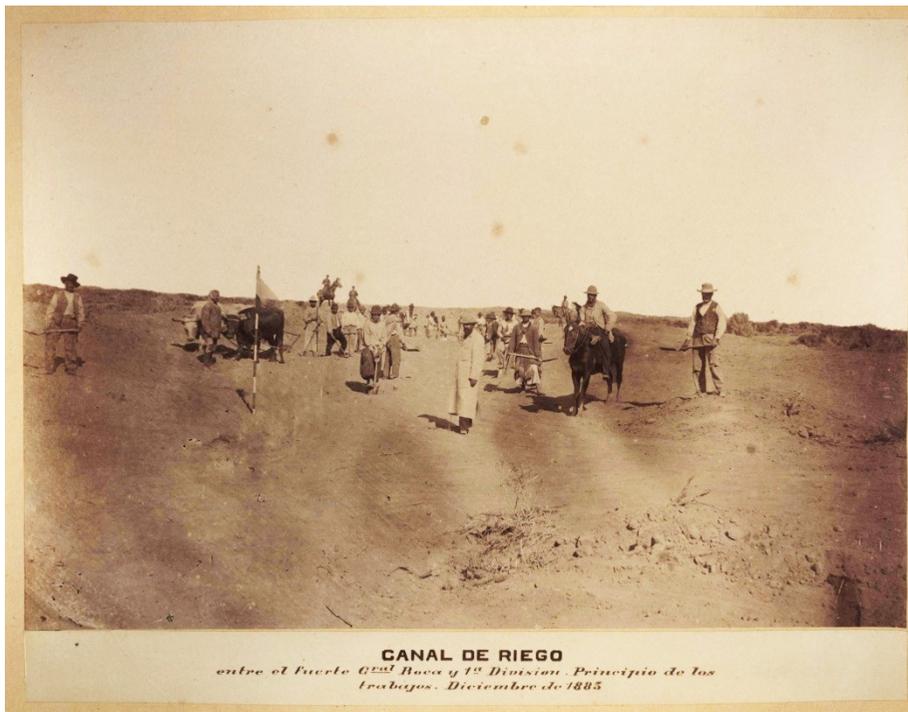


Foto 27:
Canal de riego



Foto 28:
Confluencia de los ríos Limay y Neuquén y Sierra Roca

Foto 29:
Origen del Río Negro



Foto 30:
Vapor Neuquén

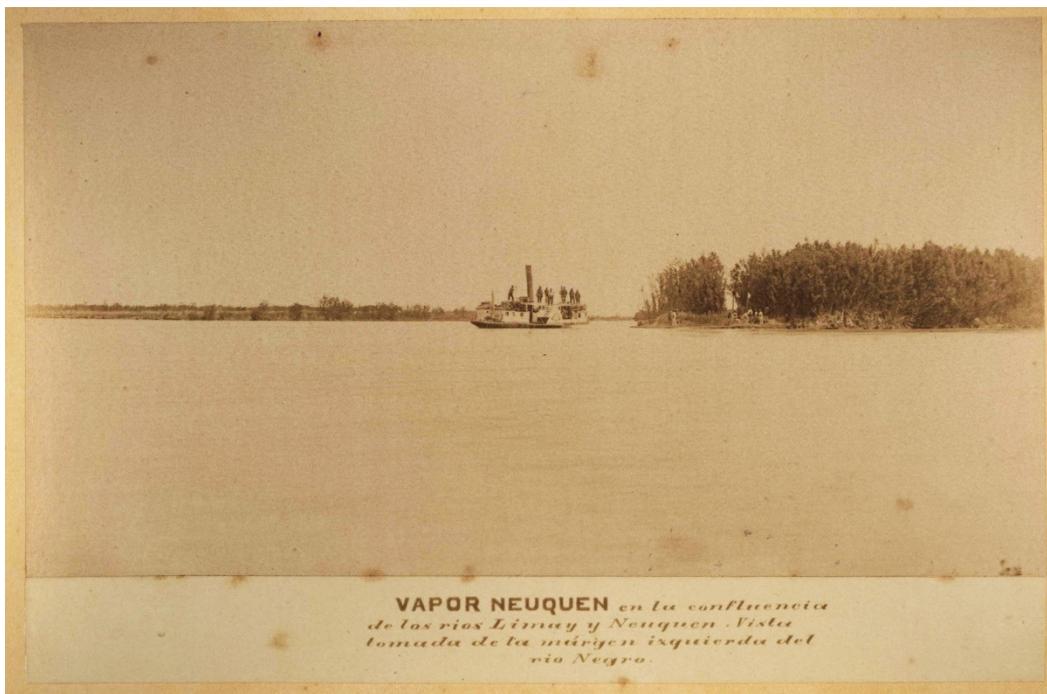




Foto 31:
Paso del Neuquén

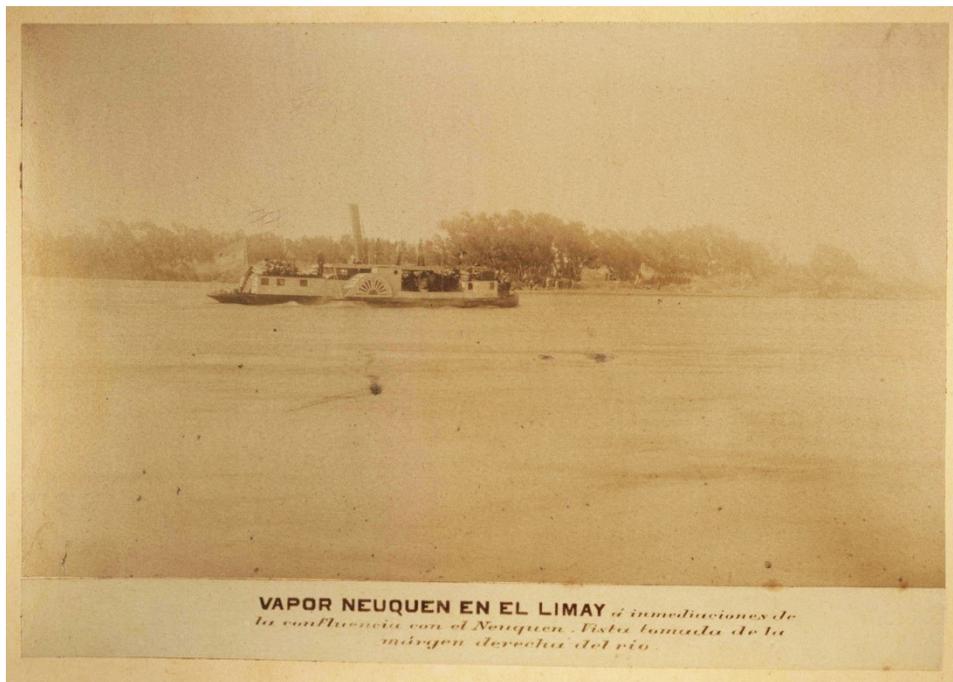


Foto 32:
Vapor Neuquén en el Limay

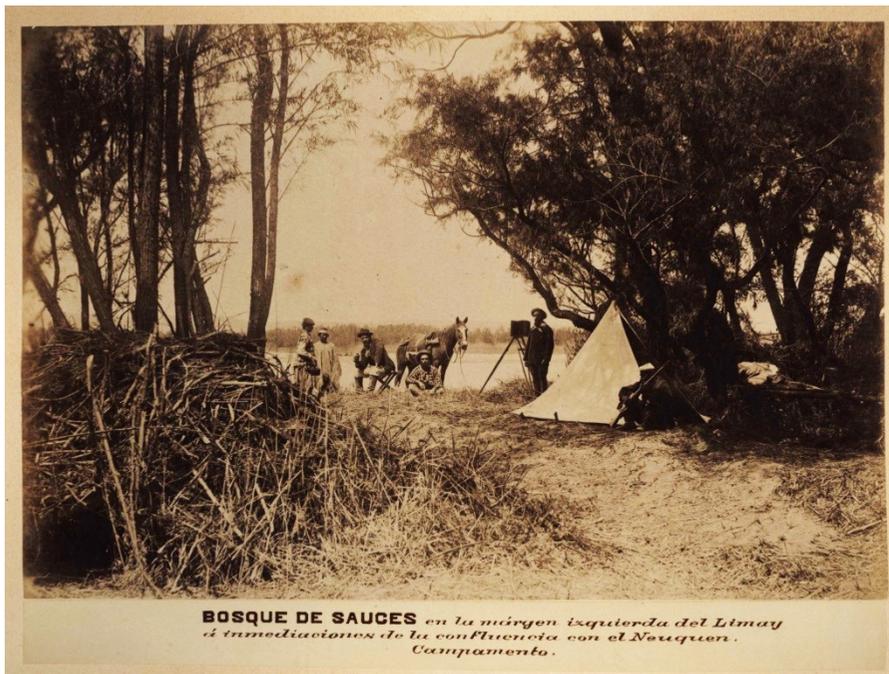


Foto 33:
Bosque de sauces



Foto 34:
Bosque de sauces



Foto 35:
Confluencia del Arroyo Picun Leufú



Foto 36:
Confluencia del Picun-Leufú con el Limay



Foto 37:
Fortín Cabo Alarcon

FORTIN CABO ALARCON situada sobre la margen
occidental del Limay en las inmediaciones de la
confluencia del río Piedra Leufé. Vista tomada
de S. al N.



Foto 38:
Fortín cabo Alarcon

FORTIN CABO ALARCON
de N-N. O. a S. S. E.



Foto 39:
Cajón del Arroyo Picun Leufú



Foto 40:
Margen derecha del Limay

Foto 41:
Continuación de la anterior



Foto 42:
Margen derecha del Limay



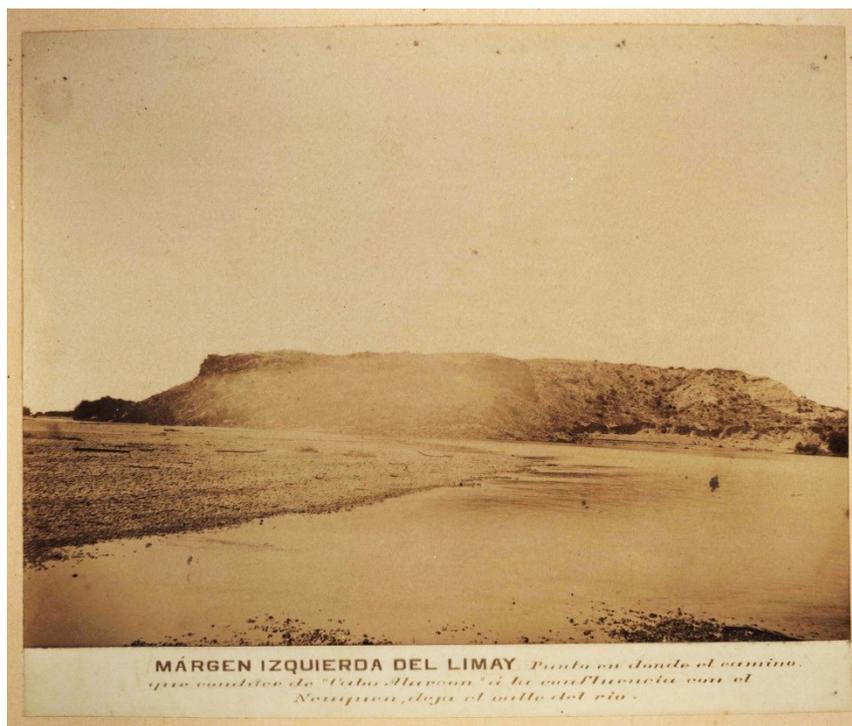


Foto 43:
Margen izquierda del Limay



Foto 44:
Río Limay y confluencia

Foto 45:
Río Limay



Foto 46:
Río Neuquén





Foto 47:
Neuquén



Foto 48:
Continuación de la anterior



Foto 49:
Fortín Tratayén

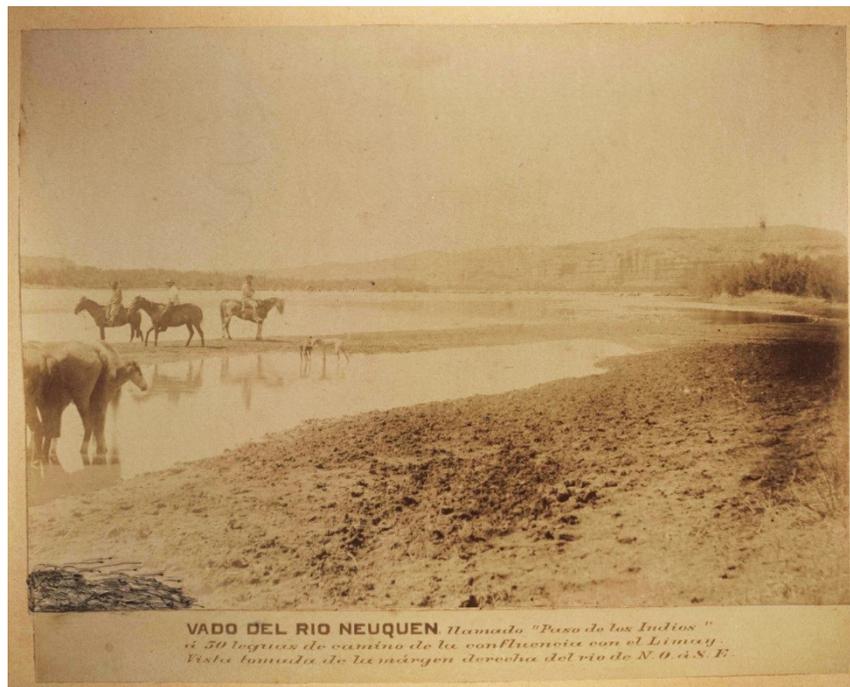


Foto 50:
Vado del Río Neuquén



Foto 51:
Fortín Paso de los Indios

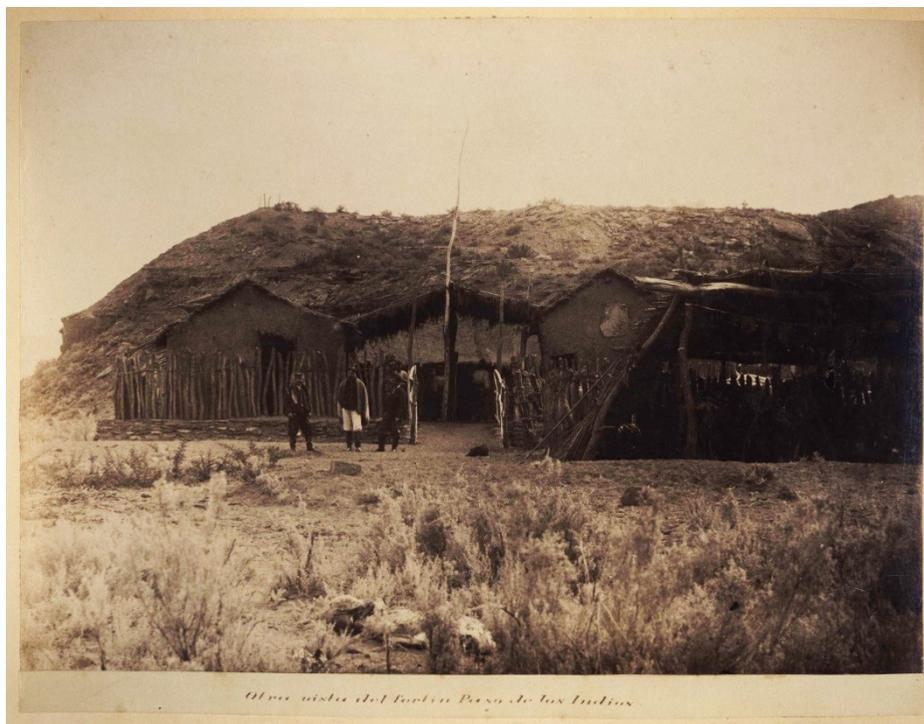


Foto 52:
Otra vista del Fortín Paso de los Indios



Foto 53:
Valle del Neuquén



Foto 54:
Continuación de la Anterior



Foto 55:
Margen derecha del Río Neuquén



Foto 56:
Continuación de la anterior

Foto 57:
Margen izquierda del Río Neuquén



Foto 58:
Vista General del Río Neuquén y su valle





Foto 59:
Margen derecha del Neuquén



Foto 60:
Fortín Covun-Co



Foto 61:
Otra mirada del Fortín Covuncó



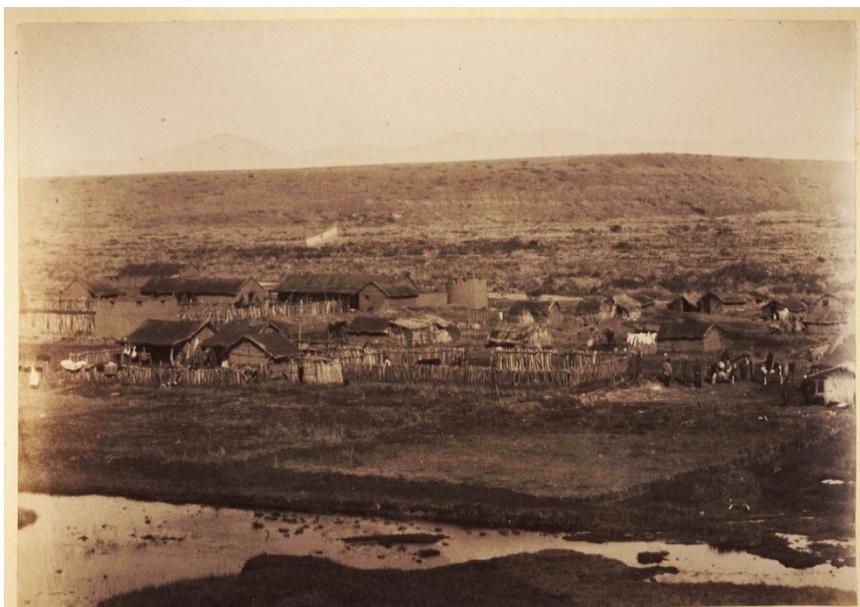
Foto 62:
Fortín Cun-Có



**CAMPAMENTO GENERAL DE LOS INGENIEROS
ENCINA MORENO Y CA**

*en la margen derecha del Arroyo y sobre su estuario
el Pichi Machal (arroyo chico). Vista tomada de E. O.*

Foto 63:
Campamento General de los Ingenieros Encina Moreno y C^a



VISTA GENERAL DEL FUERTE CODIHUE

*situado en la union de los valles de los arroyos
Heichol y Codihue con el río Agrio (afluente del
Neuquen) y á 10 leguas de la línea de Cordillera
divisoria con Chile. De Norte á Sur.*

Foto 64:
Vista general del Fuerte Codihue



Foto 65:
Vista general de Codihue



Foto 66:
Edificio de la Comandancia en Codihue



Foto 67:
Mangrullo de Codihue

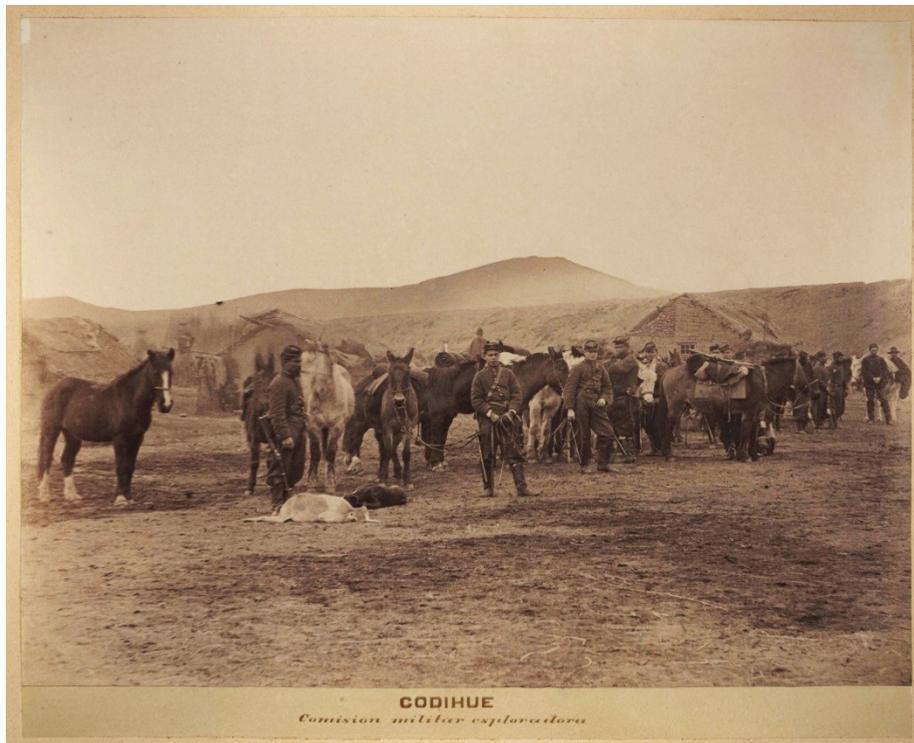


Foto 68:
Codihue



Foto 69:
Codihue. Teniente Coronel Manuel Ruibal



Foto 70:
El Comandante Ruibal llega a Codihue con el cacique
Reuque-Curá y su tribu sometidos. Mayo 6 de 1883



Foto 71:
Bautismo de los indios de Reuque-Curá después de su presentación en Codihue



Foto 72:
Bautismo de los indios de Reuque-Curá en Codihue.
Coñuene, Levi-Curá y Reuque-Curá. Mayo de 1883



Foto 73:
Bautismo de los indios de Reuque-Curá en Codihue

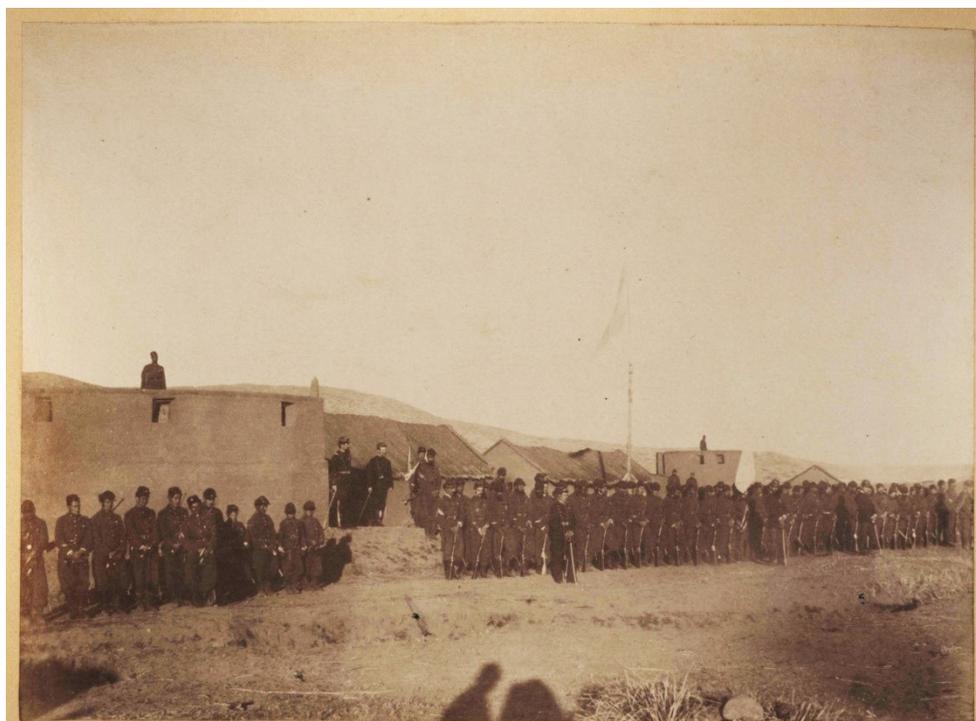


Foto 74:
Indios de Reuque-Curá en Codihue



*El comandante Ruibal y la oficialidad del Regimiento N° 11
acompañan a Reuque-Curá al ponerse en marcha para el
Puerto G.º Roca. Mayo 20 de 1883*

Foto 75:
El Comandante Ruibal y la oficialidad del regimiento N° 11
acompañan a Reuque-Curá al ponerse en marcha para el
Fuerte Gral. Roca. Mayo 20 de 1883



25 DE MAYO DE 1883 EN CODIHUE
Regimiento N° 11 en formación esperando la puesta del sol.

Foto 76:
25 de Mayo de 1883 en Codihue



Foto 77:
25 de Mayo de 1883 en Codihue



Foto 78:
Codihue



Foto 79:
Campamento de los Ingenieros Encina Moreno y C^{ia}



Foto 80:
Continuación de la anterior



Foto 81:
Aspecto de la cordillera



Foto 82:
Continuación de la anterior



Foto 83:
Continuación de las 2 anteriores

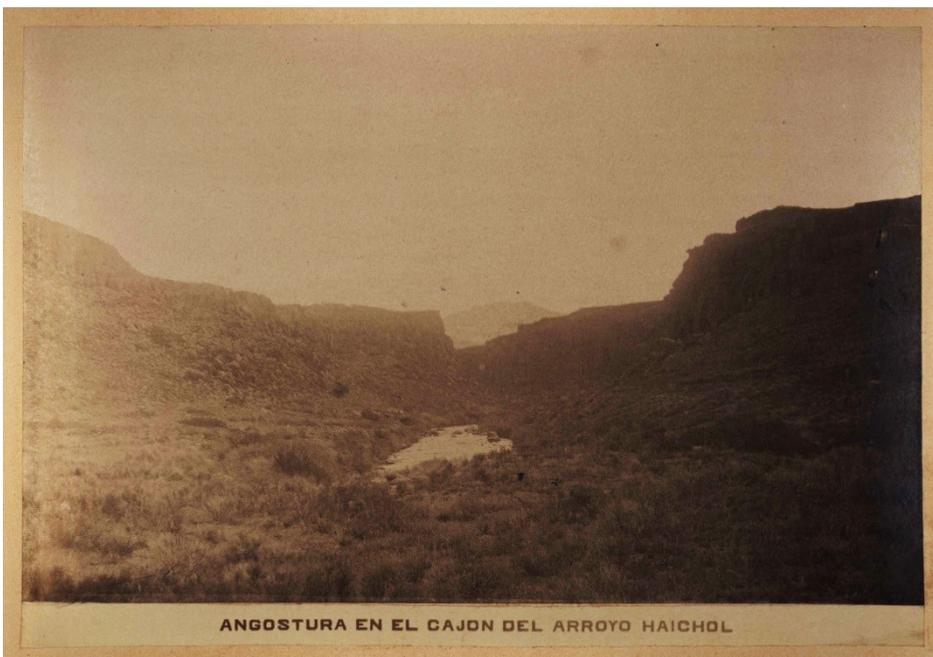


Foto 84:
Angostura en el Cajón del Arroyo Haichol



Foto 85:
Cajón del Arroyo Haichol



Foto 86:
Primeros pinos en el Cajón del Arroyo Haichol



Foto 87:
Primeros Pinos en el Cajón Haichol



Foto 88:
Aspecto en el Cajón del Haichol



Foto 89:
Cajón del Haichol



Foto 90:
Mallin

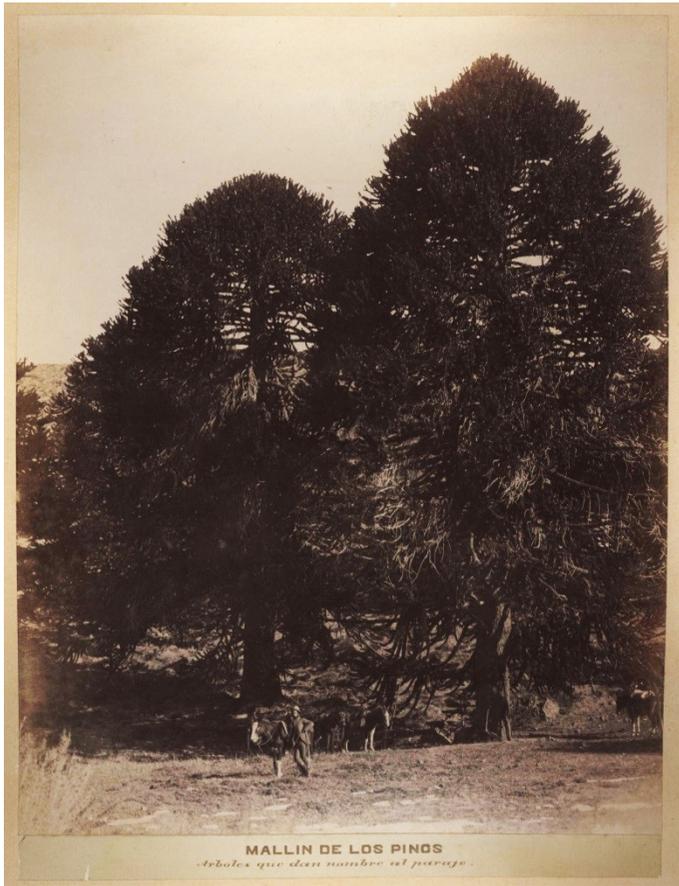


Foto 91:
Mallin de los pinos

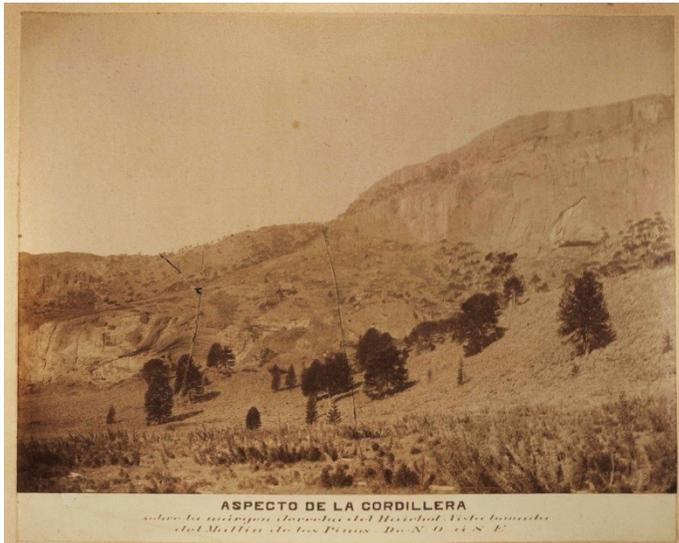


Foto 92:
Aspecto de la cordillera



Foto 93:
Cajón del Haichol

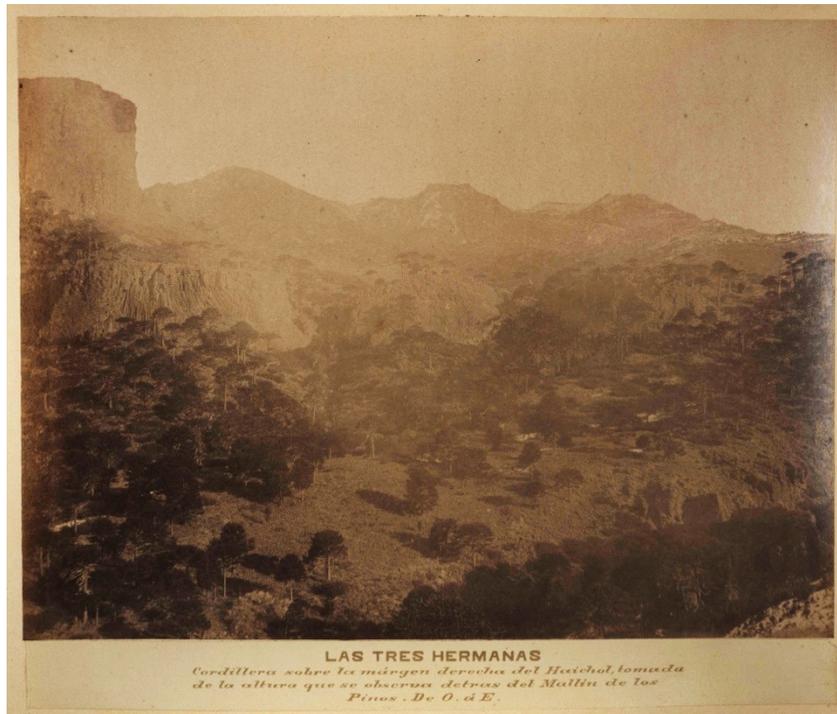


Foto 94:
Las Tres Hermanas



Foto 95:
Margen derecha del Haichol

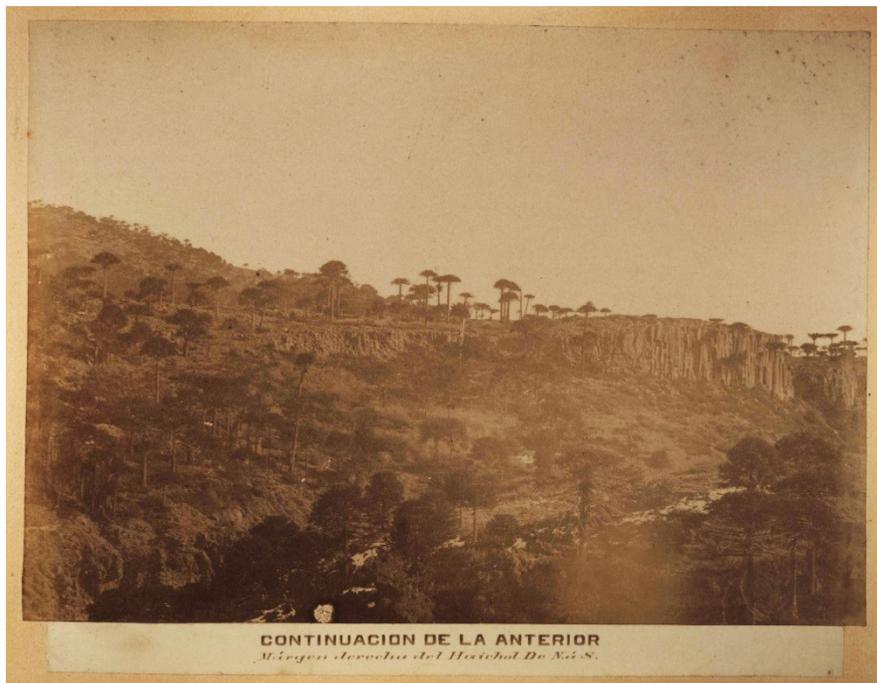


Foto 96:
Continuación de la Anterior



Foto 97:
Continuación de las 2 anteriores



Foto 98:
Aspecto de la Cordillera



Foto 99:
Cajón, Arroyo y cerro Haichol



ANEXO IV

**VISTAS FOTOGRÁFICAS
DEL TERRITORIO NACIONAL
DEL LIMAY Y NEUQUEN**

TOMO II - 1883

ENCINA, MORENO Y CIA.



AL EXMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

TENIENTE GENERAL
D. JULIO A. ROCA

1883

ENCINA, MORENO Y CIA



Foto 1:
Fortín Huerinchenque



Foto 2:
Fortín Huerinchenque

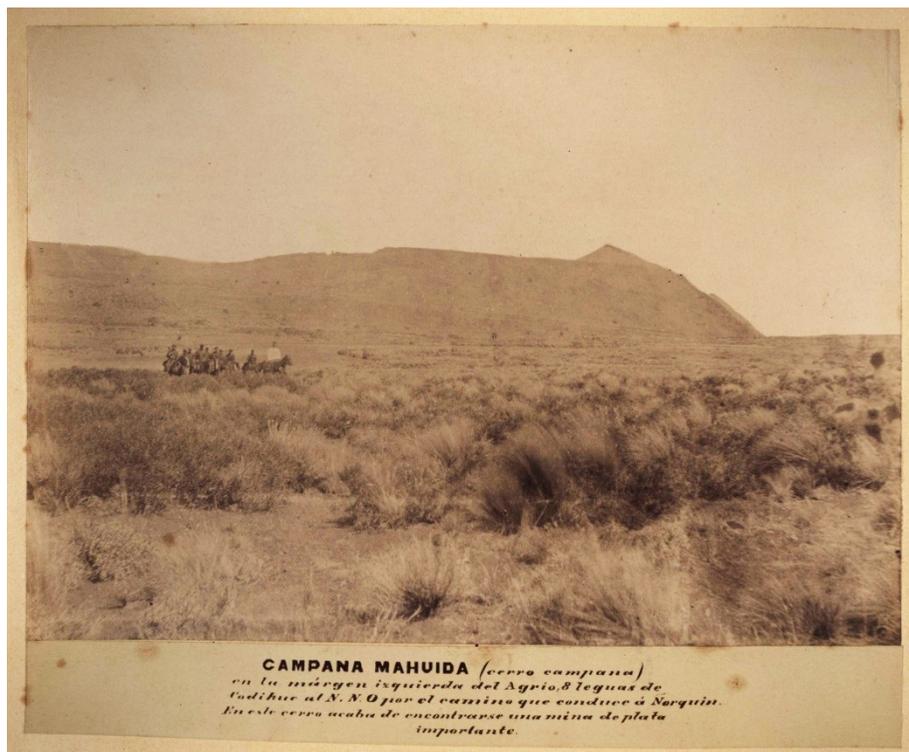


Foto 3:
Campana Mahuida



Foto 4:
Fortín Hualcupen



Foto 5:
Campamento de Ñorquin

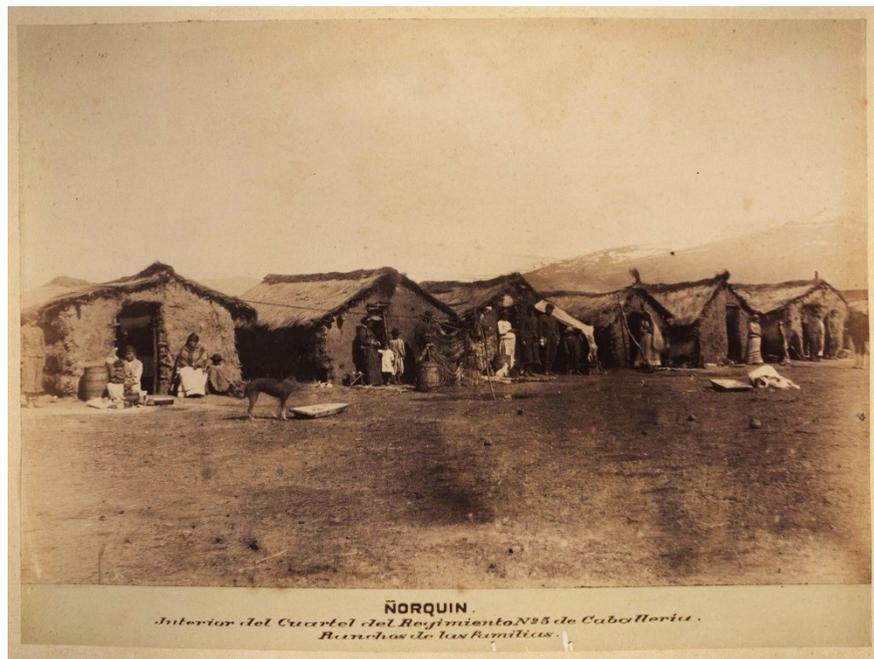


Foto 6:
Ñorquin



Foto 7:
Continuación de la anterior



Foto 8:
Ñorquin



Foto 9:
Campamento de Ñorquin

CAMPAMENTO DE ÑORQUIN.
*Casas de la oficialidad del Regimiento N° 5 de Caballería.
Vista tomada de E.-N.E. a O.-S.O.*



Foto 10:
Campamento de Ñorquin

CAMPAMENTO DE ÑORQUIN.
*Continuación de la anterior. Mayoría y Cuartel del
Regimiento N° 5 de Caballería.*

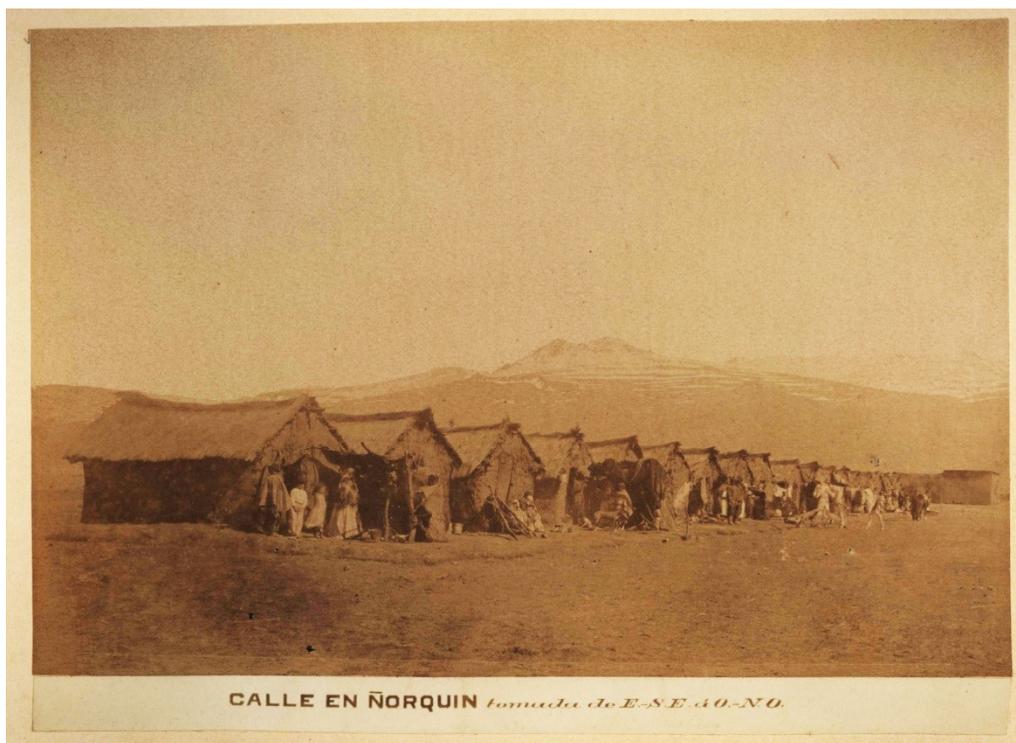


Foto 11:
Calle en Ñorquin

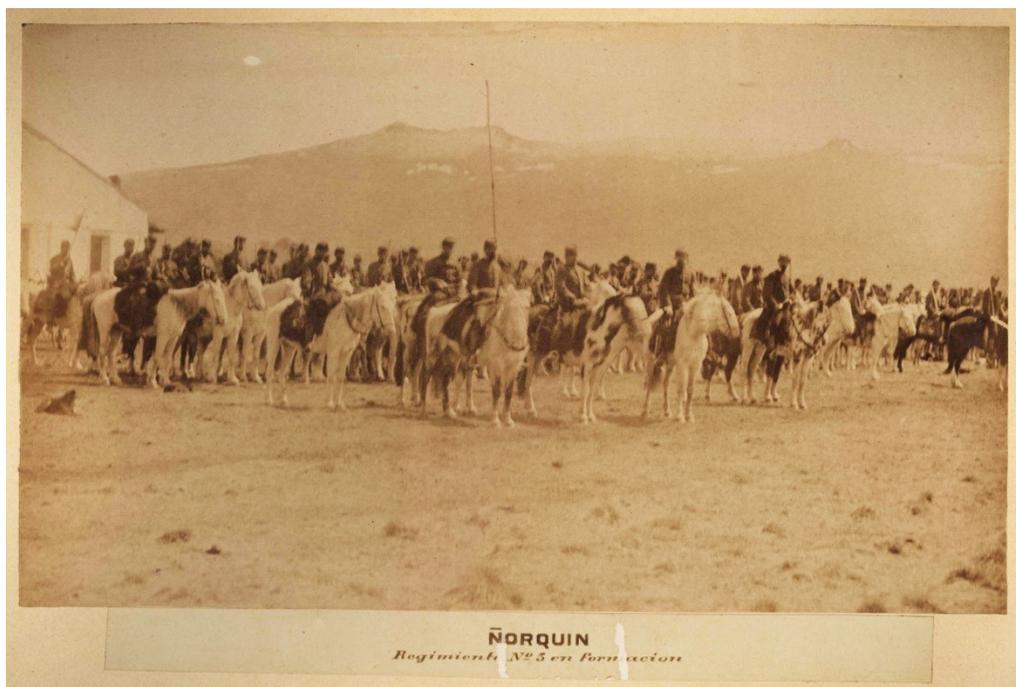


Foto 12:
Ñorquin



Foto 13:
Cacique Villamain



Foto 14:
Cacique Villamain. Capitanejos e indios de pelea



Foto 15:
Tolderías Chusma e indios de pelea de Villamain



Foto 16:
Población al pie del "Paso de Antuco"



Foto 17:
Fuerte 4ª División

FUERTE 4ª DIVISION
*salvo la Confluencia del Curi-Limay con el Neuquen.
Este paraje se encuentra a 13 leguas al N. E. de Neuquen.
Vista tomada de Est. O.*

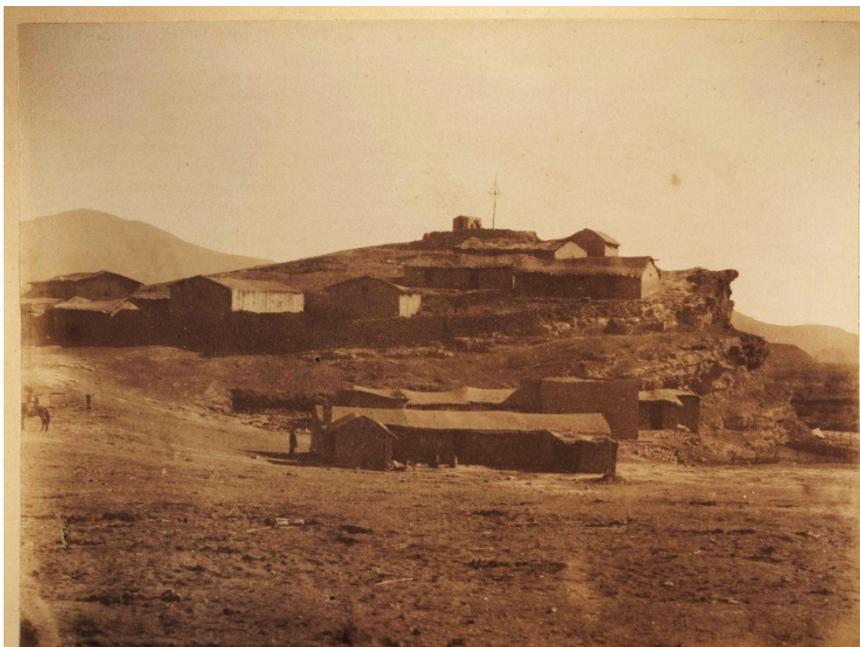


Foto 18:
Fuerte 4ª División

FUERTE 4ª DIVISION
vista de S. E. al N. O.

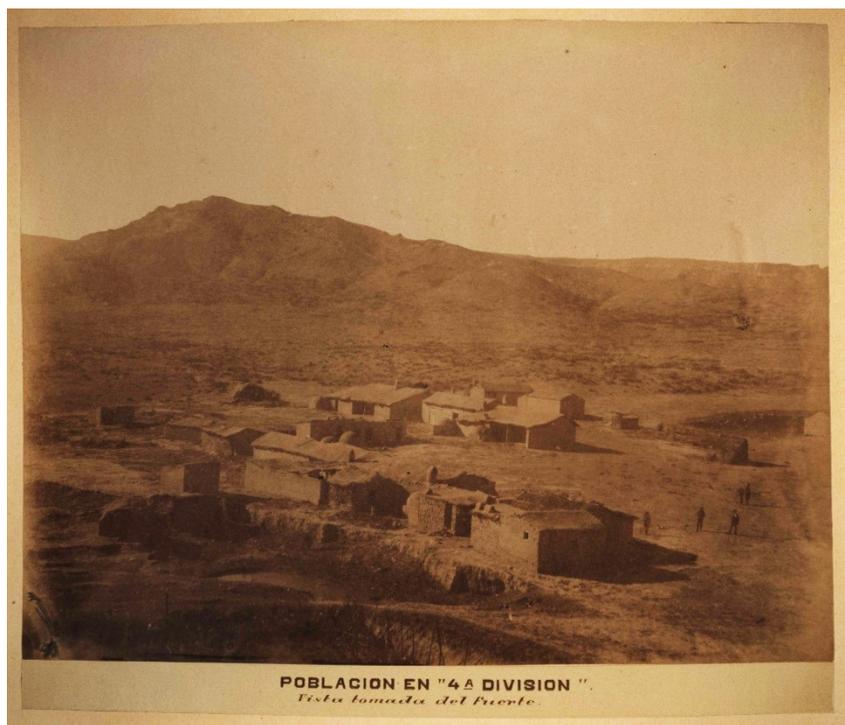


Foto 19:
Población en 4ª División

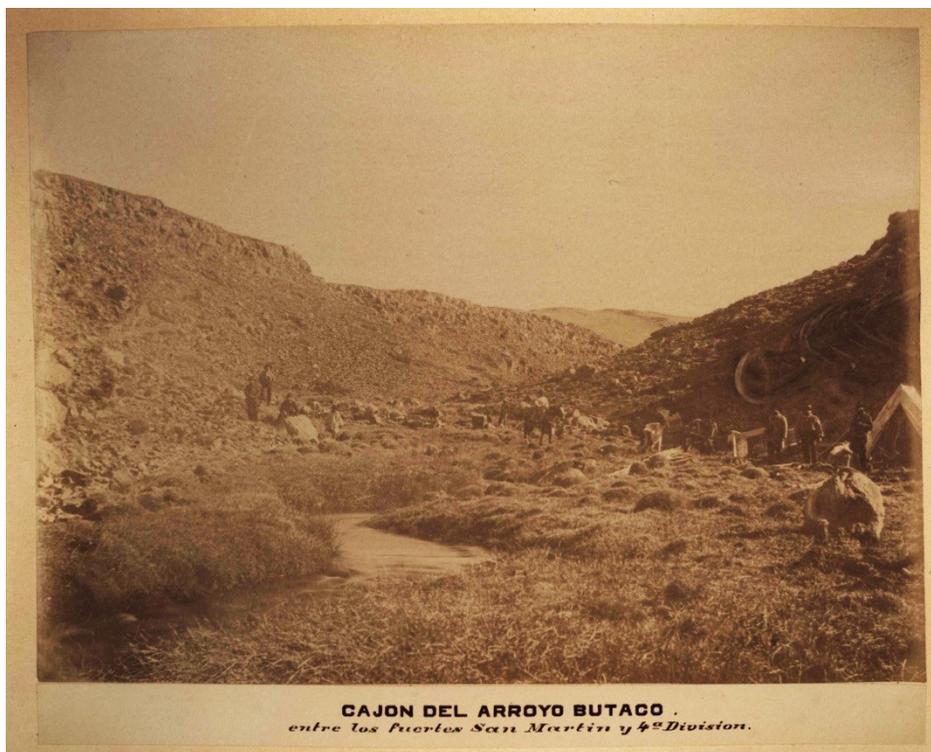


Foto 20:
Río Curi-Leufú

Foto 21:
Río Curi-Leufú



Foto 22:
Cajón del Arroyo Butaco



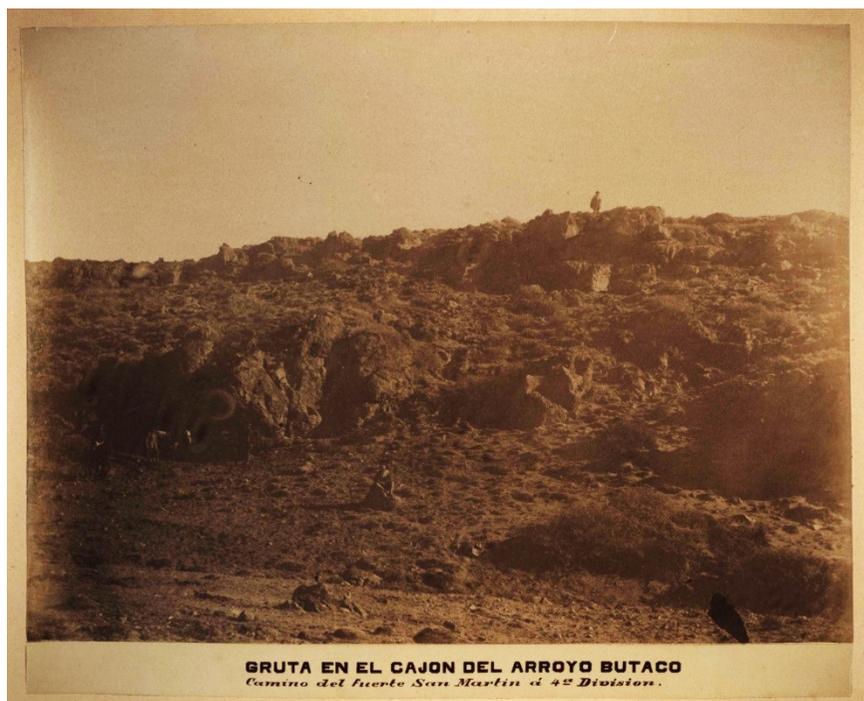


Foto 23:
Gruta en el Cajón del Arroyo Butaco

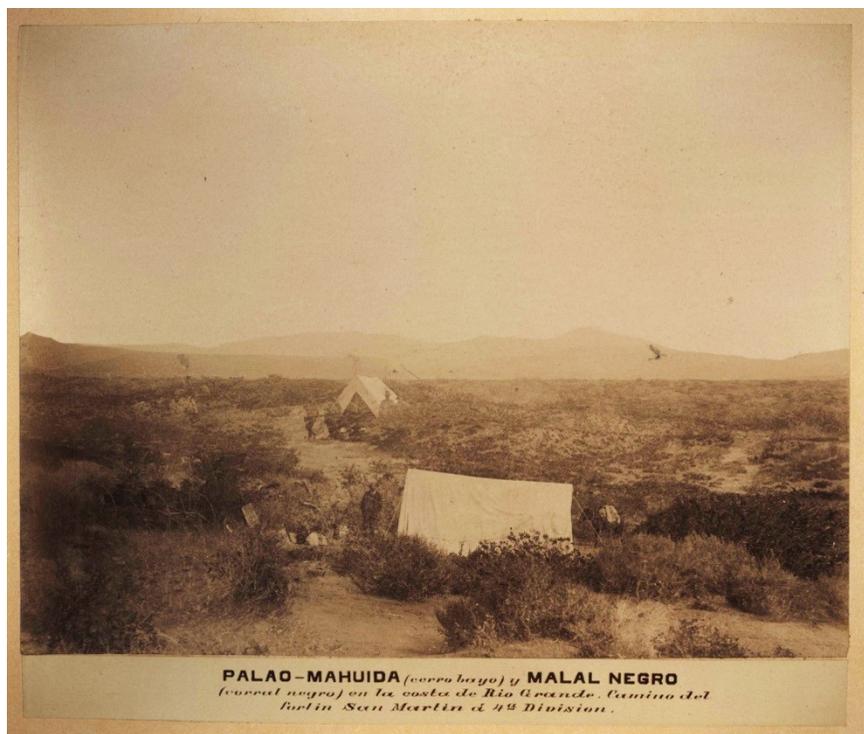


Foto 24:
Palo-Mahuída (cerro bayo) y Malal Negro (cerro negro)



Foto 25:
Cajón del Arroyo Pichi Malal

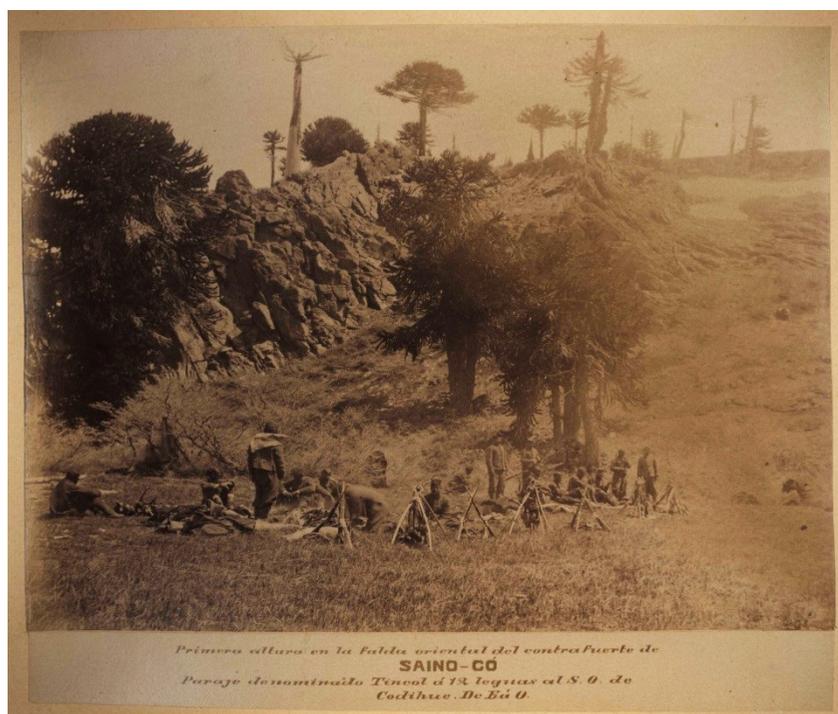


Foto 26:
Saino-Có

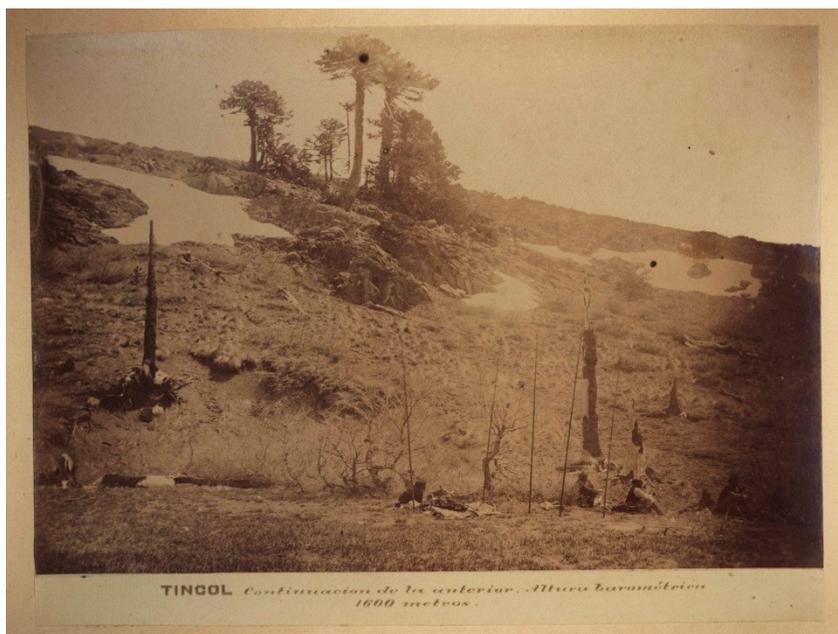


Foto 27:
Tingol

Foto 28:
Ejemplares de pino al pie del Paso de Saino-Có

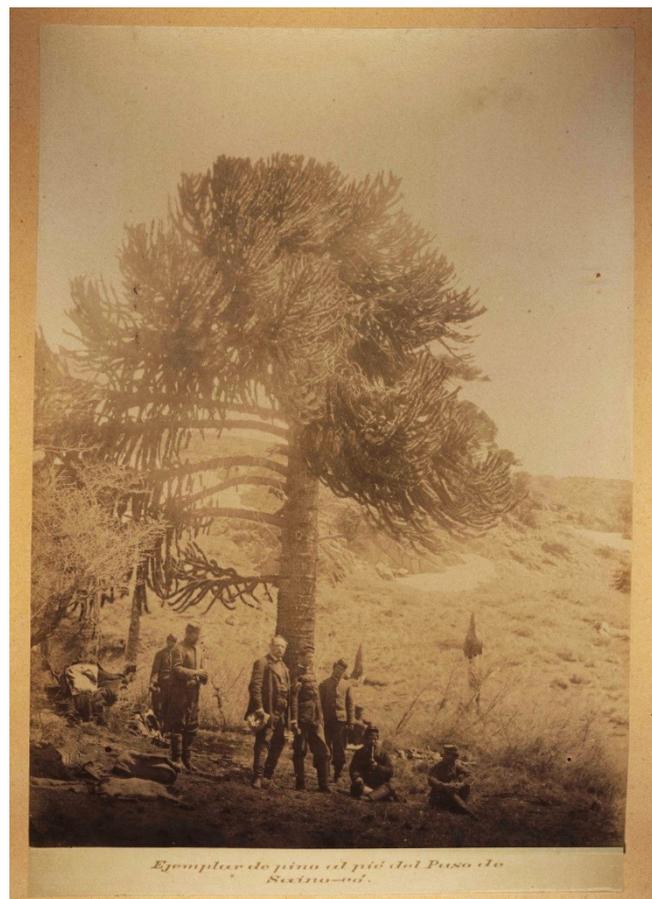




Foto 29:
Cascada formada por el Arroyo Kelcá

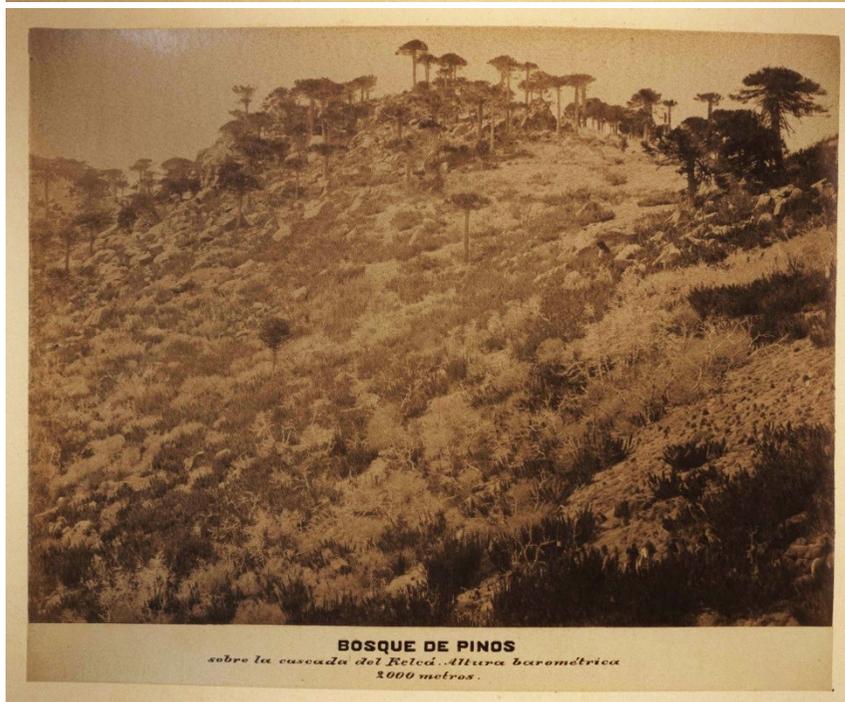


Foto 30:
Bosque de pinos

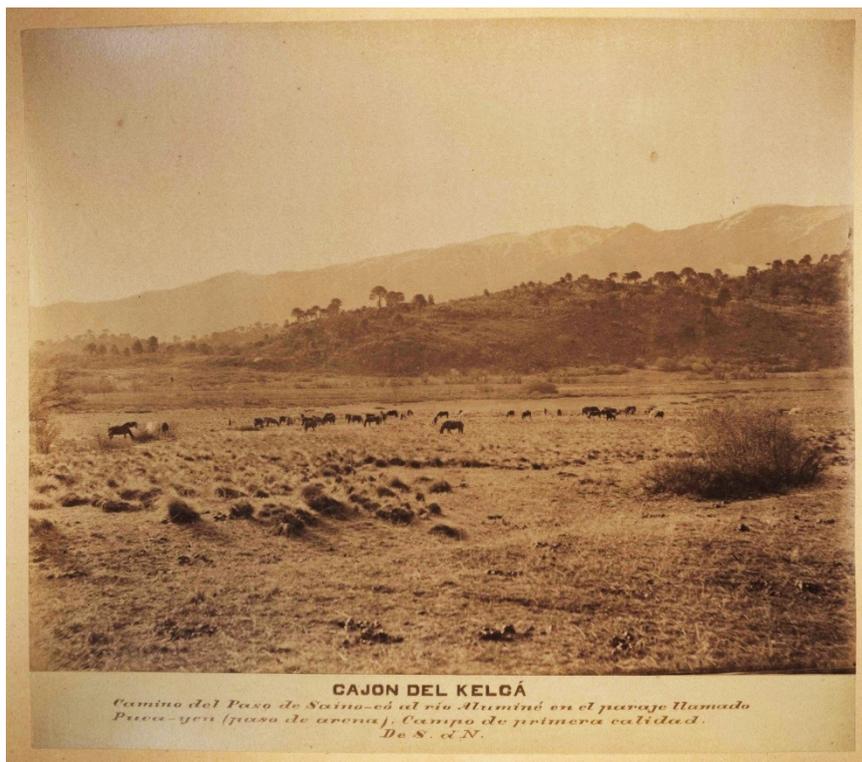


Foto 31:
Cajón del Kelcá



Foto 32:
Cajón del Kelcá

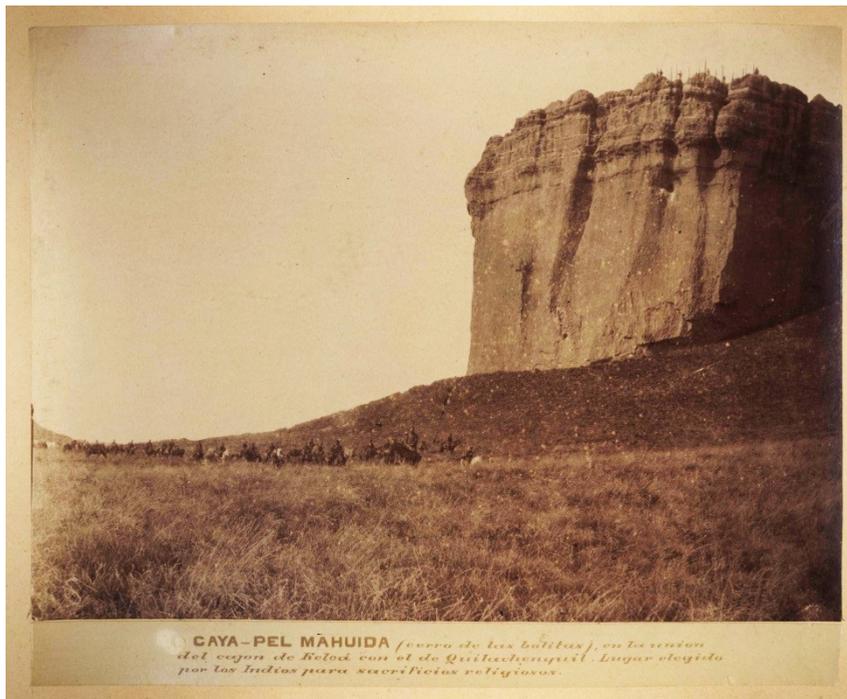


Foto 33:
Caya -Pel Mahuida

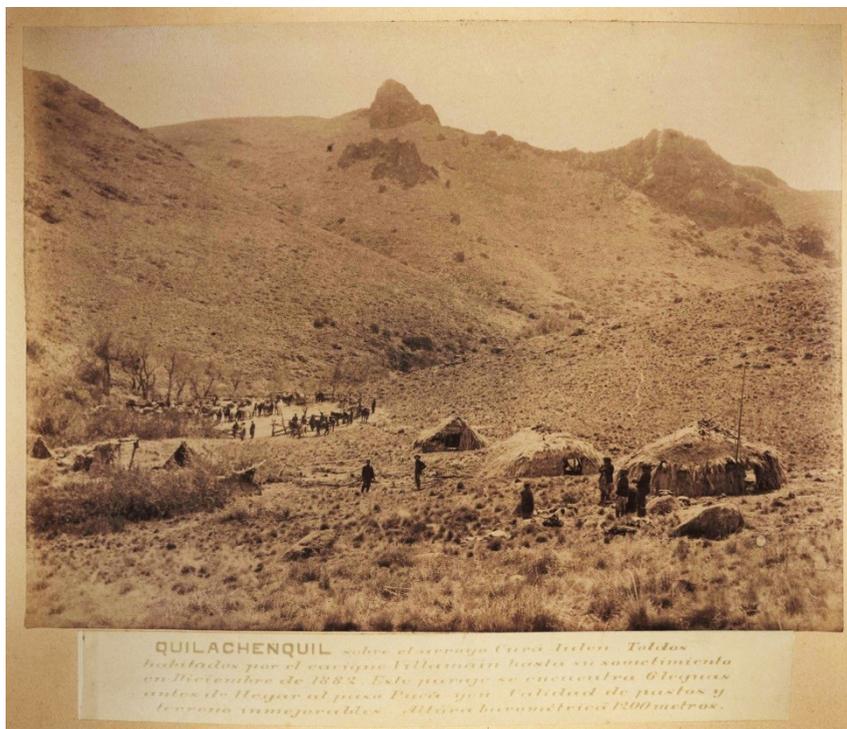


Foto 34:
Quilachenquíl



Foto 35:
Continuación de la anterior



Foto 36:
Cajón del Arroyo Curá-Culen

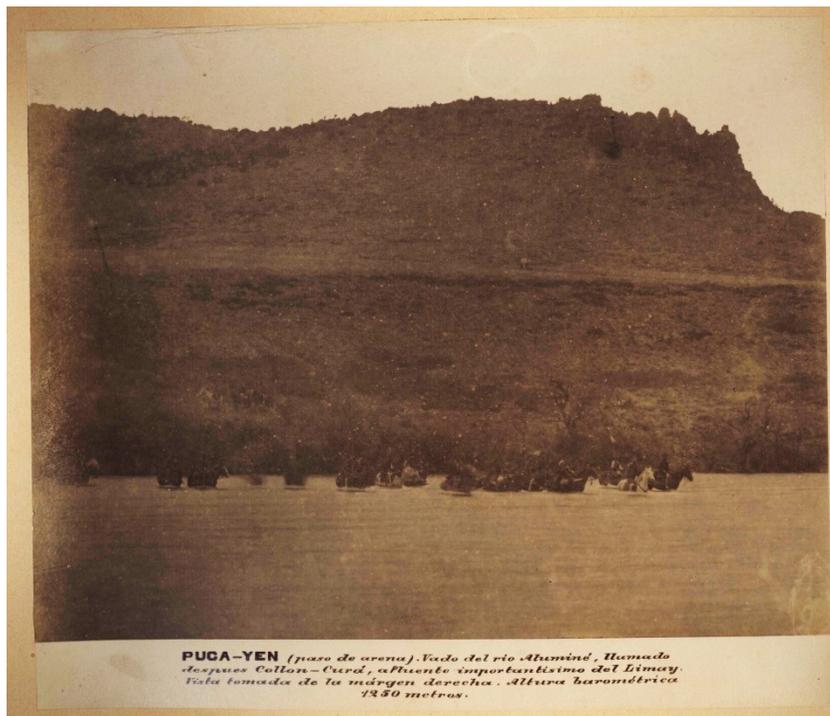


Foto 37:
Puca-Yen



Foto 38:
Confluencia del Arroyo Quilachenquil con el Aluminé



Foto 39:
Continuación de la anterior

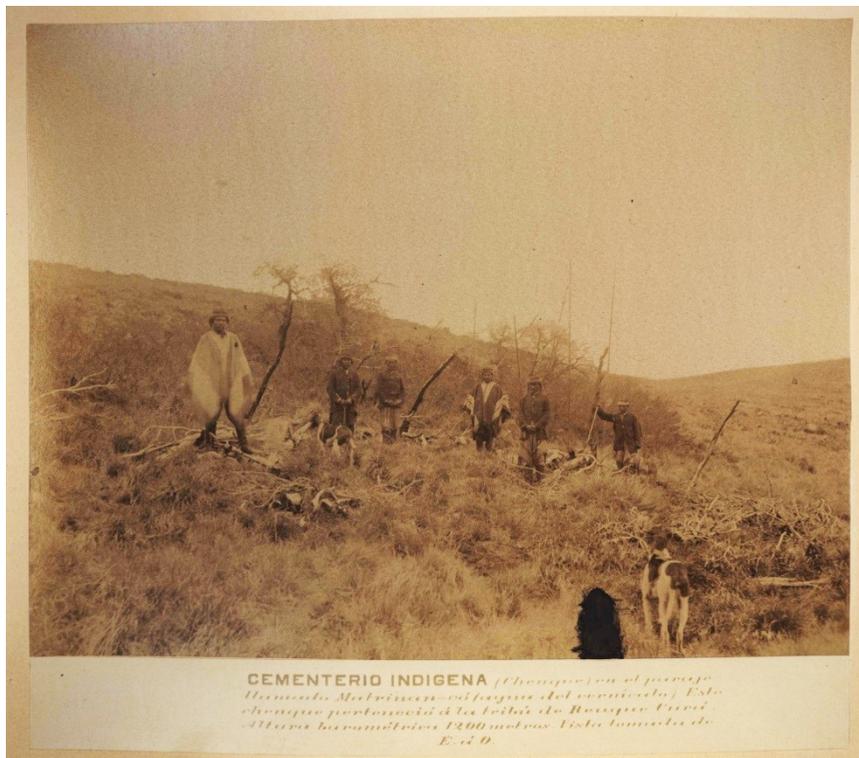
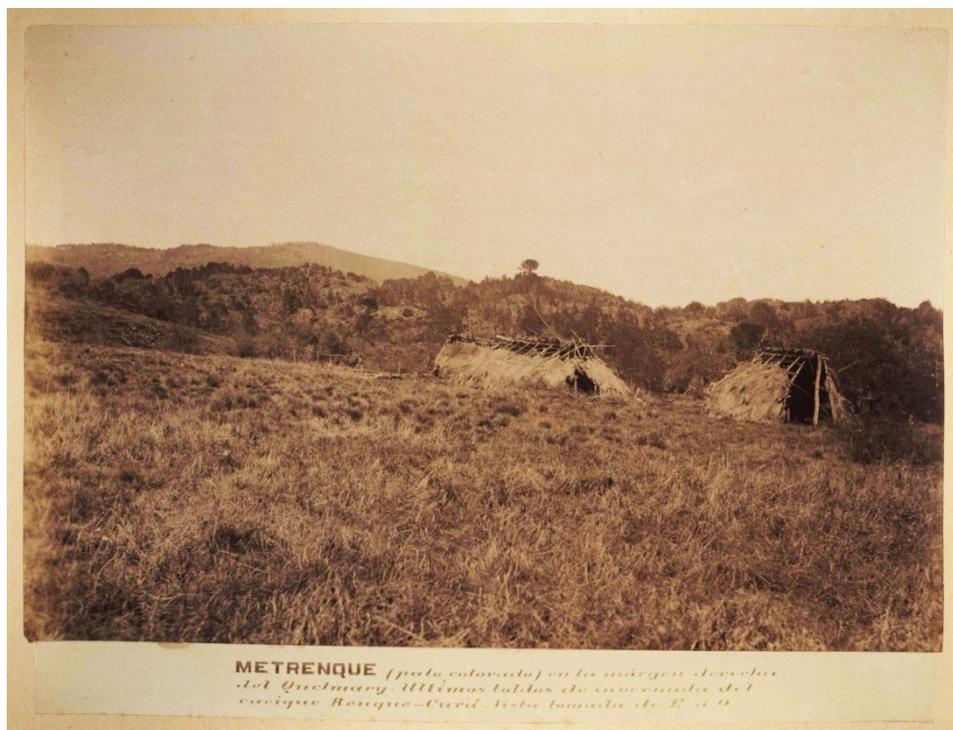


Foto 40:
Cementerio indígena

Foto 41:
Chenque de Matrinancó



Foto 42:
Metrenque



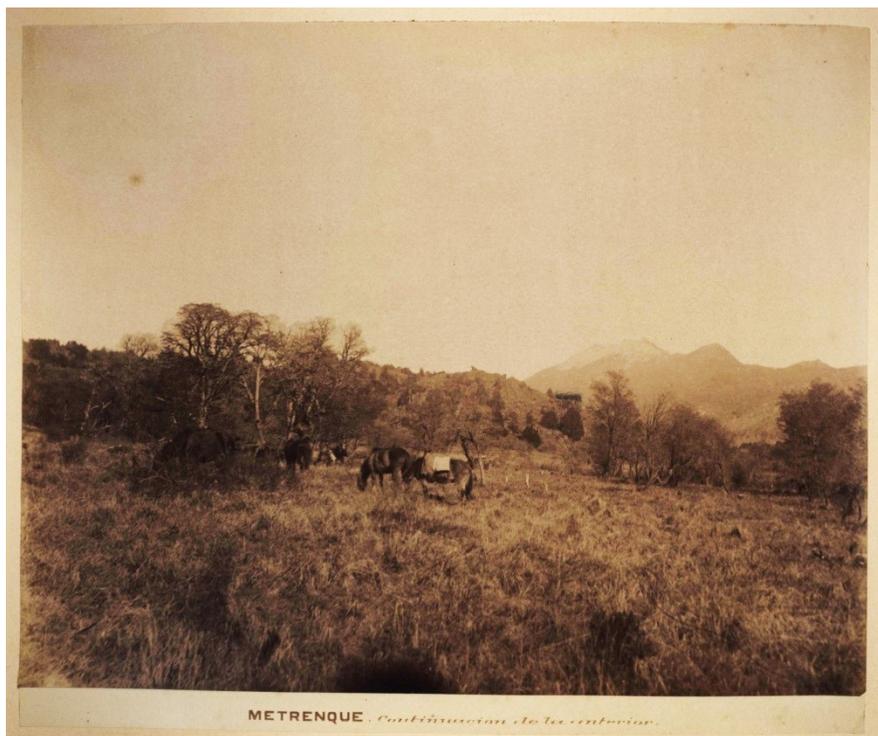


Foto 43:
Metrenque



Foto 44:
Metrenque



Foto 45:
Bosque de Manzanos en Metrenque

BOSQUE DE MANZANOS EN METRENQUE
*Alcornoque en primer plano a 1200 metros. Vista tomada
a S. E. N. O.*



Foto 46:
Metrenque

METRENQUE *Continuación de la explotación*



Foto 47:
Hinacó



Foto 48:
Bosque de pinos



Foto 49:
Mupiff

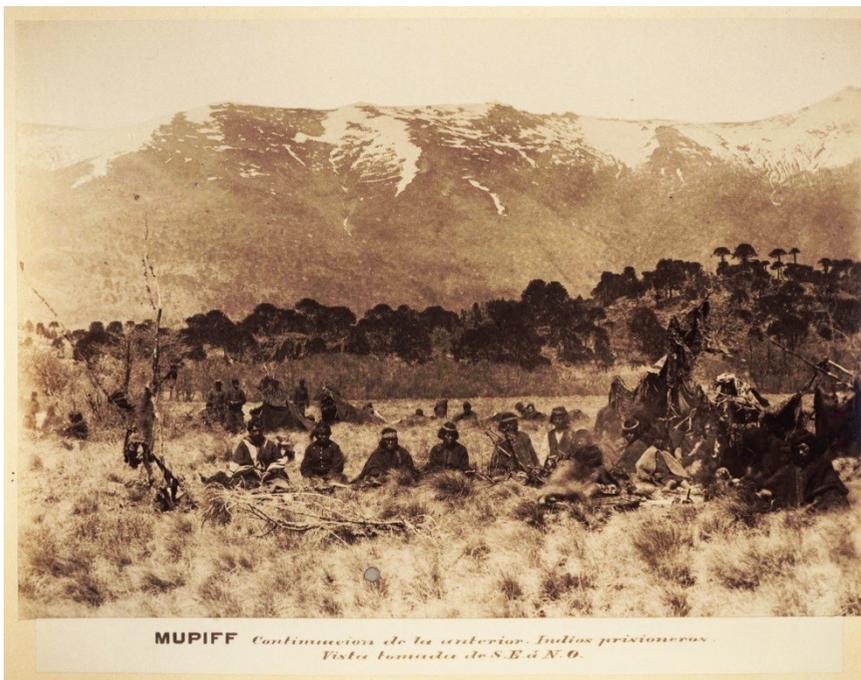


Foto 50:
Mupiff



Foto 51:
Rume-Có



Foto 52:
Rume-Có



Foto 53:
Rume-Có



Foto 54:
Lago Non-Pehuen

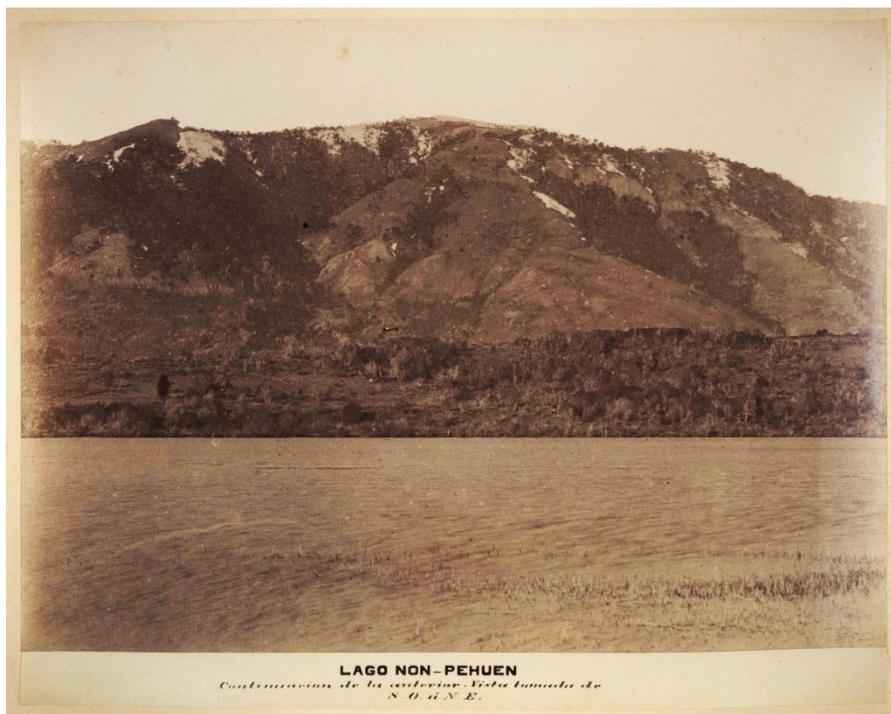


Foto 55:
Lago Non-Pehuen



Foto 56:
Lago Non-Pehuen



Foto 57:
Parte inferior de la cascada que se encuentra en el camino del Fortín "Paso de los Andes"



Foto 58:
Continuación de la anterior



Foto 59:
Bosque de pinos



Foto 60:
Otro bosque de pinos

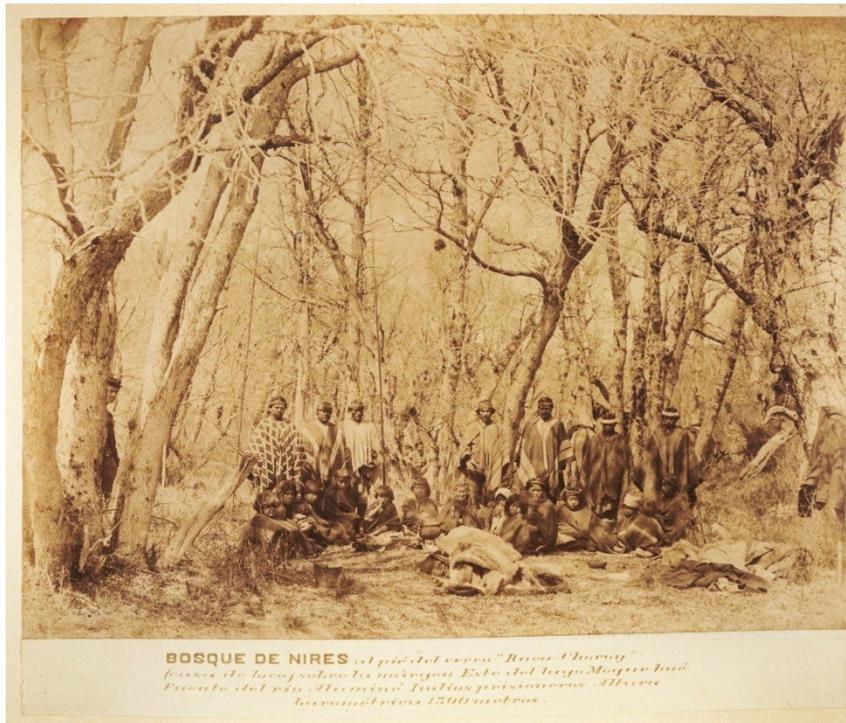


Foto 61:
Bosque de nires

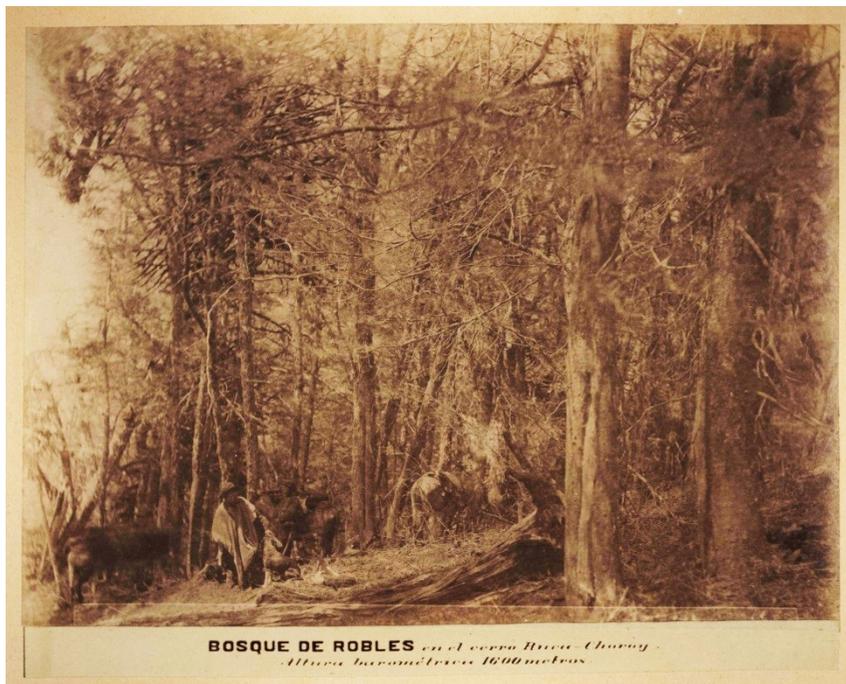


Foto 62:
Bosque de robles



Foto 63:
Bosque de Robles y Pinos



Foto 64:
Lago Moque-Hue



Foto 65:
Lago Non-Pehuen



Foto 66:
Lago Moque-Hue

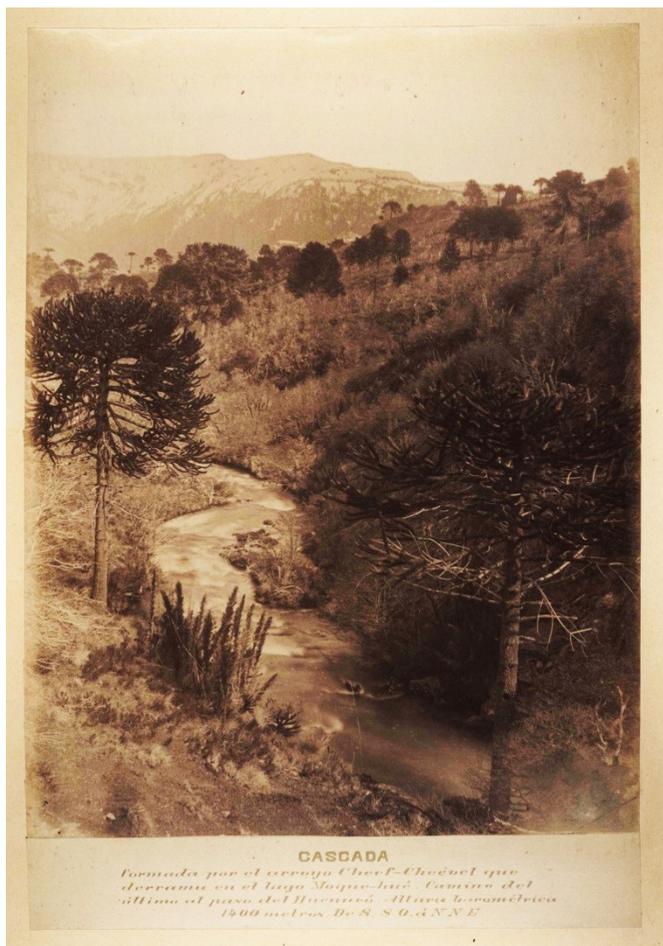


Foto 67:
Cascada

Foto 68:
Paso del Huenu-Co

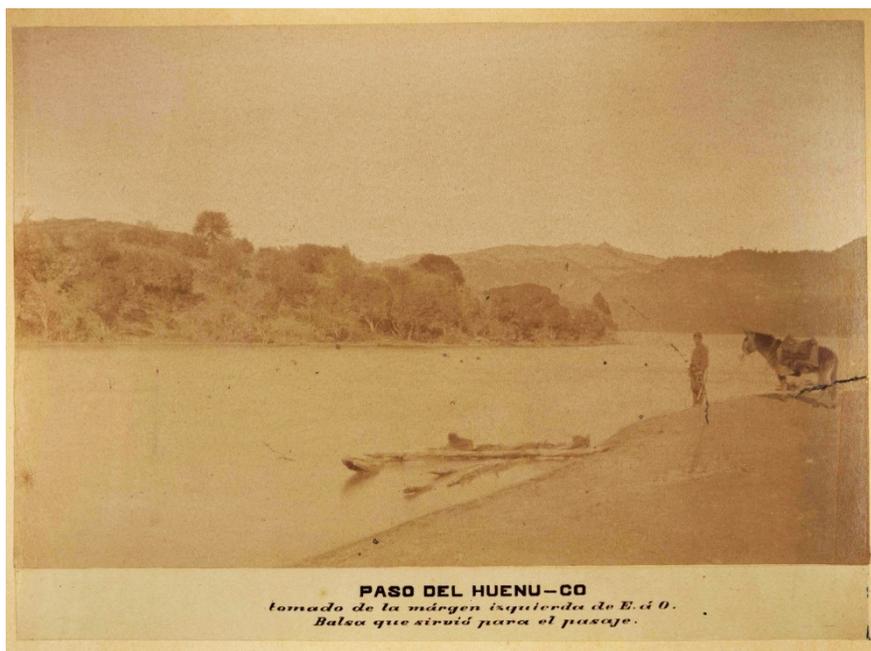




Foto 69:
Cajón del Arroyo Epic-Olguin



Foto 70:
Pinales en la margen izquierda del lago Aluminé



Foto 71:
Lago Aluminé

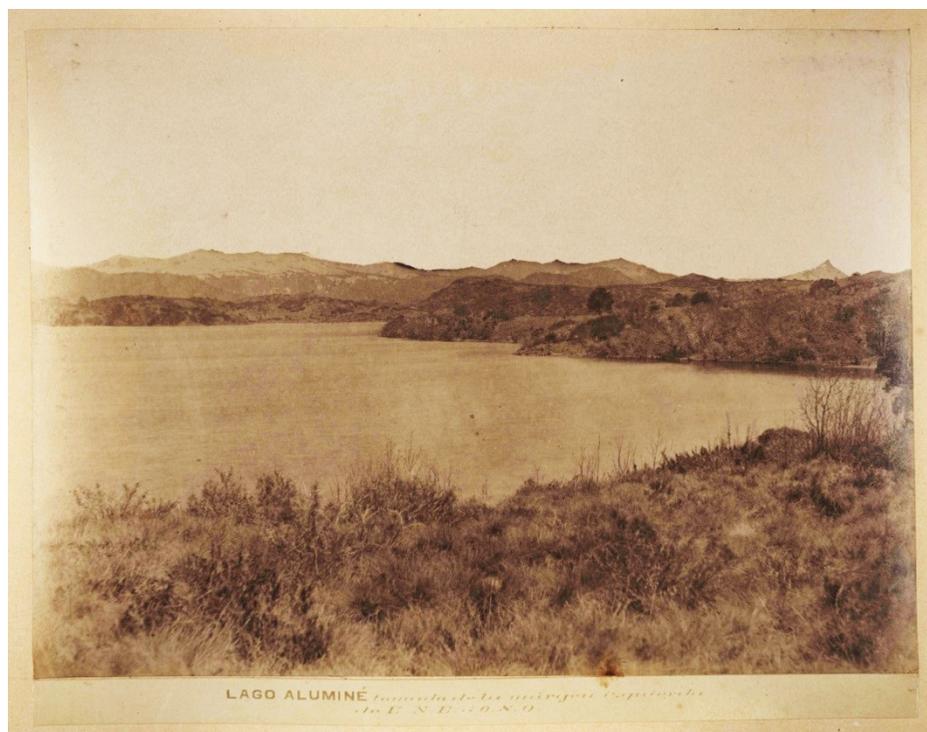


Foto 72:
Lago Aluminé



Foto 73:
Lago Aluminé



Foto 74:
Extremo Noreste del Lago Aluminé



Foto 75:
Rincón Cho-Mio



Foto 76:
Falda Oriental de la Cordillera "Batea Mahuida"

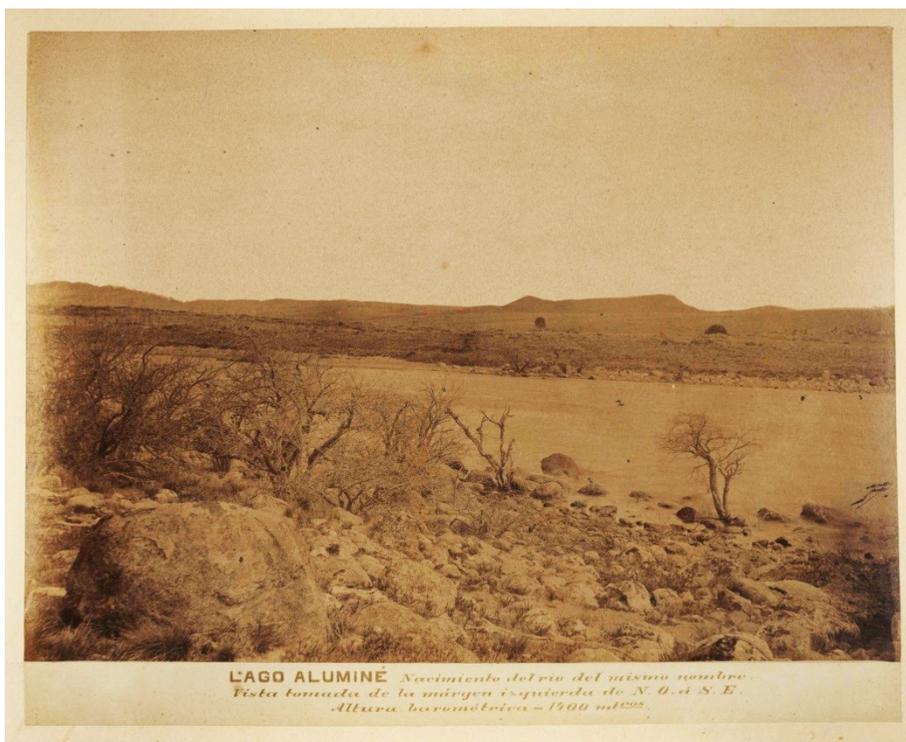


Foto 77:
Lago Alumine



Foto 78:
Lago Alumine



ENTRADA AL CAJON LITRAN-CÓ *vista del rincón Cho-mio.
Camino del lago Aluminé al paso de Saitra-có.*

Foto 79:
Entrada al Cajón Litran-Có



CAJON LITRAN-CÓ *Camino del lago Aluminé
al paso de Saitra-có.*

Foto 80:
Cajón Litran-Có



Foto 81:
Cajón del Arroyo Tro-Cofquen

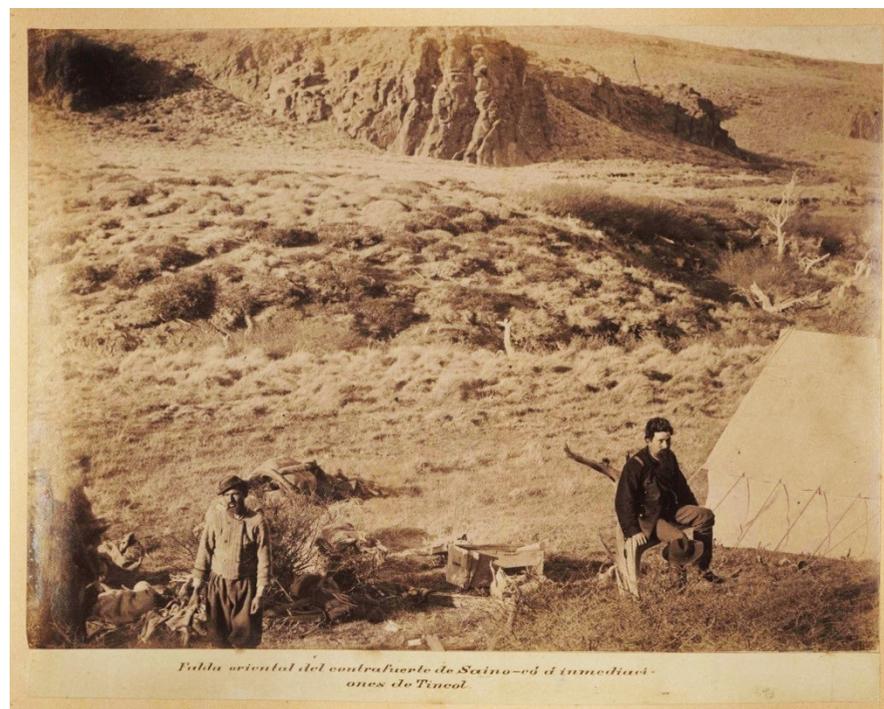


Foto 82:
Falda oriental del contrafuerte de Saino-có



Foto 83:
Continuación de la anterior



Este libro se terminó de imprimir en

Talleres Gráficos DOCUPRINT

Junio de 2017

Patrimonios visuales patagónicos

Territorios y sociedades



El Museo Roca- Instituto de Investigaciones Históricas del Ministerio de Cultura presenta una edición accesible y razonada, con estudios de excelencia sobre sus patrimonios visuales. Hoy proponemos una particular narrativa para el “desierto”, desde la complejidad de las temáticas registradas y las fuertes densidades simbólicas de sus imágenes. Destacamos la generosa participación de los investigadores y equipos que nos acompañaron en este emprendimiento editorial.